

Historia, mitos y realidades

Lucien Febvre



traducción de
JOSEFINA ANAYA

EL RIN

Historia, mitos y realidades

por

LUCIEN FEBVRE

edición revisada y presentada por

PETER SCHÖTTLER

traducción de

JOSEFINA ANAYA





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.
LAVALLE 1634, 11 A, C1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA



portada de ivonne murillo

primera edición en español, 2004

isbn 968-23-2497-1

primera edición en francés, 1935

nueva edición en francés, 1997

título original: *le rhin. histoire, mythes et réalités*

impreso y hecho en méxico / printed and made in mexico

ÍNDICE

ADVERTENCIA

Más que un río, el Rin ha sido siempre una apuesta: política, económica y cultural. Éste es el objetivo del ensayo histórico de Lucien Febvre, que publicamos nuevamente, después de su primera edición de 1935. Escrito durante la ocupación francesa de Renania, teniendo como telón de fondo la escalada del nazismo, va resueltamente en contra de las interpretaciones dominantes a la sazón: el mito del "Rin alemán", así como el de "frontera natural". Frente a los fáciles lemas, sobre todo del mito barresiano de un "genio del Rin" que habría que anexar a Francia, Febvre defiende la idea, hoy casi trivial pero iconoclasta entonces, de un Rin que sirve de enlace: río europeo que vincula pueblos y culturas.

Esta perspectiva poco corriente, y el contexto histórico, explican sin lugar a dudas por qué este libro, redactado en 1931 a petición de la Sociedad General Bancaria Alsaciana (SOGÉNAL), y publicado sin fines comerciales, fue posteriormente revisado para una edición dirigida al público en general en 1935, y nunca más se reeditó. Hasta 1994 no apareció una traducción alemana. Sin embargo, este texto del cofundador de los *Annales* merece ser redescubierto, ya que representa un ejemplo –tan temprano– de lo que podría constituir una verdadera historia franco-alemana.

La presente edición se basa en el libro publicado en 1935 por Albert Demangeon y Lucien Febvre, *Le Rhin. Problèmes d'histoire et d'économie*, y reproduce las partes redactadas por el historiador: el prefacio, los capítulos históricos y la parte final de la conclusión. En cambio, no reproducimos los capítulos dedicados a la economía del Rin, redactados por Albert Demangeon, por obsoletos. Remitimos a la presentación para mayores precisiones sobre la génesis del libro, la resonancia que tuvo al editarse y para una primera interpretación historiográfica.

Como anexo al texto de 1935 reeditamos la conclusión de la parte histórica escrita por Febvre para la versión de 1931, así como un artículo en el que el historiador vuelve sobre el tema, en 1953.

Ni la presente edición ni la traducción alemana que la precedió

habrían sido posibles sin el apoyo y la ayuda amistosa del hijo del historiador, Henri Febvre, a quien manifiesto aquí mi vivo agradecimiento. De igual forma, Antoine Gaugler, archivador de la SOGÉNAL en Estrasburgo, y Bertrand Müller, de la Universidad de Lausana, me proporcionaron mucha información. Por último, Barbara Hahn y Michaël Werner releyeron el texto de la introducción y me ayudaron con sus consejos. Estoy agradecido con todos.

PETER SCHÖTTLER
París-Berlín, febrero de 1997

PRESENTACIÓN: LUCIEN FEBVRE O LA DESMISTIFICACIÓN DE LA HISTORIA RENANA

PETER SCHÖTTLER

> Si es verdad, para decirlo todo, que Francia y Alemania han inscrito los rasgos generales de su historia en las dos hojas de un mismo díptico, ¿cómo no prestar toda nuestra atención a aquello que constituye su bisagra: la región renana?
>
> LUCIEN FEBVRE[1]

> Aquel que como historiador desee escribir sobre el Rin debe primero exorcizar fantasmas.
>
> MARC BLOCH[2]

También los ríos tienen historia. Sólo que el Rin no es un río como los demás. Tiene dos historias, incluso varias: una historia alemana y una historia francesa, una historia suiza y una historia holandesa, incluso una historia belga y una historia inglesa –en todo caso, una historia franco-alemana y una historia europea. Y cada una de estas historias puede contarse de manera diferente, según que se sitúe en el centro del río, en su ribera izquierda, en su ribera derecha, en su lejanía o su proximidad; según que uno siga sus mitos y sus leyendas desde adentro o que lo haga partiendo de las crónicas de las ciudades o de la prensa renana. Pero también uno puede enterarse de las controversias historiográficas alrededor del Rin y los territorios renanos. Escrito en el momento de la ocupación francesa de la Renania y de la crisis de la República de Weimar, el libro de Lucien Febvre aspira a asociar algunas de estas perspectivas: constituye una contribución a la geografía histórica y a la historia geográfica del Rin, pero también un ensayo crítico sobre la "apropiación" de la historia del Rin por los historiadores de sus dos orillas. Se trata pues, al mis-

[1] Archivos Lucien Febvre, legajo "Le Rhin", nota sin fecha. Los archivos de Lucien Febvre están hoy depositados en el Instituto Mémoire de l'Édition Contemporaine (IMEC), en París.

[2] Marc Bloch, "Le Rhin", *Annales d'histoire économique et sociale* (AHES), 5, 1933, p. 84.

mo tiempo, de una obra científica y de un ensayo político. Aunque sopesado con madurez y escrito con cuidadoso estilo, el libro no deja de ser paradójicamente incompleto y provisional. Pero este estado incompleto confiere al texto un particular encanto, y su fuerza, sesenta años después, en un mundo enteramente diferente, no se ha debilitado en absoluto. Es verdad que, entretanto, el Rin se ha convertido, tal como Febvre lo llamó expresando sus deseos, en un "río europeo", en los hechos pero también en la forma en que los ribereños se perciben. Es verdad incluso que las investigaciones históricas han hecho nuevos descubrimientos en numerosos campos (sobre todo en arqueología urbana). Pero el programa iniciado por Febvre en los años treinta sigue teniendo actualidad: sustituir una historia basada en las confrontaciones nacionalistas por una historia científica, comparativa y antitradicionalista de las regiones y los paisajes renanos.

Historia de un libro escrito por encargo

Este libro sobre el Rin, de versiones sucesivas y títulos variados, tiene una historia complicada. Febvre lo escribió a petición de un Banco de Estrasburgo, que originalmente había previsto pedir su redacción a otro historiador. Este escrito circunstancial se convirtió, en muchos sentidos, en una de las obras más interesantes del historiador.[3]

Para su quincuagésimo aniversario, la Sociedad General Bancaria Alsaciana, SOGÉNAL,[4] fundada en 1881 en Estrasburgo, aspiraba a

[3] Desafortunadamente no existe una biografía completa de Lucien Febvre (1878-1956) ni un análisis satisfactorio de su obra. Para un breve pero penetrante retrato, véase Fernand Braudel, "Présence de Lucien Febvre", en *Éventail de l'histoire vivante. Hommages à Lucien Febvre*, París, 1953, t. I, pp. 1-16. Algunos rasgos característicos de Lucien Febvre pueden encontrarse también en la biografía de su colaboradora más cercana, Lucie Varga: cf. Peter Schöttler, *Lucie Varga, une historienne autrichienne aux "Annales" dans les années trente*, París, Le Cerf, 1991. Para una bibliografía somera, cf. Bertrand Müller, *Bibliographie des travaux de Lucien Febvre*, París, 1990. Véase también Hans-Dieter Mann, *Lucien Febvre, la pensée vivante d'un historien*, París, 1971; Guy Massicotte, *L'histoire-problème. La méthode de Lucien Febvre*, París, 1981.

[4] Sobre la historia de este banco, véase Antoine Gaugler, "Société Générale Alsacienne de Banque (SOGÉNAL)", en *Handbook of the History of European Banks*, editado por la European Association for Banking History, Aldershot, 1994, pp. 290-296, así como *Société Générale Alsacienne de Banque 1881-1981*, Estrasburgo, 1981.

publicar una obra ambiciosa. A propuesta de su director general, René Debrix, se eligió el Rin como tema,[5] como forma de abarcar en un mismo estudio la zona de influencia económica del banco[6] y las disputas en torno al Rin, su navegación y los territorios de la ribera izquierda que desde el fin de la guerra ocupaban el centro del debate político. Del lado alemán, la presencia militar de los Aliados y la política francesa de prendas encaminada a garantizar el pago de reparaciones habían provocado una oleada de escritos propagandísticos, que culminó en 1925 con la celebración del pretendido "milenio" de pertenencia de los países renanos al imperio.[7] En 1927 apareció también un libro conmemorativo sobre la navegación renana y, a partir de 1928, el "geopolítico" Karl Haushofer publicó una obra en varios volúmenes sobre el Rin, considerado como "espacio vital" (*Lebensraum*) y "destino" (*Schicksal*).[8] El libro de Febvre debía responder a toda esta literatura. Por lo demás, Debrix pertenecía a esa categoría de jefes de empresa que, en la época de los acuerdos de Locarno, pugnaba por una distensión política entre Francia y Alemania.[9] Esta publicación de aniversario debía, pues, servir para mejorar la imagen del banco y para presentar un punto de vista francés más "abierto" sobre los problemas del Rin.

La SOGÉNAL había previsto encargar la redacción de la sección histórica al historiador alsaciano Charles Schmidt, amigo personal de Debrix

[5] Según las informaciones proporcionadas por Antoine Gaugler, archivador de la SOGÉNAL en Estrasburgo, a quien agradezco vivamente su ayuda y los numerosos documentos que me proporcionó.

[6] En los años veinte la SOGÉNAL poseía filiales en Colonia, Maguncia, Idar-Oberstein, Düsseldorf, Francfort, Ludwigshafen, Sarrebrück y Wiesbaden (anuncio publicitario en la *Revue Rhénane*, mayo de 1927).

[7] Sobre este "combate por el Rin" (*Kampf um den Rhein*), véase Franziska Wein, *Deutschlands Strom-Frankreichs Grenze. Geschichte und Propaganda am Rhein 1919-1930*, Essen, 1992. Por desgracia, este trabajo reciente no está del todo exento de prejuicios nacionales. Así, los aspectos fanáticos del "combate defensivo" (*Abwehrkampf*) que prepararon también el terreno a la dictadura nazi son un poco minimizados.

[8] Véase Walter Schmitz, *50 Jahre Rheinverkehrspolitik*, Duisburgo, 1927 (Febvre menciona este libro en relación con el proyecto de la publicación conmemorativa en su prefacio a un artículo sobre los archivos de la SOGÉNAL; en *AHES*, 3, 1931, pp. 366-367); Karl Haushofer, *Der Rhein. Sein Schicksal*, 3 vols., Berlín-Grunewald, 1928-1931 (cf. la reseña crítica de Albert Demangeon en *AHES*, 4, 1932, p. 616).

[9] René Debrix (1881-1955) era miembro del Comité de Estudios Franco-Alemán, fundado por el industrial luxemburgués Émile Mayrisch. Cf. al respecto Fernand L'Huillier, *Dialogues franco-allemands 1925-1933*, París, 1971.

y, desde mucho antes, especialista en historia renana.[10] Un profesor de literatura, Fernand Baldensperger,[11] un geógrafo, Albert Demangeon[12] y un economista del banco se encargarían del resto. Pero en 1928, Schmidt fue promovido a inspector general de archivos y bibliotecas y por falta de tiempo se retiró del proyecto. Propuso entonces a un historiador de Estrasburgo para que lo remplazara: Lucien Febvre.

Fue así como Febvre, que no era alsaciano sino nacido en el Franco Condado, que había realizado sus estudios en París y enseñado en la facultad de Dijon hasta que estalló la guerra, llegó a trabajar sobre el Rin. Tenía un dominio pasivo del alemán y había realizado pocos viajes más allá del Rin (dio clases desde 1921 en el Centro de Estudios Germánicos de Maguncia, un anexo de la universidad de Estrasburgo), pero la historia de Alemania ocupaba un lugar importante en sus preocupaciones científicas.[13] Lo esencial de sus investigaciones se refería al siglo XV "borgoñón" y al siglo XVI "habsburgués"; en 1928 había publicado su libro *Luther.*[14] Por otra parte, a principios de los años veinte había publicado un estudio metodológico sobre la relación entre geografía, sociología e historia, en el que evocaba el Rin frontera como el ejemplo de un engaño ideológico que requería una crítica profunda.[15] Si bien Febvre no era especialista en historia renana en senti-

[10] Desde 1899 Charles Schmidt (1872-1955) era archivador en los Archivos Nacionales. Después de la primera guerra mundial dirigió la reorganización de los Archivos en Alsacia y en Lorena. En 1928 fue nombrado inspector general de archivos y bibliotecas. Su tesis de 1905 versaba sobre el gran ducado de Berg, cuya capital era Düsseldorf.

[11] Fernand Baldensperger (1871-1958) era alsaciano y enseñaba literatura comparada en la Sorbona.

[12] Albert Demangeon (1872-1940) enseñaba geografía en la Sorbona y era coeditor de *Annales de géographie.* Sus principales trabajos versan sobre la geografía humana de Francia y de Europa.

[13] Sobre las relaciones de Febvre con Alemania y Austria, cf. nuestros estudios "Désapprendre de l'Allemagne: Les *Annales* et l'histoire allemande pendant l'entre-deux guerres", en Hans-Manfred Bock, Reinhart Meyer-Kalkus y Michel Trebitsch (eds.), *Entre Locarno et Vichy. Les relations culturelles franco-allemandes dans les années 1930,* París, 1993, pp. 438-461; *Lucie Varga* (véase la nota 3); "Die *Annales* und Österreich in den zwanziger und dreissiger Jahren", *Österreichische Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* 4, 1993, pp. 74-99; "Marc Bloch et Lucien Febvre face à l'Allemagne nazie", *Genèses,* vol. 6, 1995, núm. 21, pp. 75-95; "Lucien Febvre, Luther et l'Allemagne", *Bulletin de la Société de l'histoire du protestantisme français,* 1997.

[14] L. Febvre, *Martin Luther, un destin,* París, 1988 (1ª edición 1928).

[15] L. Febvre, *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire,* París,

do estricto, se interesaba ya desde tiempo atrás en el papel histórico, político y geográfico del Rin en el contexto franco-alemán y europeo.

Aceptó la oferta de la SOGÉNAL como un reto intelectual:

> Entenderá usted –escribió en febrero de 1929 al director del banco– que sintetizar en doscientas páginas la enorme cantidad de acontecimientos y tendencias contradictorios a los que se da el nombre de "historia del Rin", y encontrar la perspectiva desde la que podamos ordenar de manera racional un verdadero caos de sucesos, ambiciones e ilusiones, sin dejar pasar nada esencial, es una verdadera proeza. Y por ende muy atractiva para un historiador amante de los riesgos... profesionales.[16]

La remuneración prevista de 25 000 francos era igualmente atractiva en esos tiempos difíciles de crisis económica para una familia con tres hijos.[17]

Para Febvre estaba claro "que un libro sobre ese tema, escrito por académicos franceses, no puede, no debe ser mediocre: es una cuestión de conciencia".[18] Por ello no podía tratarse de una simple serie de artículos. Era necesario encontrar un plan que reuniera sistemáticamente las contribuciones previstas, en especial las partes histórica y geográfica. Como Febvre conocía a Demangeon de tiempo atrás (Demangeon había sido profesor de Suzanne Febvre en la E.N.S. de Sèvres), eran amigos y él mismo se había interesado en la geografía,[19] creyó que sería sencillo encontrar un "terreno de entendimiento".[20]

[16] Archivos de la SOGÉNAL, Estrasburgo, L. Febvre a R. Debrix, 2 de febrero de 1929.

[17] Febvre se casó en 1921 con Suzanne Alice Dognon, originaria de Sèvres y catedrática de historia, cuyos conocimientos del alemán y del alsaciano le ayudaron en la redacción de este texto. Tuvieron tres hijos entre 1922 y 1927.

[18] Archivos de la SOGÉNAL, Estrasburgo, L. Febvre a R. Debrix, 2 de febrero de 1929.

[19] Recordemos que Febvre había seguido los cursos de Paul Vidal de la Blache, y que de esta enseñanza guardó cierto interés por la historia regional, que lo condujo a dedicar varias obras al Franco Condado. Cf. Bertrand Müller, "Lucien Febvre et l'histoire régionale", *Annales Fribourgeoises*, 59, 1990-1991, pp. 89-103. En su libro de metodología *La Terre et l'évolution humaine* (véase la nota 15), Febvre interpreta las críticas que los sociólogos durkheimianos hicieron de Vidal y desarrolla en este sentido su propia concepción de una "historia-problema" interdisciplinaria.

[20] Archivos de la SOGÉNAL, Estrasburgo, L. Febvre a R. Debrix, 2 de febrero de 1929. Febvre y Demangeon se conocían desde antes de la guerra. Por desgracia, los archivos

Pero con el paso del tiempo este optimismo se esfumó, y el libro fue todo menos una exposición geográfico-histórica unificada.

En enero de 1929, Demangeon somete al Banco un primer bosquejo de su proyecto, en el que la perspectiva del libro en conjunto es la geografía económica.[21] Es también el punto de vista que defiende en una carta que dirige a Lucien Febvre:

1º *El río y su tráfico* en el curso del tiempo: corrientes de circulación, la flotilla, el régimen del río, su aprovechamiento, todo ello naturalmente hasta el mar. Los puertos renanos. Los puntos de confluencia de la navegación interior (enumero sin orden). Yo desarrollaría gustosamente este orden de ideas.

2º *Formaciones políticas y centros de negocios* (esto le tocaría a usted). ¿De qué manera la existencia de esta gran ruta ha regido las formaciones políticas? Los Estados renanos. Por supuesto, todo ello hasta el mar también. ¡Cuánto hay que decir sobre Bélgica y los Países Bajos! Y naturalmente, también acerca de las relaciones entre el Estado francés y el alemán, aun el suizo.
En el curso de la historia, formación y evolución de los centros de riqueza, de comercio, de negocios: papel de sitios como Basilea, Francfort, Colonia, Estrasburgo. La animación financiera.

3º *La industria de las provincias renanas*. Según me ha dicho, el señor Pose [de la SOGÉNAL][22] se interesa mucho en estas cuestiones. Habría que realizar un estudio de grandes dimensiones en el que, me parece, el presente podría dominar el pasado. Interconexión entre todos estos países renanos cuya unidad se ve aún más fortalecida por el carbón, y pronto también por la hulla blanca.

4º *Las ciudades del Rin*. Me vino esta idea como algo que sería pintoresco y vívido, evidentemente no económico ni histórico, sino más bien el desfile de estas poblaciones tan numerosas que forman una ruta, su descripción material, su vida en la medida en que ésta depende del Rin.[23]

---

personales de Demangeon que se conservan en la Biblioteca Mazarine están incompletos y no incluyen documentos sobre el Rin.

[21] Archivos de la SOGÉNAL, Estrasburgo, carta a Demangeon del 4 de febrero de 1929, copia.

[22] Véase la nota 27.

[23] Archivos L. Febvre, fragmento de una carta de A. Demangeon correspondiente a un borrador un poco más detallado, escrito a máquina y enviado a la SOGÉNAL el 4 de febrero.

La respuesta de Febvre no ha llegado a nuestras manos, pero es poco probable que este "plan Demangeon", como él lo llamaba,[24] le pareciera aceptable, ya que no enfocaba la historia del Rin más que como una digresión. Y esto porque el plan no daba cabida a los problemas históricos y políticos del Rin en su papel de línea de bisagra o de unión entre Francia y Alemania. De manera que, pese a que se reunieron varias veces en París y en Estrasburgo, se llegó finalmente a una redacción enteramente separada que dejó a cada uno la posibilidad de desarrollar su propia problemática y escribir siguiendo su propia idea. Mientras que, en la primera parte,[25] Febvre intentó dar un enfoque del "problema histórico del Rin" mediante preguntas y nuevas perspectivas, en la segunda parte, Demangeon proporcionó, finalmente, una presentación bastante tradicional del tráfico y de la economía renana. (Razón por la cual no la incluimos en la presente edición.)[26] Por otra parte, los capítulos sobre economía que inicialmente escribiría Alfred Pose[27] nunca vieron la luz. Se redujeron a una presentación anónima de la SOGÉNAL en la forma de un "prefacio", y el prefacio que debía dedicarse a la historia literaria desapareció por completo.

Al principio, Febvre pensó que sería relativamente fácil escribir esta obra. En una carta de junio de 1929, dice con optimismo que el li-

[24] Archivos L. Febvre, legajo "Le Rhin", nota sin fecha.

[25] Société Générale Alsacienne de Banque (ed.), *Le Rhin*, Estrasburgo, 1931, LXXII + 310 páginas, formato 29/35 cm. El libro está estructurado de la siguiente manera: "Prólogo: La Sociedad General Bancaria Alsaciana", anónimo, pp. VII-LXI; "Primera parte: El problema histórico del Rin", por L. Febvre, pp. 1-155; "Segunda parte: Los problemas económicos del Rin", por A. Demangeon, pp. 159-307.

[26] Como veremos más adelante, la segunda parte del libro, a cargo de Demangeon, ya en los años treinta tenía la reputación de ser perfectamente convencional. A ello se debe que no haya sido tocada por la violenta crítica alemana, que se centró casi exclusivamente en la parte histórica.

[27] Alfred Pose (1899-1969) fue subdirector y luego director de la filial de la SOGÉNAL en Estrasbrugo. Antes había enseñado economía política en la Universidad de Caen. Debido a este pasado universitario, y a que vivía muy cerca de Febvre en Estrasburgo, mantuvo relaciones personales duraderas con él como consecuencia del proyecto sobre el Rin. Incluso escribió un artículo para los *Annales* sobre la crisis bancaria en Alemania (*AHES*, 4, 1932, pp. 150-163) y dispuso que el secretario de redacción de la revista clasificara los archivos de su banco (*AHES*, 3, 1931, pp. 366-378). Seguidamente, fue nombrado director del Banco Nacional para el Comercio y la Industria, el primer banco nacionalizado en 1936. Para su carrera ulterior, cf. Hervé Coutau-Bégarie y Claude Huan, *Darlan*, París, 1989, p. 657ss.

bro no le "dará mucho trabajo y [...] será el pretexto para escribir un centenar de páginas interesantes".[28] En mayo de 1930, la SOGÉNAL invita a los dos autores, que todavía no han escrito una sola línea, a participar en un crucero por el Rin (en compañía de sus esposas y de los miembros del consejo de administración del banco, durante el cual disfrutan del siguiente programa turístico y culinario:[29]

Sábado 24 de mayo, llegada a Maguncia: cenamos y pernoctamos en el hotel de Holanda. 25 de mayo: a las 8:45, partimos a bordo del SS Nanny (un remolcador de la Compañía General para la Navegación del Rin),[30] desayuno y comida a bordo; 18:45 llegada a Colonia (hotel Excelsior), 20:00 cena; 26 de mayo: 9:00 sesión del consejo en la sucursal de Colonia, para los otros invitados visita de la ciudad seguida de una excursión en autobús a Düsseldorf, 13:00 comida en el Park-Hotel, 15:00 excursión en autobús a Essen y visita a la cuenca del Ruhr, 18:00 llegada a Ruhrort, cena y noche en Duisburger Hof, 13:00 proseguimos el viaje en otro remolcador francés, 18:00 llegada a Nimega, cena y noche en el hotel Bergendahl; 28 de mayo: 9:00 partida, 15:00 llegada a Rotterdam, visita del puerto, 16:00 té en el Mass-Club, 18:00 fin del viaje.

Contemplar el Rin y sus riberas desde el río, pasar frente a los acantilados, los castillos y las ciudades y aproximarse lentamente al mar del Norte, sus olores, sus sonidos y a ese "cielo holandés" gris azulado, dio a Lucien Febvre una nueva y excepcional perspectiva. En varias ocasiones, el texto refleja esta experiencia. El cielo estaba encapotado, pero ello no atenuó en absoluto el "efecto" producido, como luego escribiría Febvre a un amigo. "El gris les sienta bien a estas comarcas de líneas un poco débiles bajo el sol: las simplifica y les otorga grandeza."[31] La espléndida vista y las copiosas "cenas de financieros" pre-

[28] Lucien Febvre a Henri Berr, 2 de junio de 1929 (IMEC, Archivos Henri Berr). Esta correspondencia aparece en Lucien Febvre, *De la "Revue de Synthèse" aux "Annales". Lettres à Henri Berr, 1911-1954*, edición preparada y presentada por Gilles Candar y Jacqueline Pluet-Despatin, París, Fayard, 1997.

[29] Archivos Lucien Febvre, legajo "Le Rhin", programa de viaje (con mapa del Rin).

[30] Presidente del consejo de administración de la SOGÉNAL, Fernand Herrenschmidt era a la vez presidente del consejo de administración de la Compañía General para la Navegación del Rin.

[31] Lucien Febvre a Henri Berr, 1 de junio de 1930 (IMEC, Archivos Henri Berr). Las citas que siguen también están tomadas de esta carta.

paradas por un chef estrasburgués fueron un solo aspecto del viaje; hasta Nimega, se atraviesa una región en disputa que hasta hace poco tiempo estaba ocupada militarmente. Además, durante ese viaje Febvre visitó por única vez la cuenca del Ruhr, a la que encontró "cautivadora al sur, con paisajes sumamente pintorescos, pujante al norte, pero fea en Essen, inquietante en Duisburgo y Ruhrort, donde pernoctamos". Esta inquietud característica predomina también en el resumen de su viaje:

La impresión de semejante gira es muy fuerte. Uno observa verdaderamente el Rin, lo ve cambiar de ritmo y de espacio, lo ve dar vida, con una pujanza irresistible, a algunos de los paisajes industriales más bellos del mundo. Sólo que, en una ciudad como Düsseldorf, y más aún en esas ciudades que surgieron como hongos –Duisburgo, Ruhrort, etc.–, se tiene la aguda impresión de una Alemania que recupera su vigilia, su temible psicosis de antes de la guerra. Peligrosa embriaguez de orgullo, irresistible tentación de abusar de una fuerza real, que por lo demás no es, por sí misma, tan sorprendente pues, finalmente, ¿cuál es el pueblo que, disponiendo a la vez de la hulla del Ruhr, de minerales y de un río como el Rin, no produciría, con esos tres elementos, una civilización industrial de primera magnitud?

Según Febvre, no son los "apóstoles de la revancha" los que amenazan el orden europeo de posguerra, sino la reaparición del orgullo germánico, tal como se puede observar en algunas ciudades industriales de las orillas del Rin. Poco después expresa este mismo diagnóstico crítico en una carta dirigida al historiador belga Henri Pirenne:

Pude descender en barco por el río, de Maguncia a Rotterdam, en excelentes condiciones e hicimos una corta excursión por el Ruhr durante el trayecto. Recibí imágenes bastante sorprendentes, históricamente hablando. ¿Cómo asomarse sin temor a este caldero de brujas donde burbujea la extraña, la incomprensible mezcla de las tres o cuatro Alemanias contradictorias que conforman a Alemania –¿cuál Alemania?– y de las que sin cesar emanan, perturbadores y temibles, los vapores de la embriaguez, la ambición y la avaricia, cuyas posibles consecuencias conocemos demasiado bien? En Amsterdam, frente a las pinturas de Rembrandt y en la paz de esta Holanda colmada de tulipanes y rosas, uno podría echarse a reír de estas inquietudes si no considerara, de inmediato y con rigor, que el precio de esta paz es el egoísmo total.

¡Qué frontera entre Rosendaele y Amberes, y qué conjunto de datos para un historiador![32]

Después de este viaje comienza el verdadero trabajo. Hasta ese momento Febvre se había limitado a tomar notas y reunir materiales. También a veces Marc Bloch, su colega y amigo, con quien editaba desde 1929 los *Annales d'histoire économique et sociale*, le enviaba fichas con la mención "para el Rin".[33] En enero de 1930, Febvre sabía sólo una cosa: "En todo caso, no me ocuparé de las sempiternas historias del tratado de Verdún y... del tratado de Francfort o de Versalles. Hay otras cosas que decir, y el Rin es mucho más valioso que todo eso."[34] El tiempo pasa y la fecha fijada para la entrega del texto se aproxima. El proyecto exige extensas lecturas y, tal como lo demuestran sus archivos, sus libros y la bibliografía incluida al final de la segunda edición de la obra, le dedica mucho tiempo durante los meses veraniegos de 1930 y 1931. Paralelamente, debe preparar sus cursos y ocuparse de los *Annales*, que tropiezan con muchas dificultades. Con frecuencia llenaba la revista con sus propios artículos o con reseñas escritas a último momento para llenar los huecos.[35] Desde 1928 aspira también a obtener una cátedra en París porque ya no soporta Estrasburgo ni la situación política alsaciana.[36] Durante el verano de 1935 debe someterse a una operación después de padecer una sinusitis; en noviembre del mismo año, viajando con su esposa, tiene un accidente automovilístico en el que se rompe el brazo derecho, lo

[32] L. Febvre a H. Pirenne, sin fecha (¿8 de julio de 1930?), en Bryce y Mary Lyon (eds.), *The Birth of "Annales" History: The Letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)*, Bruselas, 1991, p. 126.

[33] En los archivos personales de Febvre (legajo "Le Rhin") se encuentra una nota de puño y letra de Marc Bloch que remite al libro de Richard Koebner, *Die Anfänge des Gemeinwesens der Stadt Köln*, Bonn, 1922, con las anotaciones "excelente" y "para el Rin".

[34] L. Febvre a H. Pirenne, 7 de enero de 1930, en Lyon (véase la nota 32), p. 120.

[35] Para una idea general de los trabajos de Febvre a la sazón, cf. la *Bibliographie* elaborada por Bernard Müller (véase la nota 3).

[36] Véase Christophe Charle y Christine Delangle, "La campagne électorale de Lucien Febvre au Collège de France, 1929-1932", *Histoire de l'éducation*, 34, 1987, pp. 49-69, así como las quejas de Febvre sobre el "horno estrasburgués" que expresa en su carta a Pirenne, citada en la nota 32.

Sobre la situación de la Universidad de Estrasburgo frente a las disputas políticas de Alsacia, véase John E. Craig, *Scholarship and Nationbuilding. The Universities of Strasbourg and Alsacian Society 1870-1939*, Chicago, 1984, p. 249ss.

que le impide escribir durante meses.[37] Pero como la fecha de la publicación del libro no puede posponerse y Febvre mismo la había anunciado ya en los *Annales*,[38] el trabajo debe concluirse en un tiempo récord. Pronto el historiador no habla ya más que de un "trabajo-penitencia" con el que parece haber dejado de identificarse.[39] Después de entregar por fin el manuscrito en julio de 1931 (con un retraso de cuatro meses), todavía falta seleccionar las ilustraciones y corregir las pruebas. "Por desgracia pasé mucho tiempo, demasiado, en el trabajo-penitencia renano –escribe a Marc Bloch–. Si Demangeon y yo queremos que el libro salga sin demasiadas faltas y errores, estamos obligados a ocuparnos de él. Y es tiempo perdido porque no se trata más que de un trabajo-penitencia..."[40]

A fines de noviembre de 1931, la obra sale finalmente de prensa: un gran tomo *in-folio* de cerca de 400 páginas, impresas en papel grueso, con numerosas reproducciones de grabados, pinturas, fotos, mapas y planos de ciudades.[41] Aun cuando fuera un libro no comercial, la tirada es grande: 1 200 ejemplares.[42] Una edición de lujo se reserva para el presidente del consejo y otros hombres políticos, mientras que la mayor parte de la tirada se obsequia a los miembros del consejo de administración, a clientes y a colaboradores del Banco.[43] En el extranjero, las instituciones francesas obsequian el libro como testimonio del pacto privado en pro del desarrollo económico del espacio fronterizo franco-alemán. Los libros reservados para Febvre y Demangeon presentaban el aspecto de las ediciones independientes.[44]

[37] Archivos del Colegio de Francia, París, legajo L. Febvre, certificado médico para el periodo entre el 1 de noviembre de 1930 y el 1 de enero de 1931; L. Febvre a H. Pirenne, 10 de noviembre de 1930, en Lyon (véase la nota 32), p. 129.

[38] L. Febvre, "Les archives privées et l'histoire", *AHES*, 3, 1931, p. 366 ss.

[39] Véase sus cartas a H. Pirenne del otoño de 1930 (sin fecha) y del 18 de septiembre de 1931, en Lyon (véase la nota 32), pp. 126 y 133.

[40] L. Febvre a Marc Bloch, sin fecha (después del 17 de agosto de 1931), en Bertrand Müller (ed.), *Marc Bloch, Lucien Febvre et les "Annales d'histoire économique et sociale". Correspondance*, t. 1, 1928-1933, París, Fayard, 1994, pp. 285-286.

[41] Véase la nota 25.

[42] *AHES*, 5, 1933, p. 84. Según los datos proporcionados por Antoine Gaugler (Estrasburgo), se imprimieron mil ejemplares en rústica y 200 encuadernados en tela.

[43] Archivos de la SOGÉNAL, Estrasburgo, lista de expedición de once ejemplares de lujo del libro conmemorativo.

[44] Como estas ediciones no están identificadas como tales, a veces aparecen incorrectamente registradas en las bibliotecas y en las bibliografías sobre el Rin. Así es co-

La demanda es mucha y el tema sigue siendo explosivo, al grado de que pronto se considera la posibilidad de reeditarlo con un formato diferente para venderlo en librerías. El editor parisiense Armand Colin está dispuesto a hacerlo. Es ya el editor de los *Annales* de Febvre y Bloch, así como de los *Annales de géographie* coeditados por Demangeon. En abril de 1932, la SOGÉNAL da su autorización.[45] Febvre retoma su "trabajo-penitencia renano" durante las vacaciones de verano. Por una carta a Bloch sabemos que había decidido revisar del principio al fin ese texto redactado en plazos obligatorios.

Me ocupo de retocar el *Rin* y de integrar el Demangeon al Febvre un poco mejor. Tarea fastidiosa, más difícil o cuando menos más delicada y lenta de lo que parece. No puedo pedirle a D[emangeon] que la haga él; no es su estilo, y si le hicieran caso se publicaría nuevamente tal cual... Pero no si de mí depende. De buen grado acorté un poco para darle gusto a la S[ociedad] Gen[eral], pero acabé cambiando todo: nada sobre la parte renana de Francia aun cuando se trate de un tema de suma importancia. Nada sobre cómo la frontera del Rin está pavimentada de odios y de pasiones. Hay que rehacer todo esto, y en eso ocupo los pocos momentos libres que me dejan los niños...[46]

Una vez más el proyecto se eterniza. Febvre redacta un nuevo prefacio y una nueva conclusión. Las dos "conclusiones" de la primera versión, claramente diferentes, son suprimidas.[47] Pero sobre todo Febvre rehace su texto, frase por frase, escribe un capítulo más, intitulado "Cómo se hace y se deshace una frontera", y escribe una bibliografía comentada.[48] En el otoño de 1933 se entrega este nuevo

mo, F. Wein (véase la nota 7) menciona esa edición como una publicación completa (L. Febvre, *Le problème du Rhin*, París, s.f.) y le atribuye una aparición demasiado anticipada (p. 63). Un ejemplar de esta edición limitada se encuentra en la biblioteca del Instituto de Historia Regional de los Países Renanos en Bonn.

[45] Según datos proporcionados por Antoine Gaugler (Estrasburgo).

[46] L. Febvre a M. Bloch, 28 de julio de 1932, Archivos Nacionales, fondo Marc Bloch.

[47] La "conclusión" de Febvre para la sección histórica de la edición de 1931 se reproduce en un anexo de la presente edición.

[48] Evidentemente es imposible hacer una lista de la totalidad de las modificaciones realizadas. Mencionemos tan sólo que Febvre modificó el nombre de varios capítulos y subcapítulos, que suprimió algunos y sobre todo, en el tercer capítulo, cambió de lugar párrafos enteros. Globalmente, se obtiene así una versión más condensada, tanto desde el punto de vista intelectual como del estilístico. Algunas metáforas exa-

manuscrito al editor. Pero no será impreso hasta marzo de 1934 y habrá que esperar un año para que el libro aparezca al fin, en febrero de 1935, con nuevo título: *Le Rhin. Problèmes d'histoire et d'économie*.[49]

Al carecer de documentos, sólo se puede especular sobre las razones de esta lentitud inhabitual. Comoquiera que sea, la obra aparece dentro de un contexto político completamente distinto: los nazis están en el poder, el referéndum organizado en Sarre, el 13 de enero de 1935, es una victoria para el Tercer Reich y la remilitarización de Renania es sólo cuestión de tiempo. Febvre, mientras tanto, sigue coleccionando malas experiencias con los *Annales* en Armand Colin. Según él, la tardanza es sin duda culpa del editor, que se rehúsa a incluir ilustraciones y mejorar la presentación de la obra, tal como deseaban los autores. ¿Es posible que el conflicto surgido de todo esto haya provocado una actitud de obstrucción por parte de la editorial? En una carta a Marc Bloch de marzo de 1934, leemos:

El Rin... El manuscrito está en manos de Colin, la impresión está a punto de comenzar, pero si no le había comentado nada a usted es porque este asunto me resulta desagradable. Para empezar, perdí mucho tiempo en un trabajo de revisión fastidioso. Demangeon dejó que yo me ocupara, cosa que me honra, pero me parece que de cualquier forma tendría que haberme ayudado un poco. Evidentemente, hice un trabajo mejor que el que él habría hecho; la tarea de integrar completamente nuestros dos textos fue bastante pesada. Además, los Colin fueron unos idiotas, como siempre. Yo quería láminas, un libro que se vendería por estar bien ilustrado: pero nada, salvo los 2 o 3 miserables mapas que ya estaban; imposible agregar nada; lloriqueos

---

geradas fueron eliminadas. Pero en algunos lugares también se sacrificaron fórmulas interesantes o indicaciones bibliográficas. Por ejemplo, en la parte que corresponde a las ciudades renanas, Febvre remitía a los escritos "meritorios" de Gustav Schmoller y de Karl Bücher, de los que decía que constituían "tesoros envidiados y envidiables" (p. 122 de la antigua edición; cf. pp. 173-174 de la presente edición). Podría decirse que la versión de 1931 es un poco más política y que está dirigida principalmente a un público francés, mientras que la nueva versión de 1935 refuerza el contenido científico del libro.

[49] A. Demangeon y L. Febvre, *Le Rhin. Problèmes d'histoire et d'économie*, París, Librairie Armand Colin, 1935, 304 páginas, 16 mapas y gráficos, formato 14 x 23 cm. El libro está dedicado al presidente de la cámara de comercio de Estrasburgo y presidente del consejo de administración de la SOGÉNAL, Fernand Herrenschmidt, así como al director general del Banco, René Debrix, sin los cuales "estas páginas [...] no hubieran visto la luz".

para que incluyera menos. Es una casa odiosa. Me arrepiento amargamente de haber confiado en ellos.[50]

Un año después, cuando acababa de salir el libro, la misma cantilena:

Seguramente recibió usted mi sempiterno *Rin*. Los Colin se decidieron a sacarlo. No estoy encantado, como usted podría pensar [...] Su tacañería y su necedad rebasan todos los límites.[51]

Con todo, Febvre debe de haberse sentido aliviado de terminar por fin ese difícil proyecto, que había subestimado demasiado. El recibimiento del libro, tanto en su primera como en su segunda versión, fue excelente, lo que compensó el esfuerzo realizado. *El Rin* de 1931 (la primera versión) sin duda contribuyó, junto con *Luther* y los libros anteriores, a su elección para el Colegio de Francia, y eso le permitió finalmente abandonar Estrasburgo, a la que había acabado por detestar. No sin orgullo Febvre mencionó, en su discurso inaugural, su estudio sobre el Rin y su perspectiva crítica.[52] De un trabajo circunstancial, de un simple "trabajo-penitencia", había realizado una obra de una dimensión completamente diferente. Pero, ¿de qué tipo? ¿Un análisis científico? ¿Un ensayo político? En vez de dar una respuesta rápida, volvamos al contexto político de la época en que se redactó el libro. Porque el Rin no era, a la sazón, un tema inocente.

El combate por el Rin

En los años veinte, esta expresión cristalizaba un problema político explosivo. Las tropas aliadas ocupaban a título provisional la totalidad de la ribera izquierda del Rin, así como algunas cabezas de puente. Evidentemente, la administración militar francesa con base en Ma-

[50] L. Febvre a M. Bloch, sin fecha (marzo de 1934), Archivos Nacionales, fondo Marc Bloch.

[51] L. Febvre a M. Bloch, sin fecha (marzo de 1935), Archivos Nacionales, fondo Marc Bloch.

[52] L. Febvre, "De 1892 à 1933: examen de conscience d'une histoire et d'un historien", en L. Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, 1953, p. 9 ss. Véase también *infra*, p. 51ss.

guncia no ocultaba, sobre todo durante los primeros años, que consideraba legítimo y deseable separar esos territorios del resto de Alemania, o cuando menos crear una república renana autónoma que serviría de estado-tapón desmilitarizado. La restitución de Alsacia-Lorena y el retorno de Francia sobre el Rin constituyeron uno de los objetivos principales de la guerra. Por motivos estratégicos y económicos, una fracción de la opinión pública francesa exigía por ello la anexión de una parte de la antigua provincia prusiana del Rin, sobre todo del Sarre, así como la ocupación a largo plazo de la ribera izquierda del Rin. Se creía que sería la única forma de obligar a los alemanes a pagar por los destrozos ocasionados por la guerra y de impedir todo intento de represalia armada.[53] Para justificar estos objetivos se recurrió con frecuencia a argumentos y paralelos de orden histórico: así, la República francesa había sido atacada de nuevo por la monarquía prusiana; ahora le tocaba restablecer las libertades democráticas en el Rin (al igual que en 1792, durante las guerras de la Revolución).[54] Por segunda vez, se daba a Renania, que le tocó en suerte por casualidad a Prusia en 1814-1815, la oportunidad de tomar conciencia de su identidad "occidental" y de constituir, en función de su "genio" (título del libro de Barrès), una región intermedia mitad francesa, mitad alemana.[55] Pero en la lógica bipolar de los ideólogos esta tercera posición "renana", ardientemente anhelada por los franceses, era difícilmente justificable. Desde el siglo XIX se había impuesto, a ambos lados del Rin y desde la Antigüedad, el establecimiento de la frontera romana, la idea de que el "enemigo hereditario" eran los alemanes para los franceses y los franceses para los alemanes. Según que se definiera el Rin como "frontera natural" de Francia

[53] Cf. Pierre Miquel, *La Paix de Versailles et l'opinion publique française*, París, 1972, pp. 281-418; Georges Soutou, "La France et les marches de l'Est, 1914-1919", *Revue Historique* (*RH*), 260, 1978, pp. 341-388. Sobre las contribuciones de los historiadores en particular, cf. Werner Kern, *Die Rheintheorie in der historisch-politischen Literatur Frankreichs im ersten Weltkrieg*, Sarrebrück, 1973; Jacques Fernique, *L'histoire au combat. Les historiens français pendant la Grande Guerre*, tesis de maestría, Universidad de Estrasburgo II, 1985 (inédita).

[54] Para los detalles, cf. los trabajos recientes de F. Wein (véase la nota 7) y, en una perspectiva más antigua, Kern (véase la nota 53) y Dieter Stollwerck, *Das Problem des Rheingrenze unter besonderer Berücksichtigung Ludwigs XIV*, Munich, 1972.

[55] Maurice Barrès, *Les bastions de l'Est. Le génie du Rhin*, París, 1921, p. 9. Cf., en calidad de réplica y de equivalente alemán, Ernst Bertram, *Rheingenius und Génie du Rhin*, Bonn, 1922.

(contra la "barbarie" germánica) o como el "río alemán", se tomaba partido por un campo o por el otro.[56]

En este "combate por el Rin" los historiadores y los geógrafos desempeñaron el papel de suministradores de ideas. Obviamente, los profesores de las universidades francesas y alemanas vieron en él una forma de participar en la batalla política. Durante la primera guerra mundial, muchos universitarios franceses se manifestaron y prepararon el "retorno de Francia al Rin", con títulos tales como *Le Rhin dans l'histoire* (Ernest Babelon), *Le Rhin gaulois* (Camille Jullian) o *Le Rhin français pendant la Révolution et l'Empire* (Philippe Sagnac).[57] Por otra parte, el gobierno francés había nombrado un comité de estudios que primero fue secreto, encargado de levantar un catálogo de reivindicaciones científicamente fundadas con vistas a futuras negociaciones de paz. Los documentos elaborados por este círculo de expertos (informes, debates, mapas) resumen bastante bien el estado de las investigaciones francesas sobre Alsacia y Lorena, el Sarre, Luxemburgo y, sobre todo, los países renanos.[58] Todos exigían la revisión de los tratados de 1871 y que Alemania pagara las reparaciones y garantías militares. Cabe anotar, sin embargo, que con excepción de un general, ningún miembro del comité consideraba que la anexión definitiva de la ribera izquierda del Rin fuera una solución políticamente deseable. Naturalmente, había aquí y allá, sentimientos pro franceses en el seno de la población renana, pero esto no bastaba para imponer por la fuerza o por exclusivas razones de estrategia militar, la nacionalidad francesa a una mayoría definitivamente alemana. El historiador Charles Seignobos, por ejemplo, insistía en que se abandonara

[56] Para un análisis sutil de la hostilidad franco-alemana, véase Michael Jeismann, *Das Vaterland der Feinde. Studien zum nationalen Feindbegriff und Selbstverständnis in Deutschland und Frankreich 1792-1918*, Stuttgart, 1992.

[57] Para mayores detalles y numerosas justificaciones, cf. Kern (véase la nota 53). Para situar a Febvre en medio de esta literatura marcial, cf. mi artículo "Geschichtsschreibung in einer Trümmerwelt. Reaktionen französischer Historiker aud die deutsche Historiographie während und nach dem Ersten Weltkrieg", en Dieter Berg y Otto Gerhard Oexle (ed.), *Mittelalterwissenschaft und Mittelalterbild in Deutschland und Frankreich im ausgehenden 19. Jahrhundert*, Bochum, 1997. Sobre la movilización de los intelectuales franceses en contra de Alemania durante la primera guerra mundial, cf. también Sergio Luzzato, *L'impôt du sang. La gauche française à l'épreuve de la guerre mondiale 1900-1945*, Lyon, 1996, pp. 17ss.

[58] Trabajos del Comité de Estudios, vol. I: *L'Alsace-Lorraine et la frontière du Nord-Est*, París, 1918; vol. II: *Questions européennes*, París, 1919.

la política tradicional de anexiones en aras de un "nuevo método", basado en tratados legítimos y reconocidos en el ámbito del derecho internacional, aun cuando (como por lo demás admitía) ello conllevara renunciar a ciertas ventajas militares.[59] Además de la restitución de Alsacia y Lorena, no pedía pues, *más que* reparaciones financieras (las minas del Sarre, por ejemplo), garantías de pago (por el rodeo de una ocupación militar) y medidas de protección para evitar una nueva agresión.

No se trataba, en todo esto, de mover las fronteras sino de tomar medidas políticas, como el desarme del ejército alemán o su disolución y la instauración de un sistema internacional de arbitraje obligatorio. Con todo, esta posición moderada, que apuntaba a una evolución democrática de Alemania "sin los Hohenzollern y sin los Junker",* no era compartida por todos.[60] Estos sabios de ideas liberales eran la excepción; lo que prevalecía era una virulenta propaganda a favor de la anexión: "No habrá paz duradera sin la barrera del Rin", proclamaba por ejemplo el título-programa de un folleto del historiador Édouard Driault, que encabezaba un influyente Comité de la Ribera Izquierda del Rin.[61] A la postre, habida cuenta de la correlación de fuerzas en el momento de las negociaciones de Versalles y durante los años de la posguerra, las esperanzas de estos maximalistas (entre ellos Foch) no se cumplieron. Comenzó entonces una ocupación cotidiana, de inciertas perspectivas, que culminó con la ocupación del Ruhr por Francia, en 1923, y engendró mucha amargura en los dos campos.[62]

Antes de la guerra, en Alemania, las publicaciones sobre el Rin ha-

[59] *Ibid.*, vol. I, p. 448.

*Aristocracia rural [T.]

[60] *Ibid.*, vol. I, p. 452. El presidente del comité, Ernest Lavisse, apoya a Seignobos. Por desgracia, la importancia de este comité, que no debe encerrarse en el clisé de "literatura francesa del Rin", fue subestimada por Kern (véase la nota 53), p. 294.

[61] *Pas de paix durable sans la barrière du Rhin*, París, 1917. Sobre Driault, especialista en el primer imperio, cf. Kern (véase la nota 53), p. 275ss.

[62] Desafortunadamente, la ocupación francesa de los países renanos no ha sido todavía objeto de una historia crítica que tome en cuenta la vida cotidiana y las emociones populares. Cf., sin embargo, Klaus Reimer, *Rheinlandfrage und Rheinlandbewegung (1918-1933)*, Francfort del Meno, 1979; Martin Süss, *Rheinhessen unter französischer Besatzung. Vom Waffenstillstand im November 1918 bis zum Ende der Separatistenunruhen im Februar 1924*, Stuttgart, 1988; Gerhard Gräber y Mathias Spinder, *Revolverrepublik am Rhein. Die Pfalz und ihre Separatisten*, Landau, 1992.

bían desempeñado un papel menor que en Francia. La derrota y sus consecuencias invirtieron esta tendencia. A semejanza de los ocupantes, que recurrían a argumentos históricos en sus diarios y periódicos (con la asistencia de autores muy competentes, como Charles Schmidt, ya citado),[63] se desencadenó también entre los alemanes una movilización de los historiadores.[64] Se publicaron numerosos libros y folletos y se editaron muchas recopilaciones y periódicos.[65] A menudo sólo servían como contrapropaganda, sin intentar siquiera presentar argumentos válidos al adversario. Se tiene incluso la impresión de que este "combate por el Rin", que alcanzó su apogeo con las grandes fiestas de los mil años de pertenencia de Renania al imperio, sirvió sobre todo para la autoconfirmación y la movilización de la población renana, de la que los nacionalistas y los francófobos (*Franzosenhasser*) de todas clases no estaban completamente seguros. Sin embargo, en el marco de esta "defensa de Renania" (*Abwehrkampf*) aparecieron también algunos trabajos valiosos que abrieron nuevos derroteros a la historiografía renana. El Instituto de Historia Regional de los Países Renanos (Institut für die geschichtliche Landeskunde der Rheinlande), fundado en 1920 en la Universidad de Bonn, se convirtió en el centro de una "nueva" historiografía renana.[66] Desde la fundación de la universidad en 1818, los historiadores de Bonn se habían erigido en voceros de una conciliación entre conciencia regional renana y compromiso nacional: nombres como Heinrich von Sybel, Karl Lamprecht o Aloys Schulte son testimonio de ello.[67] El nuevo instituto fue financiado por los ministerios de Cultura y de los

[63] Schmidt publicó, por ejemplo, numerosos artículos en la *Revue Rhénane*, revista bilingüe editada por el Alto Comisariado francés. Cf. Ingrid Voss y Jürgen Voss, "Die *Revue Rhénane* als Instrument der französischen Kulturpolitik am Rhein (1920-1930)", *Archiv für Kulturgeschichte*, 64, 1982, pp. 403-451.

[64] Cf. Wein (véase la nota 7), pp. 90ss.

[65] Cf. la bibliografía recopilada por Georg Reissmüller y Josef Hoffmann, *Zehn Jahre Rheinlandbewegung. Beschreibendes Verzeichnis des Schrifttums über die Westfragen mit Einschluss des Saargebietes und Eupen-Malmedys*, Breslau, 1929.

[66] Sobre la génesis del instituto, véase el legajo conservado en los Archivos de Prusia en Berlín-Dahlem, NW5, núm. 604, así como Edith Ennen, "Hermann Aubin und die geschichtliche Landeskunde der Rheinlande", *Rheinische Vierteljahrsblätter*, 34, 1970, pp. 9-42.

[67] Véase los estudios biográficos en *Bonner Gelehrte. Beiträge zur Geschichte der Wissenschaften in Bonn. Geschichtswissenschaften*, Bonn, 1968. Aloys Schulte, que en 1918 publicó una crítica erudita de la "teoría francesa del Rin" (*Frankreich und das linke Rhein-Ufer*,

Territorios Ocupados. Haciéndose eco explícitamente de trabajos e instituciones análogos en Francia (lo que era muy exagerado: en realidad era una simple cátedra de historia de la Francia del Este, en Nancy, y unas cuantas publicaciones) estaba encargado de desarrollar investigaciones y propaganda a favor de la *Heimat* regional en la universidad. Debía inmunizarla también contra toda tendencia "autonomista". Por último, debía iniciar investigaciones de fondo y darlas a conocer a través de cursos y seminarios, destinados sobre todo a los instructores y a los archivistas municipales. Pero (hecho poco común), este instituto, dirigido por el historiador Hermann Aubin y el lingüista Theodor Frings, se esforzaba también por mancomunar las diferentes ciencias humanas: la historia, la lingüística, la geografía, la etnología (el "folclore"), la arqueología y la historia del arte.

Muy pronto este nuevo enfoque daría sus frutos: ya en 1922 apareció una primera historia interdisciplinaria de Renania en dos volúmenes, seguida cuatro años después por tres obras publicadas casi simultáneamente. Habrían de hacer época al iniciar nuevos derroteros: un *Pequeño atlas histórico de Renania* (*Geschichtlicher Handatlas der Rheinlande*), un estudio de Franz Steinbach sobre las fronteras étnicas y lingüísticas en la época de los francos (*Studien zur westdeutschen Stammes- und Volksgeschichte*) y una obra colectiva firmada por Aubin, Frings y el folclorista Joseph Müller e intitulada *Corrientes culturales y provincias culturales en Renania. Historia, lengua, folclore* (*Kulturströmungen und Kulturprovinzen in den Rheinlanden. Geschichte-Sprache-Volkskunde*).[68]

Sobre la base de investigaciones consagradas a la historia de la ocupación del suelo, la geografía de los dialectos y las costumbres ru-

---

Stuttgart, 1918; trad. francesa, Lausana, 1918), pudo sostener los inicios del instituto cuando ya estaba retirado.

[68] Hermann Aubin y otros, *Geschichte des Rheinlandes von der älteste Zeit bis zur Gegenwart*, 2 vols., Essen, 1922; ídem (ed.), *Geschichtlicher Handatlas der Rheinlande*, Bonn, 1926 (nueva edición revisada con el título *Geschichtlicher Handatlas der deutschen Länder am Rhein: Mittel- und Niederrhein*, Colonia, 1950); Franz Steinbach, *Studien zur westdeutschen Stammes- und Volkgeschichte*, Jena, 1926 (reedición en Darmstadt, 1962); Hermann Aubin, Theodor Frings y Josef Müller, *Kulturströmmungen und Kulturprovinzen in den Rheinlanden. Geschichte-Sprache-Volkskunde*, Bonn, 1926 (reedición en Darmstadt, 1966). Actualmente, este libro se presenta con frecuencia como una anticipación de la historia a la manera de los *Annales*. Para una crítica de esta tesis, véase Peter Schöttler, "Il 'paradigmo delle *Annales*' e la storiografia tedesca (1929-1939), un trasferimento di scenzia tra Germania e Francia?", *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, 14, 1993 [1994], pp. 43-

rales (cuyos resultados se transcribieron frecuentemente en mapas), esta última obra aspiraba a demostrar de manera diacrónica el carácter germánico (y por ende alemán...) de los territorios renanos, "espacio" cultural definido desde la alta Edad Media. Pero estas contribuciones provenientes de disciplinas muy diversas no estaban verdaderamente vinculadas entre sí; el conjunto conformaba una experiencia un poco esotérica cuyo objetivo era más bien probar las nociones básicas de una "morfología cultural totalizadora de Alemania".[69] De todos modos el libro fue publicado en esta forma provisoria, sin duda debido al retiro de Aubin, que dejó la universidad de Bonn, en 1925. No obstante, podría parecer sorprendente que no contuviera ninguna perspectiva política directa. Algo superfluo en ese contexto, ya que los propios autores y sus alumnos podían dar a conocer más claramente sus ideas políticas en cualquier otra parte: en la prensa renana y en diversas recopilaciones dirigidas a un público más amplio, en las que colaboraban los miembros del instituto en Bonn, al igual que en ocasión de las festividades del milenio, que en toda la región tomaron la forma de una especie de festival antifrancés.[70] Diez años más tarde, ya durante el régimen nazi, el referéndum sobre el Sarre fue también el pretexto para una extensa propaganda histórica en la que participaron los investigadores de Bonn con libros y atlas.[71]

Todas estas investigaciones sobre historia regional, realizadas intensivamente por lo que más tarde se llamaría la Escuela de Bonn, y que culminarían en la elaboración de un enfoque parcialmente novedoso, son de gran importancia para la comprensión del contexto

[69] Aubin, Frings y Müller (véase la nota 68), p. 27.

[70] Véase Aloys Schulte (ed.), *Tausend Jahre deutscher Geschichte und deutscher Kultur am Rhein*, Düsseldorf, 1925; Franz Steinbach, *Schiscksalsfragen der rheinischen Geschichte*, Stuttgart, 1925, pp. 107-108, así como la literatura mencionada por Wein (véase la nota 7).

[71] Cf., entre otros, Martin Herold, Josef Niessen y Franz Steinbach, *Geschichte der französischen Saarpolitik*, Bonn, 1934; Hermann Overbeck y Georg Wilhelm Sante en asociación con Hermann Aubin, Otto Maull y Franz Steinbach (eds.), *Saar-Atlas*, Gotha, 1934. Sobre la participación de la Escuela de Bonn en la época del nazismo, cf. Karen Schönwälder, *Historiker und Politik. Die deutsche Geschichtswissenschaft im Nationalsozialismus*, Francfort del Meno/Nueva York, 1992, p. 38ss; así como mi estudio: "Die historische 'Westforschung' zwischen 'Abwehrkampf' und territorialer Offensive", en Peter Schöttler (ed.), *Geschichte als Legitimationswissenschaft 1918-1945*, Francfort, 1997.

en el que se coloca el libro de Febvre. Por supuesto, el historiador se ocupa primero de los clisés ampliamente difundidos, y en segundo lugar de los argumentos más diferenciados de sus colegas alemanes. Pero como estas nuevas investigaciones fueron inmediatamente utilizadas con fines propagandísticos, los dos niveles acabaron por entrecruzarse, sin mencionar la participación individual de los profesores alemanes en lo que se dio en llamar el "combate fronterizo y étnico" (*Grenz- und Volkstumskampf*). Visto desde Francia, se presentaría como la prolongación obstinada de una posición que conduciría a la primera guerra mundial.

No cabe la menor duda de que Lucien Febvre conocía la mayoría de las publicaciones alemanas sobre el Rin, en especial los libros del instituto de Bonn. Si bien su texto carece de notas y sólo raramente aparecen los nombres de autores o los títulos de obras, el *Handatlas* dirigido por Aubin está citado en tres ocasiones.[72] Otras obras de la Escuela de Bonn se mencionan en la bibliografía. Como prueba del interés especial que Febvre tenía en estas investigaciones alemanas, consúltense sus reseñas: en 1929 publicó una reseña detallada, y bastante positiva, del *Handatlas* de Aubin; más tarde publicaría críticas del *Atlas de Alsacia y Lorena* (*Elsass-Lohringen-Atlas*) y del *Atlas del Sarre* (*Saar-Atlas*), concebido también por los geógrafos de Bonn.[73] Otras publicaciones, como los trabajos de Steinbach, fueron analizados por Marc Bloch en sus voluminosos *Bulletins historiques* consagrados a la Alemania medieval.[74] Cabe suponer que Febvre también tuvo conocimiento de ellas y que pidió prestadas estas obras a su colega. Al aceptar el encargo de la SOGÉNAL y al trabajar sobre *El Rin*, tenía presentes (debido a la enseñanza que impartía en Maguncia) tanto el alboroto político de la actualidad renana como la retórica ya simplista, ya sutil, de la literatura francesa y alemana sobre el tema. En ese momento necesitaba tomar distancia y poner por escrito sus propios "puntos de vista sobre el Rin".

[72] Todas las indicaciones de páginas remiten a la presente edición.

[73] Cf. Lucien Febvre, "Géographie historique et géopolitique: Ouvrages récents", *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*, 96, 1929, pp. 401-408; reproducido en L. Febvre, *Pour une histoire à part entière*, París, 1962, pp. 130-138.

[74] Cf., por ejemplo, *RH*, vol. 158, 1928, p. 137; *RH*, vol. 163, 1930, p. 366ss.

Crítica de la mitología renana

Desde la primera página queda claro que la intención de Febvre no es proporcionar una "historia" exhaustiva del Rin sino hablar sobre "problemas", ya sea tomados de la historia renana y traídos al presente o, a la inversa, tomados del presente y proyectados a la historia. Frente a los acontecimientos dramáticos de Renania, su deber de historiador se resume de la siguiente manera:

Lee y escucha las voces del presente que protestan y que cubren o refuerzan las voces discordantes del pasado. Valerosamente, aspirando a elevarse por encima de la masa contradictoria de hechos y de interpretaciones, intenta desprender de ella algunas visiones de conjunto sobre el papel, el valor y, por así decirlo, la significación del Rin en las diversas épocas del pasado europeo [Prefacio, p. 61].

De esta manera la perspectiva se modifica doblemente:

Entonces, ¿llevar a cabo esta labor de reorientación [...] ¿no significa realizar dos tareas? Una es negativa: disipar el espejismo de estas seudofatalidades, y otra positiva: mostrar en la historia del Rin, todos los hechos y acontecimientos diferentes, radicalmente diferentes de aquellos con los que, precisamente, se suele tejer la trama de discordias y conflictos [Prefacio, p. 62].

A esta tarea, "negativa" y "positiva", política y científica, se refiere el subtítulo elegido por Febvre para la segunda edición: *Mitos y realidades*, y el objetivo a largo plazo asentado en el prefacio:

Contribuir a disipar los nubarrones cargados de catástrofes [¡Febvre escribe esto en 1932-1933!], a remplazar una historia particularista de guerras y de odios por una historia pacífica de intercambios y uniones [Prefacio, p. 63].

De esta manera el libro podría servir, "teniendo como única preocupación el conocimiento objetivo: para iniciar la redacción de una historia humana del Rin viviente".

Pero, ¿cómo iniciar la redacción de una historia del Rin "radicalmente diferente"? Para empezar era necesario derribar a los ídolos adorados por la historiografía tradicional. Esta tarea de Febvre es particularmente visible en la primera versión del libro. En 1931, en

efecto, el primer párrafo del primer capítulo enuncia el siguiente principio:

Al inicio de su *Instauratio Magna*, Francis Bacon, estadista desafortunado pero empirista clarividente, denuncia las cuatro grandes fuentes de ilusiones que, para falsear los juicios humanos, interponen sus espejismos entre el espíritu y la realidad. Siguiendo su ejemplo, al iniciar este trabajo elaboremos sin tardanza, antes de embarcarnos en las rápidas aguas del Rin, la lista de los ídolos seculares que abruman sus orillas con sus maleficios. De todos modos, esta lista tampoco es demasiado larga.[75]

En la recomposición del libro Febvre suprimió esta entrada en materia (tal vez debido a su carácter demasiado didáctico), así como cualquier referencia ulterior a la doctrina de Bacon sobre los ídolos. De los cuatro subcapítulos, correspondientes a cada uno de los ídolos que habría que derribar, sólo quedan tres. Pero los ídolos siguen siendo los mismos: el determinismo seudogeográfico de las "fronteras naturales", el racismo seudocientífico con su oposición esquemática entre braquicéfalos y dolicocéfalos, el pretendido antagonismo entre celtas y germanos. Termina con el "ídolo dinástico", del que dice en la primera versión que fue creado especialmente para "confrontar al historiador, sentado sobre un montón de enormes volúmenes *in-folio* [...] y que, plenamente satisfecho, mira desde la altura los siglos ruidosos y sin sorpresas: es una línea recta que nos lleva de la paz de Verdún de 843 a la batalla de Verdún de 1917".[76]

Todo el libro, en sus dos versiones, está jalonado de pasajes críticos semejantes y de burlas tanto contra las obsesiones alemanas como contra las francesas: desde el mito de las "fronteras naturales" hasta la ilusión de creer que los renanos no se convirtieron en prusianos sino que, por el contrario, son susceptibles de entusiasmarse con una república autónoma protegida por Francia. Febvre es especialmente vehemente cuando emprende la guerra contra la desviación de la historia ejercida por los nacionalistas de ambos campos. Al proyectar a un distante pasado la imagen del enemigo contemporáneo, no sólo

[75] Société Générale Alsacienne de Banque (ed.), *Le Rhin* (véase la nota 25), p. 7. En adelante esta edición se citará como "primera versión", seguida de la mención de la página.

[76] Primera versión, p. 41.

legitiman las agresiones políticas sino que dificultan o destruyen, también, las relaciones a largo plazo entre vecinos, en el seno del espacio limítrofe. El proyecto político de una alianza franco-alemana (en el sentido más amplio) depende, pues, de la capacidad de rebasar semejantes proyecciones (a)históricas: de "Verdún" a "Verdún".

Para un epígrafe, Febvre escogió una célebre cita de Montesquieu:

> Trasladar a los siglos pasados todas las ideas del siglo en que se vive es, entre los orígenes del error, el más fecundo [Prefacio, p. 59].[77]

Según Febvre, semejantes anacronismos son muy corrientes entre los historiadores profesionales, sobre todo en tiempos de crisis:

> Debido a un mecanismo natural del espíritu, los historiadores proyectan hacia los siglos este pasado próximo y este presente vivo. Inocentemente imaginan que la tragedia que viven es eterna. Y de una historia, en gran medida humana, de intercambios, préstamos, contactos intelectuales, religiosos o artísticos (para no entrar en el terreno de los hechos económicos), hacen, a menudo a su pesar, rehacen por un violento esfuerzo retrospectivo, una historia inhumana, plagada de asesinatos y de guerras. Mejor dicho: sin motivo, hacen recaer en el pasado del Rin, el peso abrumador de las fatalidades, que somete las voluntades humanas al yugo de un destino a la vez ciego y finalista [Prefacio, p. 61].

En este caso no se trata sólo de una crítica de orden psicológico. Febvre ve sobre todo una correlación entre la manera de pensar de los historiadores y los métodos dominantes de la historiografía. No pierde la ocasión de criticar la "sempiterna historia político-diplomática" (p. 188) que hace abstracción total de las condiciones sociales, económicas y culturales y que no se interesa más que en los reyes, las batallas y las intrigas diplomáticas. Semejante historia contribuye a la disolución y a la distorsión política de la historia europea, especialmente de la historia franco-alemana. Los historiadores de la diploma-

[77] Para la interpretación de esta cita, cf. sobre todo Camille Jullian (ed.), *Extraits des historiens du XIXᵉ siècle*, París, 1897, p. CXXVI. Por supuesto, Febvre conocía perfectamente este vademécum de todos los estudiantes de historia de principios de siglo. Para una lectura filosófica más reciente, véase el *Montesquieu* de Louis Althusser, que eligió también esta cita como epígrafe (París, 1959, p. 5).

cia imitan de alguna manera a los (malos) diplomáticos que "no quieren ver que el *homo politico-diplomaticus*, abstracción de abstracciones, no tiene realidad más que en el seno del *homo universalis*, el perpetuo desconocido..." (p. 221).

Febvre, por el contrario, se interesa en los "pueblos desbordantes de sustancia y de vida" (p. 109), en los seres *reales* que, durante los buenos o los malos periodos, viven en una determinada región, trabajan, oran, aman, odian y se adaptan a su entorno natural y social al tiempo que lo transforman. Una de las tesis fundamentales de esta obra consiste en decir que el Rin no es un don de la naturaleza sino el producto de la historia de los hombres. Éstos no han sido los únicos que han tenido que adaptarse al Rin, el río mismo es inconcebible sin tener en cuenta las intervenciones humanas a lo largo de milenios. Luego, es inútil imaginar un estado original de los lugares o de las "razas". Al contrario, para cada periodo y para cada sociedad son necesarios nuevos análisis sobre el papel desempeñado por el río.

Esto es lo que Febvre intenta hacer a grandes rasgos: estudia sucesivamente la síntesis entre civilización romana y germánica, el papel de la Iglesia, las ciudades, los príncipes y las dinastías que, a ambos lados del Rin, persiguen sus propios intereses sin ocuparse de los hombres y de las mujeres que se ven afectados. Se desprende de aquí que la función política de frontera que tiene el río, es un fenómeno relativamente reciente que no se presenta hasta los siglos XVI y XVII, y que se amplifica en el marco del nacionalismo de los siglos XIX y XX. Es pues, absurdo elaborar una "prehistoria" milenaria para justificar los conflictos y las reivindicaciones territoriales del presente:

> Entre estos francos merovingios y carolingios que hablaban un dialecto germánico, que vivían, combatían y pensaban como bárbaros, y la Alemania o la Francia de hoy, ¿qué relación puede haber? [...] La historia no es un baile de máscaras [p. 125].

El capítulo más extenso del libro está consagrado a las "ciudades del Rin". Para Febvre, especialista en el Renacimiento, la historia del Rin es ante todo una historia de la cultura ciudadana y burguesa que alcanza su apogeo a principios del siglo XVI. Sin engrandecer desmesuradamente las repúblicas urbanas (estigmatiza, por ejemplo, el egoísmo de la burguesía), estima que encarnan el ideal fugaz de una "cultura burguesa, urbana y renana *a la vez*" (p. 173). Por supuesto,

se refiere aquí a Estrasburgo,[78] pero también a Basilea, "uno de los lugares santos de nuestra civilización".[79] En una de esas impresionantes miniaturas que se encuentran a todo lo largo del libro y que confieren tanta claridad a sus análisis, describe a Bonifacio Amerbach, a su juicio el mejor representante de un modo de vida y de una mentalidad de los que no se podría decir si son puramente "alemanes" o puramente "suizos":

> Bonifacio Amerbach, el representante de un tipo físico y moral bastante raro, sin duda. Pero más aún el producto de una cultura. De la cultura verdaderamente humana de esas ciudades del Rin, creaciones magníficas de un río y de su genio, cuando se sentían libres de sus afinidades, libres de recurrir a ellas, en este fin de la Edad Media todavía tan sujeta a las necesidades de las políticas nacionales, las energías y los talentos de los hombres de voluntad cándida, cualquiera que fuera su origen, el sello del estado [p. 172].

Pero las ciudades renanas no conforman un estado común: no son más que islotes en el seno de grandes o, la mayoría de las veces, pequeños principados. "Se hablan, pero tal como se responden, de Ouessant a Saint-Mathieu, los faros separados por un mar embravecido" (p. 181). El Rin no pudo, pues, constituirse una "cultura homogénea" (p. 181); ha vivido un "dualismo fatal" que no ha hecho más que acentuarse entre, por un lado, los burgueses de las ciudades y, por el otro, los campesinos y los príncipes. En el largo plazo, las consecuencias son la inestabilidad política y la fragmentación de la nación alemana. Así comienza la tragedia de los países renanos (en plural) que Febvre intenta analizar en el cuarto capítulo, añadido en 1932-1933, relativo a la formación de la frontera franco-alemana.

Febvre fue uno de los primeros historiadores (ya desde 1922, en su libro sobre la geografía, luego en un artículo de 1928) en interesarse en la historia de las "fronteras" y los "límites". Un voluminoso legajo de sus archivos muestra que había realizado investigaciones sobre este tema durante años.[80] No le cabe la menor duda de que los

[78] Cf. su artículo "La France et Strasbourg au XVIe siècle", *La Vie en Alsace*, 1925, núm. 12, pp. 239-244; 1926, núm. 2, pp. 32-39.

[79] Archivos Werner Kaegi, Basilea; carta de Lucien Febvre a Werner Kaegi, 8 de julio de 1946.

[80] L. Febvre, "Frontière: Étude de vocabulaire historique", *Bulletin du Centre Inter-*

países renanos, con excepción de Alsacia, pertenecen a Alemania. Pero, ¿qué es Alemania? Pensar que Prusia es la única representante de Alemania, pretensión que se originó en el siglo XIX, no se justifica para el historiador, porque hay otras posibilidades que considerar. ¿Acaso la presencia prusiana en el Rin no se debe a los convenios diplomáticos del congreso de Viena, convenios que habrían podido tener un resultado completamente diferente? ¿Acaso Francia no perdió el Sarre hasta después de la guerra de los cien días? Pero, sobre todo, ¿se preguntó alguna vez a los habitantes germanohablantes de lo que alguna vez fueron los departamentos del Rin –Mont-Tonnerre, Rin-y-Mosela y Roer, para no mencionar Bouches-du-Rhin, Bouches-de-la-Weser y Bouches-de-l'Elba– a cuál estructura estatal querían pertenecer? ¿Y acaso esta población no había rechazado durante años a los amos subsiguientes que no pudieron integrar a la sociedad civil renana más que "prusianizándola" de manera sistemática, por la fuerza si era necesario?[81]

Para los contemporáneos, el capítulo de contenido político más explosivo era este último. Al definir los países renanos como una región histórica situada entre el Este y el Oeste, Febvre sobrentiende, evidentemente, que no conforman ese "corazón" de Alemania que invocaban los nacionalistas de los años veinte. Al calificar al Rin de "río europeo", de "vía de comunicación" o de "enlace" entre las culturas y las lenguas, Febvre impugna la famosa tesis del "río sagrado de los alemanes". Es en este capítulo donde se le escapan algunas ob-

---

national de Synthèse, junio de 1928, núm. 5, pp. 31-34 (reproducido en L. Febvre, *Pour une histoire...*, véase la nota 73, pp. 11-24). Las notas y los trabajos preparatorios de Febvre se conservan en sus archivos personales (legajo "Frontière"). En un artículo por lo demás importante sobre el plan metodológico ("Grenzziehungen und die Herstellung der politisch-sozialen Raumes. Zur Begriffsgeschichte und politischen Sozialgeschichte der Grenzen in der Frühen Neuzeit", en Bernd Weisbrod [ed.], *Grenzland. Beiträge zur deutsch-deutschen Grenze*, Hannover, 1993, pp. 195-207), Hans Medick reprochó recientemente a Febvre no haber prestado suficiente atención a la realidad cotidiana de las fronteras y a las relaciones de los hombres entre sí. Después de leer *El Rin* no se puede sostener este reproche.

[81] En la historiografía alemana era impensable, hasta hace poco tiempo, tomar en cuenta semejantes interrogatorios, que parecen demasiado "franceses". Luego apareció el libro de Manfred Koltes, que examina por primera vez, apoyándose en documentos, los sentimientos pro franceses y antiprusianos de los renanos: *Das Rheinland zwischen Frankreich und Preussen. Studien zu Kontinuität und Wandel zu Beginn der preussischen Herrschaft 1814-1822*, Colonia, 1992.

servaciones que hoy nos parecen sorprendentes, tanto respecto del vocabulario como de las ideas. Porque, en su argumentación tanto como en su elección de las metáforas, utiliza a menudo oposiciones que se asemejan mucho a las que critica: por ejemplo, describe a Prusia como una potencia oscura, oriental, bárbara y prácticamente asiática, naturalmente asociada al militarismo, al protestantismo, al irracionalismo ("los poetas y los filósofos románticos"), a la agresividad. ¿No son las diferencias sociohistóricas tan necesarias para Prusia como para los demás países? También el nacionalismo, que en el siglo XIX era un fenómeno europeo, se ve reducido a un "virus" alemán, al grado que el "chauvinismo" francés es presentado como una especie de fenómeno de contaminación (p. 202). El movimiento de unificación alemana y las guerras contra Napoleón, llamadas "de liberación" (*Befreiungskriege*), son tratados con toda la negatividad que un francés pueda concebir. Podríamos citar otros pasajes igualmente problemáticos.[82] En cambio, Febvre juzga con asombrosa indulgencia algunos episodios sobresalientes de la historia de Francia. Solamente Talleyrand y Napoleón, al que irónicamente tilda de "el amo", son criticados del principio al fin. Incluso en la versión revisada, donde muchas expresiones fueron dulcificadas, el libro contiene todavía varios pasajes donde la identificación con Francia cumple casi la función de argumento, dejando los hechos históricos en la sombra. Por ejemplo, la extensión de la monarquía hacia el este y la conquista de Alsacia durante el reinado de Luis XIV, a la que en Francia se dio el nombre de "anexión" (*Anschluss*), son presentadas como una especie de pacificación (p. 194).[83] En cambio, da a la política hegemónica de Prusia

[82] Véase, por ejemplo, la forma en que Febvre define a Bonifacio: "inglés formalista que creció dentro del desprecio de los ingleses por las irregularidades" (p. 128), o sus observaciones despectivas sobre los campesinos o las capas inferiores de la población (p. 181). Al igual que sus comparaciones entre el ejército francés y el ejército romano y la administración colonial (p. 94) que hoy son conflictivas y revelan la identificación del autor con el imperio colonial francés.

[83] En este punto Febvre pudo apoyarse en los sólidos trabajos de Gaston Zeller: *La réunion de Metz à la France (1552-1684)*, 2 vols. París, 1926, al que reprochaba únicamente que hubiera abordado el tema desde la perspectiva de la historia diplomática y descuidado los aspectos sociales (*Revue d'Histoire Moderne*, 3, 1928, pp. 41-47). Véase además la presentación general de Zeller de la historia política de las fronteras: *La France et l'Allemagne depuis dix siècles*, París, 1932, así como el libro de un historiador estrasburgués, Félix Ponteil, *Brève histoire de l'Alsace*, Estrasburgo, 1937. Recientemente, Peter Sahlins presentó un balance crítico de las discusiones sobre la "frontera natural": "Na-

en el siglo XIX el nombre de "reconquista" (p. 203). Y no es difícil adivinar a qué se refería el autor.

Febvre, pues, tampoco estaba libre de prejuicios. Su presentación del Rin es la de un contemporáneo, de un francés que vivió la primera guerra mundial, convencido, al igual que todos sus lectores franceses, de encontrarse del lado de los justos. Pero, fuera de estos pocos pasajes, la identificación del autor con la causa justa sigue siendo objetiva y racional. Como cuando, en el prefacio, critica el mito de la "raza" y declara que "un francés no sabría blandir, frente a un extraño, [este] concepto [...] sin traicionar el deseo de una nación siempre acogedora" (p. 62). Y Febvre nos recuerda con orgullo que fueron los historiadores franceses Michelet, Fustel de Coulanges y Jullian los que expulsaron de la ciencia histórica el concepto de raza, tan preciado del otro lado del Rin.[84]

La conclusión del libro es igualmente sobria y racional, porque Febvre no se hace ninguna ilusión sobre la probabilidad de alcanzar, en el corto plazo, una alianza franco-alemana: "El Rin sigue siendo el río que reúne, pese a los rencores políticos y los conflictos –escribe–, pero dentro de los límites actuales de nuestras mentalidades nacionales la cuestión del Rin no tiene solución" (p. 229). Por eso prefiere cambiar de terreno y abordar la cuestión únicamente desde el punto de vista histórico, dejando atrás la actualidad política.

Un libro de dos dimensiones

El texto de Febvre plantea una gran cantidad de cuestiones. Cuestiones políticas e históricas, directas e indirectas. Muchas de ellas son, por lo demás, retóricas o irónicas, y corresponden al estilo del autor, pero también al tema y los límites que una publicación conmemorativa impone. Para evitar la tradicional historia político-diplomática y su séquito de victorias y derrotas, tratados de paz y rompimientos, Febvre

tural frontiers revisited: France's boundaries since the seventeenth century", *American Historical Review*, 95, 1990, pp. 1423-1451.

[84] Cf. sobre todo el prefacio de Febvre, t. VII, para la *Encyclopédie française*, 1936, pp. 3-12, donde denuncia el concepto de raza como "mito romántico" e "ídolo sangriento". Volvió sobre este tema en *La Terre et l'évolution humaine* (véase la nota 15) y en varios de sus cursos.

elige un enfoque amplio e interdisciplinario. Para ello se apoya en sus conocimientos históricos y geográficos, pero también en las investigaciones sobre lingüística, como las de Antoine Meillet, o en los trabajos arqueológicos como los del renano Karl Schumacher. Consciente de sus lagunas ("Me vi obligado a navegar en medio de tantos escollos", escribe a Pirenne),[85] y como se dirige a un público extenso, adopta, más que en sus demás libros, la forma relajada del ensayo histórico. Deliberadamente utiliza el estilo de la "imagen elocuente" (p. 77), recurre a sus propios recuerdos (visitas a museos en Maguncia y Colonia, viajes turísticos a Tréveris y Basilea, sin mencionar Estrasburgo), o bien se dirige al lector en una especie de diálogo ficticio. De esta manera toma cuerpo un extraordinario texto, vivo y expresivo, "un fuego artificial del lenguaje", como observó un crítico alemán, a medias desdeñoso, a medias admirado.[86] Este brote de luz se extingue naturalmente más rápido que la llama del hogar. Este libro se presenta, pues, en la obra de Febvre, como una suerte de simétrica inversa de su gran obra sobre la religión de Rabelais: *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle*, que publicó en 1942 tras diez años de investigaciones. En el prefacio de este libro, de escritura magistral aunque erudita, dice explícitamente: "Me causaría bastante pesar que vieran en él la iluminación de un ensayista, un brillante esbozo, una improvisación".[87] Los peligros del ensayo, género elegante y fácil, muy apreciado en Francia (todavía hoy), y que se contrapone de buena gana a la "erudición alemana", le son bien conocidos.[88] Y sin embargo, en su libro sobre el Rin, recurre sin cesar al "esbozo" (p. 63), a la "sensación" (p. 160), incluso a la "vista aérea"[89] y al "rápido esquema, más simbólico que real".[90] Este libro, precisamente, no podía ser más que un ensayo, un brillante esbozo, una improvisación. He aquí su dilema, pero tal vez

[85] Carta del 22 de abril de 1932, en Lyon (véase la nota 32), p. 143.

[86] Gottfried Pfeifer, en *Rheinische Vierteljahrsblätter*, 6, 1936, p. 96.

[87] L. Febvre: *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*, París, 1968 (primera edición: 1942), p. 19.

[88] Así, durante la primera guerra y después, hubo un debate muy serio para decidir si las notas eruditas de pie de página no tenían algo de "alemán". Grandes obras históricas "a la francesa" renunciaron por ello a este sistema. A Febvre lo tenía sin cuidado y citaba a Camille Jullian, "el traidor" que incluía notas al pie de página, "Publications d'après-guerre dans le domaine de l'histoire moderne", *Revue de synthèse historique*, 34, 1992, p. 127ss.

[89] Primera versión, p. 120.

[90] *Ibid.*, p. 146.

también su posibilidad. Porque con la forma provisional de un ensayo corto y actual, el autor podía presentar una concepción diferente de la historia e iniciar, en un punto en particular, un nuevo programa de investigación.

Esto se aplica sobre todo al último capítulo, el más difícil, que habla de la formación de la frontera franco-alemana. Es asombroso que Febvre no se explaye casi nunca sobre la situación de los territorios ocupados a la sazón por Francia. No menciona más que de paso las controversias del siglo XIX, como si todo este asunto fuera bien conocido. En cambio, analiza detalladamente las lagunas de la investigación histórica sobre los levantamientos decisivos que siguieron a la Revolución, y en este sentido no escatima la crítica política. Cuando habla de "Viena" en 1815, todos los lectores pueden seguir su mirada y pensar en "Versalles" en 1919. Con gran sensibilidad, Febvre menciona igualmente las poblaciones directamente afectadas por los desplazamientos fronterizos, las guerras, los tratados de paz, obligadas a vivir en el frente, o entre dos frentes. Prepara el terreno para una nueva problemática que podríamos llamar "historia de las mentalidades fronterizas en el espacio franco-alemán". Ésta no se basa en determinismos dudosos como la raza, la lengua o el *Volk* en el largo plazo (en este plano, las ideas de Febvre son enteramente incompatibles con las de la Escuela de Bonn), ni en los conflictos políticos recientes de los siglos XIX y XX en el corto plazo. En vez de ello Febvre propone un programa de investigación sociohistórica que tome en consideración las reacciones de los renanos ante las reformas "francesas" de fines del siglo XVIII:

> ¿Dónde están los análisis de estructura social, los únicos que podrían arrojar luz sobre semejantes reacciones y, por anticipado, sobre las reacciones del Rin ante las reformas revolucionarias? Pero, vamos, la historia está hecha, en su minucioso detalle, de las marchas y contramarchas de Custine, de las negociaciones diplomáticas de los renanos, de las deliberaciones de los comités de asambleas revolucionarias [p. 207].

Lo que Febvre desea formular ante todo es un concepto realista de frontera. Con este fin, nadie debe dejarse influir por las delimitaciones políticas, sino considerar, en el seno de los espacios fronterizos, las estructuras sociales que se desarrollan o desaparecen, así como las relaciones emocionales entre los habitantes:

No hay frontera cuando dos dinastías, establecidas en terrenos a los que explotan, plantan, compartiendo los gastos, algunos mojones blasonados a lo largo de un campo, o trazan en la mitad de un río una línea ideal de separación. Hay frontera cuando, pasada esta línea, encuentra uno un mundo diferente, un complejo de ideas, de sentimientos, de entusiasmos que asombran y desconciertan al forastero. Una frontera, en otros términos: lo que la hunde con fuerza en la tierra no son los gendarmes ni los agentes aduaneros ni los cañones amurallados, sino los sentimientos, las pasiones exaltadas –y los odios [p. 208].

Es urgente, entonces, reflexionar sobre estos sentimientos y estas pasiones, porque no existe

no hay historia de los sentimientos renanos durante estos cien años. Ni tampoco historia de los sentimientos franceses respecto de Renania, de su evolución y de sus vicisitudes. Como siempre, los historiadores no han mirado más que hacia las cancillerías y las diplomacias. Los pueblos, por detrás, ¿apoyaban con íntima adhesión –esa que ningún gobierno es capaz de provocar– los proyectos que elaboraban, los planes que proponían? ¿Les darían o les negarían el asentimiento profundo sin el cual una política no es más que un juego caduco, una victoria tambaleante? Enigmas. ¿Cuándo será que, detrás de una historia diplomática a menudo inoperante, las indagaciones nos revelarán las realidades profundas de la vida de los pueblos? [p. 214].

Lo que Febvre esboza aquí, y en otros pasajes, es todo un programa de investigación sobre lo vivido y las mentalidades que no se modifican, en general, más que lentamente (con excepción de los periodos de agitación) y que definen la voluntad de pertenencia de un pueblo a una nación.[91] Ahora bien, Febvre, que creció en Nancy y vivió en Estrasburgo de 1919 a 1933, conocía todos los argumentos inoperantes de orden militar, geográfico o lingüístico.

[91] Como Febvre sabía que la investigación concreta sobre los países renanos estaba mucho menos desarrollada del lado francés que del alemán, sugirió en 1935, en su calidad de presidente de la Comisión de Investigaciones Colectivas de la *Encyclopédie française*, temas de investigación que hubieran homologado las que se realizaban en Alemania. Véase el informe de André Varagnac: "Quelques résultats de la recherche collective en France. La route du Rhin et les paysans rhénans", *Revue de Synthèse*, 11,

El Rin *y su acogida en Francia y en el extranjero*

No es sorprendente que este libro poco común, y que apareció en edición limitada, haya pasado inicialmente inadvertido en el mundo universitario. Si bien la calidad científica y literaria de la publicación superó con mucho las expectativas de quienes lo solicitaron,[92] fue sólo cuando apareció la edición de 1935, destinada al gran público, que la obra tuvo cierto eco en los diarios y fue objeto de algunas discusiones en las revistas extranjeras.

Marc Bloch fue el primero en presentar la obra de la SOGÉNAL al público universitario, en uno de los boletines de investigación sobre la historia de la Edad Media alemana que publicaba regularmente en la *Revue Historique*.[93] Según sus palabras, el Rin es "uno de los grandes personajes de la historia alemana"; pero no basta con subrayar la importancia del río para los hombres en el curso de los siglos y recordar cuáles fueron las corrientes civilizadoras que cruzaron sus orillas. También es necesario luchar contra "la masa de ideas falsas acumuladas en una extensa literatura a ambos lados de sus fronteras actuales". Precisamente a esta difícil tarea consagra Febvre su "ensayo" (!), "dirigido a un público de hombres cultivados". Bloch no sólo le atribuye una "imparcialidad absoluta" y una sensibilidad particular a los lazos entre presente y pasado, a las relaciones entre política e historia, sino que le reconoce sobre todo una "facultad de percepción visual que pocos historiadores, incluso los mejores, poseen con tanta fuerza [...] ya se trate de paisajes naturales o de paisajes humanos". Después de este cumplido, da a entender también que el análisis de Febvre adolece de algunas debilidades. Por lo que "somete" a su colega "algunas observaciones" para el día en que desee profun-

---

1936, pp. 83-87. Sobre el contexto de estas investigaciones, cf. Tiphaine Barthélemy y Florence Weber (eds.), *Les campagnes à livre ouvert. Regards sur la France rurale des années trente*, París, EHESS, 1989, p. 227ss.

[92] He aquí lo que escribió, por ejemplo, René Debrix, el director del Banco, a Febvre: "Usted ha escrito para el historiador, para el erudito. Sólo de ellos espera los votos. Pero ha hecho uso de una pluma tan vigorosa, tan poética, tan vivaz, que el duro comerciante renano que soy, proyectado por un instante lejos del pensamiento de la ganancia, se deja tocar, seducir, subyugar por sus cuadros evocadores" (15 de julio de 1931, Archivos de la SOGÉNAL).

[93] M. Bloch, "Histoire d'Allemagne. Moyen Âge", *RH*, vol. 169, 1932, pp. 615-655, aquí pp. 618-620. *Idem* para las citas siguientes.

dizar en sus "indicaciones, necesariamente un poco apresuradas". Luego viene un largo pasaje sobre la actitud de las ciudades renanas en la Edad Media, hecho bastante sorprendente: cuando Bloch y Febvre trabajaban en oficinas contiguas en la Universidad de Estrasburgo, el menor escribe al mayor una carta encomiástica, sí, pero de lección "medieval". Es, pues, poco probable que Bloch haya leído el manuscrito antes de su publicación. ¿Cuál sería la reacción de Febvre? No lo sabemos. De todos modos, durante los años siguientes el libro tuvo algún papel entre los dos directores de los *Annales*, dado que Marc Bloch hizo un resumen de esta "obra de circunstancia" en dos ocasiones más.

Y es que la publicación de la SOGÉNAL debía ser presentada también a los lectores de los *Annales*. El trabajo se repartió: Bloch comentó la parte histórica y el geógrafo estrasburgués Henri Baulig hizo el resumen de los capítulos redactados por Demangeon.[94] "Que quede claro –dice Marc Bloch– que no se trata de una mera publicación lujosa (aun cuando el volumen sea placentero a la vista) ni de una empresa propagandística. Los nombres mismos de los autores garantizan la imparcialidad y la seriedad de la obra."[95] A continuación da un resumen que desemboca en una especie de diálogo entre la revista y sus lectores:

> Se comprenderá el sentimiento que me impide seguir insistiendo. Los lectores de los *Annales* conocen demasiado bien al autor como para no saber qué puede esperarse de su inteligencia histórica y de esta suerte de adivinación visual que le permite revivir e interpretar, en toda la plenitud de su sentido, los rasgos físicos –paisajes, aspectos urbanos, fisonomías individuales– con los que se expresa con tanta elocuencia, para quien sabe leer, la vida de las cosas y de los hombres.

Dos años más tarde, tras la aparición de la versión revisada, Bloch no vaciló en escribir una nueva reseña para los *Annales* ni en recomendar el libro, calificándolo de "vigorosa protesta contra los seudodeterminismos de la historia y de la naturaleza".[96]

[94] M. Bloch y Henri Baulig, "Le Rhin", *AHES*, vol. 5, 1933, pp. 83-96 (véase también la nota 2).

[95] *Ibid.*, p. 83. *Idem* para la cita que sigue.

[96] M. Bloch, "Le Rhin", *AHES*, vol. 7, 1935, pp. 505-506. Cf. también su carta a Febvre

La obra también fue comentada en otras revistas especializadas. Pero como todos los que tuvieron a su cargo realizar las reseñas conocían a Febvre y a Demangeon, se limitaron en general a hacer presentaciones benévolas.[97] Solamente el modernista Léon Cahen[98] emitió cierta crítica sobre la prosa de Febvre, que le molestó: "Una prosa a veces de luchador que se detiene para relajarse y parece desafiar al lector con una frase dividida, excesivamente articulada, interrumpida por encabalgamientos, absolutamente despectiva de la estilística normal." Pero Cahen criticó sobre todo la voluntad de Febvre de remontar la historia al Diluvio:

> Que el problema o los problemas del Rin sean contemporáneos es algo que nadie podría negar, por desgracia. Pero para definir su personal punto de vista Febvre se remonta al pasado más distante [...] ¡Cómo juzgar sus páginas desbordantes de erudición, de nombres, de hechos, en ocasiones síntesis asombrosas pero también demasiado personales, intuitivas, y por ello mismo casi románticas y revolucionarias!

Su crítica se cristaliza en torno a esta cuestión: ¿por qué "Febvre pasó tan apresuradamente por encima de ese momento que declara decisivo", esto es, el siglo XIX? También se pregunta sobre la conservación, en la nueva edición, de la parte geográfica de Demangeon, cuyo estilo es radicalmente diferente y cuyos datos eran generalmente conocidos por todo el mundo. Como veremos, esta sola y única crítica proveniente de un francés es precisamente la que retomaron explícitamente los especialistas alemanes.

Y es que el libro despertó cierto interés en el extranjero. Así, el *Geographical Journal* de Londres y la *Geographical Review* norteamericana

---

del 15 de abril de 1935, donde subraya: "Para la 'casa' y para Demangeon, y también para mi satisfacción personal, es mejor que el libro no haya sido pasado por alto" (Archivos Nacionales, fondo Marc Bloch).

[97] Véase *Bibliographie Alsacienne*, vol. 5, 1931-1933, p. 26 ss.; Gaston Zeller, "Le Rhin vu par un historien et un géographe", *Revue d'Alsace*, vol. 86, 1935, pp. 47-66; Paul Leuilliot, en *Bulletin de la Société des professeurs d'histoire et de géographie de l'enseignement public*, vol. 26, 1935, núm. 85, pp. 99-201; Ernest Tonnelat, "Le Rhin", *Les langues modernes*, vol. 30, julio de 1935, pp. 1-4; Henri Hauser, *Revue d'Économie Politique*, vol. 49, 1935, pp. 1425-1426.

[98] Léon Cahen, en *Revue d'Histoire Moderne*, vol. 10, 1935, pp. 283-285. Para las siguientes citas.

le consagraron reseñas positivas; la segunda recomendó incluso que se tradujera.[99] En Alemania, como cabe imaginar, la recepción fue menos entusiasta. Los primeros en dar cuenta de la obra fueron los redactores de la *Rheinische Vierteljahrsblätter*, revista del Instituto de Historia Regional de los Países Renanos, de Bonn, y esto ya en 1936.[100] El articulista, Gottfried Pfeifer, no era un especialista en problemas renanos sino un geógrafo que realizaba investigaciones sobre América. Su crítica, muy detallada, casi tan extensa como un artículo, fue aprobada por la redacción y probablemente escrita a solicitud de ésta; a juzgar por las menciones favorables de todas las reseñas posteriores, parece haber reflejado la opinión de la Escuela de Bonn.

Su autor se había preparado cuidadosamente (tenía conocimiento de las reseñas inglesas, norteamericanas y francesas). Así que analizó el libro con excepcional seriedad, podría decirse que al pie de la letra. Presenta a Demangeon y a Febvre como "importantes representantes de la ciencia francesa"; su ambición de contribuir a una "historia pacífica" de los problemas del Rin no es rechazada al principio. Pfeifer pone más bien el acento en el hecho de que el "contenido es rico y el estilo utilizado es con frecuencia brillante". La "parte propiamente histórica", con "su explosión de ideas espirituales, de paradojas sorprendentes y de imágenes a veces sentimentales", es presentada como un reto intelectual. Y es que el brillo del estilo oculta "un medio esencial de poner en perspectiva –por no decir hacer lavado de cerebro" a favor de la "tendencia" deseada. A estas objeciones políticas e intelectuales añade Pfeifer observaciones sobre el método de Febvre y su forma de escribir. Según dice, el historiador francés es un "fabricante de atmósfera" que, con una "hábil composición", malaba-

[99] *Geographical Journal*, vol. 86, 1935, pp. 176-177; *Geographical Review*, vol. 26, 1936, pp. 171-172; *American Historical Review*, 41, 1936, pp. 565-566. Febvre ya era conocido por el público sajón (esto es, no solamente por especialistas) porque su libro de geografía acababa de ser traducido en 1934, con el título *A Geographical Introduction to History*, y en 1929, su *Luther* apareció en edición norteamericana.

[100] Gottfried Pfeifer, en *Rheinische Vierteljahrsblätter*, pp. 95-101 (véase la nota 86). Para las siguientes citas. Pfeifer (1901-1985), alumno del geógrafo Leo Weibel, expulsado en 1933 por los nazis, era ayudante de cátedra (*Oberassistent*) en el seminario de geografía de la Universidad de Bonn, donde presentó en 1937 una tesis de capacitación sobre la agricultura del norte de California. (Cf. la reseña de este libro en los *Annales*, AHES, 10, 1938, p. 272.) En 1941 fue nombrado profesor interino en la Universidad de Hamburgo y más tarde, en 1949, titular de una cátedra en Heidelberg.

rismos "periodísticos", "imágenes melodramáticas", "ambigüedades tendenciosas" e incluso "falsificaciones", pretende "sugerir" a sus lectores ideas irreconciliables con la realidad histórica. "El libro entero y todas sus partes han sido elaborados con vistas a producir ciertos efectos." También rechaza la idea de Febvre según la cual el Rin constituye un "espacio fronterizo entre la Europa occidental y la Europa central". El "carácter internacional y europeo de la civilización renana en el siglo XV" es, según Pfeifer, una pura construcción a la que opone la metáfora del *Herzland*, el "corazón" geográfico alemán, "en el que convergen todos los ríos de la sangre y de la civilización alemanas". Lo que le faltaría a Febvre es precisamente "una presentación de las [...] relaciones étnicas (*völkisch*)". No es entonces casual que el libro no contenga ningún mapa donde se represente la historia de la frontera lingüística. "La unidad étnica, lingüística y cultural de las tribus alemanas de los dos lados del Rin como base esencial del Imperio antiguo no fue mencionada, en todo caso. Y a esta construcción penosamente reunida que es Alemania se opone, con el mismo estrépito, la fuerza reclutadora de la Francia unificada como una formación estatal superior tanto en el plano político como en el moral." No obstante, sorprende que Pfeifer se refiera a la reseña de Cahen, ya mencionada, quien con razón criticaría "el análisis unilateral" de Febvre y subrayaría, "muy oportunamente", que los pueblos renanos y alemanes eran, "en el plano espiritual, sentimental y material, [...] totalmente independientes de Francia". En el contexto de la época, recurrir de este modo a la opinión de un colega que no solamente era francés sino también, manifiestamente, "judío", era un hecho bastante excepcional. Pero inmediatamente después de citarlo, Pfeifer cambió nuevamente de registro para presentar una conclusión perfectamente ideológica:

> En otras palabras, el error fundamental de la construcción histórica elaborada por F. [Febvre] estriba en su obstinación en no querer reconocer el único hecho de importancia decisiva, esto es, la pertenencia de los países renanos al suelo cultural y étnico alemán [*deutscher Volks- und Kulturboden*].[101]

[101] El geógrafo berlinés Albrecht Penck acuñó este concepto y publicó el texto clave: *Deutscher Volks- und Kulturboden*, Karl C. v. Loesch (ed.), *Volk unter Völkern*, vol. 1, Breslau, 1925, pp. 62-73. Para un ejemplo de la aplicación a las fronteras occidentales,

Asombroso cambio de rumbo que subraya las tensiones internas de esta reseña dividida entre la admiración y el rechazo. El concepto de "suelo cultural del pueblo alemán" era uno de los conceptos fundamentales de la historiografía y la geografía nacionalistas y nazis que daba legitimidad tanto a la revisión del tratado de Versalles como a la expansión territorial. ¿Su súbita y torpe introducción no tendría una intención encubierta? ¿No desearía el autor presentar una crítica más moderada? Parecería que Pfeifer tenía un "encargo" que cumplir y que lo hizo a su pesar. Sus argumentos son, del principio al fin, de inspiración nacionalista, y la identidad "étnica" de los habitantes de los países renanos parece ser para él un hecho establecido. Sin embargo, no menciona en absoluto la crítica del racismo profesada por Febvre, hecho que un nazi consecuente habría considerado un desafío digno de mención.

En cambio, las reseñas de la *Jahresberichte für deutsche Geschichte* y de la *Historische Zeitschrift*[102] son más breves y están netamente impregnadas de rechazo. Sus autores, Franz Petri y Paul Wentzcke, pertenecían al círculo de historiadores renanos. Los dos admiten que se trata de una obra poco común y remiten, "para los detalles [...] a la excelente reseña de G. Pfeifer" (Wentzcke).[103] Si bien por parte de los franceses se había abandonado finalmente la "concepción otrora característica y corriente del Rin como frontera natural", ahora se introducía una "nueva consigna": la concepción del Rin como mediador entre el Oeste y el Este. Ahora bien, esto sería por supuesto incompatible con los "datos de la naturaleza y de la historia".

Tres análisis y una sola tesis: este libro debe tomarse en serio pero

---

véase Wilhelm Volz (ed.), *Der westdeutsche Volksboden. Aufsätze zu den Fragen des Westens*, Breslau, 1925. Sobre los efectos y la red institucional de estas investigaciones *völkisch*, cf. nuestro texto citado en la nota 44.

[102] Franz Petri, "Grenzfragen im Westen", *Jahresberichte für deutsche Geschichte*, 11, 1935 (aparecida en 1936), p. 563; Paul Wentzcke, en *Historische Zeitschrift*, 160, 1939, pp. 161-162. Petri (1903-1993) fue "el" especialista en Flandes en el seno de la Escuela de Bonn. Durante la segunda guerra mundial, estuvo encargado de la política cultural nazi en la Bélgica ocupada. Wentzcke (1879-1960) fue, primero, archivero en Estrasburgo, después director de los archivos de Düsseldorf y, a partir de 1935, director del Instituto Científico de los Alsacianos y Loreneses del Reich. Publicó muchas obras sobre el tema del "combate por el Rin" y dirigió durante la guerra la "Publikationstelle West" [Departamento de Publicaciones del Oeste], establecida por orden de la Reichssicherheitshauptamt [Oficina Central de Seguridad del Reich], de la SS.

[103] *Historische Zeitschrift* (nota 102), p. 162. *Idem* para la cita siguiente.

rechazarlo. La crítica detallada de la *Rheinische Vierteljahrsblätter* es la primera en aparecer y la que parece haber dado la tónica. Pero en realidad Pfeifer no asume (de ahí las vacilaciones de su texto) más que lo que ya se había expuesto a grandes rasgos en octubre de 1935, en ocasión de un coloquio confidencial realizado en Bad Dürhkeim (Palatinado) con los auspicios de la Westdeutsche Forschungsgemeinschaft, un organismo de investigaciones regionales discretamente financiado por los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores. El geógrafo Friedrich Metz presentó allí un informe sobre "la idea del Rin entre los geógrafos franceses y alemanes". Este texto, inédito y desconocido, puede ser considerado la primera crítica al libro de Febvre y Demangeon.[104]

Metz no era un don nadie. Desde mediados de los años veinte pertenecía al círculo de investigadores que se dedicaban al tema del "suelo cultural y étnico alemán" y que daban especial importancia a "los países del alto Rin" (*Oberrheinlande*), esto es, a las regiones de Baden y Alsacia.[105] Desde la llegada de los nazis al poder se había pasado a sus filas y en 1936 sería nombrado director de la Universidad de Friburgo en Brisgau. En su comunicación de Bad Dürkheim muestra que el libro de Demangeon y Febvre, recién publicado, es la prueba de la flexibilidad y del peligro que representa "la propaganda universitaria francesa": "De la colaboración entre un geógrafo y un historiador surgió una obra que expresa abiertamente la opinión oficial de los hombres políticos franceses." Para Metz, el "espíritu del libro" aparece claramente en los capítulos redactados por Febvre, mientras que no hay "gran cosa que objetar [...] en la presentación de Demangeon". En cambio, en la parte de Febvre "el Rin no aparece ya como un río alemán sino como un río europeo. Se convierte en la línea de contacto entre Europa del Oeste y Europa del Este". Esta idea oculta, supuestamente, un malabarismo intelectual: si el papel del Rin es, en efecto, "servir a Europa entera y servir de enlace entre los pueblos", la política francesa de internacionalización del río es entonces históricamente

[104] Archivos Políticos del Ministerio de Relaciones Exteriores, Bonn, R 60274, fol. 62167-70. *Idem* para las citas siguientes.

[105] Friedrich Metz (1890-1969) fue primero secretario de la Fundación para la Investigación del Suelo Cultural y Étnico Alemán (Stiftung für deutsche Volks- und Kulturbodenforschung), sito en Leipzig, y después titular de geografía en Innsbrück, Erlangen y Friburgo en Brisgovia, donde dirigió el Instituto alemánico, y donde fue nombrado, en 1936, rector de la universidad.

comprensible y por ende legítima. En consecuencia, el libro de Febvre no sería más que una "nueva justificación científica de la imposición de Versalles". Metz lanza una advertencia solemne:

> La obra de Demangeon y de Febvre está dirigida a un público internacional extremadamente amplio y debe suministrar la base científica del mito del Rin europeo. Francia ya no aparece con las características del conquistador sino con las del emisario, en lo que toca al Rin, de la civilización y de la cultura. Esta falsificación de la historia y esta fabricación de leyendas deben ser combatidas con extrema firmeza.

Se pretendía que los coloquios de la Westdeutsche Forschungsgemeinschaft fueran "estrictamente confidenciales", dado que eran políticamente sensibles; estaba prohibida la publicación de sus actas. Pero la comunicación de Friedrich Metz tuvo, seguramente, repercusiones, ya que estaban presentes los principales representantes de la investigación histórica del Rin: Petri, Wentzcke y Franz Steinbach, presidente de la Forschungsgemeinschaft y director del Instituto de Historia Regional de Bonn.[106] Probablemente fue él quien informó a Pfeifer, el único de los críticos que no asistió a la conferencia, de lo que se dijo en ella, y fue de él de quien recibió instrucciones. Si bien su reseña, como vimos, no se limita a la polémica y da testimonio de una cierta lectura personal, no puede desembarazarse enteramente del "deber" de denunciar el libro como peligroso.

Luego de esta recepción semiacadémica y semipolítica, el libro sobre el Rin cayó rápidamente en el olvido. Nunca se tradujo al inglés y, por supuesto, una edición alemana era impensable. Con la remilitarización de Renania y la política cada vez más agresiva del Tercer Reich, el tono sereno de Demangeon y Febvre fue definitivamente dejado atrás.

Incluso en Francia, donde la cuestión del Rin, o más precisamente del Sarre,[107] se convirtió en un tema de actualidad por poco tiem-

[106] El propio Steinbach presentó una comunicación sobre las diferencias que separaban a los historiadores franceses y alemanes.

[107] Un comité de estudios de las fronteras francesas del este y el problema de Alemania occidental publicó a la sazón una revista que llevaba el título de *Cahiers Rhénans*. Su redactor, Fernand L'Huillier, era alumno de Febvre y recomendó explícitamente el libro sobre el Rin (núm. de marzo de 1945, p. 7).

po después de la segunda guerra mundial, el libro nunca fue reeditado[108] y rara vez citado.[109] Hoy por hoy, solamente algunos historiadores y geógrafos que se interesan en la historia de los *Annales*, como Jacques Le Goff, lo señalan todavía en ocasiones como una "obra maestra de la geografía histórica francesa".[110]

El post scriptum de 1953

Lucien Febvre nunca retomaría con el mismo ardor el trabajo sobre el Rin, estrechamente ligado a su periodo estrasburgués.[111] Pero su interés por el río reapareció ocasionalmente. Le sirvió de ejemplo en 1933, durante su cátedra inaugural en el Colegio de Francia, para ilustrar la manía que consiste en proyectar sobre la historia los conflictos políticos del presente.[112] Y en un libro de 1936 sobre el papel de los "hombres de estado" en la historia –que precisamente, a su modo de ver, no *hacen* la historia– presenta la disputa franco-alemana sobre el Rin como "el prototipo" de los mitos históricos. Por cierto, hay tantas buenas razones para concebir una "teoría del Rin como enlace" como para imaginar una "teoría del Rin como frontera, del Rin objetivo y campo de batalla"; pero precisamente esta variante pacífica nunca "tomó fuerza como valor de mito".[113]

Después de la segunda guerra mundial, que confirmó esta visión

[108] No existe, pues, una reedición de 1967, como se afirma por error en la bibliografía, por lo demás excelente, de B. Müller (véase la nota 3), p. 212.

[109] Así, el geógrafo estrasburgués, Étienne Julliard, no dejaba de hablar del "muy bello libro" de Febvre y Demangeon, y su propia obra, *L'Europe rhénane. Géographie d'un grand espace*, París, 1968, puede ser considerada la primera continuación exitosa de las cuestiones esbozadas por Febvre.

[110] Jacques Le Goff, prefacio de la obra de Jean-Claude Schmidt, *Mort d'une hérésie. L'Église et les clercs face aux béguines et aux béghars du Rhin supérieur du XIV siècle au XV siècle*, París, 1978, p. 6. Véase también Krysztof Pomian, "L'heure des *Annales*. La terre – les hommes – le monde", en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire*, vol. II, 1, París, 1986, pp. 377-429.

[111] Cf. Henri Baulig, "Lucien Febvre à Strasbourg", *Bulletin de la Faculté de Lettres de Strasbourg*, vol. 36, 1957, pp. 169-184; Philippe Dollinger, "Lucien Febvre et l'histoire de l'Alsace", *ibid.*, pp. 193-196.

[112] Véase la nota 52.

[113] L. Febvre, "L'homme d'État, ce qu'il est et n'est point", en A. B. Duff y F. Galy (ed.), *Hommes d'État*, París, 1936, vol. 3, pp. 703-723, aquí pp. 719-720.

pesimista, Febvre se manifestó por última vez respecto del Rin. Nuevamente la iniciativa vino de Estrasburgo, cuya cámara de comercio le pidió una contribución para un libro editado en ocasión de su aniversario 150 (cf. *infra*, p. 245).[114] En aquel momento Febvre tenía casi la mitad de esa edad; aprovechó la ocasión para agregar, veinte años después de la primera versión, una posdata a su libro sobre el Rin. El texto, que él mismo calificó de "simple nota", se presenta como un resumen del libro. Ya el título indica que Febvre quiere pasar al primer plano un aspecto que apenas tocó, a principios de los años treinta, porque era competencia de su coautor: el Rin como factor económico. Ahora bien, está claro que, después de releer la obra completa, se dedica a hacer una crítica apenas disfrazada de los principios que rigen la contribución de Demangeon. La visión que tenía éste del Rin, la forma en que lo concebía (una vía de circulación secular y "transcontinental"), es para el historiador una proyección ingenua, un error rayano en el anacronismo: el geógrafo sólo vio el río contemporáneo, el Rin "domado, canalizado, sometido a las necesidades de los hombres", por el que se puede bajar de Basilea a Rotterdam, siendo que hasta el siglo XIX el Rin histórico no era sido navegable más que en ciertos sitios. Había sido, pues, una vía de comunicación menos importante que los caminos romanos. Mostrando así, hacia el final de su vida, que su colega ya fallecido,[115] había adolecido de negligencia metodológica –pues el anacronismo es un pecado mortal a sus ojos, "el mayor de los pecados"–, Febvre insiste en la tesis central de su libro: mostrar la historicidad del Rin, mostrar que no es un "río eterno" con características inmutables.

De modo que, para Febvre, una historia económica del Rin (en el significado estricto del término) tiene sentido sólo en lo que toca a los últimos 150 años. La "gran historia del Rin", en cambio, es una "historia del espíritu que, sin preocuparse por trabas, fronteras, fortalezas o dinastías, puede circular solo y libre por todo el valle, lleva-

[114] L. Febvre, "Quelques réflexions sur l'histoire économique du Rhin", en *Études strasbourgeoises publiées à l'occasion du cent cinquantième anniversaire de la Chambre de Commerce et de l'Industrie de Strasbourg*, Estrasburgo, 1953, pp. 17-26. En el mismo momento Febvre evocaba el tema en su "Lettre-Préface à Philippe Dollinger", en *L'Alsace et la Suisse à travers les siècles*, Estrasburgo-París, 1952, pp. 11-20.

[115] Cf. la necrología de Demangeon escrita por Febvre, en *Annales d'histoire sociale*, vol. 3, 1941, pp. 81-89, y reproducida en *Combats* (véase la nota 52), pp. 381-386, donde rinde homenaje a su contribución al libro sobre el Rin (p. 384).

do desde los Alpes hasta el mar en las alas del viento, factor de vida, de reunión y de cultura" (p. 254). Bella fórmula, pero también sorprendente tesis si recordamos que Febvre y el grupo de los *Annales* habían rechazado siempre la tradicional "historia del espíritu", en aras de preconizar una perspectiva sociohistórica. Por ello se concibió el concepto de "historia de las mentalidades", como alternativa que permitiría abandonar el estudio de las "ideas" desencarnadas en pro del estudio de las formas de pensamiento y de los tipos de comportamiento bien arraigados en la sociedad.[116] ¿Quiere decir que Febvre volvió a sus reivindicaciones originales? Semejante juicio sería apresurado. Es verdad que en este texto dirigido al gran público utiliza una terminología fácil de comprender. Ya en su libro sobre el Rin había renunciado en gran medida al lenguaje académico. En aquella ocasión incluso evocaba el "genio del Rin" para hacerse entender entre sus contemporáneos. Lo que esboza aquí no es una historia tradicional de las ideas sino más bien la evocación de un lazo unificador de la historia renana, lazo que a su parecer reside, como en 1931-1935, en la dinámica cultural de los paisajes históricos del Rin. Pues si en el curso de los siglos la geografía, la economía, la política no pudieron dominar ni controlar el río, los "grandes mitos renanos" no han dejado de actuar como núcleos de mentalidad y se han servido de las ciudades renanas como "puntos de descanso" o puntos de anclaje materiales. Toman cuerpo así las "actitudes políticas" y los "estados de ánimo a veces temibles y siempre obstinados" (p. 254). Febvre aprovecha la ocasión para aludir al libro sobre las mentalidades y la cultura renanas de Robert Minder, publicado en 1948.[117] La aparición y el florecimiento de la imprenta, así como de la feria del libro de mayor importancia en las orillas del Rin resultan, pues, altamente simbólicos. Así, durante siglos no fue la política la que unió a los hombres, sino el "espíritu".

[116] Cf. Peter Schöttler, "Mentalités, idéologies, discours. Sur la thématisation sociohistorique du 'troisième niveau'", en Alf Lüdtke (ed.), *Histoire du quotidien*, París, ed. de la MSH, 1994, pp. 71-116, en especial p. 73ss.

[117] Robert Minder, *Allemagnes et allemands*, t. 1, París, 1948, p. 165ss. Febvre consideraba este libro de Minder como el *De l'Allemagne* del siglo XX (*AESC*, vol. 5, 1950, pp. 272-277).

El Rin, río europeo

La tesis fundamental del libro, a saber, que el Rin no es solamente un "río alemán" sino un río "europeo", constituía una provocación en los años treinta, cuando menos en Alemania. Hoy parece casi trivial, y efectivamente lo es. Sin embargo, el desplazamiento del eje europeo hacia el oeste fue una consecuencia de la guerra fría y de la división de Alemania. En los años cincuenta, las fuerzas más conservadoras esperaban de la "Europa renana" (Otto de Habsburgo) una renovación de la idea de imperio en Occidente.[118] En la misma época, en el extremo francés, es la imagen de "Nilo de Occidente" (Lamartine) la que se abre camino –la oposición era evidente.[119] Febvre mismo no creía ya entonces en una Europa federal, como Demangeon la había llamado expresando sus deseos en 1932, en los *Annales*:[120] primero, porque desconfiaba de la hegemonía de un solo estado y luego porque los problemas políticos y económicos habían alcanzado dimensión planetaria desde tiempo atrás.[121] El nacimiento de la "Comunidad Europea", que modificó gradualmente la vida de los europeos, no tuvo lugar hasta después de la muerte del historiador. A partir de entonces, Europa enfrenta problemas completamente diferentes. Paradójicamente, no solamente en la parte oriental resurgen viejos conflictos. Una de las tareas de la historia consistiría, consecuentemente, en analizar los antecedentes de estas crisis con el fin de contribuir a una solución pacífica. El "combate por el Rin", aparentemente sin solución durante más de un siglo, fue dirimido *pese a todo*. Podría servir de ejemplo y de advertencia. Y mientras que en lo que al Rin toca, y como demuestra un gran número de publicaciones,[122] la perspectiva "europea" se acepta hoy enteramente, la con-

[118] Cf. Richard Faber, *Abendland. Ein politischer Kampfbegriff*, Hildesheim, 1979, p. 150ss. Por lo demás, la misión europea de los países renanos y el ejemplo de Carlomagno ya habían sido explotados por la propaganda nazi para movilizar a las poblaciones de Europa occidental contra el "bolchevismo".

[119] Cf. Jean Dumont (ed.), *Le Rhin, Nil de l'Occident. Contribution à l'étude d'une organisation de l'Europe de l'Ouest*, París, 1946. El libro de Febvre no se menciona, cosa que los *Annales* (Paul Leuilliot) hicieron notar explícitamente (*AESC*, vol. 2, 1947, p. 377).

[120] A. Demangeon, "Les conditions géographiques d'une union européenne. Fédération européenne ou ententes regionales?", *AHES*, vol. 4, 1932, pp. 433-451.

[121] A este respecto, cf. Marleen Wessel, "Lucien Febvre et l'Europe", *Yearbook of European Studies*, vol. 4, 1991, pp. 203-216.

[122] Cf. sobre todo Julliard (nota 109); Pierre Ayçoberry y Marc Ferro (eds.), *Une his-*

cepción propuesta por Febvre, de una historia de las mentalidades fronterizas "diferente", podría a su vez ser nuevamente de actualidad. Porque semejante microhistoria de los espacios fronterizos, que se encuentra apenas en sus inicios,[123] se beneficiaría del futuro desarrollo de la integración franco-alemana y del acercamiento de los pueblos en otras regiones fronterizas: ¿el Boug, el Prout y el Drina no son acaso también ríos *europeos*?

toire du Rhin, París, 1981; Hans Boldt y otros (eds.), *Der Rhein. Mythos und Realität eines europäischen Stromes*, Colonia, 1988; Bernard Lefort, *Le Rhin. Mémoires d'Europe*, París, 1992; Horst Johannes Tümmers, *Der Rhein. Ein europäischer Fluss und seine Geschichte*, Múnich, 1994. Durante los últimos años se han realizado varias exposiciones que nos han dado a conocer la fascinación visual que el río ha ejercido, exposiciones que fueron la ocasión de lujosos catálogos: Richard Gassen y Bernhard Holeczek (eds.), *Mythos Rhein*, 3 vols., Ludwigshafen, 1992; Klaus Honnef (ed.), *Vom Zauber des Rheins ergriffen... Zur Entdeckung der Rheinlandschaft*, Múnich, 1992.

123 Véase, por ejemplo, los trabajos de Claudia Ulbrich sobre el Sarre, "Rheingrenze, Revolten und französische Revolution", en Völker Rödel (ed.), *Die französische Revolution und die Oberrheinlande, 1789-1798*, Sigmaringen, 1991, pp. 223-244; "Grenze als Chance? Bemerkungen zur Bedeutung der Reichsgrenze im Saar-Lor-Lux-Raum am Vorabend der französischen Revolution", en Arno Pilgrim (ed.), *Grenzöffnung, Migration, Kriminalität*, Baden-Baden, 1993, pp. 139-146; de Franz Irsigler sobre el espacio palatino-luxemburgués, "Der Einfluss politischer Grenzen auf die Siedlungs- und Kulturlandschaftsentwicklung", *Siedlungsforschung*, vol. 9, 1991, pp. 9-23, o de Peter Sahlins sobre el Rosellón y la frontera de los Pirineos entre Francia y España, *Boundaries. The making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley, California, 1989. Sobre la importancia de una reflexión sobre la historia de las fronteras, cf. Pierre Toubert, "Frontière et frontières: Un objet historique", en *Frontière et peuplement dans le monde méditerranéen au Moyen Âge* (Castrum, vol. IV), Roma/Madrid, 1992, pp. 9-17, así como el artículo de Medick (citado en la nota 80).



EL RIN

HISTORIA, MITOS Y REALIDADES

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1935

> Trasladar a los siglos pasados todas las ideas del siglo en que se vive es, entre los orígenes del error, el más fecundo.
>
> MONTESQUIEU, *El espíritu de las leyes*, XXX, XIV.

El Rin: en Europa, en el mundo, ¿existe un río que plantee problemas tan diferentes a dos ciencias vecinas, mejor dicho, que sumerja a los que deben resolverlos, el geógrafo y el historiador, en atmósferas tan dispares?

El geógrafo observa. Y le queda clara, viva y sólida, la noción de todo aquello que la gran vía renana –junto con valles, corredores, carriles– engendra como solidaridad y unión entre países y hombres por igual.

Corredor, Alsacia, tal como se presenta en su estrechez en el centro de la extensión que separa los Vosgos de la Selva Negra. Por un lado, sobre infértiles aluviones, la oscura selva del Rin oculta la proximidad del río; por el otro, al pie de los Vosgos y de sus cimas arboladas, se escalonan las colinas claras de los viñedos; entre ambos, los cuadrados cultivados de una campiña maravillosamente trabajada... País pequeño, gracias a la virtud de su suelo fecundo ha podido, desde mucho tiempo atrás, desempeñar un papel tan personal en la economía; así como por el valor de su territorio como zona de contacto y de circulación. Si uno se asoma y presta atención, descubre, mezcladas con plantas de regiones cálidas –el tabaco desplegando sus fértiles hojas, el maíz cuyos granos maduran bajo el calor del verano–, las plantas de regiones templadas: la remolacha azucarera junto con el trigo, método que se sigue en Alemania y en Flandes; o bien el lúpulo, humilde tallo que se sostiene en pértigas para que sus conos maduren al sol. El norte y el mediodía se dan aquí la mano.

Es la misma impresión que cuando, en una latitud más septentrional, se recorre la campiña del Palatinado y de Hesse. Entre Kaiserlautern y Neustadt, cruzando el Hardt, vimos montañas boscosas semejantes a los Vosgos o al Odenwald: masas de árboles frondosos y de

coníferas entre los cuales se dispersan, en brechas luminosas, los centros habitados; campos magros asociados a hermosas praderas; valles encerrados animados por rápidos, por ríos. Bruscamente, al irse uno aproximando a Neustadt, todo pierde altura, se despeja, se ilumina. La montaña cede el lugar a la planicie, una planicie de tierras negras confiadas al trabajo modesto de pequeños campesinos, fragmentada en incontables campos sin vallas, flanqueadas de un extremo al otro, de Neustadt a Maguncia, por colinas donde se extienden los viñedos. Acompañando a la gran vía natural, los beneficios de una naturaleza generosa multiplican su valor para los hombres; por todos lados resplandece la imagen consagrada de estos fértiles países del Rin que tantas veces han visto pasar, una y otra vez, hombres y mercancías del norte o del mediodía: unos de las aguas brumosas, otros del luminoso Mediterráneo.

¿Qué espectáculo puede permitir comprender mejor y medir la importancia del Rin, que no tiene igual ni rival en Europa, que el del río entre Ruhrort y Rotterdam? Desde el centro de este ancho brazo de agua, que a veces rebasa los quinientos metros, la atención del viajero no se fija como en el "Gebirg", durante la travesía de los heroicos desfiladeros, en los audaces sitios de los burgos o las laderas dispuestas en gradas por donde trepa la viña. Solamente las orillas atrapan la mirada que se pierde más allá, en el horizonte brumoso. Son los aspectos mismos del cuerpo fluvial, las palpitaciones de su vida, los que atraen y cautivan: riberas construidas, sujetas por dispositivos a las cabezas que afloran por encima de las aguas; enormes mojones blancos cuyas cifras indican a los barqueros el kilometraje de la vía marítima; avenidas de una pujante ciudad acuática con una circulación perfectamente reglamentada. Panzonas y bajas, sobre el agua, grupos de chalanas pasan de dos en dos al frente, en ocasiones de cada lado; remolcadores nerviosos tiran de ellas mugiendo; sin embargo, últimos testigos de antiguos modos de transporte, las armadías despliegan a sus costados sus formas macizas; blancos y brillantes, los barcos de pasajeros dejan atrás a los convoyes; los vapores de hélice remolcan carbón y minerales, humildes veleros transportan su pacotilla; una asombrosa variedad de formas y de tipos en despliegue. Y en ocasiones, altanera silueta a la que saluda el vuelo de la gaviota, se perfila un navío marítimo, escoltado por imágenes inesperadas... Pero ¿acaso este corredor renano no es un brazo de mar, un largo canal marino exento de tempestades, donde desfilan, con el pabellón al viento, las naves de veinte naciones?

Esto ve el geógrafo. Amplitud de relaciones que a través del continente europeo abre el valle; movimiento de hombres y de mercancías; extensión de lazos que se anudan en la arteria fluvial –todo le permite ver en el Rin sólo la más activa de las rutas naturales de Europa; todo lo conduce a proclamar que los países renanos, dotados por la economía moderna de un soberbio repunte de poderío, constituyen una de las zonas de la tierra donde el trabajo pacífico, la labor productiva de la humanidad fermenta más activamente.

¿Y el historiador, entre tanto? Lee y escucha las voces del presente que protestan y que cubren o refuerzan las voces discordantes del pasado. Valerosamente, aspirando a elevarse por encima de la masa contradictoria de hechos y de interpretaciones, intenta desprender de ella algunas visiones de conjunto sobre el papel, el valor y, por así decirlo, la significación del Rin en las diversas épocas del pasado europeo. Tarea singularmente ardua, si es verdad que en los libros de sus predecesores, en la inmensa biblioteca que generaciones de estudiosos y de escritores, de visionarios o de apologistas compusieron para la gloria de este río incomparable, lo que falta con la mayor frecuencia, no hace falta decirlo, es la imparcialidad. No es cierto que entre esta masa de trabajadores únicamente se hayan encontrado, conscientes o inconscientes, falsarios obstinados en disfrazar la verdad con fines temporales; por el contrario, es más que cierto que, embarcados en caminos dudosos, decenas de ellos hubieran podido simplemente ser más incentivados. ¿Por qué? Ante todo, se obstinan en no ver en el Rin más que una frontera que es necesario ganar o conservar, una presa que conquistar y luego dominar: la frontera que el río trazaba todavía hace poco; la misma que hoy forma en una porción de su curso; si se quiere, el cautivo y el rehén que durante tantos años ha representado el viejo Padre Rin entre los hombres... Años relativamente recientes. Debido a un mecanismo natural del espíritu, los historiadores proyectan hacia los siglos este pasado próximo y este presente vivo. Inocentemente imaginan que la tragedia que viven es eterna. Y de una historia, en gran medida humana, de intercambios, préstamos, contactos intelectuales, religiosos o artísticos (para no entrar en el terreno de los hechos económicos), hacen, a menudo a su pesar, rehacen por un violento esfuerzo retrospectivo, una historia inhumana, plagada de asesinatos y de guerras. Mejor dicho: sin mo-

tivo hacen recaer en el pasado del Rin el peso abrumador de las fatalidades, que somete las voluntades humanas al yugo de un destino a la vez ciego y finalista.

¿Denunciaremos sus pasiones? Pero son las de los pueblos, modernos actores de una historia de violencia que busca sus justificaciones en el pasado. En cada uno de sus subterfugios, creyendo reconocerlos, ¿acaso nuestros contemporáneos no señalan con el dedo al peregrino que desciende por el camino tortuoso de los destinos renanos? Que de tal manera se falsea, peligrosamente, la perspectiva de una historia que no es, sin embargo, la obra de un *fatum* ineluctable sino de hombres capaces de escuchar voces disonantes, es algo que no plantearemos nunca con demasiada fuerza. ¿En el interés de los pueblos? No es el papel de la historia ni de la geografía alimentar intereses pragmáticos. Digamos sencillamente –y con esto basta– que en beneficio de una buena y saludable comprensión de las cosas. Pasadas y por lo tanto presentes.

Entonces, ¿llevar a cabo esta labor de orientación de la que hablábamos antes no significa realizar dos tareas? Una es negativa: disipar el espejismo de estas seudofatalidades, y otra positiva: mostrar en la historia del Rin todos los hechos y acontecimientos diferentes, radicalmente diferentes, precisamente, de aquellos con los que se suele tejer la trama de discordias y de conflictos. Otros hálitos, diferentes de los odios sibilantes, impulsaron este paraíso terrenal que exaltaba Goethe: hálitos espirituales, hálitos vivificantes de civilización y de cultura europea. Aprendamos a recogerlos. Dejemos la astucia de unos, el candor de otros, la "frontera natural": las únicas fronteras que existen son humanas. Son "justas" o "injustas", pero no es "la naturaleza" la que dicta la equidad o aconseja la violencia. Dejemos "la raza", sobre todo, a los malos pastores. Les pertenece por derecho de invención. Dejémosla, no solamente porque el estado actual de las investigaciones científicas nos lo aconseja, sino –digámoslo sin temor en estas horas difíciles por las que estamos pasando– porque somos franceses. Y porque, sin traicionar el voto de una nación siempre acogedora de quien se presente a vivir en su seno adoptando sus leyes, un francés no sabría blandir, frente al extranjero, el concepto que Michelet, en oposición a Augustin Thierry, Guizot y Henri Martin, tuvo la gloria de expulsar de nuestra historia medieval; Fustel de perseguir entre los merovingios y los carolingios; y, por último, Camille Jullian, terminando la empresa, de rastrear hasta el umbral de la prehistoria.

Todos estos hombres lo vieron y dijeron: aquello que, en las regiones llamadas "Francia", ha mantenido la cohesión de los grupos, a través de rupturas y levantamientos, no es, como escribió uno de ellos, el último, "la fatalidad de la sangre impuesta a nuestro cuerpo"; se trata de costumbres, resumidas en un nombre.

Se ve claramente: no es casual que este libro sea el resultado de la colaboración entre un geógrafo –que en el presente quiso dar la perspectiva y la explicación del pasado– y un historiador a quien el marco geográfico de la historia nunca ha dejado indiferente.

A decir verdad, no se reunieron por propia iniciativa. Deseoso de marcar con un libro el quincuagésimo aniversario de su activa existencia, nuestro gran Banco renano tuvo la idea de pedirles, a uno y otro, sus reflexiones sobre los problemas fundamentales que el Rin plantea al geógrafo y al historiador. Entre quienes pudieron leer el bello volumen, que no se distribuyó comercialmente y del que se editó un número limitado de ejemplares, cuyos costos cubrió con munificencia esclarecida la Sociedad General Bancaria Alsaciana, muchos lamentaron que una obra de buena fe, conducida con espíritu de equidad internacional, no fuera accesible al gran público. Una vez más con liberalidad, la Sociedad autorizó a los dos autores a utilizar, para una publicación revisada y aumentada, las páginas cuya paternidad moral puede reivindicar. Ojalá que en su nueva forma pueda esta obra, concebida por hombres para los que la vida renana no es una noción libresca, contribuir a disipar los nubarrones cargados de catástrofes, a remplazar una historia particularista de guerras y de odios por una historia pacífica de intercambios y uniones. Digamos, en el interés exclusivo del conocimiento objetivo: a iniciar la redacción de la historia humana de un Rin vivo.

Intento, esbozo: la mejor forma que pueden escoger unos hombres que han reflexionado durante mucho tiempo sobre un muy vasto conjunto de cuestiones para con ellas hacer que el estudio progrese. En este caso la materia es peculiarmente amplia. Afortunados si sabemos arrojar mayor luz sobre dos o tres periodos bien elegidos; afortunados si podemos, al final de nuestro libro, dejar grabadas en el espíritu del lector dos o tres ideas simples que consideramos justas.

1. LOS TEMAS DEL RIN

Que no nos embargue el temor de trepar demasiado alto, incluso mucho más allá de la historia. ¿Acaso un Camille Jullian no se hizo eco, ya en 1907, del lingüista Meillet que observaba que, en todo estudio de la lengua, separar los hechos prehistóricos de los hechos ulteriores es tanto como arriesgarse "a disociar, a menudo, los acontecimientos correspondientes a una misma tendencia", al anotar en una vigorosa "Defensa de la prehistoria" que una disciplina tan incipiente tal vez sepa, desde ahora, proporcionar más respuestas que la vieja historia sobre los verdaderos destinos de la humanidad? "La prehistoria no oye todos esos ruidos de los individuos, de los combates y de las revoluciones. Desembarazada de los superhombres que atestan la historia por todas partes, la ciencia conoce al fin a la especie humana." La especie humana, los orígenes y las primeras afirmaciones de todo lo que la caracteriza esencialmente: su alma y su espíritu, sus creencias y sus conquistas de lo desconocido, sus técnicas y sus sociedades; en una palabra, sus creaciones, algunas tan antiguas que en ellas ya no ve más que aceptaciones. Los grandes ríos, por ejemplo: el Rin.

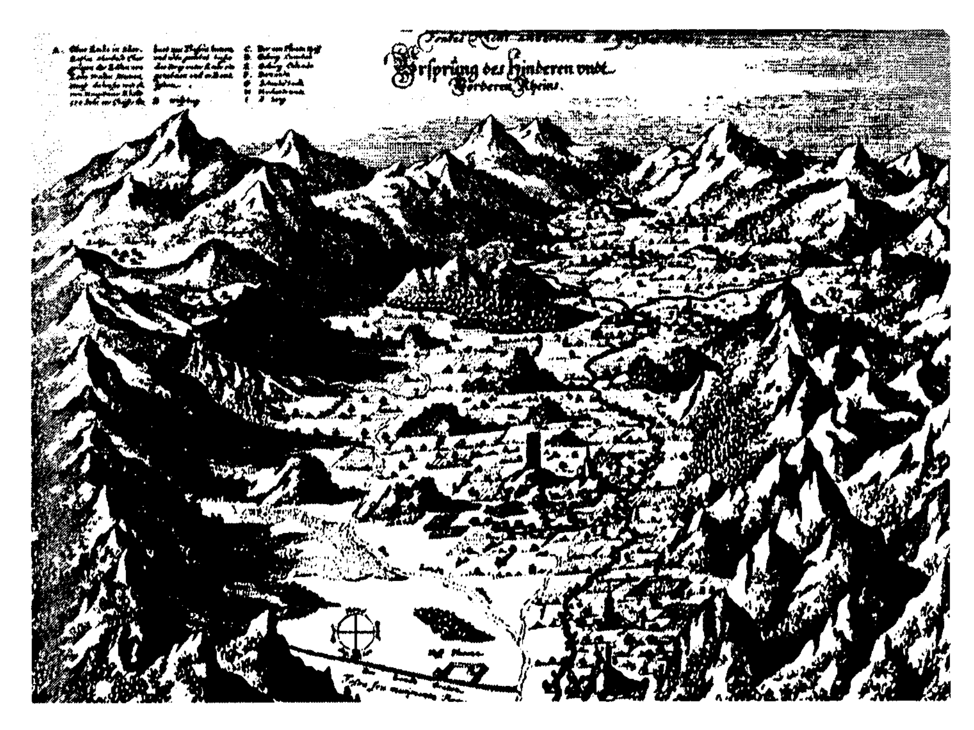
1. LA RUTA: CÓMO NACE UN RÍO

El Rin: en el momento mismo de pronunciar este corto nombre, el hombre de hoy experimenta el surgimiento de una imagen en él. En la página en blanco de su memoria, se perfila con singular nitidez el trazo de un gran río histórico: ese que, desde el macizo de Adula a las orillas del Mar del Norte, desplegando sus curvas contrapuestas, tiende un lecho por el que sus aguas poderosas primero corren furiosamente, luego se estrangulan y finalmente se distribuyen. No hay ningún misterio en esta evocación, no hay ningún problema en este reconocimiento. Este Rin es una persona. Ya no vacilamos en identificarlo como tal, desde donde nace hasta su desembocadura, y consi-

derarlo, al verlo de cuerpo entero delante de nosotros, como a un viejo amigo de siempre.

Sin embargo, el problema está planteado. El amigo es lo que es desde que existe. ¿El río? Sin duda un individuo: en tiempos antiguos los hombres lo personificaban con naturalidad. Un individuo que la propia naturaleza no constituyó sin tanteos ni vacilaciones: ¿acaso nuestro primitivo Rin no tuvo que romper sus lazos primitivos con un Ródano superior haciendo rodar la masa turbia de sus aguas por los valles del Broye y del Aar? ¿Acaso no renunció a transportar su poderoso caudal hasta el Mediterráneo por el desfiladero de Borgoña y los cauces del Doubs, del Saona, del Ródano, medio que tomó prestado durante todo un periodo? Encauzado hacia el norte a través de la planicie de Alsacia, ¿no tuvo finalmente que dejar de escapar de la cuenca de Maguncia por el golfo del Weser? Huésped reciente del valle que lleva su nombre, entrando por la puerta falsa de Basilea y saliendo por un atajo en Bingen, helo aquí constituido. Por aquí, el brazo principal, el río propiamente dicho. Por allá, simples anexos, los afluentes. Perfectamente, pero, ¿quién ha dicho río aquí, afluentes allá? ¿La naturaleza o el hombre? Un individuo, el río, pero no otorgado tal cual por la naturaleza; forjado por el hombre; nacido de una elección razonada y de una voluntad consciente.

Porque del *Augusta* de los Rauraques que llamamos Augst, hasta las islas, las marismas y el *Lugdunum*, al *Clair Mont* de los bátavos, se cae fácilmente en la cuenta de que no hay más que una corriente, sin vacilaciones, y que no hay más que un lecho posible para el río principal. Pero, ¿río arriba, más allá de Basilea? El nombre de Rin, la dignidad de río principal, ¿por qué lo conservan las aguas que vienen del lago de Constanza y cuyo lecho, sin embargo, es brutalmente cortado por el salto infranqueable de Schaffhouse, y no las aguas que salen, con el nombre de Reuss, del lago de los Cuatro Cantones y del Gotardo o, sobre todo, con el antiquísimo nombre de Aar, del lago de Thoune y del Finsteraarhorn, tan abundantes éstas que en la confluencia le llevan ventaja al Rin tradicional por la masa de su caudal? Una vez más, la costumbre mata el asombro. Examinando desde nuestra infancia mapas llenos de exactitudes categóricas, tomamos y damos por hechos a estos seres geográficos, los ríos, cuya necesidad nadie pone en duda: ¿con qué fin? Tratándose del Rin, hay dos hechos que ya no nos parecen singulares: por una parte, mientras que tantos ríos han cambiado de denominación, mientras



Las fuentes del Rin tal como se concebían en el siglo XVII.
(Según la *Topographie* de Zeiller)

que antes de ser bautizado *Padus* al Po se lo llamaba a veces *Bodinicus*, a veces *Eridanus*, y mientras que el Saona (para limitarnos a estos dos ejemplos), recibió sucesivamente tres nombres: *Brigoulos* y *Arar* antes que *Sauconna*; desde que se lo cita en los textos griegos el Rin lleva su nombre, el mismo que nosotros le damos. Más de dos mil años antes del tiempo presente, desconocidos antepasados ya lo pronunciaban. Y desde la misma época este nombre se aplicaba, de los montes de Rétie a las marismas bátavas, a la totalidad de un curso de agua definido, con débiles variantes, por los mismos puntos de referencia topográficos de hoy. *Renos*, el nombre inicial del Rin, encuentra sentido en las lenguas célticas: agua corriente, o (el viejo irlandés es testigo) caudal o mar. ¿Durante cuántos siglos antes de la era cristiana recibió el río este calificativo, en sí bastante común? En

este momento el punto no es fechar sino saber cómo y por qué ciertos ríos fueron seleccionados y puestos uno detrás del otro y éstos construyeron un Rin, nuestro Rin tradicional. Miremos el mapa; alguna hipótesis surgirá.

El desfiladero, no la cima: esto es lo que al hombre le interesa de la montaña. Mejor dicho, las dos series de valles: una que permite ascender hasta el desfiladero despejado por el cierzo y la otra que permite descender e ir hacia donde llevan el interés, la fe, el deseo ardiente de ver cosas novedosas... Cuando, antes del establecimiento de una cartografía científica, consagrada a dotar a cada pico de un estado civil, el hombre experimentaba la necesidad (la experimentaba rara vez) de colocar una etiqueta sobre alguna cumbre, semejante bautizo procedía de abajo al punto que el prestigioso monte solía recibir dos nombres, uno para la vertiente o el valle: Cervin para la gente del sur, Matterhorn para la del norte. De igual forma, si se debía dar nombre a los "buenos ríos", entre todos los demás, los que había que seguir para no errar la dirección lejana, a todos los segmentos que, unidos unos a otros, constituían su hilo conductor, el viajero instintivamente aplicaba el mismo nombre. Así se distinguió a los ríos de los afluentes. De tal manera nació el Rin.

Al pie del monte Adula, entre mil juncos... No. El Rin nace –sin idílicos juncos– de los desfiladeros de acceso relativamente fácil que dominan sus manantiales: Lukmanier, entre Breno y el Rin anterior (Breno y Reno); San Bernardino, Splügen, Septimer, que dominan el Rin posterior y el furioso estrechamiento de la Vía Mala; incluso Juliers, que domina el Halbsteiner Rhein: grandes desfiladeros transitables que nos hacen olvidar los otros, y por ejemplo este Marcio, por donde se une el Maira meridional en el Madreis septentrional: tres similitudes de nombres que enardecen la mente ingeniosa de Georges de Manteyer, que examina a la luz de la toponimia las rutas primitivas y los desfiladeros por donde, de vertiente en vertiente, intrépidos mercaderes llevaban a cuestas sus fardos y su pacotilla... El Rin nace de estos pasos –y, más allá, del Lago Mayor, del lago de Como, de la planicie lombarda, fuentes perennes de vida feliz, de abundancia, por ende de tráfico. No tratemos de elegir entre desfiladeros, de determinar qué relaciones iniciales pudieron anudarse, ya sea entre el naciente Ródano y el naciente Rin; ya sea, por el Arlberg, entre



Coira a principios del siglo XVII
(Según la *Topographie* de Zeiller)

el Rin formado y el gran cauce del Inn, a su vez cortado por la estela del Brenner y del Ádige: llevaba al cruce de caminos por donde los hallstacianos, al salir del Traun, abordaban la llanura de la Austria baja. Tampoco tratemos de determinar el papel que, en la denominación del río, debe de haber desempeñado con seguridad el bello lago de Constanza, pequeño mar interior de Europa central donde conviven siempre, bajo el vuelo de los zepelines, Suiza, Austria y Alemania. Digamos sencillamente: el Rin, hilo conductor que se extiende, directo, fácil de seguir, entre la planicie del Po y los países del norte. ¿Cuáles, exactamente? Hablando desde el punto de vista histórico, los Países Bajos, en los que Henri Pirenne, con su fino sentido de las realidades históricas, reconoce una segunda Italia: el equivalente

exacto, por sus estuarios, sus ríos ramificados que enmarcan islas, de lo que fue Venecia para los marineros mediterráneos. Hablando desde el punto de vista prehistórico, las comarcas donde los pueblos hiperbóreos recogían, con aguas amainadas, aquello que los hombres durante siglos han apreciado más que el oro, más que el diamante: las perlas de ámbar, misteriosas y mágicas, que a sus ojos encerraban, con un rayo de sol, al más poderoso de los dioses: el Luminoso.

Ahora bien, el ámbar se encontraba entre el Vístula y el Nieman (Memel), en la lejana Samland, hacia la que, desde los primeros tiempos, se establecieron rutas marítimas, jalonadas de islas santas: Walcheren, que domina el Escalda y el Mosa; controlando la desembocadura del Elba, Helgoland y su peñón; tal vez Fehmarn, que vigila las dos bahías donde más tarde reinarán Kiel y Lübeck... Sin embargo, desde las riberas del Mar Negro, por los valles del Tyras y del Hypanis (nuestro Dniester y nuestro Bug), largas caravanas subían igualmente hacia la codiciada "espuma". Itinerarios orientales que el Rin iba abandonando: pero el ámbar también se obtenía más hacia el occidente, en la región de Frisia –y hacia esos yacimientos, retomando antiguos caminos migratorios que sus antepasados recorrieron en otros tiempos, los mercaderes emprendían el camino bajo la protección de los sacerdotes y los dioses; a cambio del valioso material, daban lo más raro que tenían: joyas de oro, objetos de bronce, más tarde armas de fuego–; se llevaban el ámbar, como trofeo, a sus santuarios mediterráneos, hasta Dodona y Delos. Siguiendo muchos itinerarios, es verdad; durante mucho tiempo los más transitados fueron los que llevaban al Elba desde Bohemia y el Moldau, luego desde el codo de Magdeburgo llegaban al Weser, en el punto en que escapa del macizo herciniano. Pero pronto el Rin sirvió también de guía hacia la bifurcación frisona: el Rin que lleva del Mar del Norte a los desfiladeros alpestres, al Ticino, a los lagos y por último a ese valle del Po donde, debido a una serie de confusiones fértiles en enseñanzas, Dionisio el Periegeta, en el siglo II de nuestra era, mostraba a los hijos de los celtas sentados bajo los álamos y recogiendo, en las orillas del río, lágrimas de ámbar... Ruta inmemorial, la misma que utilizaron los argonautas en el poema de Apolonio de Rodas: una de las tres ramas, si hemos de creer en la geografía a la vez mítica y legendaria del poeta, de un río Ródano, *Rhodanus*, de tres embocaduras: por una se lanza como nuestro Rin al océano; por la otra, nuestro Po, al mar Jónico; por la tercera como nuestro Ródano, en el mar de Cerdeña, casi frente a las Stoechades,

esas islas de Hyères que en tiempos de Hallstatt servían de cabeza de línea a un camino de coral hacia el continente: es ahí adonde, desviados del Rin por Hera, los argonautas finalmente llegan... Concepción de todo punto lógica si combina en un mismo sistema no tres ríos sino tres itinerarios.

Una vez más, tres; la cifra es muy modesta. Traduce insuficientemente la importancia de estas antiguas vías de tráfico que descubrieron, hace ya tantos siglos, y recorrieron antes que los primeros pueblos mercantes que nos son conocidos, tantos hombres cuya voz está muerta, su lenguaje desvanecido... Y ¿cómo no mencionar a las que, al desembocar en el valle del Rin, contribuyeron también a formar el río, a hacerlo familiar y utilizable para los hombres, a orientarlo?

Constituían dos grupos. Al sur, la o las rutas danubianas, las que indicaban a los hombres, puesto que era su lugar común de convergencia, el valle del pujante Istros (hasta más tarde no recibirá el nombre de *Danubios*, y sólo para la parte superior). En realidad, esta ruta no sólo servía para conducir a los mercaderes y mercancías que iban al Mar Negro, cruce de caminos de Asia, y a las llanuras pónticas que sin duda contribuyeron a formar el estilo de vida de los hombres del neolítico, el corazón mismo de nuestro mundo: por Constanza y el Aar hasta los lagos con bordes pantanosos cubiertos de estaciones costeras, el nombre de una de las cuales, La Tène, habla bastante de su importancia; o bien por el sendero que dominan el peñón de Montbéliard en la vanguardia y la acrópolis de Besanzón ceñida por su meandro hasta las regiones muy pronto humanizadas del Saona y del Ródano –no sólo prestaba las aguas del río y los suelos de limo que bordean el valle por el sur a la marcha a menudo devastadora de los transportadores de nuevas costumbres e invenciones que se precipitaban y se ahuyentaban unos a otros en el corredor central de Europa; también se enriquecía con el aporte especial de los atajos que tanto la cruzaban simplemente, por el Naab y el Saal para llegar al Elba y sus embocaduras descubiertas desde tiempos primitivos, como por Höfingen, Waldshut y el Sundgau o sus caminos del Neckar, de Rottenburg a Cannstatt y Heidelberg, que permiten contornear la Selva Negra–, para finalmente alcanzar el Rin y con sus productos variados engrosar el comercio directo.

Rutas de la sal, que jalonaban famosos yacimientos; el nombre del

preciado condimento no deja de sonar con claridad: Hallstatt y Hallein, Hall sobre el Kocher, Halle sobre el Saal, al sur de Stassfurt. Julio, durante sus campañas en Germania, verá a burgundios y alamanes disputarse las salinas con las armas en la mano. Rutas de metales también: por allá, del sudeste subieron hacia el nordeste europeo el bronce y el oro, luego el hierro de Nórica, deslizándose de mano en mano a lo largo del alto Danubio y del Neckar para alcanzar a la vez el Ródano y el Rin; hecho significativo, la gran espada de hierro característica de la primera fase hallstaciana, ausente de la Galia meridional y de la Suiza occidental y, por el contrario, presente a la vez en el estado de Baden, en Alsacia, Lorena y Borgoña. Pero, ¿es suficiente con hablar aquí de productos? Lo que se intercambiaba, en el cruce del Sundgau, en las desembocaduras del Neckar y más al norte en la cuenca de Maguncia, que no ha dejado de estar cultivada desde la época en que los hombres del neolítico levantaban sus chozas en las orillas del río hasta las sólidas concentraciones del bronce y del hierro que desbordaban, por el Nidda y el Wetter, en dirección al Fulda y al Weser; no se trataba solamente de utensilios, armas o joyas, sino también de ideas, sí, y de los pasos hacia el progreso que daba la civilización. Por otra parte, ¿acaso el propio utensilio no conlleva la idea? Cuando la espada, "brazo de metal que prolonga el brazo de carne" y al igual que éste dócil a las órdenes más directas, a las intuiciones más vivas del espíritu, viene a compartir las ventajas del hacha brutalmente asesina, ¿se trata de un instrumento que se difunde, o bien de maneras de actuar, de maneras de ser más sutiles que se instalan? Por este medio, en realidad, por los ríos cuya red prefigura un mapa del bello libro de Schumacher; por esos trazos antiguos cuya importancia secular parecen hacer revivir, hoy todavía, nuestros esquemas de repartición de los hombres, no han dejado de establecerse contactos entre los países del Rin, las planicies de Europa central, las tierras altas precozmente civilizadas de Bohemia y de Nórica; más lejos, las riberas del Ponto Euxino y aquello que más tarde verá agitarse, detrás de las formaciones compactas de un germanismo en acción, las masas inquietas y tumultuosas de los godos, los eslavos y cien pueblos más.

Rutas del Danubio, rutas del norte también que penetran igualmente, con sus tentáculos extendidos a lo lejos, hacia centros de difusión humana: en la encrucijada de Jutlandia, sobre todo, donde con fre-

cuencia se ha visto un crisol de pueblos y de naciones... Dos vías. Es necesario descifrar su trazo en el célebre mapa que Vidal de la Blache, en 1903, anexó a su *Tableau de la France* "para servir a la historia de la ocupación del suelo europeo"; o en los no menos expresivos mapas que Emmanuel de Martonne multiplicó en su *Allemagne*, en el tomo IV de la *Géographie universelle*, uno de Westfalia, el otro del litoral.

Bordeando el flanco norte de los relieves hercinianos, sobre suelos de loes de fácil labranza y escalonados, de la Börde de Magdeburgo al Hellweg westfaliano, la primera se desliza hacia el Rin, al que alcanza entre Lippe y Ruhr, en esos sitios de nombres evocadores: Paderborn, Essen, Duisburgo, residencias sagradas o castillos militares antes de constituirse en las capitales humeantes de la hulla y del hierro. Más adelante divide al Mosa a la altura de Venlo; una necrópolis hallstaciana de tamaño considerable subraya su importancia inmemorial. De ahí, desviándose para evitar el Peel, atravesando el fondo limoso del Herve y del Hesbaye, se aproxima al Hainaut, Picardía, los suelos claros de Champaña. Ya el hombre de Neanderthal velaba desde su gruta en la desembocadura sobre el Rin. Desde la primera edad del bronce, veinte depósitos, veinte hallazgos, representados en un elocuente mapa de Sprockhoff, jalonan su recorrido. Y Druso la siguió en su segunda campaña.

Sin embargo, la otra –Druso también la recorrió en el año 12– corre a lo largo de las costas con abundancia de peces, sobre una franja de aluviones litorales: feraces y fértiles *Marschen* (tierras aluvionales), todavía muy pobladas y a las que tristes landas, el terreno pedregoso de la *Geest**, la turbera del *Moor***, aíslan del interior. De ahí, del Báltico a la Mancha, del Vístula al Escalda y luego al Somme, se anudan con las islas, las tierras anegadas y los oasis de marismas que ocuparán los anfibios frisones y los flemáticos bátavos, un rosario de tierras firmes amenazadas por la oleada, pero, desde el neolítico, cubiertas de tribus, de las que muchas familias partieron a menudo para colonizar las tristes tierras hercinianas del sur. También allí cruces de caminos y centros de aglomeraciones: el de Tongres y el de Bavai, cuyo valor humano realzará una gran vía romana; y esa otra de cuya importancia darán más tarde testimonio Amberes, Gante y Brujas. ¿Es casual que la única ciudad prerromana citada en Ger-

* Terreno elevado y seco de Alemania del norte. [T.]

** Pantano. [T.]

mania por un historiador antiguo deba buscarse precisamente en esta región: *Asciburgium*, que Tácito, basándose sin duda sobre una inscripción incorrectamente leída, declara que fue fundada por Ulises y su padre, Laertes (*Germania*, III)? Trabajos recientes pretenden señalar que constituye la cabeza de línea renana del comercio del ámbar, el almacén donde, del siglo VI al I a. C, los audaces pero prudentes massaliotes (marselleses), no decididos a lanzarse al temible oleaje del Mar del Norte, recibían de manos de intermediarios –los tencteros entre el Elba y el Rin– la valiosa mercadería transportada por barco desde la isla de Ábalos...

Poco importan, por cierto, los detalles excesivos de los hechos. Lo que es necesario conservar, aquello que desde el origen aclara con trazo luminoso el destino del Rin, es que el hombre, soberano ensamblador de los ríos, lo forjó de valles y torrentes para que dejara de ser una barrera y se convirtiera en camino. Un lazo, no un foso.

II. LA FRONTERA NATURAL

Un enlace entre Norte y Sur, tal vez. Entre dos Países Bajos o dos Venecias, como se quiera. Pero, ¿se puede hablar de un enlace entre el Este y el Oeste? Desde el momento en que, para aclararnos su papel, sólo puede darnos su nombre, el Rin puede introducirse por sí solo en la Historia en el rubro de ruta de intercambio. De una ruta pacífica, eso ya es otra cuestión: tráfico, por lo tanto ganancia, por lo tanto rivalidad y con demasiada frecuencia batalla. Sobre estos ríos se extiende la tregua de los dioses, la paz de los comerciantes, hasta el día en que se pelea por ellos, en que eduos y sécuanos se disputan, enfrentados, los peajes del Saona... En todo caso, cuando llega a nosotros, con textos no ya de poetas ni de autores de leyendas, sino de historiadores y de geógrafos, el eco de voces eruditas, ¿no proclaman estas voces venerables que el Rin es una cosa más: un límite? No de inmediato, porque los griegos más antiguos –Herodoto, por ejemplo, alrededor del año 440 antes de Jesucristo– no hablan del Rin y no conocen, al norte de los Alpes, más que un río: aquel cuyo valle parece estar hecho con el propósito de conducir, al corazón de Occidente, a los hombres, los productos, las ideas del Oriente: el Istros, nuestro Danubio. Pero los que vienen después y dan nombre al *Renos* al poco

tiempo proponen diversos sistemas en los que el Rin desempeña el papel de frontera.

Ciertamente, los jeroglíficos que presentan para descifrar son primero oscuros: como, por ejemplo, el que nos propone Diódoro en el primer siglo antes de Jesucristo, que divide con el Rin a los celtas cisrenanos y a los gálatas transrenanos; diferenciación tanto más singular cuanto que los predecesores de Diódoro, Polibio, por ejemplo, consideran intercambiables estos dos nombres bastante vagos. Poco después, hacia el año 30 antes de nuestra era, Dionisio de Halicarnaso, al describir la Céltica anuncia que el Rin, la más grande de las vías fluviales europeas después del Danubio, divide esta vasta región en dos partes iguales: una, Germania, que se extiende hacia Escitia; la otra, Galacia, que mira hacia el mediodía y los Pirineos. Esto nos acerca a nuestras costumbres; pero ya en esa época habían aparecido los *Comentarios* de Julio César, y en esta obra maestra, la primera que proporcionó a los mediterráneos datos positivos sobre la Galia céltica –esa experiencia de Francia antes de la epístola romana–, podía leerse, entre otras veinte, la famosa frase sobre los belgas, "vecinos de los germanos, que habitan más allá del Rin, *qui trans Rhenum incolunt*, y a los que combaten perpetuamente". Es verdad que César nos muestra en otro sitio a estos mismos belgas, "en su mayoría" descendientes de germanos que en otros tiempos cruzaron el Rin, aliándose contra Roma con germanos verdaderos que vivían de este lado del río: *qui cis Rhenum incolunt*, variaciones tal vez interesantes pero, también, ¿tal vez involuntarias y fundadas en un conocimiento mediocre? El procónsul tenía su servicio de información, pero no funcionaba desde hacía mucho tiempo. Y además, venía a suceder a los galos vencidos por sus legiones. Son éstas las que ahora van a bordear el río, que ya han cruzado. Tienen intención de conservarlo. Y he aquí que aparece en la historia una segunda noción, de resonancia más grave que la primera. Entre el estrépito de las conquistas, y por insistencia del propio conquistador, surge el Rin frontera –después el Rin enlace.

Detengámonos mientras tanto y, sin analizar detalles, esclarezcamos los hechos contemporáneos. Cuando entre belgas y germanos César tendió su Rin como una línea de demarcación, lo que lo guiaba no era esa misma necesidad de encerrar con líneas grabadas en el suelo la realidad cambiante de las agrupaciones humanas que guió al observador, por cierto excelente, de las sociedades sudanesas: primero, en un grueso libro, nos muestra no sé cuántas tribus que se detie-

nen respetuosamente a las orillas de tal o cual afluente del Níger: "Su verdadera frontera natural", dice como buen europeo, nutrido de doctrina académica y de tradición diplomática. Pero unas páginas más adelante, una frase corta, repleta de humor involuntario: "En cuanto a los ríos, salvo el Níger y el Bajo Ouémé, forman parapetos inútiles en tiempo de sequía –porque dejan de tener agua en su lecho..."

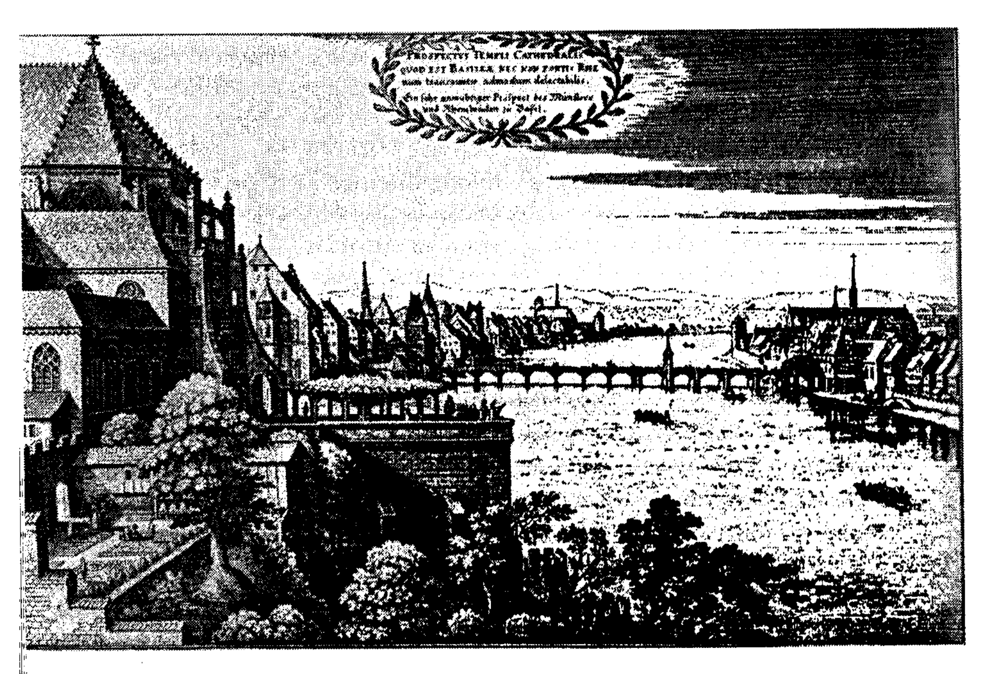
El Rin ignoraba esta desgracia. Aunque es cierto que hubo una época en que su lecho no se parecía en absoluto al canal profundo y provisto por doquier de las riberas artificiales que conocemos, el invierno y sus heladas, el estío y sus sequías ofrecían posibilidades que deben de haber inquietado más de una vez a los romanos. Necesariamente, porque a falta de puentes mas no de vados, tribus enteras con hombres, mujeres, niños, bártulos y esos enormes carros que por la noche servían para parapetar los campos de los emigrantes, cruzaban sin cesar el Rin. *Transire Rhenum*, ¿en cuántas páginas de los *Comentarios* aparecen estas dos palabras? Y del lecho del Rin lo suficientemente fijo como para servir de frontera (*qui terminus esse sufficiat*) ¿no dice Tácito, en su *Germania* (32), que el Rin no es apropiado para crear una frontera? Además, en las *Historias* (IV, 126), ¿no nos muestra a las legiones obligadas a establecer postas en las orillas para impedir que los bárbaros crucen vadeando un río incapaz de transportar barcos: *dispositae per omnem ripam stationes, quae Germanos vado arcerent?*

En la llanura, entre los Vosgos y la Selva Negra –detrás de la cortina de árboles, juncos, pantanos frecuentados por los castores y las aves migratorias y, mil veces más que hoy, ocultando a las miradas un río menos profundo, menos rápido, atestado de arenas movedizas y de troncos atascados; detrás de esta espesa maleza saturada de miasmas, infestada de mosquitos, que aislaba casi totalmente al Rin de las tierras habitables, de los campos cultivados, de las granjas y de las aldeas, para no dejar acceso, sin más, sino a algunos pequeños grupos anfibios de pescadores, de cazadores o de buscadores de oro que limpian las arenas de cuarzo–, imagino cuán fácil era, desde el momento en que nadie vigilaba el curso de las aguas, cómo podía fácilmente pasar inadvertida la concentración de un pueblo de guerreros deseosos de aventuras, buscando el momento propicio para vencer el obstáculo, vadeándolo o sobre el hielo, y precipitarse bruscamente más allá de las mieses tentadoras, sobre las chozas bien provistas.

Ahora bien, lo que decimos del Rin de Alsacia debemos decirlo en términos diferentes de tantos Rines sucesivos que, al reunirse, han constituido el Rin.

Un vistazo a la red de afluentes y de subafluentes: ¿qué puede ser más sorprendente? En la base, una expansión, una red de ríos y de lagos: ¿no es la casi totalidad de las aguas suizas entre las que el Aar, frente a Waldshut, le da tributo? Pero después, nada más; río abajo, más allá de Basilea, en ciertos lugares la red de afluentes no mide más de cincuenta kilómetros de largo... Luego nada, mientras que, rápido, el Rin corre entre Alsacia y Baden, separado de los Vosgos por el desaguadero del Ill, de una Selva Negra demasiado próxima no recibe más que riachuelos. Luego nada, hasta que finalmente Neckar, Main, Nahe, Lahn y Mosela, convergiendo de este a oeste, hacen que de nuevo se extienda, alrededor del tronco central, la enramada exuberante de tributarios. Enseguida, hasta el mar, a lo largo de kilómetros y kilómetros, hay afluentes de un solo lado: Sieg, Ruhr, Lippe, dos desaguaderos, el Erit y el Niers, aíslan de nuevo el río en el otro extremo... Imagen en verdad bastante elocuente. Más que una unidad, ¿acaso no traduce ya variedades –todo aquello que distingue y caracteriza las secciones de un gran río visiblemente formado por ramales diferentes por su edad y también por su origen: la apariencia de las riberas y el valor de punto de apoyo que proporcionan a los hombres?

¿Qué hay de común, aparte del nombre, entre el rápido torrente que, de Basilea a Estrasburgo, corre, ajeno en su furia a las comarcas que lo rodean –un Rin que más que unir divide–, y este Rin de Colonia al mar con sus trazas alucinantes de vigor: como fortalezas, altos hornos, acerías, fábricas de coque, laminadoras que proyectan hacia el cielo sus masas metálicas; y de pronto, por atrás, un paisaje de delta: la Mesopotamia renana con sus llanuras de arcilla pegajosa más abajo, sus granjas aisladas tal como las vio Rembrandt. Desvanecidas las orillas, el viajero que sube, de frente al norte, hacia el inagotable depósito marino, ya no ve más que una bóveda de cielo inmenso sobre las aguas que se tornan doradas, a veces surcada por pájaros –y a la que dora, en el centro de grises y suaves nubes, un resplandor apagado repleto de promesas secretas. Segmentos prodigiosamente diversos que definen, junto con las condiciones del régimen fluvial, el aspecto cambiante de los relieves, las culturas, los asentamientos humanos: todo lo que hace o transforma un paisaje; todo lo que explica,



El Rin en Basilea en el siglo XVII:
el Palatinado detrás del Domo y del gran puente

también, en un valle en gran medida barrido por los grandes hálitos de vida general, esa percepción perpetua de relaciones particulares: más históricos unos, más humanos otros, todos dejan entrever la actividad vivaz de los circuitos locales... De suerte que hay un solo Rin, en total, si de lo que se trata es de unir, pero diversos Rines si de lo que se trata es de delimitar o de combatir. Rines que ya reúnen, ya disocian. ¿Qué? Dos mundos.

El primero, el nuestro. La punta extrema de Europa occidental. Cómodamente drenada por ríos que se relevan uno a otro, este conjunto de planicies y de montañas que se alternan, de valles todavía húmedos y de mesetas secas, bosques humanizados y cuencas labradas donde, poco a poco, por la acción secreta de esta "fuerza bienhechora" de que habla Vidal de la Blache y que, flotando por encima de las diversidades regionales, las compensa –una persona moral de

rasgos armoniosos se ha constituido: la Galia antes que Francia, dos formaciones pujantes, pero cuya vida general se ha nutrido de vidas locales; en su llama única han mezclado sus fuegos mil pequeños hogares vivaces y personales...

Frente a este mundo claro, bien articulado, abierto sobre un océano muy pronto surcado, hay otro bien diferente: esta masa ilimitada de la Europa del Centro, en gran medida amalgamada a las tierras macizas de Europa oriental o, más allá, a las vagas inmensidades del territorio asiático. Ahí, en ese territorio erizado de selvas, pero al que desde el oriente llegan largas avenidas de landas y de estepas –allá, a través de los siglos históricos, con los nombres de cimbrios, teutones, godos, germanos, eslavos y tantos más, actuó y reaccionó sin tregua una multitud confusa de elementos étnicos, disimulando sus diversidades con similitud de etiquetas, pero por lo demás, desplegando la misma incapacidad para desprender del humus de los bosques, del lodo de los pantanos sus formas políticas por mucho tiempo confusas, como semiempantanadas.

Ahora bien, un mediador entre el mar del Norte y las comarcas del mediodía: es así como vemos el Rin; y la historia, por cierto, nos invita a hacerlo. ¿Un foso entre la Europa peninsular y la Europa maciza? También nosotros lo decimos, pero la imagen no es exacta, o lo es sólo intermitentemente. ¿A través de cuántos pasos anchos y cómodos no se anudan relaciones entre la red renana y la danubiana? Un foso, ¿pero tantos puentes para cruzarlo? Países del Rin: por excelencia, aquellos que, entre dos mundos distintos, interponen la serie indefinida de sus Lotaringias políticas o espirituales.

¿Países limítrofes? Sí. De una orilla a la otra, de una tierra a la otra, el contacto no se establece por doquier de la misma manera. Existen zonas de aislamiento, de vida moderada, protegidas por el fango que fermenta, la fiebre que sube, el insecto que pulula. Hay bandas silvestres repulsivas, rodeadas por lobos que pululan en los linderos, abrigando en sus reservas naturales un vivo relicario del cuaternario: alces patudos, uros hirsutos, bisontes melenudos, osos pardos del Norte, sin contar la población menor de linces, gatos salvajes y glotones... Acosadas por leñadores endurecidos y solitarios, masas sombrías de hayas y abetos mezclados, coronan frente al Hardt el Odenwald o, más arriba, en el Westerwald, en Sauerland, responden, en la orilla derecha, a las masas del Eifel: altivos destacamentos de un lado y otro enmarcan el mundo del río, replegado sobre sí mismo y que no se re-

laciona con la vida de las regiones ribereñas más que a determinados intervalos.

¿Países de paradero? Pero es que ya lo vimos: el patriarca de la barba enmarañada de juncos no detuvo nunca a nadie –de los que no querían dejarse detener. Y si el Rin de Diodoro, de Dionisio, de César dividía a los hombres: galos aquí, germanos allá, no olvidemos que, según el propio César, el Sena "separaba" también a los belgas de los verdaderos galos, al igual que el Garona a éstos de los aquitanos. Cómodos marcos de clasificación. Formas rápidas de hacer imaginar realidades, ciertamente más complejas, a hombres que para colocar a los pueblos en la superficie del globo, tenían cuando más mapas sumarios, en los que los ríos, con algunas "urdimbres" notables, trazaban precisamente los marcos utilitarios. No imaginemos además, lanza en mano y vigilando la vaguada con mirada recelosa, a las tribus sedentarias montando "la guardia en el Rin" sin pedir relevo. No líneas fronterizas, sino zonas. A menudo pasos divisorios, pero no por doquier. Entre ellos, enlaces. "Largos puentes", como decimos nosotros, calzadas firmes y estables por donde se mezclaron primero una Galia, luego una Francia penetradas de influencias oceánicas o mediterráneas, y una Germania, luego una Alemania que, durante largo tiempo, retuvieron y esparcieron a su alrededor un poco del olor húmedo de los bosques.

III. EL RIN ENTRE DOS RAZAS

Cuestionadas por el historiador, así se desvanecen las fatalidades y se revelan las posibilidades: las realidades de contacto entre países. Pero, ¿no había, de una orilla a la otra del Rin, antagonismos de índole más profunda, de origen más animal? ¿No había desde los tiempos de César dos razas que se enfrentaban: por una parte, la céltica y por lo tanto, siguiendo las ideas populares, la de nosotros, los franceses; por otra parte, la germánica, la de los alemanes y sus antepasados? Grave problema, cargado de malentendidos. Abordémoslo sin ambages. Y a falta de textos, solicitemos la ayuda de estas ciencias compasivas: la antropología, la arqueología y la lingüística.

La lingüística tiene poco que decir. Pero cuando se trata de penetrar la profunda vaguedad que rodea la cuna de los eslavos o de pro-

yectar rayos de luz sobre la noche germánica, los historiadores sin texto encuentran en ella su último recurso. Una parte de su esfuerzo tiende a constituir familias de lenguas, grupos de dialectos más o menos diferenciados (a veces a tal punto que ya no presentan, por así decir, semejanzas entre sí) pero que continúan todos una misma lengua común. El esfuerzo del lingüista tiende igualmente a reorganizar estas lenguas comunes: de tal manera, apoyados en las lenguas indoeuropeas que descubrieron en Asia o en Europa, los eruditos del siglo XIX lograron reconstituir la lengua madre de la que se derivan las lenguas secundarias, a las que llaman el indoeuropeo común.

¿Cuál es el vínculo con la historia? El más directo. Una lengua, un grupo. No hay grupo que no tenga su lengua ni hay lengua que no exprese las ideas de una "unidad" –¿es necesario decir política? Palabra peligrosa por sus resonancias modernas; digamos cultural, sin excluir completamente las preocupaciones propiamente políticas. ¿Hay signos de origen común entre este u otro dialecto? Entonces hubo una lengua madre de estos dialectos emparentados. Entonces un grupo de hombres la hablaba al mismo tiempo. ¿Dónde y cuándo? Problemático. Sacar de datos lingüísticos sutilmente trabajados, el conocimiento seguro de la "cuna de los arios" –ese sueño de nuestros abuelos está muy lejos de nosotros. Pero una aristocracia conquistadora que dominaba a los pueblos sometidos y les imponía con algunas instituciones el uso de su lengua: esta imagen que nos proporciona el lingüista es aplicable a las mismas épocas en que estos antepasados sentían su unidad; no menos a las épocas en que, al escindirse, engendraron formaciones que ningún texto nos da a conocer; pero también en este caso, ya se trate de lenguas conocidas o recuperadas, extraemos la noción de agrupaciones de conquista: porque el sánscrito entró por conquista en la India, como más tarde el latín en Italia, el alemán en Alemania oriental, o, si se quiere, el portugués en Brasil. Ahora bien, ¿no es así como Jullian situó en el trasfondo de nuestras sociedades de Europa, para empezar, a los portadores de una misma civilización que hablaban la lengua madre de las lenguas indoeuropeas; luego, revelados por la existencia de una lengua italocéltica, hija del indoeuropeo común, a los ligures que dominaban del mar de Irlanda a la Campania y de las orillas del Elba a las del Ebro; por último, en un compartimiento más reducido, a los celtas que invadieron el país que pronto recibiría el nombre de Galia, antes de que llegara el turno a los romanos, con el mismo juego de conquista y rem-

plazo, de establecer su dominio sobre las ruinas del de los primeros? Naturalmente son hipótesis, discutidas y discutibles. Pero celtas, ligures, indoeuropeos: ¿qué designan estas palabras, prestigiosas e inconsistentes? ¿Razas? Mil veces no; en esto concuerdan con exactitud el historiador, el lingüista y el arqueólogo.

Uno de ellos es Meillet, en su famosa *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, donde dice: "Nada autoriza a hablar de una raza indoeuropea; si bien necesariamente hubo una nación indoeuropea, no se sabe en qué sitio ni en qué época exactamente". Pero en 1903, en una carta a Salomon Reinach, publicada por *Anthropologie*, observa Camille Jullian: "Cuánto más felices que nosotros eran los latinos y más sabios al ignorar, cuando de naciones se trataba, la palabra y el concepto de raza, y por hablar de esto sólo como nombre. Decían: *Nomen Latinum, nomen Romanum*, y ésa era la verdad: porque los romanos eran sobre todo un nombre, y los celtas no eran mucho más". A su vez, en *Les races et l'histoire*, Pittard se mofa de los que pretenden encontrar, "en alguna parte", en Asia o en Europa oriental, las fuentes de donde surgieron, milagrosamente puros y distintos, un río ligur, un río celta, un río gálata, un río normando: como si todos no hubieran corrido, con la mayor frecuencia, por "torrentes antropológicamente semejantes".

El hombre, cosa bien antigua en verdad. En el momento en que iniciamos nuestros relatos titubeantes, hace ya miles de años que vive, trabaja y crea. Celtas, ligures, indoeuropeos... pero ¿y la masa de innominados anteriores a ellos? ¿Los que inventaron las técnicas primordiales, seleccionaron los granos, imaginaron confiarlos a la tierra desgarrada? Los que levantaron chozas, domesticaron animales y, modestamente, crearon esta cosa simple: la familia humana, nuestra familia de Europa. Ahí estaban, estos hombres, ahí se quedaban, en persona, cada vez que una invasión, una conquista, la llegada de un contingente de hombres nuevos provistos de armas mejores, herramientas más asombrosas venían a ahogar sus campos –y sus costumbres. Pasemos de lo mejor conocido, o de lo menos mal conocido, a lo desconocido completamente oscuro. Esos pocos miles de francos que sometieron a la Galia romana, ¿se encontraron solos, habitantes únicos de un dominio tan vasto al día siguiente de la conquista? Pero, antes que ellos, esos pocos miles de romanos que sometieron a la Ga-

lia céltica, ¿se instalaron en un terreno virgen? ¿Y los celtas, esos pocos miles de celtas? La masa doblega, se integra, se fusiona. Una o dos generaciones: después de César, después de Clodoveo, entre los que tenían capacidad y medios, ¿se distinguía todavía en la Galia a los vencidos que se separaban de los vencedores por la lengua, la vestimenta, los usos, aun los dioses? Jullian señala el celo inusitado con que los galos, sometidos por Roma, adoptaron de la noche a la mañana las formas de ser, de hablar, de pensar de los amos. Ferdinand Lot observa, por su parte, el entusiasmo de los galorromanos, desde mediados del siglo IV, por las costumbres, las conductas e incluso los nombres bárbaros. Integración, si se quiere. ¿Pero es posible creer que los integrados, en cincuenta años cambian su naturaleza profunda, heredada de una serie de antepasados heterogéneos, al azar de las migraciones, del rapto de mujeres, del intercambio de cautivos? Permanecían allí, pesando silenciosamente sobre los recién llegados, con el peso formidable y mudo de su masa, de sus herencias secretas y mezcladas. Una labor de mestizaje, de mixtura se reiniciaba; mejor dicho, proseguía con la ayuda de elementos parcialmente nuevos. ¿Y qué se tenía por delante en cada ocasión? Un nombre, retomemos la palabra de los antiguos. Germanos, celtas, dos nombres. Dos vastas comunidades si se prefiere: una más precoz, más cultivada que la otra. Una mezcla confusa de similitudes profundas, de tajantes oposiciones.

Con una pizca de paradoja, el autor de *Premiers habitants de l'Europe*, Arbois de Jubainville, decía que a los alemanes –los del sur, en todo caso– les corría por las venas más sangre celta que germana; añadía incluso: más sangre celta que a nosotros los franceses, que nos hemos bautizado como herederos únicos no de una masa abigarrada de antepasados sino de los celtas, únicos elegidos entre ellos. Se dirá que es una humorada. Sin embargo, reflexionemos, si "los celtas, nuestros antepasados", son los galos de César y, hablando en general, los escritores romanos –*qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli appellantur*–, de estos galos pensaban todos los latinos que eran rubios de ojos azules y altos: esos cuya *aurea caesaries* canta Virgilio en la Eneida (VII, 658), la resplandeciente cabellera de reflejos dorados; precisamente, estos dolicocéfalos cuya superioridad y, si nos atrevemos a decirlo, cuya "germanicidad" ejemplar e íntegra proclamó Gobineau, con fastuosa y cándida certeza. Cuando por el contrario, pronunciamos sobre la

orilla izquierda del Rin: "¡Aquí, los celtas!", lo hacemos en presencia de cráneos cortos y anchos, de hombres más bien bajos, de cabello oscuro y no rubios. Braquicéfalos, por lo tanto celtas, por lo tanto franceses... Pero, entonces, ¿y los galos gigantes, los gigantes pelirrojos de ojos claros?

En realidad, un antropólogo prudente, informado, que no toma sus prejuicios por razones, lo que nos dice al hablar de Alemania es que en ella hay sin duda miles de grandes dolicocéfalos rubios, a la manera de Gobineau. Pero también miles de braquicéfalos de cabello oscuro: ¿podríamos decir a la manera de los celtas? Es verdad que después de las campañas épicas nos hemos puesto de acuerdo para reconocer, junto con Broca, "el tipo celta francés" en los hombres de Morvan, de la meseta central o de los Vosgos, a los que se asocia un cráneo corto, una estatura media, cabellos y ojos oscuros. Pero por cansancio. Y es ciencia de ayer. Y celta no tiene aquí más que el valor de un convencionalismo. En Solutré, en la célebre bisagra histórica que nos dejó todo un pueblo de esqueletos –codo con codo, un buen tercio de dolicocéfalos y un tercio justo de braquicéfalos. Y mezclados: un pequeño tercio de mesaticéfalos nos impide hacer como si lo ignoráramos. Corrientes, contracorrientes. Entre tantos invasores que irrumpieron en nuestro suelo, cuántos, sin saberlo, vinieron a unirse, "braquis" y "dólicos", a sus propios antepasados –¿a mezclarse nuevamente con ellos? He aquí la razón de la enumeración de estas oleadas sucesivas: suavos y alamanes, visigodos y burgundios, lombardos, francos, sajones, normandos: si bien conmueve a la historia, deja su flema a la antropología. ¿Hay "equivalentes raciales" detrás de cada uno de estos nombres? No. Hay mezclas procedentes de fuentes impuras, "dólicos" o "braquis" indistintamente. Demos a los mitos tratamiento de mitos, espejismos, si se quiere. La raza, tal como se saca a relucir todavía en tantas polémicas, no es más que un espejismo: los lingüistas también nos ayudan a demostrarlo.

Partiendo de los textos más antiguos (escalonados, según el caso, del siglo III a. C. al IX) que nos han dejado las lenguas germánicas diversas, los lingüistas reconstruyen el idioma, el "germánico común", cuyos variados dialectos representan otras tantas transformaciones. Se hablaba en la porción central de Europa, tal vez en las planicies de Alemania del norte. ¿Cuándo? Sin riesgo de andar muy errados, se puede pensar que durante los tres o cuatro primeros siglos anteriores al inicio de la era cristiana. Pero, ¿quién lo hablaba en reali-

dad? Una nación. No una raza. *Germani, nationis nomen, non gentis.* Tácito lo escribió en términos nada ambiguos. Una nación, es decir, un conglomerado de pueblos, cada uno con sus propios magos, sus jefes particulares y hablando su propio dialecto. "Un grupo de pueblos –escribe Meillet– cuya unidad sentían sus vecinos; ellos mismos se consideraban emparentados, pero no habían formado en ningún momento, una unidad política." Tema conocido: ¿se puede superar esta noción adquirida?

Sí, si recordamos que cuando tenía lugar una conquista no todos los vencidos desaparecían siempre y como por arte de magia. Entonces, ¿qué pasa con las lenguas cuyo uso vienen a imponer los "recién llegados" a "los que estaban"? ¿Acaso es sobre una página en blanco sobre la que los conquistadores imprimen, sin manchones ni arrepentimientos, el sello indeleble de sus formas de expresarse? Meillet responde que no; quién puede discernir, en el germánico común tal como ha sido reconstituido, el indoeuropeo que hablaban hombres que lo aceptaron (o padecieron), si no es "pronunciándolo de una forma parcialmente nueva": sin duda, desde el punto de vista de estos hombres, de una manera "muy antigua". De donde se sigue que los conquistadores eran una minoría: la masa que regenteaban manifestó su persistente poderío al hacer prevalecer en la lengua del vencedor un tipo de articulación diferente del antiguo. Y del mismo modo, al no asimilar más que imperfectamente los procesos gramaticales, extrañamente originales y complicados, del indoeuropeo. Observemos además, que una perpetua inestabilidad –la de emigrantes y conquistadores: ¿no eran éstos los hombres que hablaban las lenguas germánicas?–, una perpetua movilidad en el espacio, a través de los diversos países y tribus propicia las variaciones de lenguaje, las diferenciaciones que se iniciaron desde muy antiguo. Características que aporta una lingüística ingeniosa a una historia desarmada y que, también aquí, bajo la fachada de los nombres, descubre realidades –las masas profundas que se quedaron *in situ* para perpetuar el pasado rigiendo el futuro.

No obstante, llega el momento en que la historia puede finalmente comenzar su labor. Con dificultad, porque a falta de textos debe contentarse con nombres propios. Para empezar, precisamente con el de germanos.

¿Dónde, cuándo, en qué fecha lo encontramos por primera vez? Más aún, cuando aparece en la pluma de autores antiguos, ¿qué designa realmente? Páginas sin fin se han escrito sobre estos dos temas. *Germania*, nombre reciente, *vocabulum recens et nuper additum*; una frase célebre de Tácito en su *Germania* nos lo dice; ¿y germanos? Salustio, en 73 a. C., emplea el término. Antes que él, en griego, Posidonio (hacia el año 80). ¿Es necesario retroceder mucho más, de un salto, y considerar auténtica la mención en los *Fastos*, de un triunfo obtenido en 222, en Clastidium cerca de Plaisance, sobre los ínsubros y los germanos –*de Gallis Insubribus et Germ(anis)*– por el cónsul Marcelo preludiando la entrada de las legiones en Milán? No dudamos de la derrota de una tropa mezclada, que contenía otro elemento además de los ínsubros, pero ¿de qué otro elemento se trata? Polibio habla de gesates. Propercio planta a su jefe de pie en un carro, protegido por un enorme escudo belga, llevando en la mano dos de las jabalinas llamadas *gaesa*; se jactaba, agrega, de haber bajado por el Rin: *Genus hic Rheno jactabat et ipso*. Gesates: henos aquí orientados hacia los belgas. Pero, ¿cuántos de los antiguos no confundían a estos belgas con germanos?

Enfrentemos la realidad. Los nombres no pueden más que desviarnos. Celtas, germanos: durante mucho tiempo era común, en Roma, aplicar los dos vocablos a una misma masa humana. Uno designaba a la parte más salvaje: los muy feroces, muy fogosos, muy resistentes germanos. El otro se aplicaba a tribus ya más civilizadas, menos alejadas del hogar mediterráneo, un poco bastardeadas por sus contactos. Pero al irse aproximando, subiendo hacia el norte y el este, tantos bosques y pantanos tornaron más ariscos a estos galos; al llegar al país de los belgas, ya no se sabía bien si eran lo uno o lo otro: los galos más fieros o los germanos menos incultos. Es la idea de Estrabón y de Posidonio; también la de Cicerón cuando ya César guerrea en la Galia: para el abogado romano, los germanos, al lado de los helvecios, parecen pueblos "galos". Después de todo, *Ger-mani*: uno piensa en esas otras etnias galas en *mani*; los *Poe-mani*, los *Co-mani*, los *Ceno-mani*; ¿no se trataría sencillamente del nombre de una tribu o de un grupo de tribus no germánicas sino célticas y encontradas en alguna parte por los romanos?

Éstos pueden haberse sentido sorprendidos por la palabra. Su lengua poseía un adjetivo, *germanus*, que significaba verdadero, natural. De este modo no tardó en nacer una de esas etimologías populares



Espira a mediados del siglo XVII
(En primer plano, una barcaza y el blanco de los arqueros)

cuya tenaz fortuna conocemos, *Germani*, entiéndase *Galli*: los verdaderos, los puros, los supergalos. ¿Toma César el término de diferente manera? En todo caso no posee la noción que, más tarde, Tácito traducirá con fuerza (pero de los *Comentarios* a *Germania*, nosotros, que inspeccionamos los siglos de buena gana, no olvidemos que se mide en años la misma distancia que entre los capítulos de Voltaire sobre la conquista romana en el *Essai sur les mœurs*, 1753-1758, y los primeros volúmenes de la *Histoire de la Gaule*, de Camille Jullian, 1908-1912); me refiero a la noción de una vasta Germania circunscrita por el Rin, el océano, el Danubio y al este, las tierras sármatas y dacias. Noción puramente geográfica, pero en absoluto étnica; adquisición de hombres de espíritu constructivo, situados frente a parajes inquietantes: en los claros de negros bosques, hostiles a su predilección de meridionales por la luz, veían a las tribus guerreras agitarse, siempre prestas a lanzar sus hordas a lo lejos. No se resignaban a ignorarlo to-

do sobre ellas; les hacían falta definiciones; se las dieron, si era necesario al precio de algunas aproximaciones. Así, mientras que César no les asignaba más que un límite, el Rin, Tácito trazó alrededor de ellos un cuadro entero, y en el interior colocó a los germanos: naturalmente, ya que dio a su dominio el nombre de Germania. Pero, ¿cómo, entonces, no proceder a una aproximación?

Germani, nombre de una tribu poco a poco transformada en nombre de país (*Germania, nomen recens et nuper additum*); volviendo del país a sus habitantes, se aplica finalmente a hombres diferentes por la sangre, la lengua y las costumbres de aquellos a los que se aplicó por primera vez. Sólo que en otras tierras, *Afri*: nombre que los romanos, al marchar contra Cartago, dieron a los indígenas sometidos por los púnicos. Pasando de los hombres al territorio, se convierte en el de una provincia, *Africa*; luego nos da el de un continente. Cuando llegan los árabes estos nombres desaparecen: "Es que –escribe Gautier en *Les siècles obscurs du Maghreb*– no hay lugar en el cerebro de los árabes para esas grandes categorías de base geográfica. Lo que el árabe ve inmediatamente, la única cosa que tiene sentido para él, es la tribu." Sustituyamos árabes por germanos: ¿no tendríamos de vuelta la historia de los *Germani* primero céltica y de la *Germania* casi germánica?

¿Dónde queda la raza en todo esto? ¿Dónde se puede trazar, incluso en tiempos de César, una frontera étnica entre estos grupos mestizados: germanos más o menos celtificados, celtas más o menos enrolados en confederaciones germánicas –larga simbiosis sobre la que la historia, la arqueología y la lingüística arrojan luces concordantes? Por teatro, comarcas que la toponimia nos muestra cubiertas de nombres de ríos y de montañas ya sea indiscutiblemente célticos o de origen incierto pero sin deberle nada al germanismo: es el caso de los afluentes del Rin en la ribera derecha, del *Lupia* (Lippe), que evoca nuestro *Loup* nizardo en la *Raura* (Ruhr), homónimo de la *Roer* mosana y de nuestro Hérault (*Arauris*); del *Sigina* (Sieg), el *Sequana* germanizado, en la *Langona* (Lahn), al *Moenus* (Main), cuyo diptongo no es germánico, a sus afluentes el *Nida*, hermano del Nied lorenés y el *Dubra* (Tauber); al *Nicer*, en fin (el Neckar) y a sus tributarios: *Alisantia* (Elzens), *Anisus* (Enz), *Armisia* (Rems) –esto sin hablar de sus asentamientos en *dunum*, *ritum*, *briga*, *bona*, *durum*, *cenna*, que pululan en el cuadro germánico, al oeste y al sur; ni, por supuesto, de esos términos de civilización semejantes en céltico y en germánico y

cuya similitud se explica por un préstamo: hace mucho ya que se señaló, entre ellos, el nombre del jefe en las lenguas indoeuropeas, certificado en latín por *rex*, en galo por *rig*: en su forma germánica, *rika*, proviene indiscutiblemente del galo *rig*, si derivara directamente del indoeuropeo, su *e* habría dado una *d*, no una *i*. Pueblos que se penetran, se asocian, chocan, caminan, por así decir, pisándose los talones unos a otros; masas en movimiento cuyo lento impulso conoce bruscas expansiones: los germanos, avanzando en dirección al Rin, cuyo curso inferior alcanzan bastante pronto, más tarde el curso medio en la región de Maguncia, donde durante largo tiempo se marcó una frontera este-oeste; los celtas, manteniendo a guisa de plazas islotes de resistencia en plena Germania: esos que en Bohemia ocuparon los boïenses, o cerca del herciniano, esos volcos cuyas agrupaciones, en tiempos de César, ya poblaban Aquitania –y cuyo nombre, por un extraño giro del destino, servía tanto a los alemanes para designar a los romanos como a los ingleses para nombrar a los galos (*Walah*, luego *Walch*, luego *Welsh*). Equilibrios provisorios que se hacían y se deshacían con rapidez. ¿Y qué decir de las relaciones entre conquistadores de la última y la penúltima ola?

Resumamos. ¿Mitos o realidades? Ya hemos empezado a dar respuesta a la pregunta. Lo que acabamos de examinar son "fuerzas". Las mismas que, por intermediación de ideas y de pasiones humanas, han ejercido la influencia más directa en los hechos –y también la más variada. Pues sus combinaciones son múltiples, y no todas actúan a la vez ni de la misma manera. La ruta mercantil y la frontera militar; la presión de los pueblos levantados en armas y el choque de civilizaciones, que ora negocian préstamos, ora realizan requisas; la formación de grandes corrientes generales que inundan la totalidad del valle renano o el juego de pequeñas corrientes locales que rompen los conjuntos en pro de unidades regionales: elementos muy diversos de una historia que en todas las épocas no ha conocido ni las mismas tendencias ni las mismas victorias.

Precisamente esta variedad es la que intentaremos mostrar oponiendo a unas y otras algunas imágenes, características del rico pasado renano.

2. TRES IMÁGENES, TRES FERMENTOS

I. ROMANIA

Es el año 58 antes de nuestra era. En la Galia, un germano, el rey suavo Ariovisto, es convocado como mercenario al servicio de una facción. Poco a poco su cuadrilla se va abultando, su influencia crece.

Algunas victorias, y he aquí que ya es un gran jefe. Los bárbaros corren hacia él para compartir su suerte. Una oleada, una conmoción que se apodera poco a poco de todos los inquietos en busca de tierras risueñas. En la confluencia del Rin y ¿hay que decir del Mosa, o más bien del pequeño Mosa, el Mosela?, usípetes y tenéteres consideran cruzar las aguas. Entre Sieg y Main, más abajo, se concentran los suavos. Más abajo aún, en la meseta suiza, los helvecios, apenas recuperados de una emigración forzada, queman sus casas recientemente edificadas, amontonando en carros a los viejos, mujeres y niños, y se lanzan a través de la Galia hasta el océano de los santones. El éxodo. La invasión en masa...

César: en unos cuantos meses la amenaza se acaba. Los helvecios que quedan regresan a las tierras que habían abandonado tan animosos. Ariovisto vuelve a cruzar el Rin, aniquilado. Pero el romano no se va: no salvó a la Galia para los galos. Siete años de guerra, seis de campañas. De una arremetida, primero se recobran todos los límites de la Galia, con una especie de alegría febril: desde el océano de los vénetos al Sambre de los nerviones, de los Pirineos que bordean los pueblos de Aquitania hasta el mar del Norte, que alberga a los menapianos. Además, en 55, por un puente de madera construido en diez días, las legiones atraviesan el Rin, se aventuran, prudentemente, por la orilla derecha. Al mismo tiempo, cruzando el Paso de Calais, dos de ellas acampan en los acantilados de Dover. En seguida, Vercingetórix, con dos tercios del país sublevados, César a punto de ser aplastado, y finalmente el triunfo, inexorable, y la Galia reducida a provincia romana. ¿Durante cuántos siglos? Ésa no es la cuestión. Asunto mucho más grave, he aquí que una civilización es implantada en el Rin: la romana, y de forma duradera.

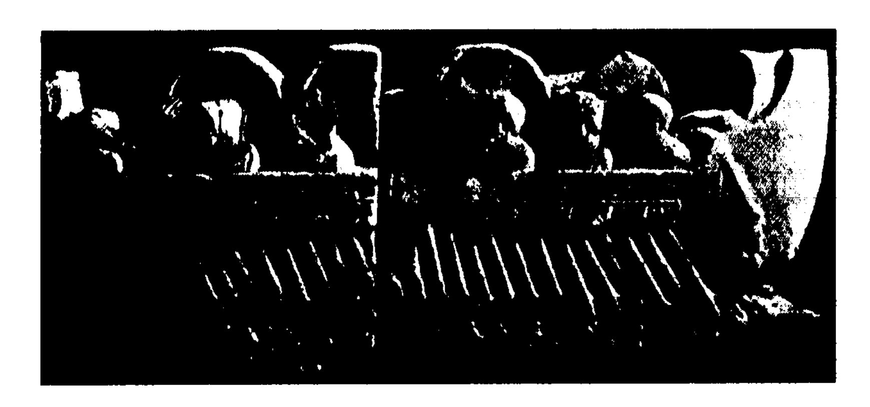
Littré dice que civilización es la acción de civilizar. En este sentido, Roma "civilizó", y no, a la Galia. Tienen razón los que dicen: mucho antes de Roma en su suelo ya había rutas; en sus fronteras, cotos y lugares santos; en sus montañas, cerca de sus fuentes, dioses y diosas, y por doquier campiñas, rebaños, hombres industriosos, de ancho espíritu. También tienen razón los que ponen en evidencia *aquello que Roma y el imperio le deben a Galia*: título de un sugerente trabajo de Carcopino. Sin embargo, no concluiremos que a cambio de su sumisión Roma no dio nada a aquellos que el emperador Claudio, cien años después de la conquista, felicitó por una fidelidad jamás desmentida. En tierras renanas, las ruinas romanas son elocuentes.

¿Cuáles son las funciones del río aprovechadas por Roma? ¿Cuáles de los temas renanos conservó para orquestarlos mejor? El Rin como vía, ante todo una vía. Ahora bien, cuando César llegó a Galia en busca de un imperio, desde hacía mucho tiempo los mercaderes griegos, italianos o nórdicos conocían "el agua que corre", *Rinos*, y la utilizaban. Los comerciantes de ámbar y de bronce, los comerciantes de las primeras armas de hierro en el Norte, sabían desde hacía siglos que entre la planicie lombarda y el mar del Norte el gran río, que hinca sus raíces hasta el Gotardo y el Bernardino, era el *Wegweiser* por excelencia, el fiel indicador del buen camino. Ya no era necesario descubrirlo.

Pero no hay que exagerar... Aquí como en cualquier parte, Roma tuvo el mérito de organizar, de suavizar las relaciones de los hombres y de las cosas. Asegurando la paz en las riberas. Creando una flotilla del Rin con puertos de matrícula, sectores de control, patrullas vigilantes. Dirigiendo las desembocaduras hacia el mar y el lago Flevo, antepasado del Zuiderzee. Abriendo canales, creando presas de contención para prolongar la navegación río arriba. Sobre el gran curso de agua, de difícil descenso y de más difícil ascenso, sobre la vía de tortuoso trazo, alargada por meandros, cortada por falsos brazos, atestada de islas flotantes, hubo en esos tiempos romanos una gran actividad, al canto cadencioso de los remeros. El rico material de los museos renanos nos ofrece pasmosas imágenes. He aquí a los armadores cuyos barcos se atrevían a enfrentar el mar y que, en sus exvotos, unen el viejo Padre Rin con el temible océano: desde la Gran Bretaña romanizada hasta las tierras bátavas, van, vienen, suben o bajan por el

río a partir de Vechten, cerca de Utrecht –y cuando el éxito corona sus esfuerzos, rinden tributo a su diosa, Nehalennia, por las gracias recibidas... No menos activos, los marineros de agua dulce, los bateleros renanos, mosanos o moselanos, cuyas barcas de remo, provistas de mástiles, ofrecen, de campamento en campamento, de aldea en aldea, ya sus pesados fardos de cerámica roja barnizada con que los talleres toscanos de Arezzo inundaban el imperio, antes de la competencia de las fábricas locales, galas o renanas; ya sus cargamentos tintineantes de calderería de Campania: cacerolas y sartenes para freír *made in Italy*, y que, debidamente rubricados con nombres tan conocidos como en nuestros días, Gratieux o antes Japy, se distribuían hasta Inglaterra o Jutlandia y Pomerania...

Tráfico de amplio espectro con frecuentes trasbordos de carga, pasajes de una economía a otra, grandes fortunas que pagar... He aquí a todo un pueblo de banqueros y de cambistas, *argentarii* y *nummularii*, cuyas mesas y "bancos" encontramos instalados en el foro de los lugares importantes: Maguncia, Bonn, Colonia, Tréveris. Modeladas en los bajorrelieves o representadas en las vitrinas de nuestros museos, vemos las ánforas repletas para los sibaritas acaudalados, de vinos de Italia o de España, al lado de los frascos debidamente sellados que contenían la famosa salsa de pescado, el *garum* de Italia; obras de arte de los trabajadores galos, están los toneles que llevaban de guarnición en guarnición la incipiente fama de los viñedos moselanos; y



Comerciantes moselanos transportando vino
(Bajorrelieve, museo de Tréveris)

en los transportes pesados, las cargas de trigo y sal de Marsal, las piedras de talla lorenesas, caras a los habitantes del fangoso delta, o las muelas basálticas de Niedermendig, cerca de Coblenza: hundido hacia 275 en las arenas y el cieno del Wanzenau, un barco exhumado en 1910 llevaba un cargamento de éstas a los numerosos panaderos y molineros de Estrasburgo registrados en las listas de Forrer, en Haute-Montée, en los parajes de la Maison-Rouge, cerca de Saint-Pierre-le-Jeune o a lo largo de la Grand'Rue.

Todo esto es, sin duda, dinámico y pintoresco y da vida a la historia del tráfico comercial de un Rin romano surcado por exóticos barcos. Todo esto cuyo mérito no hay que negárselo a una civilización verdaderamente ecuménica, generadora de pujantes empresas de proyección mundial, que permitía que las lámparas de barro de un Fortis, los vitrales de un Frontin, las cacerolas de la Campania de un P. Cipius Polybus, las vasijas rubricadas Cn. Ateius d'Arezzo, Mommo de la Graufesenque o Cerialis y Cobnertus de Rheinzabern, conquistaran pacíficamente un renombre más que europeo, comparable al de nuestras empresas mejor administradas. Sin embargo, ¿es del todo acertado, cuando hablamos de esta vida romana de las comarcas renanas, limitarse al tráfico del río? ¿Ése es el enfoque apropiado?

De campamento en campamento, de ciudad en ciudad. ¿De dónde procedían las ciudades situadas sobre el Rin? ¿Quién las creó sino Roma?

¿Hay que quitar el mérito de la creación de estas ciudades del Rin, fermento siempre activo de una historia pronto bimilenaria; verdadera fuerza de comarcas que, durante siglos, participaron en la civilización a través de esos vigorosos organismos urbanos cuyo esplendor, riqueza y vitalidad asombraban a los extranjeros, a sus verdaderos autores, los jefes del ejército romano del Rin; los jefes y también los soldados, de este ejército colonial que tuvo, antes que los nuestros, sus Gallieni: inagotable "reserva de contramaestres, de jefes de taller, de instructores, de jardineros, de agricultores, todos trasladados sin gastos adicionales de la metrópoli (cito a Lyautey) para convertirse en los primeros cuadros de la valorización colonial"?

El ejército del Rin, la "infantería colonial" romana: escuela de grandes jefes, de constructores de imperios; todos acudieron, de Tiberio a Trajano, Marco Aurelio y Juliano, y dejaron su marca en la

formidable máquina legada a los emperadores por la República. Escuela de sabios también, de agudos observadores de los hombres y de las cosas: imaginemos a Plinio el Viejo, oficial de guarnición en Xantén, paseándose por el mundo semibárbaro, semirromano del delta del Rin, los ojos asombrados pero clarividentes; imaginemos a un Tácito documentado, esbozando la sociología de los germanos: ¿de dónde procedían sus notas inteligentes y frescas sino, por mediación de oficiales y administradores, de los "despachos árabes" del ejército del Rin, que interpretaban extrañamente la materia germánica? Terminadas las maniobras, cuando ya no se formaban en columnas, cuando por algún tiempo el legionario guardaba el *pilum* en el armero, empuñando pico y pala, levantaba del suelo casas para los jefes, barracas para su mujer cuya presencia se permitía a la sombra del campamento, en los alrededores de las fortificaciones, donde la "señora legionaria" se pavoneaba rodeada de la chiquillería militar: simiente de mercachifles, de temerarios aventureros o de centuriones alineados esperando la paga –pero todos deletreaban el latín en la escuela de los niños de las tropas, y mientras se hacían la rabona, chapurreaban el galo, el bretón, el germano, y otras diez lenguas entreveradas en la prodigiosa mescolanza de esa Babel renana donde el gran patricio, hermano o sobrino del emperador, y futuro emperador a su vez, el oficial que vino a buscar "aquí" el grado superior con su señora esposa reprendiendo al vulgo –yo iba a escribir *boys*, se trataba de esclavos–, y el italiano de las legiones, orgulloso de su origen, se codeaban todos desde la mañana hasta la noche, en los bazares, los comercios y las tabernas; el comerciante galo, el peón de allende el Rin, el soldado de los cuerpos auxiliares que aspiraba a la "ciudad romana", la medalla militar de los viejos reenganchados, pero también el vendedor de alfombras sirio, el sacerdote egipcio y la sirvienta amable, la eterna Magdalena de cualquier parte, que sirve a los militares la sabrosa cerveza de cebada –*Ospila, reple lagonam cervesa*– o el vino áspero de las viñas de Tréveris recién plantadas: "¡A tu salud, y larga vida, bello soldado! *Bibe, multis annis!*", fórmula habitual de las copas en los cabarets donde, mientras miraban a los remeros deslomarse en sus barcas, los "civilizadores" sorbían las ostras en su concha...

Sí, esos viejos países ordenados, bien asentados en la vida; esa Holanda de Nimega con sus casitas tan vistosas y tan limpias que, en el umbral, uno duda antes de entrar con los zapatos, siempre demasia-

do toscos; esa Renania de Colonia que apunta sus dos flechas hacia el río y pasa por encima del Dios sin mayor ceremonia, por un puente metálico cuya fortaleza no emplea ninguna discreción intempestiva para afirmarse; esa feraz Alsacia, tan cómodamente instalada en su triple prosperidad de cultura, industria e intercambios: todo esto, que nos parece la más sólida de las rocas, la piedra angular de nuestra vieja Europa occidental, desgarrada de sí misma y, no obstante, a su pesar, a pesar de todo, solidaria en sus desgracias y en sus prosperidades; hubo un tiempo, y no muy lejano, en que para César, para Augusto, para los romanos del alto imperio, fue tierra colonial, con fortunas que saquear, indígenas que explotar (y que asimilar), toda una variedad sorprendente de carreras irregulares, de formas de crecer o de perderse fuera de serie que para nosotros se ajustan a fórmulas conocidas. Hubo un tiempo en que el Marruecos del norte fue el campo de acción de un ejército colonial que aplicaba la fórmula –*Ense et aratro*– que veinte siglos después, penosamente, un Bugeaud habría de reinventar. Hubo un tiempo en que, a todo lo largo de esta prodigiosa avenida de ciudades milenarias, no había aldeas en las orillas del Rin: *Nullas Germanorum populis urbes habitari satis notum est*–repite Tácito en su *Germania* (XVI).

Releamos en el tomo II de la famosa obra de Schumacher los nombres de los fortines renanos que los hallazgos, las inscripciones o las monedas permiten atribuir con certeza a Druso –digamos, durante los últimos veinte años anteriores a nuestra era: Nimega, Rindern en el lugar de Clèves y Montberg en el de Calcar, Xanten, Neuss, Colonia, Bonn, Remagen, Andernach, Coblenza, Boppard, Bingen, Maguncia, Worms, Espira, sin duda, y Seltz, Estrasburgo... Detengámonos. De las ciudades de la ribera derecha, no hay ninguna que no responda ¡presente! al llamado de Roma –del ejército romano del Rin.

Y ciertamente la obra magnífica se llevó a cabo con entusiasmo: 46, el triunfo de César, rueda la cabeza de Vercingetórix; 44, el asesinato de César; 43, se construyen dos ciudades por orden del senado. Aquí, unos centenares de ciudadanos romanos expulsados de Viena por un levantamiento, agrupados por Planeus e instalados por él en la colina de Fourvière: Lyon emerge y desde el 19 se convierte en el ombligo de los caminos, y a partir del 12 en la verdadera capital de las Galias: *caput Galliarum*. Punto de llegada: *Colonia Augusta Raurica*, prefigura-



Caballero romano atacando a los bárbaros
(Museo de Maguncia)

ción de *Basilea*, que a una decena de kilómetros más al oeste relevará su sucesión en el siglo III. Entre Lyon y Augst, una carretera, la mejor trazada, que corre por el paso del Écluse, por la orilla norte del Lemán. En el centro, una parada que César tuvo tiempo de crear: Nyon, en la desembocadura de los pasos del Jura –de ese Marchairuz que tal vez precedió a Saint-Cergues y la Faucille como vía de paso.

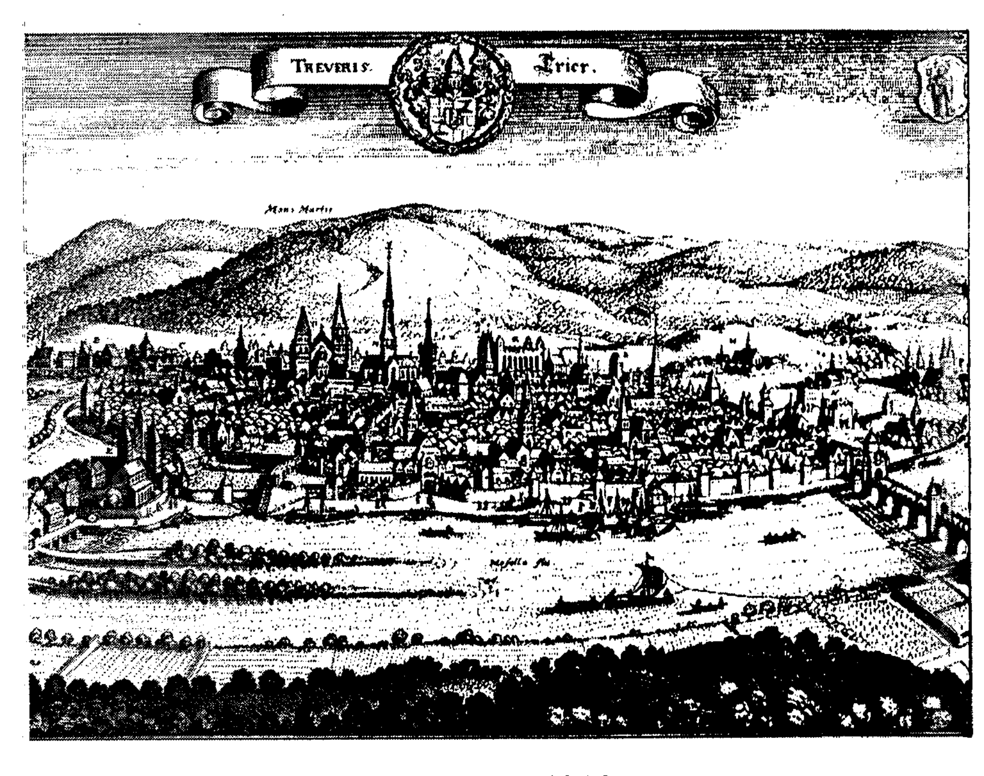
Primer pensamiento, imperial en su decisión. De golpe Roma se instala en el cruce de caminos decisivo, donde la gran corriente, renunciando a prolongar más hacia el oeste las vías orientales, se introduce decididamente en dirección al norte, en la planicie de Alsacia. Y por un largo trecho porque, añadiéndose a la primera, pronto otras dos vías convergerán hacia la región basilense: una, procedente de Lyon también, pero dando un rodeo por Chalon y Besanzón, alcanzará el Rin de Alsacia en Kems; la otra, procedente de la llanura milanesa, se le unirá bajo los muros del Castrum de Augst: a través de los Alpes Peninos limpiados de salteadores, purgados de dinastas, de la *Augusta Prætoria* que es Aosta a la *Augusta Raurica* se tenderá una cadena; por el triste paso alto de Saint-Bernard, donde se reverencia a Júpiter Pœnninus, de etapa en etapa: Martigny, Vevey, Moudon, Avenches, Soleure, llevará hacia el Rin a soldados, jefes, convoyes y a la muchedumbre hormigueante de los mercachifles del ejército.

¿Cuáles fueron los primeros campamentos que se levantaron a orillas del río? Pregunta para eruditos. Limitémonos a las rutas, a esa red cuyas líneas principales dibujó Agripa por órdenes de Augusto. De Lyon, por Chalon, Langres, Toul y Metz, una arteria pujante que sube derecho al norte, sobre Tréveris y el Mosela. Ahí hay una bifurcación. Un brazo corre hacia el nordeste; en el punto en que desemboca en el Rin, hay un terraplén, Kästrich. En 16 a. C., Druso establece ahí un campamento para dos legiones: vigilando la hermosa falda de las planicies niveladas donde confluyen el Nidda, el Kinzig y el Main, el puesto romano preludia, modestamente, el futuro destino de Maguncia la Dorada. El otro brazo acaba también, por topar con el río. Primero en el sitio donde, después de desfilar bajo la mirada altanera de las Siete Montañas, se expande para recibir al Sieg en una planicie que ya no tendrá fin. Es Bonn, un *castellum* de Druso; más tarde, en el 40, una guarnición de legión –barracas atestadas de mujeres, esclavos y mercachifles; finalmente, una ciudad por siglos y siglos. Río abajo, en medio de una región desértica que Agripa otorga a dóciles germanos acosados por los suevos, el marco de un campo bilegionario que

sigue el trazo de una orilla escarpada. Cuando partieron las dos legiones, en el 37 de nuestra era, sólo quedaron germanos, los ubianos, engrosados por inmigrantes. Se agruparon alrededor de un altar de Roma y de Augusto, testigo de grandes sueños que pronto se desvanecieron. Nacida ahí, a la sombra del campamento, Agripina, hija de Germánico y mujer de Claudio, fundó una colonia de veteranos, la *Colonia Claudia Agrippinensium*. Y seguimos llamando "Colonia" a la segunda en el tiempo de las colonias renanas. Sin embargo, otra vía desprendida de la primera en Langres llegaba a Bavai, pasando por Châlons y Reims. Y se bifurcaba: un brazo por Cambrai hacia el Paso de Calais, frente a Bretaña; otro brazo por Tongres, que corre hasta la confluencia con el Lippe. Ahí, en la proximidad de Xanten, en el sitio llamado *Vetera*, desde la época de Augusto se levantaban, sobre la colina del Fürstenberg, que domina el río desde una altura de cincuenta metros, las barracas de un campamento de legionarios. Trajano instaló allí una colonia –cuando convertía el viejo *oppidum* de los bátavos (*Batavodorum*), transformado en Mercado nuevo de los romanos, *Noviomagus*–, la *Colonia Ulpia Noviomagus*.

Nimega y Xanten; Colonia y Bonn; Maguncia –agreguemos Estrasburgo: Roma veía rápido y con justeza. De los lugares marcados por ella, ciudades creadas por ella –dos o tres se desplazaron algunos kilómetros–, ninguna zozobró. Y las más grandes muestran con orgullo títulos grabados en piedra romana, más prestigiosos y elocuentes que sus títulos en pergamino: monumentos y relieves, inscripciones y monedas, el diseño mismo de sus calles más antiguas y la sorprendente continuidad de su hábitat. Colonia: al excavar la loma, completamente artificial y formada por escombros acumulados, sobre la cual, en el ángulo nordeste del casco romano, se levanta la catedral, se descubre que la enorme masa del templo cristiano se apoya sobre un recinto sagrado donde se apretujaban veinte templos –¿habrá que decir romanos, puesto que la mayor parte de las divinidades eran indígenas? Las *Matres* en primer lugar, esas Madres Buenas cuyo culto fue tan popular en Galia y cuya conmemoración se celebraba cada año con un festejo nocturno durante el cual la plaza de la Tierra y de los Muertos permanecía vacía. ¿En qué fecha? En la propia noche del 24 al 25 de diciembre, la que los cristianos consagraron al nacimiento del dios vencedor de los dioses paganos...

Así, gracias a estas ciudades cada vez más prósperas, ligadas por el hilo tendido por un inmenso camino de circunvalación de mil kilómetros de largo, en ocasiones simple y a menudo doble, como de Leiden a Nimega o de Nimega a Basilea, así, gracias a estos centros cada vez más fulgurantes de vida nueva, una civilización se esparcía sobre las comarcas romanas. Una civilización que conocemos en detalle, aun sin ser eruditos: basta con recorrer el admirable museo romano-germánico de Maguncia, o hacer una simple visita a los sótanos del palacio de los Rohan, en Estrasburgo. Pero, ¿qué nombre darle, puesto que para nuestros espíritus precisos todo debe terminar con un bautizo?



Tréveris a mediados del siglo XVII
(Según la *Topographie* de Zeiller)

¿Galorromana? Ya lo dijimos y nada es más natural. Cuando se sale de la estación de Tréveris, cuando, en medio de jardines floridos, se llega a la Puerta Negra despojada de mamposterías parásitas que, durante la Edad Media, conformaron el muro de una iglesia cristiana, San Simón; cuando a continuación, pasamos por lo que queda de las Termas, de la Basílica, del Anfiteatro, a la Sala del Trono de un Palacio imperial que se encuentra incorporado a la catedral, al hermoso puente de Constantino, cuyos robustos arcos siguen transportando a los peatones, recordamos a nuestra narbonense, y con razón. Con todo, ¿se trata de la franja, nítidamente cortada por los ríos, de una civilización galorromana uniformemente densa y que viene, sin interrupción, a bordear el Rin?

A algunas decenas de kilómetros al sudoeste o al oeste del río el hermoso barniz romano ya se ha descascarado. Y el viejo fondo aflora, solo o casi solo. Flandes, Brabante, Campina: "Esos lugares no contaban" –escribe Gustave Bloch. Tournai, Cambrai, Arras: "Tres pequeños pueblos de provincia" –considera Henri Pirenne. Alrededor, territorios enteramente agrícolas en los que las aglomeraciones urbanas eran raras y de escasa importancia. ¿Las Ardenas un poco más lejos? Libradas aún a la antigua barbarie de los bosques.

El valle del Mosa sin gran ciudad que lo ocupe: Verdún, pobre aldea de los mediomátricos; más allá, los Vosgos inviolados con su fauna arcaica. Para encontrar nuevamente la animación, el movimiento, era necesario llegar a la región de Tongres, más animada de lo que a la sazón se creía: los estudios de Rousseau lo han demostrado recientemente. Entonces, sobre las aguas del río, o sobre la calzada de Bavai a Colonia, circulaban los productos de las herrerías del Condroz y del Entre-Sambre-et-Meuse: sobre todo armas, que utilizaban las legiones del bajo Rin, defendiendo a Bélgica con su propio hierro. Pero ya se penetraba en la zona de los ejércitos. De igual forma, si se seguía por el Mosela y el Doubs, las dos vías militares de Lyon al Rin, entonces también se topaba uno con el ejército, su animación como de hormiguero a lo largo de las calzadas, sus ciudades de guarnición con sus circos, sus teatros, el boato de los administradores, de los estados mayores, de las grandes damas romanas –toda una existencia de placeres y de festejos, a los que la presencia, frecuente, de un gran personaje o del propio emperador daba un nuevo impulso, como una nueva fiebre. Ejército del Rin, siempre volvemos sobre este tema. Y podemos decir, al mirar en conjunto todos estos aspectos de las co-

marcas renanas durante los siglos del imperio: "civilización romana". Más vale precisar: "civilización del ejército romano de las Galias".

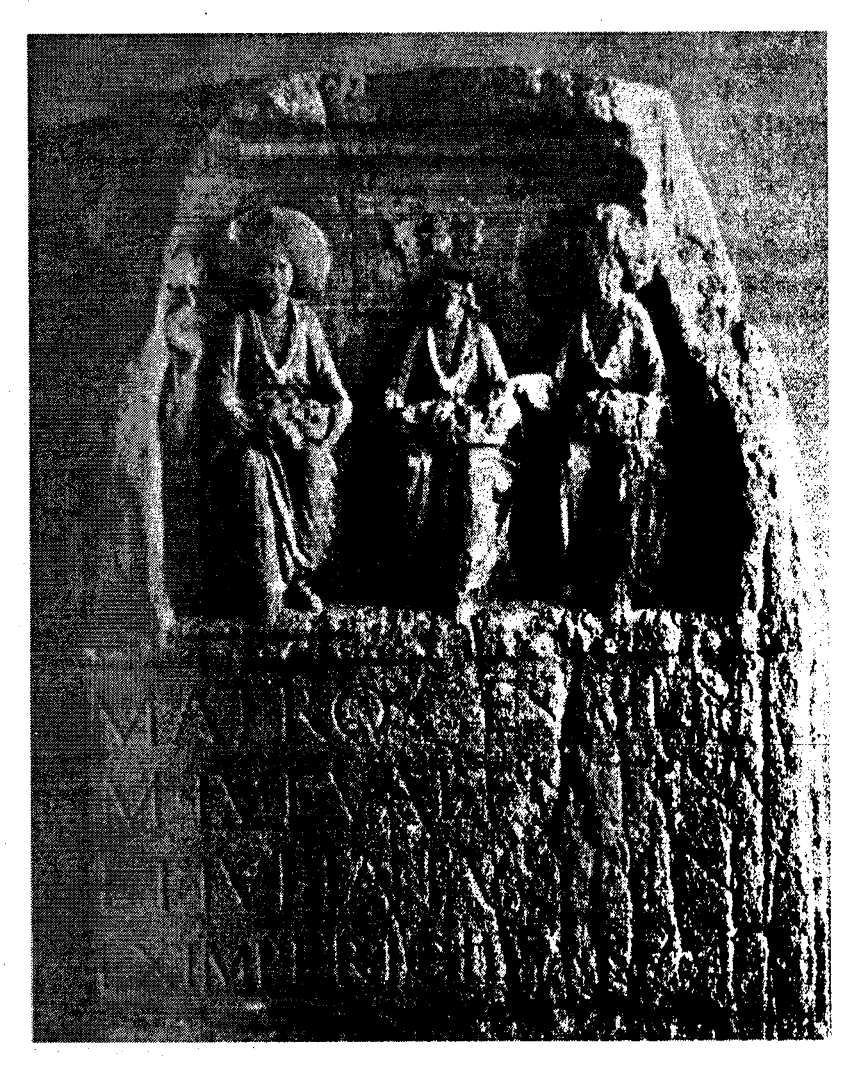
Medio muy mezclado. Hombres procedentes de todas partes, codo con codo, bajo la cubierta de la unidad imperial. Muchos italianos, en los puestos de comando naturalmente; en el ejército, en las legiones, sobre todo al principio, durante el primer siglo. Galos también, y de todas las regiones de la Galia, hormigueantes en los cuerpos auxiliares, pero también en las legiones: la *V Alaudae*, legión de las Alondras, formada con transalpinos por César en el año 51, así como la *XXI Rapax*, acampada también en *Velera*, o la *II* y la *XIII Gemina*, las de Estrasburgo y de Windisch: para cada una, las indicaciones de la epigrafía nos remiten tres de cada cuatro veces a tierra céltica. Añadamos a los germanos sometidos, a los bretones, a los españoles, a pueblos de Retia o de Nórica; incluso orientales, si no africanos. ¿Una Babel? No, porque se entendían mediante ese latín vulgar del que están hechas nuestras lenguas. Romanos, dado que reivindicaban a Roma como su patria, la grandeza romana como su bien peculiar y, agrego, las águilas como sus primeras divinidades en este mundo, las más tutelares de todas. Romanos, pero a veces, en verdad, extraños romanos.

Volvámonos hacia los dioses: es una buena manera de conocer a los hombres. Pueblan nuestros museos con sus efigies y sus estatuillas, con los exvotos que cuelgan los fieles en las paredes de templos y de capillas. Y es bien evidente que, después de las legiones, todo el panteón romano vino a ocupar el Rin. Está Diana, cuya tutela imploran los cazadores de osos. Está Hércules, su maza, su piel de león; Hércules, al que pasearán hasta Germania junto con su compañero Ulises. Y Minerva, Apolo, Marte, Juno; el propio Júpiter, Júpiter Capitolino, que encontró, en todos los capitolios de las ciudades romanas, el lugar imponente de un culto oficial. Mientras que en los confines de tres pueblos, triboques, leucos y mediomátricos, el Mercurio celta del Donon envía por los aires sus saludos al Mercurio arverno del Puy-de-Dôme, al Mercurio címbrico del Heiligenberg...

Solamente cuando se contemplaban los templos pequeños, las capillas rústicas, los altares domésticos, parecía resurgir de la tierra un muy antiguo panteón local. Por más que el laborioso y benévolo Esus, venerado en los sitios altos y asociado con frecuencia a su compañe-

ra Rosmerta, sustituyera su sayo galo por un capacete e incluso, sobre su brazo vigoroso de artesano, cargara con bastante torpeza al Baco hijo de Praxiteles, seguía siendo Esus, al igual que guardaban su aspecto original y su crédito inmemorial: Sucellus con su mazo, Nantosvelta su paredro, Epona protectora de caballos y mulas, Sirona diosa de las aguas termales, el caballero del Anguipède que ocupa el lugar de san Jorge el del dragón –y siempre de nuevo las *Matres*, las tres Madres Buenas sentadas una junto a otra: los romanos habían hecho de ellas sus parcas, y los hombres de nuestro mediodía provenzal reencontrarán en el culto de las tres Marías la antigua obediencia a estas divinidades de la tierra nutricia, de las que cada ciudad y casi cada familia, al darles su nombre en forma de epíteto, quisiera apropiarse personalmente.

Supervivencias, retoños singularmente vivaces de las viejas raíces indoeuropeas; pero al lado, las novedades: la flora exuberante de un panteón de Oriente deliciosamente imaginativo –sensual también y con frecuencia inquietante. Porque a los dioses raros los encontramos a cada paso en esta Renania donde los propalaban los sacerdotes errantes, los comerciantes levantinos, los esclavos de ambos sexos: el Júpiter de Doliché en Commagène, adorado en los campos del *limes* y las ciudades de guarnición; su vecino el Júpiter de Heliópolis en Siria; el batallón de los dioses y las diosas de Egipto: Isis una y múltiple, sus paredros Serapis y Anubis; la Abuela, sobre todo, la Cibeles frigia, sentada sobre su león, el tímpano sagrado en la mano y presidiendo ese bautismo rojo que eclipsará el bautizo del agua: en un foso cubierto con un piso horadado, el devoto recibía la sangre caliente, de una insipidez repulsiva, que brotaba del cuello de un toro degollado. Salía de ahí horripilante, repugnante, pero depurado de impurezas; mientras se ejecutaban las danzas frenéticas de las mujeres, las procesiones de los Dendróforos portadores del pino sagrado, las evoluciones de los sacerdotes emasculados, afeitados, cortándose la piel y sacudiendo sobre sus túnicas a la oriental su larga cabellera salpicada de sangre: todo un clero mendicante, sospechoso con la mayor frecuencia, pero que sabía acercarse al pueblo, satisfacer sus necesidades místicas de adoración, su sed de esperanza, su anhelo de salvación. Menos turbio, el culto de Mitra el Invicto que degüella, él también, al toro sagrado para que de él nazcan las razas de plantas y de animales, tan de moda en los siglos II y III que en un tiempo su éxito contrapesaba el del Cristo: en ningún sitio más que en esta Rena-



La tríada de las Matres (Museo de Mannheim)

nia, donde cada ciudad, cada campamento tenía su *mithreum* en forma de gruta. Y todo esto, todas estas religiones de salvación se instruían y se relevaban una a otra, Metroon de Cibeles al lado del *mithreum* del

Invicto y el templo militar del Baal de Commagène... Una fraternidad de Oriente en este Occidente, de súbito atravesado por soplos religiosos –en este valle del Rin caro a los místicos y que ya empezaba a incendiarse por ellos.

El pasado: los antiguos cultos a las aguas y a los bosques. El presente: la religión romana avivada por las raíces locales de los dioses rebautizados. El porvenir: las religiones de Oriente pugnando por el triunfo de un monoteísmo lúcido y humano. Y ya en confrontación, el cristianismo, refugio de los miserables, de los esclavos, de los vencidos –y el culto opresivo del Emperador-Dios: aquí la personificación de una nacionalidad, allá el símbolo de una fraternidad. En las tierras del nordeste, ¡qué prodigiosa afluencia de sentimientos y de ideas, qué ampliación de horizontes limitados por negras selvas! A fuerza de tropezones, persecuciones y conversiones contradictorias, la civilización romana se penetraba así, tumultuosamente, de toda la intimidad, la sensibilidad ardiente, la ilusión también, de las que durante tanto tiempo careció. Cada día se llevaba a cabo una bella obra humana en las orillas del río de heladas aguas. Tibios soplos suavizaban los corazones. Se soñaba con la propia vida: la de hoy, la del más allá, cuya llave poseían los dioses de la salvación.

Una mañana, atropellando las guarniciones, destrozando el frente romano, los bárbaros cruzaron. Y el mundo cambió de aspecto. He aquí, para advertirnos –por si teníamos la tentación de olvidarlo– que el Rin era algo más que una ruta, que un valle adecuado para reunir a los hombres, para hacer nacer y crecer ciudades prósperas, para formar colonias apacibles y laboriosas: era una apuesta.

II. LOS BÁRBAROS

Año 843: el tratado de Verdún. La primera aparición en la historia de una Alemania y de una Francia nítidamente diferentes, políticamente definidas, ya rivales aunque aún no hostiles. El origen de luchas diez veces seculares. El certificado de nacimiento, en pergamino sellado, de la gran cuestión de Occidente. ¿Qué más? Algo fatal, una predestinación inquietante por su nombre y su sitio.

Verdún 843; Verdún 1916. "Para quien sabe distinguir lo permanente de lo accidental –escribe el historiador bruselense Léon Leclè-

re– el tratado de Verdún devino, con el tiempo, una de las causas, la más antigua y la más profunda, de la batalla de Verdún." Verdades tradicionales y seguras de su porvenir. Pero sería curioso un artículo titulado "Cómo nace y se impone un mito histórico", que siguiera en sus vicisitudes el destino póstumo de esta partición entre dinastías turbulentas, entre hermanos que se disputan un legado mal repartido y cuyo acuerdo, redactado con ingenuidad un poco cómica por hombres de negocios del siglo IX, se ve de repente promovido a la dignidad de acto providencial, agrandado por diez siglos de historia europea –ya que ésta se reduce, al parecer, al conflicto supuestamente eterno de dos naciones o de dos "casas" rivales. Preocupación por el accidente, manía de historiador y regreso a aquellos tiempos en que, auxiliar de príncipes, abogaba por ellos en pergaminos; se los fabricaba si era necesario.

Ahora bien, el azar hizo que Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, dejara a su muerte tres hijos, y no dos ni cuatro; esos tres hijos, después de cruzar interpretaciones bastante encendidas, y habiendo confiado a "técnicos" de su época el cuidado de dividir en tres partes equivalentes el legado paterno, una, la del mayor, debía comprender las dos capitales del abuelo, Aquisgrán y Roma, lo que obligaba a cortar a lo largo y no a lo ancho –es difícil creer que esta "transacción de notarios y de agrimensores", conmovedora por sus detalles (para que Luis tuviera incluida en su parte vinos pasables, le otorgaba gentilmente Maguncia, *propter vini copiam*: ¡oh, barrera providencial del Rin!), haya condicionado la evolución milenaria que ni la misma saeta de Estrasburgo dominó perpetuamente: ¿cómo habría podido hacerlo si no había nacido todavía?

Escribamos la historia de los hombres y de las naciones, no de "súbditos" y sus "dueños", reyes o reyezuelos. Ni el tratado de Verdún de 843, roto en 855, doce años más tarde, ni el tratado de 855, caducado en 870, ni el tratado de Meersen de 870, abolido en 880 (que planteaba el siguiente problema: "Sea una aglomeración de sesenta y tres circunscripciones administrativas para dividir en dos", y ofrecía la siguiente solución: "Veintinueve unidades y cuatro mitades para Luis el Germánico; treinta y las cuatro mitades complementarias para Carlos el Calvo" –que se haga repicar todas las campanas y todos los grandes órganos de la historia diplomática, ni uno de estos actos ni ninguno de la misma época y de la misma suerte dieron como resultado "poner a Francia y a Alemania en contacto directo". Era demasiado

tarde, o demasiado pronto. Tratemos pues de ver las realidades: Francia, Alemania, proyectadas al siglo IX, ¿qué significan estas palabras?

Hemos visto aparecer sus prototipos latinos, en esa hora trágica en que se preparaba la ruina del mundo romano –en que, en el Rin, los colonos desorientados se refugiaban en las ciudades: ciudades reducidas en tres cuartas partes, de vuelta, por así decir, a su punto de partida, al campamento fortificado del que habían surgido y, para amurallarse a toda prisa, empleando, sin ton ni son, las columnas de los templos echados abajo, o las tumbas de los antepasados arrancadas al borde de los caminos embaldosados. En la ribera derecha, en el mundo germánico inquietante e inquieto, rápidamente se forman concentraciones de hombres. En plena labor, la *officina gentium* forja tribus y naciones en movimiento a fuego fuerte. Y mientras que los sajones, a lo largo de las costas marinas –*littus saxonicum*– se agrupan en el origen de las vías litorales que pronto seguirán con rumbo a Cotentin, elementos que rápidamente se escindieron en dos grupos distintos, los salios y los ripuarios, constituyen, con lo que queda de los bructerios, de los chamaves y de los amsivarianos, los pueblos de nombre fráncico, *nomen francicum*, se establecen en el imperio en Betuwe y en Toxandria, luego, pasando el Rin, más al sur, amenazan a Colonia, Coblenza, Maguncia, Worms y pronto a Tréveris. Entretanto, más allá del Taunus, incorporando las aldeas pequeñas del alto Main, los descendientes de los antiguos semnons, de entre el Elba y el Oder, para agruparse toman el nombre de alamanes.

Franci, *Alamanni*, estos hombres viajan, y con ellos no sólo se llevan una *smala** prolífica, mujeres y niños duramente sometidos al *mundium* de los padres, ganado humano librado sin garantía a la fuerza del amo: se llevan sus nombres, que se hacen conocer. Siguiendo a los francos, la *France* crece hacia el mediodía. Francia, todo aquel sitio donde viven o reinan los francos: a principios del siglo IX, Francia, las provincias carolingias sitas en el norte de los Alpes; destruido el imperio, Francia, los dos estados menos precarios que se forman sobre sus ruinas. En la antigua Galia, es la *Francia occidental* de Carlos el Calvo, un vasto dominio en cuyo seno la región más afrancesada, la Francia del norte, conserva especialmente el nombre de los francos;

* Casa y equipo de un jefe árabe. Por extensión, gran familia. [T.]

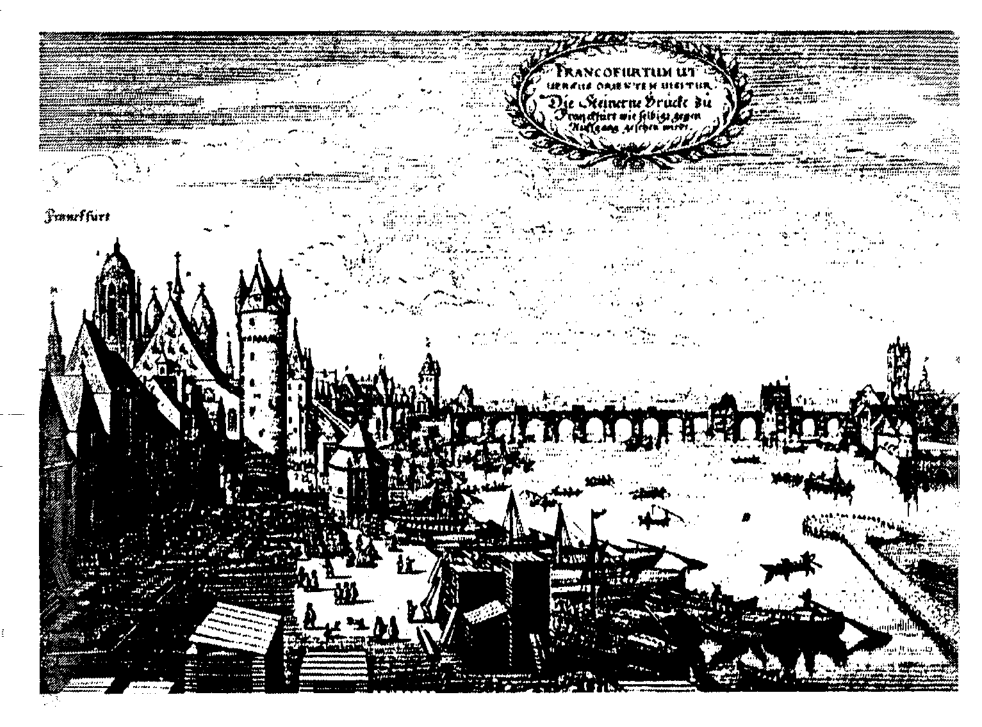
por un juego de sucesivas reducciones, esta pequeña Francia dentro de la gran Francia occidental acabará por ubicarse al norte de San Dionisio, en una provincia estrecha de tierra hecha para el trigo: la de Mareil, de Poissy, de Châtenay *en Francia*, el granero de los famosos panaderos de Dammartin y de Gonesse-en-France predilectos de nuestros antepasados. Mientras tanto, en la antigua Germania se instala igualmente, con Luis, la *Francia oriental*; e igualmente también, dentro de ésta, la región más afrancesada, la del Main, determina el nombre de Francia; lo conservará y nos lo transmitirá –*Franken*, Franconia– cuando la Francia oriental, pasando a manos de una dinastía sajona, lo pierda poco a poco...

Alemannia, *Alemaigne*, después *Alemagne*, el nombre no tuvo tanta expansión durante mucho tiempo. Al capricho de carreras devastadoras, siguiendo a las bandas en busca de provisiones, se aproxima poco a poco hasta el lago de Constanza. Del siglo VI al X domina sobre el conjunto de las provincias del alto Rin y del alto Danubio. Es allí donde, como vecinos, lo tomaremos un día, bastante tardío, para designar no ya a la Alemania limitada y particular, sino el vasto dominio sobre el que Tácito colocó la etiqueta *Germania*. Los "alemanes" mismos no le daban ningún nombre a este dominio. Como aquellos árabes de que habla Émile Gautier, se fijaban en la tribu, no en la comarca –en sus raíces, *Stämme*, cuyos grupos, por cierto, tardaron en fortalecer sus particularismos y establecerse en el terreno. Y sabían demasiado bien que un pueblo germánico llevaba su patria en la suela de los zapatos:

> *Bavier e Saisne sunt alet à cunseill*
> *E Peitevin e Norman e Franceis;*
> *Assez i ad Alemans e Tieis...* *

Es nuestra *Chanson de Roland* que enumera así, en desorden, las piezas sueltas de esos complejos conjuntos. Los "alemanes" de entonces no sintetizaban más que ella. Contaban con los dedos: aquí los francos y su *Francia*. Más lejos, los sajones en su *Sassoigne*. Luego los bá-

* Baviera y Saisne se reunieron en consejo / y poitevinos y normandos y franceses / tomaron asiento junto a alemanes y tieis... [T.]



Francfort en 1646 (En primer plano, a la izquierda, la Fahrtor, la Renterturm, las pilas de madera)

varos, los suabios, los loreneses... Partes de un todo que sus habitantes, con el nombre de la lengua que hablaban –*theodisca lingua*–, acabaron por llamar *Deutschland*. Además, cuando fue necesario nombrar al rey que elegían los grandes, no lo tomaron de una de las *Stämme*. El soberano fue Rey de los Romanos, de esos extraños romanos que, muy a menudo, por una reminiscencia latina, se llamaban teutones con persistente estilo.

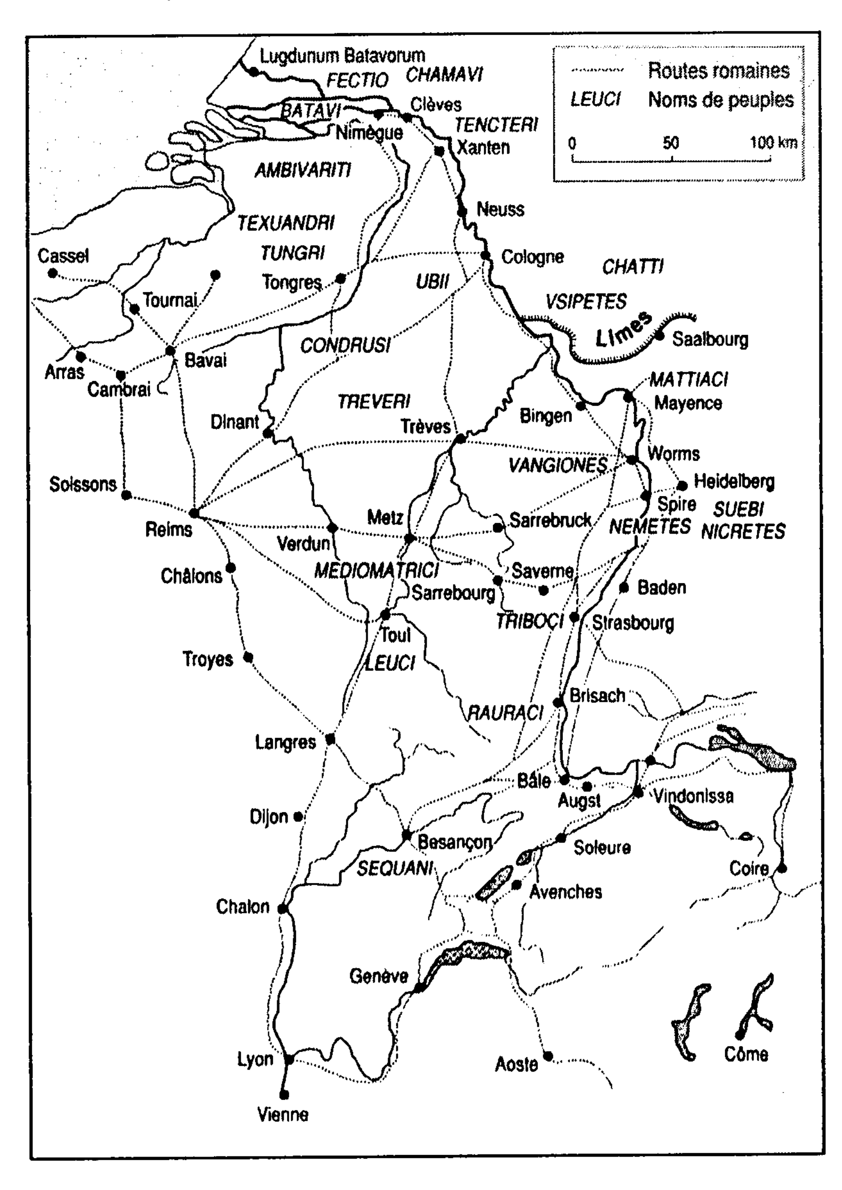
Pero dejemos esto. Ni estos nombres cambiantes y carentes de sentido que anacrónicamente les damos, ni los tratados de efímeros merovingios o carolingios merecen que la historia se fascine con ellos. No es el reino de las formas vacías sino de los pueblos desbordantes de sustancia y de vida. Verdún, Meersen: ¿causas, orígenes, cabezas de capítulo? ¿Como si, colocadas sobre territorios heterogéneos, las pa-

redes de un edificio vacío fueran suficientes para crear un centro de vida y de acción? En el interior de marcos formales, es necesario que actúen fuerzas reales concordantes o en pugna, con las que trabajan afuera. Hacen falta hombres que construyan su casa ellos mismos, dentro de los muros desnudos que consolidan primero, rehacen por dentro, apuntalan, refuerzan, levantan como les place. Son los hombres los que cuentan, no el edificio.

Aquí el drama no tiene lugar en las cancillerías de los Luises y de los Lotarios. Diferente, amplio y humano, es el drama de una civilización a la que otra golpea, empuja, demuele poco a poco –y que se repliega para no morir.

Siglo I, siglo II de nuestra era: el Rin es de los romanos. De Utrecht a Coira se extiende la civilización romana, y sobre las dos orillas. Porque, ante todo, está el *limes*, testimonio de sueños desvanecidos; hay toda una serie de pueblos "germánicos" más o menos romanizados y adheridos al imperio; la moneda romana, pasando de mano en mano, lleva hasta el Báltico la efigie de los Césares. Paz romana en la unidad romana. En la diversidad de los territorios reducidos a provincias, un mismo orden, una seguridad igual y casi perfecta. El mismo mecanismo de instituciones prácticas; visibles para todos, los mismos edificios públicos o privados y, cubriendo los caserones, independientemente del clima, las mismas tejas marcadas por las mismas legiones. Trajes ceremoniales y uniformes iguales; iguales, en los circos, los juegos tan sanguinarios en el norte como en el sur. En fin, para pasar desde afuera hacia adentro, una lengua casi ecuménica, vehículo de un sistema de ideas recibidas en todas partes; una educación idéntica en las escuelas tendiente a alcanzar fines similares; para coronar, una misma lealtad... Frente a semejante espectáculo, uno se detiene, embargado de un gran respeto. No vemos, Roma misma había dejado de ver, detrás de esa fachada de uniformidad, la agitación de fuentes siempre efervescentes.

Porque el viejo padre Rin es para nosotros un poco el Carlomagno de la leyenda: aquí, a mi izquierda, los buenos alumnos; a mi derecha, los chicos malos de cabello enmarañado: los bárbaros... ¿Pero César y sus sucesores no removieron enérgicamente los grupos, no mezclaron a los hombres? Roma empujaba a sus hijos perdidos a la orilla izquierda; en la orilla derecha hacía acampar a los bárbaros:



El frente del Rin y su sistema de caminos en tiempos del Bajo Imperio

juego de compensación natural; ¿y qué le importaba si eran celtas o germanos? Demasiado política para desperdiciar, toma, amasa, da nueva forma.

¿Qué? Las bandas de Ariovisto, en el momento mismo de la victoria. Guerreros, viejos, mujeres y niños sobrevivientes, todas esas ruinas humanas arrojadas a la orilla izquierda, desamparadas, extraviadas... ¿Convertirlas en esclavos? En Roma rebosaban. ¿Arrojarlas al otro lado del Rin, entre los enemigos? César las convirtió en agricultores –y en guardianes. Al cuerpo de triboques lo instaló en la baja Alsacia, en los alrededores de Brumath; al cuerpo de nemetios, más arriba, en los alrededores de Epira. Lo que quedó de los vangiones lo instaló en la comarca de Worms. No es más que el inicio: el movimiento prosigue. Pronto, en la cuenca de Colonia, se instalan los laboriosos ubianos: rechazando su nombre, se convierten orgullosamente en los agripinianos. Trasplantados ya desde el reinado de Augusto a la ribera romana, los cugernes se instalan en el extremo de Xanten, los sunnucos en la región de Düren –unos y otros miraban pasar el tiempo con el viejo nombre de sicambrios, que atribuirán a Clodoveo. En tanto, en la desembocadura del río, también los bátavos, diestros a lo ancho del Rin sin romper sus escuadrones, soportan el poderío romano.

Así, del codo basilense al mar del Norte se extiende en larga banda, no muy densa, a menudo discontinua, un asentamiento germánico deseado por Roma. A las comarcas "de acá" les da, en suma, el aspecto de las tierras "de allá" –ese que, al cruzar el agua, mercaderes y aventureros conocían bien: germanos yuxtapuestos con celtas y blanqueados, en la superficie, por un delgado barniz romano. Pues sobre la ribera derecha también, en el país de los hombres vestidos con pieles de animales, llevando sobre los hombros el sayo prendido con la fíbula y viendo hormiguear alrededor de sus chozas a la chusma sucia y desnuda de la que nos habla Tácito, vivía y se mantenía de los grupos célticos; se escalonaba a todo lo largo del Meno: *bituriges* en la región de Obernburg; *toutones* alrededor de Miltenberg; *santones* más abajo, en los alrededores de Walldurn –mientras que, en la actual Wurtemberg, muchos aventureros procedentes de Galia cultivaban, tras el éxodo de los helvecios, las tierras en barbecho y retomaban la lucha contra el agua y el árbol: en las inscripciones, ni un solo rastro de nombres germanos; y sin duda tal como, gloriosamente, se llama

Primus o Sylvanus bien puede, como un hermano, parecerse al arbogaast o al garimund que era el día anterior; de cualquier modo, si bien faltan los nombres germánicos, observemos que hay escasez de nombres celtas sobre la orilla derecha, ahí donde César estableció a los triboques, a los németas y a los vangiones... Una vez más, en esas comarcas renanas abigarradas no eran razas lo que separaba el rápido río. Celtas, germanos: nombres de naciones que cubren extrañas mixturas de sangre, y por ello, en el campo de las apariencias sensibles, influencias de civilización. ¿Eficaces y duraderas? He aquí la cuestión.

Tácito, en su *Germania*, nos elogia los progresos de Roma al irse extendiendo más allá del río, entre los transrenanos deslumbrados –que vivían en la ribera derecha, pero cuyo corazón estaba en la ribera izquierda–, el prestigio de su nombre y el respeto de sus leyes. Sin embargo, en el libro IV de las *Historias*, vemos con qué facilidad el bátavo Civilis adiestra contra Roma no sólo a los frisones, a los chattes, a los matiacos, a los usipianos, a los tenctères de la ribera derecha que los legados decían que estaban romanizados; pero también, en la ribera izquierda, a los tongres, a los cugernes, a los sunnucos y a los vangiones, y también a los triboques: pronto hasta los ubianos agobiados por las inundaciones, y por detrás, en la Galia, los trevires de Classicus y de Tutor, los lingones de Sabinus; se elogiará entonces a Tácito por no hablar de galos ni germanos sino de transrenanos y cisrenanos. No habrá prisa en transformar a los tiradores anamitas en franceses, a los cipayos en ingleses, por una lamentable confusión entre la fidelidad de los militares a la bandera y su trasmutación personal de una especie humana en otra. Y diremos de nuevo, para concluir: Rin límite del imperio –sí, cuando el imperio se repliega sobre el gran río y sobre su valle. Límite lingüístico sí, en la medida en que sólo se considere el latín. Límite de civilización, con algunas reservas, indudablemente. Pero límite, no corte. Y civilización colonial más que nacional.

Ya hemos lanzado la palabra grandilocuente. En estos países del Rin, tan fragmentados, tan heterogéneos –por la tierra, las relaciones, los habitantes–, Roma se las arregló para establecer un régimen coherente. Por dispares que fuesen, hizo entrar, del mar del Norte al lago de Constanza, a los países pequeños alineados a lo largo del río

en un gran marco bien compartimentado y sólidamente afianzado en el suelo. Magnífica hazaña: diecinueve siglos serían necesarios, la Revolución francesa, la república, el imperio, para que se renovara. Otro prodigio: Roma hizo que de Utrecht a Coira reinara una cultura uniforme. Obra grandiosa, pero, ¿cuál era su soporte? ¿Un verdadero sentimiento nacional? No. ¿El orgullo del nombre romano? ¿Pero no había matado, entre los bárbaros, el orgullo de sus orígenes germánicos? ¿Una lealtad militar? Sí. La de hombres para los que el imperio –la expresión de Lavisse es acertada– no era un enemigo, sino una carrera.

Siglo III: bruscamente, una fisura. La catástrofe de 276. Del Rin a los Pirineos, ciudades, aldeas, villas y almiares se incendiaron. Luego el sobresalto y una enérgica resistencia –y, en el umbral del siglo V, la arremetida. Por Maguncia y Worms, por Spira y Estrasburgo espantosamente devastados, vándalos, alanos y suevos toman por la fuerza el Rin, y embistiendo y embestidas, flanqueando y flanqueadas, las masas bárbaras penetran hasta el mediodía, el sol, las orillas del Mar de las Codicias nórdicas –*Mare Nostrum*, ahí donde verdaderamente latía el corazón del imperio. ¡Se trata del Rin, que desde hace mucho tiempo no tiene ya misterio ni atractivos para ellos! Algunos, como los vándalos, van a desplomarse, abatidos, en tierra africana. Otros se dirigen a España y Aquitania: los visigodos. Otros a Italia: los ostrogodos, mientras llegan los lombardos. De los rezagados, no hay ninguno que no trate de encontrar su fisura para alcanzar las riberas deseadas. Los burgundios se deslizan hacia el valle del Ródano, como antaño lo hicieron los celtas; y los francos, apenas instalados en la Galia, sueñan con Provenza, Lombardía, España...

Movimientos de masas. Que no nos hagan olvidar los movimientos de los solitarios, de esos bárbaros guiados por jefes ávidos de honores y de ganancias, esos bárbaros cuyas "Grandes Compañías" se van hacia el interior del imperio a fundar dominios efímeros y tambaleantes, tropiezan por doquier con predecesores, tal como, por doquier, dejan rezagados. Sobre todo en Galia, y no sólo a orillas del Rin.

Pronto, pero más activamente a partir del siglo III, Roma había organizado un poco por doquier el reclutamiento de bárbaros, labradores a la vez que soldados. Los había reunido oficialmente en los campos, con el nombre de *cabezas*, imponiéndoles un doble oficio:

fecundar las tierras que, años antes, en ocasiones, sus propios hermanos habían devastado, luego defenderlas de sus primos todavía no sometidos. Por eso hay bátavos en Bayeux, Arras, Noyon; suevios en Coutances, Mans, Clérmont; teutones en Chartres y francos en Rennes. Otra cosa: un poco después, Roma instituyó a los *gentiles*, aquellos que dejaron su nombre a todos nuestros *Gentilly*: con mucha frecuencia sármatas, cuyo recuerdo persiste gracias a nuestros *Sermaize*, *Saumaise*, *Sermizelles* de Oise, Aisne, Marne, Seine-et-Oise, Loiret, Nièvre, Yonne; pero también los taifas, tal vez de origen gótico y padrinos de los *Tiffauges* en Vendée, de los danubianos, los marcomanos, autores de nuestros marmagnes de Costa de Oro, Saône-et-Loire, Allier, Cher, Mayenne; en fin, los alamanes, padres de nuestros *Allemans* y de nuestros *Allemagnes* de Aisne, Marne, Ain, Calvados, Dordoña, Lot-et-Garonne, los bajos Alpes...

Si leemos –con el cuidado crítico que nos enseña Ferdinand Lot– las páginas atiborradas de nombres, que Longnon consagra a los nombres de lugares franceses de origen bárbaro, nos sorprenderá la cantidad de reflexiones y comparaciones que sugieren. Nos hacen presentes a esos francos chamaves y hattuariens, a esos alamanes warasques y scotingues que han enumerado cuatro *pagi* del Franco Condado –y los godos de *Gueux* (Gothi) en Marne, de Montgueux en Aube, de *Goudourville* (*Gothorum villa*) y de *Goudouvielle* y de *Gourville* en Tarn-et-Garonne, Gers, Charente, Loiret, Seine-et-Oise. Evocan a los sajones de Sassogne en el norte y de Sissonne en Aisne, que un mapa de 1222 llama todavía "la ciudad teutónica de Sassonia" pero que, a partir de 1276, enarbola orgullosamente el nombre de Sissonne-la-Française. Toda una toponimia, de una extraordinaria abundancia, nos restituye tantos nombres de allende el Rin instalados en nuestras tierras: los *Abbone*, padres de nuestros Aboncourt, Abancourt, Courtabon; los *Baddone*, de nuestros Badonville, Badonviller y Badonvilliers; los *Bettone*, de nuestros Bettoncourt, Betaucourt, Bethoncourt, Bethaucourt, Bethancourt, Bethonvilliers, Bethonval y Bethonsart diseminados por doquier, en los Vosgos, Doubs, Alta Sajonia, Alto Marne, Aisne, Oise, el Sena inferior, Pas-de-Calais, Somme, el norte. En plena región "románica" nos muestran en *Orbais* (Marne) un Orbach germánico, como en *Roubaix* un Rossbach, en *Wambais* y *Wambez* y *Gambais* a los Wambach. En plena cuenca del Sena, en nuestros *Houdan* y nuestros *Dourdan*, descubren, indicando el establecimiento de una familia, el sufijo germánico *–ing*. Y si nuestros La Fère-en-Tarde-

nois, Fère-Champenoise, Fèrebrianges le recuerdan la presencia de un clan (*Fara*) –en Arbois, en el Jura, también en Ain e Isère, guarda la huella de los *Faramanni*, jefes de mesnadas bárbaras.

Eso no es todo. Ya en el siglo IV comienza "esta moda inaudita de los nombres germánicos" de la que habla Ferdinand Lot, esta furia de los romanos de querer "naturalizarse bárbaros" de la que antes que él hablaba Godefroy Kurt, y que traerá, en los siglos VII y VIII, la exterminación completa de los nombres latinos. Renunciemos a ver en los bárbaros a intrusos soportados con impotente repugnancia por esos aristócratas cultivados, finos hasta las uñas: los últimos herederos de las grandes familias galorromanas obligados a inclinarse ante la fuerza, pero desde lo alto de su cultura latina, humillando a la barbarie con todas sus secretas superioridades... Fábula. Es imposible negar el prestigio de los francos en la antigua Galia, desde el siglo VI y más todavía en el curso de los siglos VII y VIII. Toca ahora a Primus y a Secundus, a Sylvanus y a Magnentius aspirar humildemente a llamarse Rikimer, Arbogast o Mellobaude, como todo aquel que se respeta. Una moda, ¿pero qué moda va sola? La vestimenta, el equipo, el armamento la siguen, ¿a qué paso? Juliano, en el siglo IV, adopta la piel de animales, *more Germanorum*; ¿qué habrían dicho Augusto o Tiberio? Y a finales del siglo V Syagirus, escudo de la latinidad, da órdenes en germánico a los últimos de los "romanos", cuyos padres eran suevos, con el cráneo rapado y un mechón en lo alto, atado con una cinta y echado hacia atrás...

Realmente, ¡el mundo romanizado parece estar ávido de barbarizarse! Hasta las palabras que los francos trasladaron al "romance" de los galos: nos vienen a los labios cien veces al día porque no tienen nada de raro ni de insólito; y cuando pensamos que el vocabulario de nuestros antepasados campesinos del siglo VII no debe de haber sido más extenso que el de un *mujik* de 1850, podemos medir la influencia del bárbaro sobre lo que fue la Galia y la nación gala... Palabras de guerra y de pertrechos: *espiar*, *acechar*, *herir*, *guerra* y *esgrima*; el yelmo y la *cota de malla*, el *casco* y el *estribo*. Términos de cazador obligado a orientarse en terreno protegido: el *norte*, el *sur*, el *este* y el *oeste* se sustituyeron por los vocablos latinos; la *forêt*, que cambia de sentido para sustituir a la *selve*, y aparecen *bois* [bosque], *gazon* [hierba], *haie* [seto], *hêtre* [haya], *houx* [acebo], *mousse* [musgo] y *roseau* [caña]: cuántos otros términos usuales, del vestido [*robe*] de mujer al pastel [*gâteau*] del hogar, del burgo [*bourg*] al *caserío* [*hameau*], del banco

[*banc*] al sillón [*fauteuil*], del arpa [*harpe*] a la danza [*danse*]. Todo ello da testimonio elocuente de que el "romano" no tendrá finalmente más que una preocupación: imitar al bárbaro, a quien se honra en ofrecer a su hija en matrimonio –e imitarlo tan bien que lo confunden, supremo elogio, por un jefe franco, ignorante y pendenciero, desdeñoso de toda cultura intelectual: anarquista por egoísmo, el prototipo de lo que por demasiado tiempo será el "señor feudal" francés, de pasiones sanguinarias e ideas cortas...

¿Nos hemos alejado del Rin? Sólo en apariencia y deliberadamente. Pues, ¿acaso no es por no habernos dado estas perspectivas por lo que nos seguimos engañando sobre el verdadero alcance de los tratados de Verdún, de Meersen y otros? Ellos "dictan el porvenir"... –¿De veras? El gran drama de lengua y civilización que se desarrolló en toda la Galia y más allá, hasta las comarcas más meridionales, seguramente no tiene ninguna importancia; ¿no explica el destino secular de los países renanos? Miramos con la lupa, examinamos minuciosamente los atlas que trazan, con una rigidez desconcertante, las fronteras de los Luises, los Arnulfos y los Zwentibold. Y suspiramos: si los hijos de Lotario hubieran sido sólo dos, o uno... Ciertamente, pero, ¿dónde se habría colocado el límite entre el rey del este y el rey del oeste? Ensoñaciones, que sirven para disfrazar este hecho insignificante: todavía en el siglo III los romanos están en el Rin, en el siglo VI están los germanos. O este otro hecho, todavía más insignificante: en el siglo III, la civilización romana se sentía segura de un porvenir duradero, en el siglo VI, sobre lo que queda de ella en tierra renana se instala poco a poco una civilización que hay que llamar bárbara o germánica: la que pronto dominará en el Rin.

Es verdad, Henri Pirenne tiene razón cuando nos dice: en los tiempos merovingios, el sistema general de relaciones económicas no cambió mucho. Esencialmente sigue siendo el sistema romano: un Mediterráneo que hace las veces de puente entre Europa y Asia; Marsella, Arles, Narbona, puertos que tienen la función de cabeza de línea para las grandes vías comerciales que van hacia el interior. En las ciudades están, tal como antes, los grupos de sirios, de griegos, de judíos: en Worms, Colonia, Metz tienen importantes colonias. Unos transportan objetos de arte: sedas, tapices de Oriente, cristales de Sidón, pieles trabajadas de Fenicia. Otros traen y venden papiros. Sobre los ríos

circulan barcos cargados de aceite griego, de vino de Gaza, de telas persas. Aunque cabe señalar algunos cambios, que sin duda afectan a los países renanos.

El Danubio está cerrado. Establecidos en el corazón de Europa central, los jinetes ávaros, tan fieros como los hunos, crean un desierto a su alrededor. La ruta de los Alpes no puede ser más que precaria, después de tantos conflictos en la alta Italia y la llanura Suiza. He aquí que el Rin está privado de sus vías afluentes más indispensables. ¿Y cuál puede ser el papel del Meno, o del Neckar, en una Europa a tal punto erizada de lanzas? La verdad es que el río que cuenta a la sazón es el Mosa. A lo largo de su valle se alinean, codo con codo, los talleres monetarios, indicadores de una actividad persistente: Meuvy, Grand, Void, Sorcy, Verdún, Brieulles, Mouzon, Dinant, Namur, Huy, Maastricht... El gran puerto que sucede a *Fectio* (Vechten) en el delta como centro del comercio con Gran Bretaña, pero también como puerto franco de los intrépidos mercaderes y barqueros frisones, empeñados en conseguir los mercados de Austrasia, es Duurstede (*Dorestad*), y sus relaciones son con las ciudades y los mercaderes del Mosa. La historia de los merovingios, y luego la de los carolingios, nos aportará pronto nuevas pruebas de que en esta época la región y la circulación mosanas relegan a la sombra a los países renanos y el tráfico del gran río.

No todos los romanos han muerto, por supuesto. Ni ellos ni sus obras. Los bárbaros circulan por vías romanas. Heredaron villas romanas. Son puertas romanas las que los acogen siempre, en el umbral de las ciudades –y son acueductos romanos los que siguen distribuyendo el agua... Pero, primero que nada, el mundo está al revés. Antes, se señalaba a las colonias bárbaras en tierras del imperio. Se les ponía un nombre, como para señalarlas. Hoy, la capa de bárbaros se ha extendido tanto que en Suiza se señala como *Romanêches* pequeñas "Romanias" propagándose en la región de Vaud, y en Francia en la región de Ain o Saône-et-Loire. Y la eterna pregunta: ¿qué quiere decir romanos? ¿Los que hablan latín? En los tiempos del alto imperio, digamos que los soldados; en parte sus familias; los mercaderes que los abastecían, también; los altos personajes, por supuesto, los nobles, los ricos, todos los que querían destacarse. ¿Y la gente del campo? Supongamos que en su gran mayoría continuaban chapurreando su celta, tal vez adulterado, pero siempre vivo. O su germano, naturalmente, si descendían de esos peones famélicos y dóciles cuyos



Estrasburgo en 1588

brazos curtidos se ofrecían a los grandes propietarios. Además, como vencedores, arriban los grandes batallones de allende el Rin. Van al rencuentro de sus vanguardias, no sin zarandearlas. ¿Quién cede primero, quién desaparece? El latín. Ya no hay ejército "romano" que lo mantenga; ya no hay funcionarios "romanos", mandos organizados. Ya no hay sociedad articulada que cultive el dístico artificiosamente, ya no hay ausones que canten al Mosela o que se sirvan de Virgilio para componer lamentables centones. Ya en 374, san Jerónimo habla de las "orillas semibárbaras del Rin"; ni cien años más tarde Sidoine describe en las riberas del gran río al alamán feroz, tan a sus anchas en la ribera izquierda como en la derecha: aquí se encuentra en su casa –allá entre sus vencidos:

Et utroque superbus in agro
Vel civis, vel victor...

Éste es el gran drama. La frontera que cuenta, la que durante siglos regirá la vida profunda de las comarcas renanas, es en realidad esta frontera de lenguas que, durante decenios y decenios, en el cur-

so de los siglos V, VI y VII, va y viene, avanza y retrocede, supera esta barrera, se topa con aquel obstáculo, divide este país en dos, establece Audun-le-Tiche (*Tiche* quiere decir *Deutsch*) frente a Audun-le-Romain –y ve a veces, por lo demás, a los "románicos" convertirse al germanismo, a los *tiches* convertirse en *welches*.

Que en esta repartición Estrasburgo haya formado parte del patrimonio de éste, el hermano mayor, o de aquél, el hermano menor, es algo que no tiene mayor importancia. Porque ni el mayor ni el menor eran capaces de crear verdaderos estados. Pero que, en el umbral del siglo V, se adormezca con el nombre de *Argentoratum*, y que ciento cincuenta años más tarde, como en un cuento de hadas, la ciudad se despierte con el nombre de *Strateburgo*, eso es lo que cuenta en sus destinos. Que Metz se haya atribuido a este rey de Reims o a aquel rey de Soissons, cuyo nombre sólo recuerdan los especialistas, pasa. Pero que haya sido la roca inquebrantable contra la que vinieron a deshacerse los asaltos lingüísticos; que de novecientos nombres de lugares del territorio de Metz no haya más de media docena que puedan relacionarse con una lengua germánica, esto sí presenta un interés duradero. Para Metz, pero también para Europa...

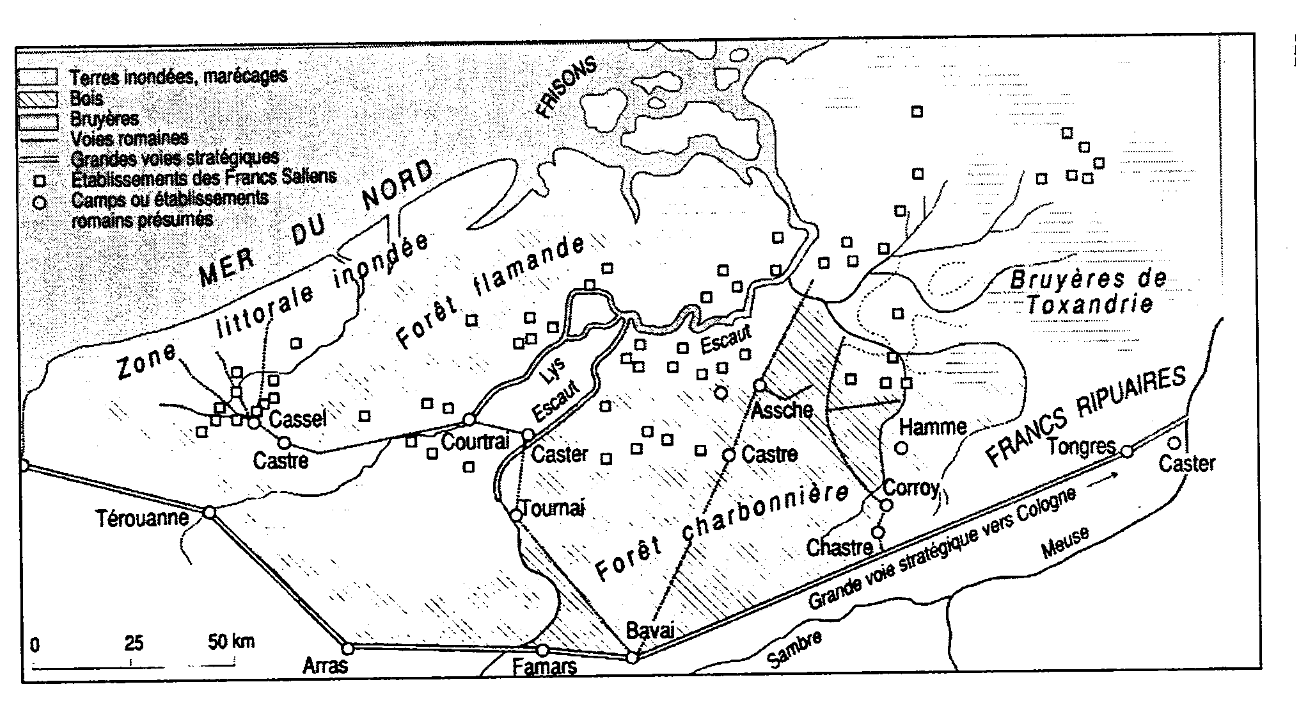
Una vez más, ¿cómo y por qué se estableció, tras muchas fluctuaciones, bruscos avances y todavía más bruscos retrocesos, en una zona diez veces conquistada y reconquistada, un frente lingüístico comparable al de ejércitos en campaña? Trabajo de hormiga, en el campo de la lengua tanto como en el otro: y qué apasionante es seguir sus resultados, ver cómo la frontera lingüística, como nuestros frentes en función de las vías del ferrocarril, se organizó a lo largo de estas vías estratégicas, jalonadas de fuertes de detención, que corrían de Estrasburgo a Metz, de Arlon a Stavelot, de Maastricht a Tongres, Bavai, Cambrai; y además, ¡cómo utilizó para la resistencia los pantanos, los estanques, las turberas, las zonas enladrilladas de Seille, los estanques de Lindre a Gondrexange, las turberas del norte y, sobre todo, los bosques: de los Vosgos, de Lorena, de Luxemburgo, el gran bosque de las Ardenas y la Charbonnière!

No es que haya que imaginar a todos como desiertos. Ya había caminos que los penetraban, ciudades que prosperaban en ellos; había vida en esos macizos plagados de claros: pero para los inmigrantes en busca de tierras fáciles y de pastos, su interés era secundario –¡y qué puntos de apoyo constituían para una defensa! Hay que ver, en el mapa que acompaña la memoria de Des Marez sobre *La colonisation fran-*

que dans la Basse-Belgique, el trazo del frente norte de Charbonnière, con su camino de circunvalación: la carretera Brunehaut, que corre de Colonia al mar, y alrededor la serie de fortines cuyos nombres –a veces incorrectamente, tal vez– parecen designar *castra*: de *Caster* sobre el Mosa, a *Castre* y *Cassel* que domina los manantiales del Yser... Ahora bien, describiendo un gran arco circular alrededor de la masa boscosa cuyos accesos parecen tapar, las aldeas impacientes parecen detenerse: su nombre en *sel*, *seele*, *zele* y *zeele*, que deforman el propio nombre de los francos salianos, *Sali*, dan testimonio de su origen: no hay visión más impresionante de esta infiltración de bárbaros en busca de tierras que, como los boéres o los colonos del Far West, avanzan un poco más cada día, con el fin de dejar atrás a los arraigados.

Qué importa, se dirá, puesto que, reyes e hijos de reyes, los amos de entonces ignoraban por completo las fronteras lingüísticas: ¿no son sus repartos testimonios suficientemente elocuentes? Admitamos sin discutir esta afirmación: ¿qué podemos concluir? ¿Que para un país donde el latín fue durante siglos la lengua de la elite, la lengua de civilización de la "gente decente", el hecho de hablar ahora el germano –pese a que detrás de esa línea otro país, en otro tiempo confundido dentro de la misma unidad política o lingüística, hablara romance– carecía verdaderamente de importancia? Como si la civilización no interviniera para explicar las relaciones políticas de los hombres entre sí; como si lo único que contara fuera el desglose apresurado de fronteras más o menos artificiales; como si los veinte o treinta volúmenes que, un año tras otro, el sempiterno debate de la *Kultur* y de la *Civilisation* no se cansa de patrocinar no representaran más que un simple juego del espíritu. Habría que decidirse.

Entre los siglos IV y VI de nuestra era, en las orillas del Rin (queda claro que no nos referimos a otras comarcas), en la plena medida en que se expresaba con una lengua y en una lengua, una civilización, la latina, recibió un golpe terrible. Ahora bien, esta medida era formidable; pues en conclusión imaginemos: una economía rudimentaria; un trabajo reducido a las prácticas manuales y a las formas serviles; una ciencia mediocre, especulativa y en parte mítica; una ignorancia total del magnífico esfuerzo que permitiría, más tarde, a la humanidad que retomaba los caminos jalonados por el heroico pensamiento griego, apoyarse en el pasmoso complejo de fuerzas y



La marcha de los francos salianos entre bosques y pantanos
y el frente romano entre el Mosa y el mar del Norte
(Según G. Des Marez, *Le problème de la colonisation franque*, Bruselas, 1926)

fenómenos físicos y comenzar por el análisis, la toma de posesión y la domesticación de las fuerzas naturales; añadamos, un pensamiento que no sabía conservarse más que por la palabra o el manuscrito: ¿destruir la única lengua hablada que garantizaba la difusión de las ideas directrices, destruir a la única elite que conservaba el monopolio de la lengua escrita de una sociedad tan mal equipada para asegurar su perpetuidad no era realmente destruir la civilización casi en su totalidad?

Entre los siglos IV y VI de nuestra era, de los Alpes al mar del Norte, en todas las tierras renanas se empezó a hablar el germano. Que haya habido, como resultado de un propósito deliberado o sencillamente de circunstancias fortuitas, lealtades tenaces, familias entre las que persistió la tradición romana por algún tiempo; centros donde, establecidos por una u otra razón –por ejemplo, porque eran los únicos que conocían el delicado arte de podar los viñedos y hacer el vino–, antiguos habitantes de las riberas renanas, agrupados, que conservaran por algún tiempo sus costumbres lingüísticas: es posible. ¿Acaso no existen lenguas muy antiguas –la vasca, por ejemplo– que han desafiado todas las transformaciones étnicas o políticas y atravesado veinte siglos sin perecer? ¿No hemos visto, durante más de doscientos años, en pleno corazón de Alemania, a dos o tres aldeas de refugiados del siglo XVII obstinarse en hablar su lengua original?

Excepciones que confirman la regla. En pleno dominio de un germanismo triunfante y, ya lo dijimos, prestigioso, su posición debe de haber sido pronto insostenible. Pensemos en la historia que un texto merovingio nos proporciona. Es de un hombre de Saint-Goar, un tal Reginarius que hablaba germano y cuyo celo lingüístico no podía soportar a los romanizantes; los insultaba cuando se cruzaban con él. Eterna anécdota. Mofarse del lenguaje que no se comprende, deformarlo, de las bromas groseras pasar a los golpes: el merovingio de Saint-Goar no está tan lejos en el tiempo como podría parecernos. Pero por otra parte se trata de la lengua romance; el latín está muerto, el del comercio, de la administración, del ejército, de los debates judiciales y de las leyes. Ha dejado de conocerse por el uso. Todavía no se lo vuelve a aprender, penosamente, como una lengua muerta. Los que siguen tratando de utilizarlo hacen lo que pueden. En el siglo VII, Frédégaire el cronista se esfuerza al límite por escribirlo, tropieza a cada paso, se pierde en la selva oscura de los tiempos y los modos. Lo confiesa –y su latín se lamenta. Es porque, sin que nadie

se haya dado cuenta con claridad, este latín enmudece* cada día un poco más –se transforma en romance.

El latín, la lengua importada por Roma. Pero la lengua no es lo único. Ya no hay arquitectura en piedra tallada. Ya no hay escultura en mármol ni en bronce. Ya no hay pintura. Cuando en el siglo IX Carlomagno pretenda construir en Aquisgrán una iglesia digna de su prestigio, para ornar de columnas preciosas su famosa rotonda, tendrá que desvalijar los templos de Italia y colocar sobre basamentos desparejos fustes que no habían previsto las realezas bárbaras. El derecho mismo, que en manos de los vencedores consolidara tan firmemente el éxito de las legiones, este derecho deja cabida a las leyes de los recién llegados, a las costumbres de los bárbaros, y les cede el terreno... Una civilización disminuida se eclipsa ante otra. ¿Suena excesivo? Sin embargo, si es verdad, como dice el señor Mauss, que una civilización es un conjunto de "fenómenos de civilización" migratorios, que tienden siempre a rebasar el marco de la nación que los transporta –hubo en aquella época una civilización bárbara que se extendió ampliamente, por contacto pacífico y también belicoso, sobre las tierras que nos ocupan. Una civilización que lleva con ella elementos abrevados en veinte fuentes, recogidos a lo largo de los caminos de Europa oriental o nórdica; una civilización con sus formas de arte, sus orfebrerías, sus joyas y sus fíbulas con abalorios, ese estilo de un verdor vivo que, por intermediación de los godos, se expande poco a poco hacia Occidente: las tumbas resucitan para nosotros, por decenas, los elementos de una ornamentación muy antigua y muy nueva, desde la palma oriental o la trenza predilecta de los manuscritos sirios y coptos, hasta la estrella de seis puntas procedente de Siria que desembarcó en Arles o en Narbona, sin mencionar las lacerías, las espirales de una mezcla singular, los cuadrúpedos y los pájaros estilizados que revelan un apetito de lo monstruoso, lo grotesco y lo fantástico que pronto se saciará con creces...

Una civilización, sí, con sus costumbres, sus modas indumentarias, sus casas y sus iglesias de madera, su literatura de cantos épicos y guerreros, su derecho, su concepción de la familia y del matrimonio –y veinte rasgos más, marcados con la misma nitidez. ¿Inferior? Lo decimos con gesto desdeñoso . Siglos de gusto por lo clásico y de tradición latina nos han hecho aristócratas. Nuestros antepasados lejanos,

* Juego de palabras del autor: *se mue*, enmudece; *s'est mué*, se transformó. [T.]

en los tiempos merovingios y carolingios, no pensaban como sus sobrinos segundos. De otro modo no habrían tomado *blanco* de los bárbaros cuando durante tanto tiempo tuvieron *albus* en su poder –ni *orgullo* cuando poseían *superbia*, ni cientos y cientos de palabras que nada ligaba a una virtud propia, a un aporte especial de los recién llegados. ¿Es uno muy temerario por pensar finalmente que éstos, en su bagaje, traen con qué satisfacer mejor que los amos de antaño, esos extraños "romanos", esos galorromanos, germano-romanos y también levantino-romanos que las oleadas germánicas imparcialmente cubrieron y sumergieron?

Pero entonces, ¿son las influencias "alemanas" las que, victoriosas, dominaron el Rin? Alemanes, extrañas reflexiones...

Entre esos francos merovingios y carolingios que hablaban un dialecto germánico, que vivían, combatían y pensaban como bárbaros, y la Alemania o la Francia de hoy, ¿qué relación puede haber? No nos pongamos en el ridículo de querer trasponer las realidades políticas de los siglos XIX y XX a los siglos VII, VIII y IX de nuestra era. La historia no es un baile de máscaras: repitámoslo para aquellos que se obstinan, intrépidos, en establecer un lazo entre este Santo Imperio romano de nacionalidad germánica –gracias al cual, durante centenares de años, se organizó superiormente y se mantuvo con habilidad la impotencia anárquica de las Alemanias–, y este Reich de los Hohenzollern que, precisamente para reducir una diversidad, Bismarck forjó duramente sobre su yunque unitario. Si del dominio cultural se quiere pasar, en esta época, al dominio político, hay ciertos hechos cuando menos que no deben omitirse.

Clodoveo, gracias a los ripuarios a los que sometió, ocupa Colonia, Maguncia y Worms. Cuando muere, ninguno de sus hijos quiere instalarse a orillas del Rin, en alguna de esas ciudades antaño y después tan famosas –o sobre el Mosela, en esa Tréveris que sirvió de capital a los emperadores. Thierry, a quien le tocan las tierras del este, combate a los bárbaros en Turingia, se instala en Franconia y bordea el Saal al contacto con los eslavos: curiosa reconquista de la antigua Germania central por hombres procedentes de la Germania septentrional, que se trasladaron a la antigua Galia y que penetran nuevamente en la Transrenania gracias al punto de apoyo que establecieron entre el Mosa y el Sena. Sin embargo, Thierry reside en Reims y des-

pués en Metz –y jamás un rey de los francos instaló su residencia fija en una ciudad renana: más aún, en una ciudad de la zona donde se hablara más o menos de manera generalizada el germano. El caso de los carolingios es similar. Son los dueños del Rin, pero su verdadero dominio es la región mosana, semigermánica, semirrománica. Los coronan en Soissons, en Noyon, los entierran a veces en San Dionisio. Nada expresa mejor cuán hostiles, sórdidos y devastados deben de haber estado esos fuertes de parada medio desmantelados que marcaban con escombros el emplazamiento de las ciudades, reinas venidas a menos de las Germanias... Pero nada hay que nos prevenga más claramente que una historia o una geografía cimentadas en las "reparticiones" –para que tenga sentido, es necesario que la historia de la civilización la esclarezca: más exactamente, la historia de las civilizaciones.

Extraño destino el de estas tierras renanas, que desde entonces se perfila en la pantalla de su historia. Unidad de dominación, unidad de civilización, unidad de sentimiento nacional: cuando conozcan una, la otra o las otras se les escaparán. Dominación, civilización, nacionalidad: tendrá que pasar tiempo, mucho tiempo, para hacer concordar entre ellas a estas tres palabras –estas tres fuerzas.

III. LA IGLESIA

Roma o los germanos, romanismo contra germanismo. Un duelo, y el que sucumbe es el romanismo... Concepción simple; pero nada de lo que concierne al hombre es simple, más que para los simples. Dilema. Pero la historia ignora los dilemas aunque al historiador le complacen demasiado a menudo.

Ante todo, sin duda ya pasó el tiempo en que Gibbon escribía empeñosamente: "La talla de los hombres disminuyó, y el mundo romano estaba en realidad poblado por una raza de enanos cuando aparecieron los bárbaros gigantes del norte, que renovaron el antiguo espíritu de libertad". Aún ayer Alfons Dopsch nos recordaba que los germanos que en tropel invadieron el imperio en el siglo V no son ya "germanos puros". No traen al mundo degenerado la revelación de una cultura virgen, que florece entre los enjambres de abejas en los claros de los bosques nórdicos, sino por el contrario, una mezcla, una

combinación de tradiciones germánicas, de préstamos romanos y de contribuciones helénicas: pensemos en los godos, en todo lo que recibieron de las civilizaciones superpuestas del mar Negro. Y cuando, ya adulterados, influidos y modificados penetran en la Galia, es para toparse con una civilización, romana sin duda, de prestigio y espíritu, pero ya penetrada por elementos orientales o nórdicos, soportada por una comarca antaño aceltizada y cuyos portadores proceden de los cuatro rincones de Europa...

Hay algo más: el rechazo, el contraataque. Gran oleada romana que se extiende hasta el Rin y, más allá, lanza su espuma hasta el Elba. Grande y profunda oleada germánica, que cruza el Rin de un solo impulso, corriendo como para bordear el Mosa y el Somme, y después de muchas fluctuaciones se rompe precisamente allí donde solemos trazar el límite de las lenguas. ¿Es todo? He aquí que ahora aumentan los carolingios. ¿Alemanes, franceses? Dejemos estos anacronismos. Son esencialmente mosanos, que tienen su fortaleza, Chèvremont, dentro de los límites de su dominio de Jupille, y su residencia favorita en la villa de Herstal; cuando Carlomagno la abandone, a partir de 786, será para instalarse en Aquisgrán: Aix, en la diócesis de Tongres, uno de los hostales de parada de la gran calzada que tiende su lazo de unión directo del Rin al Paso de Calais. Una bisagra es esta región mosana donde, gracias a los obispos de Tongres que se trasladaron a ella junto con san Huberto a principios del siglo VIII, nacerá una nueva *civitas*: Lieja; una zona de contacto donde se codean y se unen parcialmente romanismo y germanismo. Durante mucho tiempo los jefes hablarán dos lenguas –y Godefroy de Bouillon estará a la cabeza de la cruzada, en parte porque había crecido en esas comarcas y comprendía tanto el "tudesco" como el "romance".

Apoyado al igual que sus predecesores en esta Francie del centro que, de todas, era la que más derecho tenía a llamarse Francia, Carlomagno hablará el fráncico y (su biógrafo Einhard nos lo dice expresamente) no abandonará su dialecto. Como tampoco abandonará el dialecto romance, que no utilizaba. Estos lenguajes vulgares, civiles, no científicos servían, fuera de la conversación corriente, para componer poemas épicos o edificantes. Servían también a los gobernantes para dirigirse al pueblo con solemnidad: *Pro Deo amur et pro christian poblo et nostro commun salvament... si salvarai eo cist meon fradre Karlo*–es

el juramento de Luis el Germánico de 842, pronunciado en Estrasburgo, el texto más antiguo escrito en romance que haya llegado a nosotros. Ahora bien, gobernante previsor, Carlomagno contribuyó a establecer estos dialectos prácticos al hacer que se redactaran en ellos los textos esenciales; pero el renacimiento con que soñaba, la civilización que protegió y desarrolló, no fue una civilización en germánico ni en romance, sino por el contrario un renacimiento de los estudios latinos; un reaprendizaje del latín imperial privado de contacto con la lengua hablada desde el siglo V, pero bien que mal, conservada como lengua de honor y de prestigio: por cientos de años ha sido elevada a la dignidad, un poco especial, de lengua culta –de lengua de iniciados.

Al igual que la de los merivingios, pero con menos vulgarismos e incorrecciones escandalosas, la cancillería de los carolingios es una cancillería latina. Y mucho más importante: la Iglesia con la que no dejan de estrechar sus lazos es una iglesia latina que tiene su sede en Roma, que ha adoptado el latín como lengua oficial y que, abandonada por el emperador de Constantinopla, busca en Occidente al protector laico cuyo precio le reveló Constantino; lo encuentra entre los francos y acude a su país a sellar la alianza del papa y del rey su soldado. El propio Esteban II, en San Dionisio, unge a Pipino, el primero de los soberanos por la gracia de Dios. Cuarenta y seis años más tarde, al colocar una corona imperial sobre la cabeza del rey Carlos, León III funda en el nombre de Dios un imperio sin orígenes laicos. Como no sale de las entrañas de una nación, se confunde con la comunidad de los fieles; por encima de diez fronteras abolidas enmarca su vida temporal, tal como la Santa Sede pretende organizar lo espiritual.

Ahora bien, cuando este Winfried, que recibirá de Roma el nombre de Bonifacio, cuando este inglés formalista que crece dentro del desprecio de los ingleses por las irregularidades y el respeto metódico de las normas; cuando, consumido por los escrúpulos, atormentado por las dificultades, pero vehemente en su culto del canon y de las observancias estrictas, este extranjero procedente de allende el mar trae a la tierra de los carolingios la tradición de la iglesia de Inglaterra y retoma, para continuarla, la obra del obispo de Frisia, su actividad calculadora no apunta a Sajonia; no apunta a la gran meseta del norte de magras culturas, de grandes bosques, que se obstinaba en sus lealtades y cubría con su bulevar pagano, cien veces atacado fe-

rozmente, siempre en pie, ese extremo norte y ese extremo oriente de Europa, donde por tanto tiempo escandinavos, wendes, lituanos, fineses desafiaban a los misioneros cristianos; toda su actividad la despliega en Turingia, Hesse, Alémanie, Baviera. Porque ya hace largo tiempo que extraños sacerdotes, singulares obispos han ganado allí conversos todavía más extraños, más singulares: todo un pueblo de irregulares dados al nomadismo, impostores, esclavos tonsurados por ellos mismos. Y que predicaban una religión llena de errores y supersticiones a comedores de carnes sospechosas, que mezclaban en su cabeza las tradiciones del panteón germánico con las revelaciones deformadas de Cristo.

Organizar, coordinar, regularizar esta obra de misioneros no todos irreprochables –muchos lo fueron, sin embargo, entre ellos los que, de Luxeuil, más tarde de Bregenz, un santo, Colombano, otro santo, Gall, su discípulo, sin cesar enviaron a Suabia, Turingia o el Danubio– pero sí indiferentes a la jerarquía y que no se apoyaban en un episcopado regular. Reprimir las desviaciones y las fantasías de esos celtas de Irlanda que horrorizaban a los anglosajones; sustituir a cristianos esporádicos y practicantes de una ortodoxia sospechosa por cristianos rígidos y seguros de su doctrina en todos los detalles, sólidamente constituidos en pirámide: los fieles en la base, luego los sacerdotes y el obispo; en la punta, representando al Vicario de Dios, fuente de todo orden y de toda disciplina, el Legado. Ésta fue la obra de Winfried, convertido en Bonifacio, apoyado en Roma a la que sirve, en el Rin que le sirve.

Obra religiosa, sin duda. Gracias a esos obispos fieles a la tradición de Bonifacio, y de los que no se debe pensar que estaban sepultados bajo las salmodias: en quince años, de 886 a 901, diez de ellos caen frente a los normandos en el campo de batalla –gracias a estos obispos conductores de pueblos y preocupados por el siglo, el cristianismo no deja de implantarse fuertemente en las almas; el cristianismo, que no sólo es un "gran establecimiento" sino un poderoso esfuerzo para transformar a los hombres y transmutar los valores. El cristianismo con su moral de fraternidad y de bondad, su enseñanza directa despojada de pedantería: sano, viril, apto para conquistar un mundo y sabiendo guardar bajo formas depuradas, la eficaz virtud de las tradiciones populares.

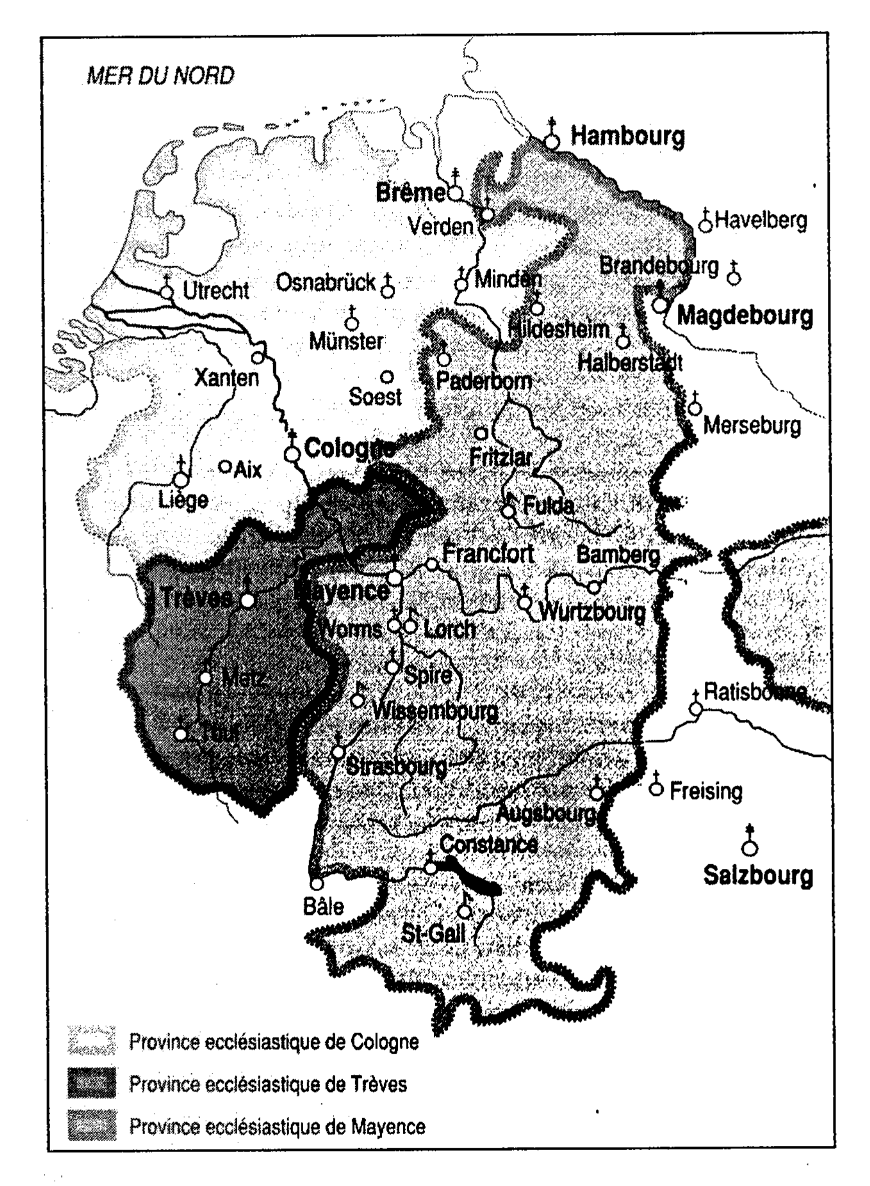
Aquí, a lo largo del Rin repoblado de hombres violentos con instintos desordenados, más necesaria todavía y más bienhechora que bajo cielos menos rudos, la acción de una religión que pregonaba ante todo el esfuerzo sobre sí mismo y contra sí mismo era mucho más apta para transformar a seres que, primero, tenían necesidad de aprender a descubrirse y poseerse. Ciertamente, no se puede adjudicar solamente a los obispos, ni siquiera en primer lugar, el mérito de una predicación por la palabra y, más aún, por el ejemplo, que hay que dejar a los abates, a los religiosos de los grandes monasterios de la primera época: Wissembourg, Lorsch, Seligenstadt, Fulda, Amôneburg y veinte más. No es menos cierto que la conquista espiritual se organizó gracias a los obispos militantes. Una conquista hermana de la conquista temporal, que procedió, como ésta, por pasos sucesivos: de un río tomado como base a otro río; de una serie de ciudades fluviales a otra.

Línea del Rin, línea de base probada, abundante en recursos, abierta en todos los flancos hacia las tierras de afuera. En primer lugar antes que el Elba, el Saale, el Elster. Ocupada más tarde, la línea del Dniéper. Más allá sueña, lejano, el Vístula –esperando al Dniéper. Sobre estas largas cintas de agua, una serie de ciudades: otros tantos puentes entre dos mundos, el de ayer y el de mañana; una puerta de entrada y por ahí, adentrándose en la plaza, la contribución entera de las antiguas civilizaciones; una puerta de salida, que da a las tierras nuevas –y de ahí, en los dominios por obtener, el derroche de riquezas capitalizadas, de fuerzas almacenadas: metrópolis religiosas, plazas de armas, campos de feria, etapas de comercio y de navegación, acá Merseburgo, después Leipzig; Magdeburgo y Hamburgo; Breslau y Danzig; más tarde Riga y Kiev. Otras tantas postas; en cada una se marca un tiempo de parada en la progresión; pero siempre, reglamentando de lejos y en conjunto el movimiento, llevando a los peones en un tablero cada vez más extenso, las ciudades renanas siguen siendo los centros de impulso, tal como los prelados renanos siguen siendo, sin desfallecer, los animadores del gran río cargado y recargado de energías nuevas. Gracias a Bonifacio y a sus émulos, el Rin, convertido en papal y romano, en el sentido cristiano de la palabra, retoma vigor y su nombre resuena de nuevo con orgullo en boca de los hombres. Es una obra eclesiástica y religiosa, sí. Pero más aún política. Da origen a Alemania. Una Alemania que ingenuamente nos obstinamos en creer "donada", mientras que fue forjada y fabricada en todas sus pie-

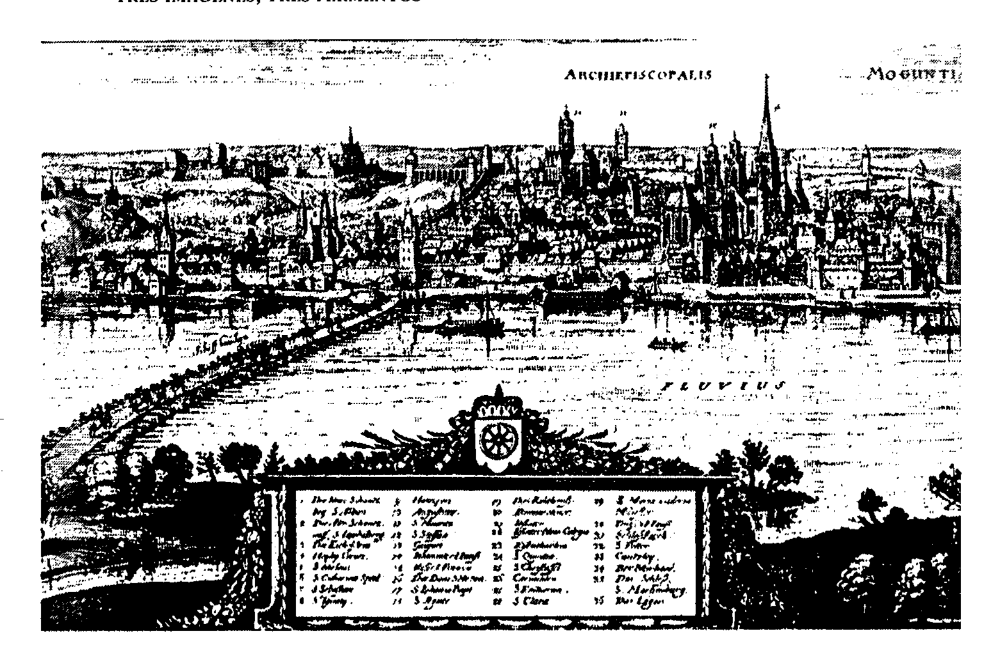
zas, penosamente, de oeste a este –desde el Rin hacia el Elba y el Oder. ¿Sus mandos? Tanto, si no más, que los ducados nacionales y las provincias eclesiásticas gobiernan por encima de las divisiones locales, la oposición de grupos, los conflictos tribales.

Hagamos a un lado la provincia de Tréveris, que se extiende a lo largo del Mosela y del Lahn, que la prolonga más allá de Wetzlar, y que comunica, por cierto, a Coblenza con las aguas del gran río de Occidente. Pero tenemos aquí, al norte, la provincia de Colonia; de ella son las tierras bajas: las bocas del Escalda, del Mosa, del Rin, planicie alemana que llega más allá del Elms y de las turberas de Bourtange; suyas son también Minden, Osnabrück, Munster, Lippe, el Ruhr e igualmente, del otro lado del Rin, las tierras mosanas predilectas de los carolingios: Tongres, Lieja, Aquisgrán. Y tenemos aquí, sobre todo, el verdadero corazón de Alemania, la provincia de Maguncia, aquella de la carta del papa a Bonifacio, donde lo nombra arzobispo y fija su sede en Maguncia, poniendo bajo sus órdenes no sólo las cinco diócesis de Utrecht, Tongres, Colonia, Worms y Espira, sino también "todas las naciones de la Germania a las que Su Fraternidad hará conocer por la palabra la Iglesia de Cristo" –indicando un futuro lleno de gloria y de esfuerzos. Sobre una vasta tierra poblada de hombres, algunos ya cristianizados, otros todavía paganos, lanzaba una armadura a la romana, una red de diócesis comparable a la red de *civitates*, pero extensible en el futuro. Transfería el nombre de Germania de informes y vocabularios geográficos secretos a la lengua administrativa de Roma y de la Iglesia. Mucho antes que una Alemania política fuera fundada, ella fundaba, si se quiere, una Alemania eclesiástica, con un jefe y una capital: Maguncia, cuya metrópolis parecía reunir anticipadamente a toda la tierra alemana dentro de un marco cristiano. Para la Iglesia y para Roma: pero Alemania seguiría; habría de instalar a lo más vivo de ella en el inmenso marco de una provincia maguntina que bordeaba el Elba hacia el este, de Hamburgo a Magdeburgo; englobando hasta 1344 el cuadrilátero de Bohemia; cubriendo en su totalidad las comarcas del Main y del Neckar; atravesando el Danubio hacia el sur, en dirección de Augsburgo, y yendo por Coira a alcanzar los Alpes, en los orígenes mismos del Rin.

El Rin. ¿Es del Rin de lo que hablamos ahora? Rebasado, desbordado por el este, no pone fin hacia el oeste a una Alemania inmuta-



Las grandes provincias eclesiásticas renanas a principios del siglo XI



Maguncia a mediados del siglo XVII
(En primer plano, el castillo, el puente de barcos, la barcaza sobre el Rin;

blemente asentada entre el Rin y el Oder. Es una base. El punto de partida de una reconquista de gran envergadura. La plaza de armas de aquellos que crean a Alemania partiendo del Rin, en dirección al este... Este circuito, del que hablamos antes, de los francos que abandonaron Alemania del norte, que tomaron vigor y poderío expansivo en Galia y luego partieron de nuevo para reconquistar la tierra ancestral y, allende el Rin, forjar otra vez una Francia de Oriente: este circuito simbólico no es obra exclusivamente de los francos. Nos enseña simplemente, con perfecta nitidez, de qué manera se construyó una Alemania nueva a partir del Rin. Desde el Rin y por el Rin: por las metrópolis cristianas de Renania; por el catolicismo renano, estrechamente ligado a Roma y sobre el que se alargan, hasta los orígenes, las sombras divergentes de las Siete Colinas augustas.

Sin embargo, de esto podía desprenderse un peligro, y efectivamente fue así. Peligro para la Iglesia, peligro para el Rin. A medida que los jefes guerreros o religiosos, allá, siempre más hacia el este, pero ahora antes del Elba y el Saale, forjaban duramente un mundo alemán, creaban sobre el Saale y el Elba nuevos puntos de apoyo y hacían de Magdeburgo una Maguncia del Elba. A medida que, en el furor de luchas sin tregua, se dejaban llevar a violencias salvajes que volvían odioso para los eslavos aun el cristianismo de los adversarios –un cristianismo guerrero cubierto con casco, demasiado interesado en los beneficios, los tributos y las exacciones y de ningún modo en una fraternidad que los actos desmentían sin cesar, nacía el peligro, el enorme peligro de que los conquistadores, encarnizados en la lucha, no se apartaran a la vez de todo lo que representaban los grandes prelados del Rin, herederos de una poderosa tradición: las tendencias romanas, las lecciones carolingias.

Se lo vio claramente cuando, al día siguiente de la muerte del último de los carolingios alemanes, Luis el Niño (911) –los dinastas sajones: Enrique el Pajarero y luego, sobre todo, su hijo Otón I (963-973), tomando un poder que los franconios no habían sabido conservar, comenzaron a agrupar de nuevo los ducados alemanes bajo su autoridad; a rechazar a los eslavos que se habían vuelto desafiantes, a detener la amenaza húngara y, en un tiempo donde por todas partes asomaba, crecía, se organizaba fuertemente el feudalismo –sacar partido del retraso político de Alemania, siempre precedida en sus evoluciones por los países situados más al oeste o más al sur. Tomar ventaja sobre los barones todavía débiles era una tarea menos pesada que esta otra: reducir a esos turbulentos poseedores de castillos que, durante tanto tiempo (hasta el reinado de Luis VI, en los umbrales del siglo XII) paralizando a los reyes de París los dejaron mal armados frente a los germanos...

Así pues son los sajones, ese Enrique el Pajarero, ese Otón I, quienes, solos en la jurisdicción de la antigua Germania, llevan ahora el título real. De los sajones que, ante todo, pretenden prescindir de la Iglesia y del Rin. Cuando Enrique, duque de Sajonia, es proclamado rey de los sajones y de los francos –uno de sus primeros gestos es rechazar la unción que el arzobispo de Maguncia había dado a sus predecesores. Y la tarea a la que se dedica sobre todo es crear, lejos del Rin, fortalezas en Sajonia y en Turingia: Goslar, Nordhausen, Quedlinburg, en las pendientes del Harz, o Merseburgo colonizado por

bandidos. Su hijo, su sucesor Otón, tampoco se convirtió de pronto en el más poderoso de los reyes de su época. Fueron necesarias varias cosas, ante todo que él volviera al Rin y que el Rin, al adoptarlo, hiciera de un rey local que presidía una federación de duques de tradiciones étnicas –el sajón, el franconio, el suabo, el bávaro, sin hablar del lorenés–, un monarca prestigioso y de renombre católico. El Rin de Maguncia y de su arzobispo; el Rin que se sublevó dos veces contra Otón –y los combates se libraron en Xanten, en Chèvremont y en Brisach. Durante mucho tiempo la oposición permaneció en armas; los desórdenes se repetían a pesar de las invasiones furiosas de los húngaros, los peligros del exterior, las amenazas extranjeras: el espíritu renano de oposición y de resistencia en el Este, el viejo espíritu occidental y meridional del Rin se afirmaba en conspiraciones, en revueltas desembozadas, en combinaciones efímeras, oscuras, pero tenaces...

Al fin Otón comprendió. Su padre había rechazado la unción del maguntino. Él ya se había hecho ungir en Aquisgrán. Hacía falta más para ganarse a los prelados, desarmar las resistencias, rencarnar su poder en tierra renana. Otón encontró un guía: su hermano Bruno, educado en los monasterios renanos, formado en las tradiciones combinadas de Roma y de Carlomagno. Por otra parte, sufrió la influencia italiana de su segunda mujer, Adelaida. Emplear a Colonia para combatir a Maguncia explotando su eterna rivalidad era un trámite sencillo. Seguir la hábil política matrimonial que, precisamente, estaba en vías de asegurar su poder; confiar las sedes renanas a hombres seguros –Colonia a su hermano Bruno o Maguncia a su hijo natural Guillermo; a Bruno, cabeza de la provincia eclesiástica de Colonia, concederle también el ducado de Lorena. Ante los resultados, Otón ya no titubeó. Avaro al comienzo, se transforma en pródigo, y cubre las iglesias de donaciones y de inmunidades. Convierte a sus obispos, sus arzobispos, en condes y duques, les otorga poderes de justicia en las ciudades, derechos de proclama, de aduana, de moneda. Colma a los renanos, los obispos de Worms y de Estrasburgo, al arzobispo de Tréveris tanto como al de Colonia y al de Maguncia. Vencedor de los húngaros, protector de la Iglesia y de Cristo ante los bárbaros, árbitro de los destinos de toda la antigua Francie –es como si un rayo perdido de la gloria carolingia buscara su frente para posarse en ella...

Los primeros en verlo fueron, naturalmente, los obispos, los miembros del cuerpo cristiano de espíritu romano, de cultura latina, todavía llenos de recuerdos del gran emperador. En 962, el 2 de febrero, en Roma mientras que, como buen sajón desconfiaba a pesar de todo de las astucias itálicas, Otón recomendaba a uno de sus fieles que tuviera la espada fuera de la vaina mientras él estuviera arrodillado y el papa Juan XII lo hacía emperador. Y ese papa débil –sin duda firmaba así una confesión de debilidad–, se convertía en el instrumento de un hombre y de una política. Poco importa: un gran hecho histórico se creaba en Roma: pero era sobre el Rin donde había nacido.

Singular poderío de las tradiciones. En una Europa salida de la descomposición del imperio carolingio, hecha de ruinas reutilizadas del edificio ruinoso del 800, nacía un nuevo Carlomagno. Un emperador "romano" en un mundo que se había construido en parte contra Roma, como reacción, y que tal vez habría podido configurar una república cristiana federativa, pero jamás una formación unitaria. Un emperador surgía de los limbos históricos, pero no tenía imperio; sus poderes reales los tenía de la realeza; no era poderoso porque era emperador sino emperador por ser poderoso. Bastante para deshacer y hacer el papa; sin embargo el papa lo hacía, lo consagraba en Roma, le otorgaba una aureola católica y romana. Así se desprendía una vez más de las aguas rápidas del gran río de Occidente ese mito político que, durante siglos, debía flotar sobre Europa. El astro de la Roma imperial estaba hacía tiempo bajo el horizonte y he ahí que, al llamado de los prelados renanos, sus últimos fuegos adornaban con destellos esa nube de contornos movedizos: el imperio otoniano, que mereció por adelantado el título del siglo XV: Sacro, Romano y de nación germánica. El Rin, de papal, ¿se hacía o se rehacía imperial? No. Permanecía imperial y papal: imperial porque papal...

Visibles y tangibles, siguieron las consecuencias. De los territorios alemanes sobre los que dominaba el prestigio de un Otón, la coronación de 962 hacía una potencia cristiana. Y que de nuevo llevaba su centro de gravedad allí donde, precisamente, podían unirse mejor el espíritu del Oeste y el del Este –el del viejo germanismo tantas veces recompuesto, siempre rudo, indócil, todavía susceptible de muchos perfeccionamientos. En seguida, un renacimiento de las artes y de las letras. Bruno levanta en Colonia la basílica de San Pantaleón, que precede una admirable falange de basílicas romanas, verdadera gloria de la "Colonia" del Rin: tan conmovedoras que el ejército de restaura-



La bella iglesia de los Santos Apóstoles en Colonia, a fines de los años veinte: ábside y transepto (siglo XII)

dores, con su gramática y su revoque, no ha podido quitarles su recogido encanto, su aspecto desconcertante de edificios grecorrenanos, la elegancia grácil de las guardas lombardas que corren a lo largo de los ábsides armoniosos –mientras que en las criptas duermen pesadamente las emperatrices hieráticas y doradas, llegadas de Bizancio para reinar sobre el Rin. Pero Bruno no está solo y Colonia tiene hermanas; aunque el arte no es todo –y entonces, en la Alemania otónica, tiene lugar un Renacimiento clásico, italiano y oriental a la vez que, volviendo a cargar las ciudades renanas de energías fecundas, conjuga sus efectos con los de una activa reanudación comercial, un tránsito continuo de artículos bizantinos por Passau, Lorch, Ratisbona hasta Hamburgo y Bremen; o de mercancías de Italia por Augsbourg y el Lech hasta Colonia y las orillas frisonas.

Obra grande, muy grande, ya se trate de política o de civilización. Nacida del Rin, guardián de las tradiciones y lazo de unión de los pueblos; nacida de su vigor creador siempre nuevo, sí –pero también de su orientación, de todo lo que explica que, haciendo una Alemania, en el momento mismo en que la hace, parece desviar la actividad hacia fines no alemanes en el sentido estricto de la palabra– en el sentido en que una historia reciente lo obliga a darle. ¿No lo desvía Otón de la lucha en el este, de la obra de extensión del germanismo haciendo retroceder poco a poco al eslavismo? ¿No lo lanza, haciendo centellear ante sus ojos un ideal espléndido, hacia el mediodía, Italia, los espejismos romanos y los vapores de Oriente? Genio del Rin, genio europeo: como tal se afirma en las horas en que su intervención en los asuntos de Alemania es la más eficaz y la más precisa. ¿Una frontera? Es necesario que nos hagamos la pregunta cien veces –puesto que ésa es, justamente, "la pregunta" y que años de combate la han planteado obsesivamente a los grandes espíritus, a los grandes pueblos. Una frontera, no: una base.

Pero toda base vive de intercambios. Para dar, es necesario recibir. Para conquistar, organizar, fecundar un *Vorland* (tierra extranjera) hay que disponer de un *Hinterland* (una retaguardia poderosa). El Rin no se resigna a ser sólo un límite, algo retrasado, relegado a un extremo: un borde, una orilla empobrecida. Al contacto de diversas civilizaciones quiere ser un crisol. Los guijarros de cuarzo que le aportan el oro no se encuentran en el lugar, *in situ*. Se trata de los viajeros. Para que el crisol renano prospere hacen falta minerales de todas partes...

El Rin hace y deshace. Crea el Sacro Imperio y para sostenerlo le da la Iglesia otónica, avasallada, servicial, entorpecida. Y al mismo tiempo es él, a fines del siglo X, quien lanza a través de las Alemanias esa reforma cluniacense de espíritu totalmente místico –pero que trae con ella la ruina de la Iglesia otónica, sometiendo lo espiritual a lo temporal. Rin político, Rin místico; Rin de los obispos poderosos según el siglo y de monjes poderosos según el espíritu; Rin de Bonifa-



Worms y sus alrededores en el siglo XVI
(Cosmografía de Munster)

cio y de su formalismo minucioso, de su mosaísmo legalista revisado por Roma. Pero es en Worms un día, en Worms sobre el Rin donde, contra el ritualismo agostador, el monje Lutero lanzará un grito lleno de resonancias. Rin al servicio de una Alemania grande: ha contribuido a fundarla, a ligarla, a hacerla vivir espiritualmente más que nin-

guna potencia histórica. Pero, a pesar de todo, en todas las épocas, Rin fraternal y acogedor, jamás hostil ni limitado. Y por eso aún totalmente alemán, aun si prodiga sus sonrisas fuera de Alemania, totalmente alemán precisamente en la medida en que Alemania gustaba de autodefinirse: el "devenir" en busca de horizontes cambiantes antes que el "ser" amurallado en su clara conciencia.

Tres influencias: la romana, la germánica y otra vez la romana, pero en el sentido rencarnado de la palabra: digamos, la cristiana y la eclesiástica. Tres influencias o más bien tres fermentos: Roma, el germanismo, la Iglesia. Se han necesitado siglos para que, uno después del otro, encontraran su tierra en las riberas del río. Tres, cifra modesta después de todo. Pero no creamos que esos fermentos nos son dados puros por la historia. En cuanto ella los aferra, son adulterados, listos para todas las mezclas, y tanto más eficaces, activos y temibles.

Durante siglos Roma es el sentido, la necesidad de esas formas constructivas que por sí solas dan dignidad y orientación a las masas confusas de los agrupamientos animales. También durante siglos Roma es un parentesco sentido con todas las comarcas romanizadas de Occidente y del Mediodía: un orgullo de orígenes augustos y prestigiosos; una inclinación –instintiva y sentimental más que intelectual– hacia la tierra romana por excelencia: Italia, la de los cipreses flamígeros de sol entrojado, de los frutos vestidos con ropas esplendentes y estallando de sabor en su madurez.

El germanismo: una comunidad pujante de sangre y de costumbres, una solidaridad de instintos más que de intereses; una lengua vehículo de un sistema de ideas, instrumento de un sistema particular de intercambios por el que afirman, a pesar de las fronteras movedizas y de las vicisitudes azarosas de la historia, mil afinidades permanentes de corazón, de espíritu y de razonamiento. El germanismo: una civilización autónoma sino original; rica por su fondo y sus antecedentes, enriquecida por préstamos y participaciones. Una manera de ser, de entender y de actuar. Al mismo tiempo que un gusto innato por los valores masivos, el ascendiente de individuos –profetas, místicos, filósofos, especuladores– en los que millones de hombres encuentran y aclaman las aspiraciones confusas de su naturaleza. Un ideal que planea en esos cielos renanos poblados de claridad difusa que un Van Goyen ha pintado para los siglos futuros.

En fin, el cristianismo y la Iglesia romana. Fuerzas dobles, de disolución y de reconstrucción. Porque, después de contribuir a arruinar el imperio romano, minar su régimen fundado sobre la preponderancia de las elites, proclamar la igualdad absoluta de las conciencias, he aquí que intentan volver a forjar, con los restos de esa máquina rota, cuadros sólidos que abriguen su fortuna. Eterna tendencia de la Iglesia, esforzándose por recrear sociedades ecuménicas, imperios religiosos si se quiere, indiferentes a las fronteras, deseosos únicamente de cultura moral y tutela eclesiástica. Eterna tendencia del Rin, que sin duda trabaja para Alemania, pero de afuera, para el afuera: para una Alemania mejor mezclada con aquéllos, italianos o franceses, cuyos contactos con el Mediodía son estrechos; y por eso mismo más apta para aprovechar los gérmenes que han vertido en el Mediterráneo, esta matriz común del viejo mundo, las generosas comarcas de Asia y África, venidas a comulgar con la antigua Europa.



3. DE URBES A NACIONES

I. LAS CIUDADES DEL RIN

A fines de julio de 1842, al regreso de un rápido viaje por Alemania, esa Alemania que –decía Jules Michelet unos años antes a sus alumnos de la Escuela Normal– "era pura ingenuidad, poesía y metafísica"; en un mes –escribió– "recorrí un pedazo de Alemania; visité todas sus zonas de tensión del sudoeste". Bella frase, expresiva y justa. Nosotros, que de la historia total del Rin tampoco podemos más que "recorrer un pedazo", tocaremos las tensiones que recorren el río al menos con paso deliberado, en sus puntos de contacto decisivos: las ciudades.

Ciudades del Rin: romanas, germánicas y cristianas a la vez. De ahí que constituyan vivos resúmenes de ese pasado cargado de una gran labor que pretendemos reunir en unas páginas rápidas. ¿Romanas? Fue la declaración del visionario cuando, en Maguncia, en su diario de viaje, anotaba: "El Rin, río romano; río del mundo tanto y más que río alemán; aun los monumentos góticos construidos sobre subestructuras romanas, los castillos sobre *castra*, las iglesias y conventos sobre antiguos templos". Piadosamente, el autor de la *Histoire romaine* visitó la torre de Druso en la ciudadela, el acueducto romano de Königsbrunn, las tumbas militares de las legiones, las "avanzadas del mundo civilizado"... Dos días, y contemplando en Tréveris la Puerta Negra, imaginaba al "prefecto de las Galias, con su toga blanca y roja, sesionando delante de este monumento triunfal y haciendo comparecer a las naciones". Maguncia, Tréveris; pero si sus pasos llevaron a Michelet a Basilea, a Estrasburgo, o bien a Colonia, Nimega, Leiden: por doquier, desde el fondo de la tierra tantas veces removida por ellos, sintió surgir, aún vivo, el espíritu de los constructores de puentes, de los creadores de ciudades.

¿Ciudades germánicas? Sin duda. Germánicas, no alemanas en nuestro concepto de hoy. Porque Basilea, a través de la cual –tantos textos del siglo XIII nos lo repiten– el emperador controla los países renanos, Basilea, desde temprano, separa su destino de los destinos imperiales. Y Estrasburgo desde el siglo XVII bebió otros brebajes que

no eran el agua del Rin alemán. Y Nimega, con sus techos de un rojo oscuro coronados de hermosos árboles, con calles que desembocaban en un puerto lleno de barcos azules, anaranjados o color rojo vivo, grita suficientemente alto que es holandesa: pero está el fondo que constituyen, pese a enormes diferencias históricas o culturales, tantos hábitos similares; están los usos, las costumbres, el folclore, cien tradiciones hermanas –y esas actitudes espontáneas tan emparentadas que por momentos, de Constanza a Leiden, las ideas circularán con la velocidad del huracán en el corredor del río; las ideas, y más aún los sentimientos, las pasiones, a veces las consignas: imaginemos los sobresaltos de las toscas campesinas que llevaban por encima de su enmarañada cabeza, al viejo grito de *Bundschuh*, el burdo zapatón claveteado de los desmenuzadores de terrones, emblema secular de las revueltas por las tierras; pensemos en las herejías de burgueses y artesanos, surgidas una y otra vez de la fuente inagotable del panteísmo popular, las comarcas renanas en su totalidad: todo ello, conectado por lenguas muy diferentes, con relaciones mutuas y a veces complicadas (las del neerlandés, en sus diversos aspectos, con el alemán, no son especialmente fáciles de esclarecer): germánicas, sin embargo, y mucho más alejadas las unas de las otras, naturalmente, que cada una del valón o del francés de Francia...

Por último, ¿eran cristianas estas ciudades? Sí, en la medida en que el cristianismo las recreó al día siguiente de los desastres, del desmoronamiento, de las anarquías sanguinarias, y les dio una vez más, con ese punto de apoyo material el *Palatium* episcopal –un centro moral no menos robusto, un sitio común de espiritualidad y de esperanza. Cristianas, estas ciudades de suntuosas y secretas basílicas romanas, de orgullosas y altaneras naves góticas, de célebres peregrinaciones en toda Europa; cristianas estas ciudades de monasterios, albergues de ardores y éxtasis que sin cesar engendraban ejércitos de predicadores de ojos ardientes; cristianas, en fin, estas capitales de obispos, de arzobispos regidos por prelados cuyas fuertes cabezas políticas manifiestan todavía en las tumbas dos sentimientos desigualmente mezclados: de poder, después de sumisión y, ahí donde predomina esta última, el orgullo de abandonarse a ella y de obedecer mandando. Sí, urbes cristianas, y germánicas, y romanas. Pero ante todo, más que todo, ciudades del Rin.

Es él, el poderoso río cuya trayectoria corre de los Alpes al mar, es él que crea entre ellas la solidaridad, si no la más estrecha, cuando menos la más directa y la más visible. Del gran codo de Basilea al hermoso recodo de Dordrecht, entre las montañas, en pleno corazón de las planicies, es una calle recta que se alarga –una calle donde, ociosos o apremiados, abrumados por las preocupaciones o libres de espíritu, desfilan incesantemente comerciantes y militares, viajeros y estudiantes, la marea abigarrada de los usuarios del Rin.

No hay procesión que no tenga sus estaciones. Aquí, son las ciudades las que señalan el fin y el inicio de las etapas –las ciudades donde todos descienden del barco o de la diligencia: los peregrinos para sus devociones; los comerciantes para los peajes y las ferias; los demás para sus placeres o sus curiosidades. Existe entre todas un gran aire de parentesco. Hay matices sin duda entre unas y otras –y, si tomamos los extremos, muy notables. El cielo de Basilea no es el que los holandeses pintarán en Dordrecht –plateado si lo firma Van de Velde, gris aéreo difuminado de bruma si el artista se llama Van Goyen. Bravo y agitado, arrastrando en sus crecidas los pinos del Birsa, el Rin que corre como una flecha bajo los puentes de Basilea no es tampoco aquel cuyo espejo dora Albert Cuyp con un reflejo de Italia, o que atento y grave, Salomon Ruysdael distribuye bajo la bóveda de un cielo bien construido. Pero de la ciudad de Holbein y de Böcklin a las de Erasmo y de Adriano VI, pasando por las intermediarias, ¡cuántas similitudes, eficaces y sensibles!

Hoy mismo, después de tantas transformaciones, crecimientos y regularizaciones, helas aquí a todas, ocupando una sola orilla (Basilea es la única que atraviesa un río todavía bastante fácil de dominar, y sabe mantenerlo cautivo entre dos hileras de casas); helas aquí, levantando a lo largo del Rin un alto dique de edificios modernos, hoteles y casinos sobrecargados de letreros, edificios públicos embanderados y cubriendo con sus ostentosas fachadas la *Hochstrasse*, la larga calle o la primera de las dos largas calles donde los eruditos, examinando viejos planos, reconocen los trazos predilectos de los campos romanos. Ahí, de los dos lados de la estela borrascosa, encontramos en pleno la exposición, siempre tan divertida, de las fachadas de los viejos tiempos –verdaderas casas renanas de la verdadera ciudad: las de los siglos XV y XVI con sus paneles de madera pintados o esculpidos, sus techos irregulares, las ventanas con vidrios de los pisos voladizos y sus pinturas costumbristas del siglo XVIII, en piedra con la mayor frecuen-



El bello Rin de Dordrecht, pintado por Jan van Goyen
(Museo Rijks, Amsterdam)

cia, exhibiendo ingenuamente la simplicidad rústica, sabrosa en su torpeza, de un Luis XV o de un Luis XVI "aflamencado", "alamanizado" o bien convertido en rococó pueril, a la manera de una cómoda holandesa y de un arcón coloniense. Y adentro, indefinible, un olor de Rin transportado en las calles barridas por un viento un poco húmedo y picante; un olor que, en la atmósfera empañada, a la caída de la tarde, sube del suelo impregnado o se exhala de los estrechos corredores –para hacer soñar con barcas y buscar en las ventanas, instintivamente, los suéteres de los barqueros secándose al sol...

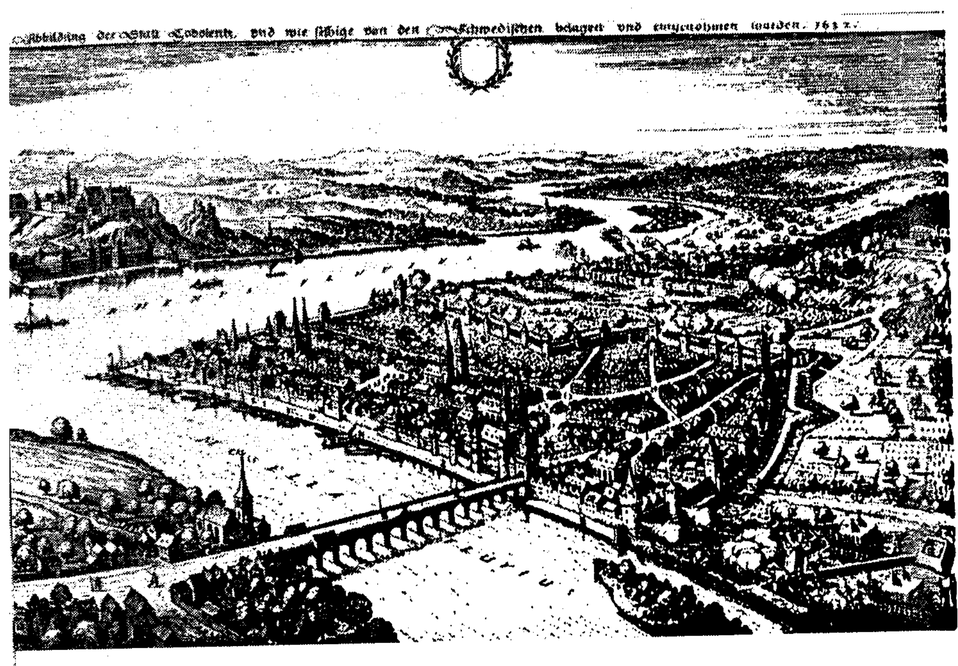
Visiones desde afuera. Pero si, yendo más lejos, el historiador penetra en el pasado de la ciudad, en su historia, en su estructura social,

entonces las similitudes aparecen; los mismos hechos se producen con regularidad durante los mismos decenios; es un ritmo que, aguas arriba o aguas abajo, acuna a las ciudades hijas del Rin, que viven de su vida.

Desde fines del siglo X, a veces antes incluso, avanzando decididamente sobre las comarcas situadas más allá del límite romano, ¿podemos decir que renacieron o que en realidad nacieron?

Es verdad que ni Basilea ni Estrasburgo ni Maguncia ni Coblenza, Colonia o Utrecht habían muerto totalmente, las antiguas ciudades se enorgullecían de sus edificaciones romanas, de sus nombres seculares, de las monedas de los Césares extraídas con cada golpe de pico de su venerable suelo. Apresuradamente dotadas de tumbas y de ruinas, sostenidas por grandes edificios utilizados con fines imprevistos, sus murallas marcaban siempre su emplazamiento en los puntos que los generales romanos sabían distinguir de un vistazo. Puntos de paso, *trajecta* sobre el Mosa y el Rin: el *inferius*, o sea Utrecht, y el *superius*, o sea Maastricht; confluentes de vías fluviales y puntos de relevo de flotillas: Coblenza, cabeza de línea de los mosanos; Maguncia, punto donde los barcos trasbordaban la carga, donde las tripulaciones desembarcaban para reembarcarse y rehacer el mismo trayecto en sentido inverso; cruceros, en fin, cruces de caminos semifluviales, semiterrestres: Estrasburgo por sobre todas, secularmente asentada frente a un cauce fluvial donde, por excepción, apaciguándose momentáneamente las aguas turbulentas, se forma un brazo único; lugar de elección para una ciudad de dos caras, un Jano alsaciano que vuelve uno de sus rostros hacia Saverne y su puerto de paso, y el otro hacia el Kinzig y las tierras suabias. En ocasiones el paraje resulta más complicado: como el de Colonia, donde el Rin se dividía en dos brazos: uno, al este, drenando la masa principal de las aguas; el otro, al oeste, más estrecho y tranquilo, ofreciendo a los barcos un refugio ideal; entre los dos, una isla, que acaba conectándose con la orilla; pero su obra estaba terminada, dado que había contribuido a establecer en ese lugar, en una ribera por lo demás más elevada que las de río arriba o río abajo, el haz de carreteras que corren al pie del macizo esquistoso.

Pero aun cuando conservaron su población; aun cuando, como lo mostró Henri Pirenne, vieron el despliegue, a fines del siglo VIII y du-



Coblenza durante el sitio de 1632

rante el IX, de la actividad comercial de esos marinos y barqueros frisones instalados en el delta del Escalda, del Mosa y del Rin, y que gozaban de relaciones fáciles con Inglaterra y Escandinavia, ¿eran en verdad ciudades, esas urbes donde entrevemos, pese a las tremendas lagunas de los textos, al obispo parapetado en su *Palatium*, junto a su catedral y a los monasterios, vigilando a sus clérigos y sus escuelas: a su lado, las casas de las *milites castrenses*, velando por el bienestar común –y las de la *familia* episcopal, clérigos, artesanos ocupados en cocer el pan, curtir las pieles, preparar el pergamino, construir muros y casas, levantar viguerías y forjar cerraduras? Ciudades no: recintos listos para recibir en caso de alerta a la gente de las llanuras, sus animales y sus familias; centros de explotación también, en los que el obispo tenía, bien a resguardo, sus despensas, sus bodegas y sus graneros colindantes. La ciudad, nuestra ciudad, no surge de ahí. O más exactamente, para que hubiera ciudad fue necesario que a la secular

adaraja, a la *civitas*, núcleo resistente pero esclerosado, viniera a agregarse un elemento nuevo: una *urbs nova*, una *urbs exterior*, como dicen en Estrasburgo, todavía un suburbio (los nombres varían), *novus burgus*, *foris burgus*, *portus*; en Utrecht se dirá *Stalle*, palabra nueva para una cosa nueva. ¿Hecha por quién, con qué fin? Para el tráfico, por el comerciante, *mercator*, cuyo nombre designa a la vez al revendedor y al artesano que despacha solo, en el borde de sus ventanas, *super fenestras*, el producto que fabrica; también por irregulares, apasionados de la empresa y decididos a ganarse una vida, a conquistar un lugar al sol del Rin...

Colonia en el siglo IX, en el siglo X: entre el cuadrilátero de las murallas romanas y el Rin, un espacio casi vacío, en la vecindad del río hecho para tentar a los comerciantes. Ahí se establece la mayoría –al punto que, desde fines del siglo X, dos terraplenes que prolongan las murallas romanas hasta la orilla unen estrechamente la ciudad vieja con la nueva. Y es desde el *faubourg*, núcleo de cristalización, desde donde se propaga progresivamente la vida en el antiguo recinto, deshabitado en sus tres cuartas partes. Es desde el Rin, fuente de riqueza, de vida, de actividad libre, desde donde refluye hacia la ciudad en ruinas una prosperidad que la reanima por entero; a tal grado y tan bien, que el cuadrilátero romano pronto resulta demasiado estrecho, que las casas desbordan su perímetro, que en 1106 nuevos trabajos de protección hacen surgir del suelo el cementerio romano cuyas osamentas se convierten en las de las Once mil vírgenes; que en 1180, en fin, de la Bayenturm a la Kunibesturm por la Puerta de San Severino, la Puerta de Hahnen y la Puerta de Eigelstein, un recinto alargado (el segundo desde fines del siglo X), engloba dentro de su vasto circuito todos los núcleos de aglomeración. Colonia, nuestra Colonia, la verdadera Colonia había nacido. Y así ocurre por doquier, a lo largo de la corriente. Está la ciudad de *Nemelis*, la antigua *Augusta Nemelum*, y muy cerca, esa aldea adyacente, Spira, que se puebla rápidamente y cuyo obispo la convierte en ciudad, la desarrolla llamando a judíos –entiéndase comerciantes. Es así como, mientras que Ypres, Gante, Brujas, sin pasado romano, nacen a la vida urbana; mientras que el obispo Notger, al final del siglo X, encierra en un mismo recinto la ciudad eclesiástica, creada por san Huberto en el umbral del siglo VIII al establecer ahí su residencia, y el burgo mercantil que se creó en Lieja –es así como Colonia, Worms, Spira, Estrasburgo y otras diez se convierten en algo que no es ya la ciudad antigua,

menos aún la ciudad de los tiempos calamitosos, del imperio desmoronado, de los bárbaros en movimiento, del Occidente fragmentado y separado de sus raíces orientales: la ciudad medieval, antepasada directa de la ciudad moderna...

Entonces, bajo la presión de los hechos económicos, en el mundo en plena tarea de los siglos X y XI, comienza una evolución en el Rin, tal como en Francia o, con mayor razón, en Italia –con un poco de retraso solamente, un retraso que se convierte en sensible avance si tomamos como punto de vista las orillas del Elba. En las ciudades del Rin, como en las del Escalda, del Mosa, del Sena, en el seno de esos grupos de hombres procedentes de todas partes: comerciantes habituados a las largas caravanas, a las andanzas sin rumbo, a las ideas extranjeras; fugitivos también, aventureros quebrantando el destierro; ninguno tenía el mismo pasado ni la misma experiencia pero, en ciertos puntos seleccionados, al aglomerarse en colmenas activas y zumbantes, pronto se codean; se forman grupos de hombres resueltos. Tomando la cabeza de un movimiento local, fortalecidos por el ejemplo, por el éxito de sus vecinos, se proponen conquistar, para todos los habitantes de la *Urbs nova*, de la *Stadt* naciente, enredados en los lazos de obligaciones diferentes, amarrados por una gran cantidad de reglamentos, usos, servidumbres que no habían previsto el ascenso del comerciante, el advenimiento del burgués –aquello que, desde el principio, constituye el apasionado objeto de sus deseos conscientes: una posición, una organización hecha a su medida, para sus necesidades.

Así se afirman, amenazando y negando a los antiguos poderes, las ciudades medievales antecesoras de nuestras ciudades; las ciudades cuyo aire hace libre: *die Stadtluft macht frei*, y cuyo suelo –para construir, no para cultivar– escapa, no sin pena, de las viejas servidumbres comunales; las ciudades donde se pone fin, sucesivamente, a los gravámenes señoriales abusivos, a los peajes incómodos, a los procedimientos formalistas, antiguos contratos, antiguas reglas civiles o criminales; las ciudades, crisoles de un nuevo derecho, de una moralidad y de una mentalidad nuevas, objetos de horror como todas las novedades para los defensores del viejo mundo: hay que oír, a fines del siglo XI, al monje Alpert denunciar, escandalizado, las costumbres de los comerciantes de Tiel en Teisterbant, centro efímero (entre la rui-

na de Duurstede y el advenimiento de Utrecht) del gran comercio anglo-renano: hombres imposibles "que tienen usos y costumbres diferentes de los de su alrededor"; hombres intratables "que no se sujetan a ninguna norma"; hombres anarquistas "que dictaminan no conforme a la ley sino como la entienden" –y sobre todo, horror, "que colman de honores a los que los incitan a la risa y a la bebida". Todo está ahí, la concepción de la vida y del derecho, la independencia y la reserva frente a las tradiciones más venerables: todo, y en ese todo están nuestras propias costumbres, nuestras concepciones y nuestras libertades, la mujer en igualdad con el hombre, los hijos que comparten la sucesión del padre en partes iguales, la viuda sin hijos que hereda del marido así como éste de ella; en germen, la independencia crítica, la tolerancia fundada en la experiencia del mundo, una visión ampliada más allá de los estrechos muros de la ciudad...

Eso es la paz. La paz especial de las ciudades, agentes de seguridad en un mundo de hombres brutales; la paz que traducen, en los límites del territorio urbano, las cruces de suburbio; la paz que proclama, por los aires, el campanario, *Bergfried*, esa Torre de la Paz –la paz del más antiguo derecho de Estrasburgo, "asegurada a todo hombre, extranjero o indígena, en todo momento y por parte de todos, *omni tempore et ab omnibus*"; una paz conservada con rudeza, impuesta a fuerza de castigos y suplicios, amputaciones, ahorcamientos, decapitaciones; una paz que exige al delincuente el ojo por ojo, diente por diente, pero que se extiende a todos, grandes o pequeños, siervos domésticos o comerciantes opulentos, se convierte en la ley suprema, somete bajo su regla inflexible y uniforme las diversidades personales, acaba por hacer de la ciudad, en fin, como decía Gierke, una persona moral, un individuo político: *Gesamteinheit*, y no *Gesamtvielheit*...

Y sin duda esta especie de unidad orgánica de las ciudades no excluye el que haya contrastes entre unas y otras. Tanto más cuanto que las consideraciones fronterizas, en el sentido que les hemos dado, no cuentan. Quienes han pretendido apoyar en apreciaciones de este orden la historia de las ciudades, y en particular de las ciudades alemanas, conceptuadas el producto de causas, engendradas por costumbres e instituciones específicamente alemanas, están todos mal encaminados porque, como dice Pirenne, "las constituciones urbanas no son un fenómeno nacional". No se inscriben ni en los marcos

políticos de un mundo que negaban y, por el simple hecho de su existencia contribuían a derribar, ni menos aún, en los de un mundo que no preveían pero que no obstante estaban preparando: el nuestro. A ambos lados del Rin la evolución de las ciudades resulta idéntica; y si entre todas las que hemos estudiado, cabe distinguir algunas grandes familias, estas familias no se fundan en consideraciones de raza ni de naciones; indiferentes a las fronteras, emparientan a Colonia, Maguncia y Worms más estrechamente con Reims, Laon y Cambrai que, en el mundo germánico, con Lübeck, por ejemplo, o con Magdeburgo...

Vaciemos nuestro espíritu, una vez más, de las obsesiones demasiado habituales. Estas ciudades renanas no están *dentro* de estados. Son, por sí mismas, sus propios estados. El basilense es basilense, coloniense el coloniense. Aquel al que se le ocurra preguntarles, retrospectivamente, sobre su origen y, como decimos, sobre su "nacionalidad" no obtendrá más que respuestas que nos dejarán estupefactos, porque no estamos preparados para admitir que los francos vengan de los troyanos y, por ello, sean primos hermanos de los romanos descendientes de Eneas; o que su lengua sea en realidad la lengua gala, esa que se hablaba en la Galia en tiempos de Julio César. Dejemos estas ensoñaciones. Si las ciudades renanas pudieron, por encima de ellas, reconocer y servir a la causa de una formación política superior, fue al imperio, el Sacro Imperio Romano Germánico, al que estaban vinculadas de corazón; a ese imperio cosmopolita que tenía la mira puesta en Italia y las tierras borgoñonas así como en Renania y en las tierras propiamente germánicas. Es en ese imperio donde una crónica del siglo XII sitúa la fuerza principal, en la comarca que se extiende de Basilea a Maguncia: *ubi maxima vis regni esse noscitur.* Su tutela era suave, su orientación hacia Italia o Borgoña favorable a las comunidades de comerciantes. Indiferentes a las fronteras en el momento en que se cruzaba la de su ciudad, y al encontrar dentro de esta misma a los representantes de diez países "extraños", eran cosmopolitas por profesión sin duda, pero también por gusto y por manera de ser.

No, no es fortuito que estas ciudades renanas desempeñen semejante papel en la vida del Sacro Imperio. No por azar dieron abrigo a tantas dietas ni, como es el caso de Worms, presenciaron dentro de sus muros la firma de tantos actos solemnes; ni que en Francfort del Meno los emperadores fueran elegidos antes aún de que la Bula de Oro promulgara la regla; ni que en Aquisgrán, de Luis el Bonachón

a Fernando I, fueran coronados treinta y siete césares de nación germánica; ni que, en fin, en Spira, en la catedral fundada en 1030 por Conrado II, los emperadores encontraran sepultura durante quinientos años. Del Sacro Imperio a las ciudades del Rin, de las ciudades del Rin al Sacro Imperio, hay motivos suficientes para intercambiar testimonios mutuos de satisfacción. Al servicio de los amos y señores que las protegieron, colmados de inmunidades y de privilegios, las burguesías comerciantes pusieron a su servicio, con cuánta frecuencia, su joven fuerza política y militar, aun si la causa pareciera desesperada... Pensemos en Worms, en 1073, expulsando a su obispo porque conspiraba contra Enrique IV; o en Maguncia, en 1077, luego de los acontecimientos de Canossa, que se levantó en armas contra Rodolfo, rival de Enrique IV que pretendía coronarse rey en la ciudad... Pero cuando, al ir perdiendo progresivamente crédito y poder, practicando además, con mucha frecuencia, un sospechoso ausentismo, los emperadores admiten la carencia de todo poder central, entonces, en las ciudades renanas, prestan un servicio aún más notable. Forzadas a contar sólo consigo mismas, puesto que ya no pueden contar con el soberano, *quasi destitutæ regia defensione*, como dicen, Maguncia, Oppenheim y Worms en 1254 concluyen una primera liga, un *Bund* al que pronto se adhieren, Colonia la primera, no solamente todas las ciudades escalonadas sobre el río de Neuss a Basilea, sino las del Meno, de Hesse a Wesfalia; además de los señoríos laicos y eclesiásticos preocupados por su fortuna y cada vez más inclinados ante el resplandor urbano. Primer paso en una vía que nuestras ciudades francesas, tan rápidamente domeñadas por los reyes, no recorrieron nunca. En el punto de llegada, para las ciudades del Rin, el triunfo del orgullo: la transformación de las más fuertes en repúblicas, si no plenamente independientes, cuando menos autónomas en gran medida. Dueñas y guardianas de su propio destino; de pie, solas frente a las antiguas potencias.

Coloquémonos en el momento en que esta evolución tiene lugar, en que, remontando o descendiendo el río en las confortables chalanas de las que habla Roger Ascham, hacia 1550 –con vidrios, bien cerradas, arrastradas por caballos y que los chiquillos seguían por la orilla, canturreando y mendigando monedas–, todos los forasteros se admiran, a porfía, de la riqueza y la pujanza de las ciudades renanas. Por



El desembarco de santa Úrsula en Colonia, por Memling.
En el fondo, la torre de Saint-Martin-le-Grand y la catedral inconclusa con su grúa (Brujas, Hospital Saint-Jean)

ejemplo, en la época en que el futuro Pío II, Eneas Silvio Piccolomini, el viajero diplomático cuya vida tradujo Pinturicchio en grandes frescos vigorosos y coloridos en la exquisita Biblioteca del Domo, en Siena –consagra páginas entusiastas a las ciudades renanas y alternativamente celebra a Colonia, la reina del Rin, sus invalorables iglesias, sus suntuosas mansiones, sus gordos burgueses, su bello río, las fértiles campiñas que la nutren; Maguncia, a la que sólo se le puede reprochar que sus calles sean demasiado estrechas; Spira, agradable y acogedora para cualquiera; Estrasburgo y sus límpidos canales, donde el italiano saluda a una segunda Venecia, menos malsana; Basilea, en fin, sus casas ricas, su Rin rápido y el sol brillante en sus tejas barnizadas: una pléyade de ciudades opulentas, orgullosas de su pasado, seguras de su porvenir. Hijas de sus obras. Y que dan testimonio de una vitalidad y una actividad extrañas: las de los grandes banqueros, de los audaces comerciantes que intercambian sus monedas de cien príncipes, de cien ciudades, cuyas relaciones abarcan de Riga a Londres y La Rochelle, de Brujas a Gante, Milán y Venecia, de Ratisbona a Nuremberg, Ginebra y Lyon. Los altares vivos de este capitalismo audaz e ingenuo a la vez del Renacimiento –sin freno, sin regla, paseando sus caprichos libres en un mundo en que las cantidades y los volúmenes, siempre modestos, solicitan la mano y no sobrepasan los poderes de uno solo; por lo demás, asentado insolentemente en el sentimiento de su fuerza nueva, de su prestigio alcanzado en una noche– y que, orgullosa potencia, se rehúsa a sacarse el sombrero ante las viejas morales y sus reglas.

Entre todas estas ciudades renanas, pese a los celos, las rivalidades, los odios cocinados una y otra vez a lo largo de siglos, existe una solidaridad indiscutible y eficaz. De cultura y de gustos, más que de intereses o de diplomacia. Por más que el Rin esté seccionado, furiosamente cortado en pequeñas tajadas por esos peajes que vemos representados en el mapa del *Geschichtlicher Handatlas der Rheinprovinz* –más de sesenta de Basilea a Tiel y Duurstede, antes del inicio del siglo XV, y por ubicación (de Bingen a Coblenza, por ejemplo) apretujadas codo con codo; su vía acuática por una parte, su valle por la otra, no por ello dejan de formar el hilo sólido y continuo que comunica unas con otras a todas las ciudades fluviales. Y a lo largo del cual corren los elementos de una civilización común –de una civilización renana, para nada autóctona sin duda, hecha como siempre de préstamos e imitaciones: pero la combinación es original y su sa-

bor, particular. ¿Préstamos de quién? En esta bisagra de Europa, un poco de todos los países que se frecuentan activamente, que intercambian primero sus productos y luego sus ideas. Para empezar, de Inglaterra.

Siempre presente en los Países Bajos renanos, cediéndoles desde mucho antes su lana y su miel, Inglaterra recibe de ellos, a cambio, telas y vino. Testimonio irrecusable de un tráfico tan precoz, sus monedas circulan ya en toda Renania desde el siglo XI, y a tal punto que en Duisburgo, de 1024 a 1056, en Andernach también, en Deventer, los tipos monetarios anglosajones, al aclimatarse, tientan al buril de los talladores de monedas locales. Pero éste no es nuestro terreno; y puesto que no se trata de materias primas ni de productos fabricados, sino de arte, de literatura o de ideas, Inglaterra toma sin duda más de lo que da. ¿Cómo podría corresponder, cuando recibe de Holbein estos regalos invalorables: las efigies, más vivas que en vida de todos los que gobiernan y mandan en ella? Ni los alabastros ingleses, estatuillas de curiosa delgadez; ni los paneles de los retablos con personajes de una sola pieza, de manos largas, pies largos, pómulos salientes, productos de un arte industrializado, podrían ser tomados en consideración. Ni las influencias, bastante imprecisas, del estilo perpendicular en las edificaciones renanas del siglo XV. Considerando todos los demás hechos, es cierto que un movimiento religioso y social como el de los lolardos no careció de repercusiones en esos países siempre prestos a abrirse a las "novelerías" y, gracias a sus burgueses, a acoger con ardor todo no conformismo secreto o audaz. Es verdad también que, una vez mejor cimentados en una prosperidad más estable, los jóvenes ingleses de la aristocracia adquieren la costumbre de la "gira por Europa" y acuden a las universidades renanas. Los escoceses los preceden, son numerosos en Colonia en el siglo XV: las matrículas dan fe. Los ingleses, por su parte, vendrán a reforzar las influencias nórdicas y marítimas –al lado de los lejanos ribereños del Báltico, miembros de la Hansa fogueados por las duras labores y que tomaron desquite gracias a las sólidas revanchas que ofrece la fortuna...

Enfrente, los italianos. Ellos también abundan en los mercados renanos, llegando al río desde Brujas, una de sus plazas fuertes, o directamente por el mar; pululan en Colonia, punto de relevo, o bien por el Gotardo alcanzan Basilea y el Rin superior, en tanto que en una corriente inversa, los renanos van a Venecia, al Fondaco, y de ahí a la

corte pontifical, donde son atraídos por pudientes tíos y primos: en tiempos del buen alsaciano Burchard –maestro de ceremonias de Alejandro VI y testigo impávido del reinado de los Borgia–, ellos literalmente hormiguean. Otros en cambio, por decenas, son panaderos en las ciudades, porque el pan renano estaba de moda. O bien, en oficios de mayor prestigio, son orfebres, artilleros, mineros, del otro lado de los Alpes. Cuando vuelven, traen el aire de Italia: costumbres más libres, gustos más refinados, carácter menos rígido, una forma más humana y más suave de vivir la vida...

Por último, naturalmente en toda esta Renania está presente Francia, por sus ideas más que por sus hijos. Que sin duda actúa por sí sola, directamente, desde los tiempos en que, un poco jactancioso acaso, el poeta mostraba

Tout li grand seigneur, li conte et li marchis

que en sus tierras tenían gente de Francia en profusión

Por aprendre françois lor filles et lor fils... *

El francés, la lengua en la que tantas palabras, relativas a la guerra, a los oficios, a las artes, a las costumbres del lujo, a las maneras de conducirse y de sentir en la vida, enriquecen ahora los dialectos germánicos: pero más allá de las palabras, aquello a lo que se aspira y se alcanza es –enemiga de la grosería, de la ebriedad, de la falsedad, de la inmoralidad nada elegante– la "cortesía", ese ideal al que, en el Occidente cristiano, han tendido sin cesar, por siglos y siglos, los mejores... Pero esta Francia, distante a pesar de todo y cuyas demasiadas guerras explican las cesiones y los eclipses, obra por interpósita persona, por corredores de influencias, a los que se recibe tanto mejor cuanto que, políticamente, no causan inquietud. Obra a través de Flandes, que durante tanto tiempo domina desde lo alto su arte y su cultura. A través de Valonia y la comarca mosana, donde el elemento de Thionville ha progresado sin duda: pero no al punto de transmutar el viejo trasfondo valón. Obra a través de las ciudades eclesiás-

* Todos los grandes señores, el conde y el marqués.
Para enseñar francés a sus hijas e hijos. [T.]

ticas –Metz, Toul, Verdún, también Cambrai, más al norte– que en vida del Santo Imperio tuvieron un papel nada desdeñable. En fin, obra a través de los súbditos y de los príncipes borgoñones, los Valois de Borgoña, que se separan políticamente de ella pero que no por eso dejan de transmitir sus ideas, su cultura.

Poseemos desde fines del siglo XVI las matrículas de la Universidad de Colonia. Están publicadas. Son una mina para el que quiera explotarla. Abramos el tomo I, de los años 1450-1454. Franceses, uno solo, un licenciado en artes parisino de la diócesis de Langres; ¿no habría que llamarlo borgoñón? En esa fecha Dijon pertenecía a la diócesis de Langres. Siguen los loreneses y aquellos de los obispados, uno de Nancy, otro de Lunéville, varios diocesanos de Toul: un Ulric des Hazards, un Jean de Vaubécourt y otros; siguen varios mesinos y un valenciano... Y esto en una búsqueda al azar. Pero si consultamos el índice general: ¿Diócesis de Cambrai? Da tantos estudiantes en Colonia como una diócesis renana. ¿Diócesis de Toul y de Metz? Muchos estudiantes; bastantes de Reims, al igual que de Thérouanne y Amiens. De Besançon, Verdún, Arras, pocos visitantes; muchísimos de Lieja. En cuanto a las diócesis renanas, todas figuran en las listas: Coira, Constanza, Basilea, Estrasburgo, Spira, Worms, Maguncia, Colonia por supuesto, Tréveris y Utrecht; pero aquí las propias matrículas son más elocuentes.

Volvamos, en efecto, a los años 1450-1453, escogidos al azar. Proveniente del sur de Colonia, la clientela es reducida: y es que, a diferencia de Basilea y Maguncia, que no han nacido a la vida universitaria, Heidelberg desvía los contingentes del alto Rin. Sin embargo, hay estudiantes de Constanza; de Spira, el famoso Gabriel Biel; y de Boppard, de Bacharach, de Coblenza, de Andernach, de Bonn. Del norte, están los jóvenes de Aquisgrán, Wesel, Xanten, Arnhem, Utrecht y Leiden, Gouda y Delft, Dordrecht y Rotterdam. Y luego los flamencos: de Malinas, Gante, Dixmude, Tournai, Cassel. Y los holandeses: de Haarlem, Amsterdam, Texel. Y el mundillo especial de Ijssel, de Kampen, Zwolle, Deventer, Zutphen, las capitales de los Hermanos de la Vida Común. Más allá, los grandes batallones de hanseáticos, y la contribución de Groninga y Emden, que precedió a la de Bremen, Lübeck, incluso Reval. Y esto sin hablar del contingente habitual de escoceses. Es un desfile interminable sobre el Rin, una perpetua mez-



La fachada de Rotterdam sobre el río, a mediados del siglo XVII

cla de hombres y de ideas, de costumbres y de lenguas. Mientras, en grupo o aislados, colonienses, maguntinos, estrasburgueses y basilenses viajan al extranjero: los pasantes van a París en busca de las sutiles aportaciones de una cultura más antigua; los juristas van a Italia, sobre todo a Bolonia, madre de sus estudios; los otros, "mecánicos" y comerciantes, se imponen por doquier por su dedicación al trabajo, por su orden y su disciplina –por otro lado, las multitudes cosmopolitas suben y bajan sin cesar por el valle.

Dejemos a los comerciantes con sus ganancias. Contemos mejor a los peregrinos que van de santuario en santuario, de reliquia en reliquia, unos como voluntarios, los otros para expiar algún crimen o delito: la justicia de su ciudad los condenó a ello. Dotados por su justiciero de la banda y el báculo simbólicos, helos en camino, ya aislados, ya agrupados en destacamentos, en "mesnadas", como solía decirse –los más culpables descalzos y con la cabeza descubierta. Echemos un vistazo, en el libro de Van Cauwenberghe, a la lista de los sitios reverenciados entre los que los regidores de Gante, por ejemplo, podían

escoger para dosificar las penas. Junto a los santuarios universales: la Trinidad de Vendôme; San Martín de Tours; Nuestra Señora de Rocamadour, Santiago de Compostela; la gran San Pedro de Roma; San Nicolás de Bari; Chipre; junto a los que, más especialmente, dan testimonio de las relaciones tradicionales de Flandes ya sea con el Báltico (San Adalderto de Danzig, Nuestra Señora de Königsberg, Nuestra Señora de Riga, San Olaf de Trondheim), o con Inglaterra y Escocia, de San Gil de Dover y de Santo Tomás de Canterbury a San Andrés de Escocia, pasando por diez más; he aquí, escalonadas desde Nuestra Señora de Basilea a San Martín de Utrecht, las peregrinaciones renanas: San Teobaldo de Thann, Nuestra Señora de Estrasburgo, Nuestra Señora de Spira, Nuestra Señora de Francfort, San Martín de Maguncia, San Werner de Bacharach, Nuestra Señora de Coblenza; y para coronar, Colonia, la ciudad de santa Úrsula, la ciudad de los Tres Reyes; Colonia y lo que la rodea: Heisterbach, San Josse de Walperberg, Nuestra Señora de Stommelen; Colonia, ahí donde, en diecinueve parroquias, veintidós monasterios, once colegiatas, doce hospitales, cien capillas, más de un millar de misas se celebran cada día. Colonia y, naturalmente, Aquisgrán también, ahí donde a veces, en las casas vecinas a la catedral, se levantan las techumbres para que los peregrinos, apiñados a más no poder, consigan percibir, a través de los resplandecientes vitrales o en los atrios, al clero rutilante de oro mostrando las reliquias...

Celo de ingenuos, donde la curiosidad no perdía detalle. Pero imaginemos también a esos doctos, gente piadosa atraída, de monasterio en monasterio, por la fama de los místicos renanos: como nuestro Lefèvre d'Étaples, peregrino muy sabio en busca de sustento para una fe insaciable. Pensemos en los estudiantes propiamente dichos que, de Basilea a Friburgo, fundadas una en 1450 y la otra en 1457, van a Heidelberg, la decana; a Maguncia, la menor, creada en el mismo año de la muerte del Temerario; a Colonia, en fin, cuyo primer rectorado data de 1389. Verdaderos altares donde comulgan fraternalmente los renanos de toda la Renania. ¿Queremos tener una fuerte sensación de esas relaciones incesantes? Basta con contar, en el tomo I de las matrículas de Heidelberg publicadas por Töpke, la procedencia de los estudiantes inscritos, digamos, al azar, de 1450 a 1453, en la Universidad del Neckar. No hay una sola ciudad, de Coira a Utrecht, que no responda presente al llamado. Aquí, con su séquito, tenemos a dos nobles de Coira; allí, en un grupo bastante apretado, jóvenes

de Constanza, Lindau, Rheinfelden; allá, de Berna, Sursee y Memmingen. Después basilenses, estrasburgueses, habitantes de Landau y de Germersheim; más allá, de Baden, de Pforzheim, de Stuttgart; en la otra ribera, de Saverne y Sarrebourg; bajando el río, de Spira, Worms, Maguncia, Francfort, Bacharach; los moselanos de las diócesis de Tréveris y de Metz; los colonienses; los liejanos; más allá los bruselenses; al norte, los de Wesel, Utrecht, Amsterdam... ¿Por qué asombrarse, entonces, de la unidad renana, tan vívidamente sentida en esta época? ¿Por qué asombrarse de que todos estos hombres, y los que llamamos suizos y los que llamamos alemanes u holandeses, los laboriosos suabios, los críticos alsacianos, los pedagogos de Westfalia, los tenaces belgas, por qué asombrarse de que todos, de modo semejante, sin distinción anacrónica de raza ni de nación, colaboren con hombres de todos lados en las grandes creaciones que hemos particularizado y sobre las que en seguida colgamos un nombre de ciudad; y no tenemos culpa porque es en el centro de la ciudad donde se fusiona la aleación de cuántos metales, con la participación de cuántas manos?

No hagamos rodeos, corramos tras lo más significativo. Pintura coloniense, misticismo coloniense: ¿qué hay más notable, más consolidado por el sello de una ciudad? Recordemos, unos y otros, nuestras primeras visitas a la colección del canónigo Wallraf, esa abundancia de pequeños paneles colgados en los muros, con pinturas de una misma familia, esos paneles de los que Baedeker, atento a la miseria humana, nos advierte por anticipado "que no serán muy del agrado del simple visitante". Recordemos nuestras peregrinaciones de iglesia en iglesia, de capilla en capilla, por la vieja ciudad bulliciosa de vida nueva: la extraña ciudad donde, desde el subsuelo de una estación completamente moderna, el viajero emerge entre dos filas de porteros uniformados, al pie de un Domo más gótico de lo debido... Entonces, mientras uno deja flotar delante de sus ojos la imagen un poco sosa de esos jardines del Paraíso, de esos canteros de hierba, de estas matas de rosas que durante tanto tiempo murmuraron sus cándidos cantos al oído de monjas arrodilladas; mientras que uno lleva dentro de sí, para confrontarlo con la imagen de las *Veinticuatro escenas de la vida de Cristo*, predilectas del corazón de las lánguidas clarisas, el recuerdo un poco vago de una *Virgen con la flor de arvejilla*, que le valió a su



Una virgen coloniense del siglo XIV: la Madona con la flor de arvejilla.
(Museo Wallraf, Colonia)

pintor el anatema excesivo de J. K Huysmans, enemigo truculento de "lo redondeado y de lo relamido"; en la atmósfera de incienso y oro pálido que flota por los deambulatorios, alrededor de los ábsides trebolados de Santa María del Capitolio, mientras uno evoca a las niñas exaltadas que, desde tan temprana hora, hicieron de los países renanos los sitios de elección de la mística visionaria, uno detrás de otro, de san Bernardo, san Buenaventura o de Maestro Eckhart –ese Maestro Wilhelm simbólico al que seguimos atribuyendo tantas obras que él no conoció, o que salieron de las manos de su discípulo, Hermann Winrich de Wessel–, uno deja de pensar que Stephen Lochner, llegado justo a tiempo a infundir sangre fresca en la escuela perdida en las repeticiones –vino de Suabia, para hacerse coloniense, de una Sua-

bia robusta, donde los Witz empezaban a desarrollarse. Y de Suabia también, el maestro de *San Bartolomé*: para nosotros, familiarizados con el Louvre, el maestro de *La deposición de la Cruz*, patética y amanerada, que da con gran estilo, la nota coloniense. Pero ¿y el maestro de *San Severino*, que no ignora Metsys, un holandés? ¿Y Josse van Cleve, el maestro de *La muerte de María*, de Amberes, formado en esa Calcar que nació de la colonización de los habitantes de Gueldres y de Holanda? Dentro de este grupo de artistas, en el que no faltan más que colonienses –pero ¿cuántos borgoñones hay en la escuela de escultura que funda Claus Sluter en Champmol? ¿Cuántos provenzales en la escuela de Aviñón?–, dentro de ese grupo de artistas donde no hay un solo coloniense que sobresalga, hay incluso un francés, Pierre des Mares: sobre el altar mayor de San Mauricio introduce algo del "maestro de Moulins"...

¿Una escuela? Si se quiere. Al principio, formas comunes de expresarse; un ideal conventual, el de las monjas que encargaron, para su oculto disfrute, tantos paneles místicos: disfrutaban del encanto un poco pueril de las renanas con los cabellos trenzados que los iluminadores trasmutaban en Madonas: pesados párpados que caen sobre ojos sin pensamientos, miradas soñadoras rumiando una felicidad contemplativa. Se enternecían ante esos Niños Jesús que evocan una maternidad del todo ideal; imponiendo sus gustos, detenían a un Lochner en la pendiente que, de buena gana, lo habría arrojado a los pies de Van Eyck: piénsese en su *Virgen con violeta*, de hombros caídos, de contoneo arcaico, cuya boca sin labios se rehúsa a la vida... Pero, ¿qué? Esta vida es la más fuerte. He aquí que los temperamentos se liberan, que los ejemplos flamencos hablan más alto que las lecciones caducas del "maestro Wilhelm". Ayer, el gusto de las beatas; hoy, el de los burgueses. Ayer, la peste negra, la obsesión por la muerte, el llamado del claustro; hoy, la vida intensa, el vino de Beaune, el oro y todo lo que éste aporta. La escuela mística se acaba con este hombre jovial, retratista de burgueses recién llegados: Barthel Bruyn, que acudió de Holanda para pintarlos. ¿A quién, a ellos, a colonienses de vieja cepa? A compatriotas suyos, por supuesto, que a tres siglos de distancia hacen pensar en Jabasch, esos Hackeney que también llegaron procedentes de Holanda para hacer las veces, especie rara, de Mecenas de excelente gusto.

Escuela coloniense, escuela de todos lados. Influencias de todos lados. Por aquí, las que se deslizan hacia el Rin medio, las de Bohe-



Virgen con violeta, de Stephan Lochner
(Museo Archiepiscopal, Colonia)



Una pareja de grandes burgueses de Colonia: el burgomaestre Arnold de Brauweiler y su mujer Elena, por Barthel Bruyn (Museo Wallraf, Colonia)

mia –de esta escuela de Praga que fueron a fundar hacia 1350, al llamado de Carlos IV, maestros en gran parte extranjeros: a la cabeza, un renano, Nicolás de Wurmser. Por acá, sutiles y disimuladas bajo cien aspectos diversos, las influencias de Italia, de Siena o de Umbría. Del norte llegan los vientos fecundos de los franco-neerlandeses; y la lección de Hubert van Eyck, cuya desaparición anotará en 1426 el cronista del convento de Thann como un hecho prominente; y el ejemplo resplandeciente de Van der Weyden, cuya *Adoración de los Reyes* exhibía con orgullo la iglesia de Santa Colomba, en la propia Colonia, a la que siguió, en Múnich, la colección Boisserée. En fin, para abreviar, los efluvios borgoñones que de Dijon, pasando por Besanzón y el Condado, arriban a Basilea: desde 1418, el magistrado que negocia con un alsaciano de Schlestadt, Hans Thieffenthal, la decoración de una capilla, especifica que su trabajo imitará "la Cartuja de Dijon en Borgoña", y por lo tanto se inspirará en ejemplos de Malouel y de Hermann de Colonia... Más aún, de 1411 a 1426, gracias a la corte de Catalina de Borgoña, hija de Felipe el Atrevido, viuda de Leopoldo, duque de Austria y que, rodeada exclusivamente por borgoñones, reside por épocas en Ferrette, Thann, Ensisheim, Belfort; de 1414 a 1418, gracias al concilio de Constanza, espiritualmente dominado por Gerson y la Universidad de París, temporalmente por Pierre d'Ailly y los Valois de Borgoña; y de 1431 a 1443, gracias al concilio de Basilea, se esparce entre los países del Rin superior, y de ahí –las aguas renanas descienden con rapidez– hacia el valle entero, una suma gozosa de formas y de ideas, de modos de ser y de modos de sentir: ¿es necesario decir borgoñonas? Sin duda, cuando sabemos que en Borgoña se encarnó a la sazón una de esas combinaciones prodigiosamente sutiles de ideales diversos y de genios opuestos: motivo de la desesperación de los clasificadores, desde hace cinco siglos...

Acciones y reacciones. Los holandeses, los flamencos invaden Colonia, suben por detrás de Maguncia y Estrasburgo, alcanzan Basilea; a la inversa, basilenses, estrasburgueses, maguntinos descienden siguiendo el curso del agua hacia Colonia, ese cruce de caminos, y de ahí hacia Brujas, ese paraíso. Un solo ejemplo: Memling el maguntino, nacido cerca de Aschaffenburgo –¿acaso no vino también Grünewald de Aschaffenburgo a Colmar?–, que se detiene en Colonia antes de proseguir hacia Brujas, a pintar con un pincel minucioso y suave el sagrario donde, sin renunciar al gozo de embellecer, repre-

sentó la historia coloniense por excelencia: la de Santa Úrsula y las once mil vírgenes. Memling, un príncipe, pero, ¿y los señores de menor importancia? Un Hans Witz padre, de Constanza: al servicio de Juan V, duque de Bretaña, en Nantes; al servicio del concilio en su ciudad natal; al servicio del buen duque Felipe. ¿Un Haincelin de Hagueneau, egresado de los célebres talleres de iluminación de su ciudad natal? En París, hacia 1403, en el barrio de los lombardos, en la calle Quincampoix. Al servicio de Felipe el Atrevido, en 1407. Y de Isabel de Baviera, para quien trabaja en esa misma época Hermann Winrich el Weselés, coloniense discípulo de Maestro Wilhelm. Al servicio igualmente del conde de Holanda, Guillermo IV de Baviera-Hainaut: se encuentra ahí con los sobrinos de Jean Malouel, Pol de Limbourg y sus hermanos. Al servicio de Luis de Francia, duque de Guyenne, y de Juan, duque de Berry. Émulo de Jacques Coëne el Brujense. A fin de cuentas, ¿de qué país, de cuál escuela?

En realidad, en este convento de San Juan bajo los Tilos, el Unterdenlinden de Colmar, ardiente hogar de éxtasis y de beatitudes, "donde Jesús, que vivía en el monasterio, descendía a su antojo –según escribe Huysmans– a cada reunión de almas", no terminamos de asombrarnos delante de la prodigiosa obra de arte de Grünewald que ahí halla asilo, si no la paz: si, a cada paso en nuestras contemplaciones, una cuestión surge, un paralelo nos perturba, una inquietud nos aguijonea, es que aun ahí, en presencia de una obra tan personalmente trágica y vehemente, "con sus violencias de apoteosis y sus frenesís de osario", debemos decir, no el nombre de un hombre: el nombre de diez genios que combinan sus contribuciones; el nombre de diez afluentes que perdieron sus aguas en el lecho de un río respetable.

Arte, artistas, ¿y los propios místicos, los que hacían bajar la cabeza a las religiosas prosternadas al pie del Cristo en la cruz? Los que dispensaban el alimento espiritual a los hombres y a las mujeres del siglo y, en las horas terribles de la Gran Peste, salvaron a tantas almas delicadas de las dudas demasiados abrumadoras para ellas? ¿Colonienses? No más que los pintores: renanos, en el sentido amplio del término. ¿Maestro Eckhart? Un turingio que hizo sus estudios en París, predicó en Estrasburgo, profesó en Colonia. ¿Tauler? Un estrasburgués que predicó en Colonia y murió en Estrasburgo. ¿Suso? Un

suabio de Überlingen, en los bordes del lago de Constanza, enterrado en Ulm. ¿Las influencias? Rápidamente llevan muy lejos al analista, fuera del Rin, hacia la Francia de san Bernardo; hacia esos victorinos entre los que había renanos; hacia la Flandes de Ruysbroeck, nacido entre Bruselas y Hal y que vivió en Groenedael, en la selva de Soignes...

Las influencias –¿también el terreno?, el suelo en que sembraban esos hombres que no predicaban en reducidas capillas: Tauler difundía su palabra entre todos, sin elección preliminar ni distinción. ¡Qué trabajo, y desde hace siglos! ¿Hasta qué punto había fermentado esta levadura eterna de panteísmo popular que desde tan temprana hora hizo nacer, en tierras renanas, multitudes de pequeñas comunidades que trabajaban para forjarse, en la vasta e indulgente cristiandad, refugios particulares construidos a su medida? He aquí que begardos y beguinas, que hacen fortuna en Lieja, Gante, Brujas y Amberes, rápidamente llegan al Rin, a Colonia, Maguncia, Estrasburgo y Basilea. He aquí la progenie multiforme de los cátaros y los valdenses, del viejo Amaury de Bêne y de Ortlieb de Estrasburgo –toda esa fauna de herejías de nombres inquietantes y extraños, cuyos adeptos se fundirán, más o menos, con sus Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu, ya numerosos en Colonia en el siglo XIV. Y cuando, hacia el fin del siglo XIV, se produce una reacción contra los excesos especulativos de una espiritualidad demasiado ambiciosa; cuando en Holanda se inicia este movimiento considerable de la *Devotio moderna*, iniciado por un hombre de Deventer, Gerard Groot, que estudió primero en Aquisgrán, luego en Colonia, luego en París; cuando, por la acción de su discípulo, Florent Radewijns, de Leerdam, cerca de Gorchum, el monasterio de Windesheim comienza su gloriosa carrera de iniciación y de renovación: es un elemento más que viene a enriquecer el pandemónium religioso de las tierras renanas donde incesantemente se mezclan las formas de contemplación y de acción más heterogéneas –donde no dejan de propagarse, por ondas y pulsaciones, movimientos nacidos muy lejos y que irán a morir más lejos aún: pero no hay nadie que, después de haber atravesado las ciudades renanas, no salga engrandecido, enriquecido, marcado por un sello particular. Y cuando, a principios del siglo XVI, las multitudes se estremezcan por la fuerte voz de Lutero, no habrá lugar para el asombro si en los Países Bajos, en la región de Münster, plena de afinidades renanas, en Alsacia también y en Suiza, el eterno fermento suscita, con los libertinos es-

pirituales y los anabaptistas panteístas, toda una provisión de herejías cien veces perseguidas, sueños apocalípticos heredados de una tradición milenaria: los de Melchior Hofmann, peletero de Schwäbisch-Hall, cuyo cuartel general fue Estrasburgo durante un tiempo; o de Jan Matthija, panadero de Haarlem; o del apuesto Jean de Leiden, sin contar a los libertinos de Amberes, esos hombres del norte –Coppin de Lille, Quintin de Hainaut, Pocques y otros– que conmovieron a Francia un instante, excitaron la curiosidad benevolente de Margarita de Navarra, inquietaron a Calvino y sedujeron en Estrasburgo a Bucer, en el tiempo en que a la sombra de la catedral predicaba el vidriero de Delft, David Joris.

Un pulular de sectas, de grupos, de comunidades esparcidas. El testimonio de una extrema confusión de almas. Un laberinto de inquietudes donde los más expertos en historia religiosa y en teología pierden el hilo constantemente. Y de obras personales que, al fin y al cabo, son todas obras colectivas al mismo tiempo. La *Imitación*, este libro revelador a la vez de una época y de un temperamento, alimento vivificante de tantas almas solitarias, ¿acaso no es significativo que durante mucho tiempo se la atribuyera a un francés, Gerson? Descendamos un escalón: esta devoción del Rosario, la corona de rosas simbólica del Salterio de María. Es un cartujo de Colonia nacido en Calear, Henri Egher, el que inaugura el agrupamiento de los *Ave* en decenas, separados por los *Pater*; es un cartujo de Tréveris, Domingo de Prusia, el que completa la devoción; es un dominico bretón, conocido entre las ciudades francesas del norte, Alain de la Roche, el que la predica en los Países Bajos, la implanta en Renania, crea por doquier esas cofradías del Santo Rosario que agrupan y refuerzan mutuamente las devociones más características de una Edad Media a punto de terminar...

Brillo, expansión, obras colectivas... Un último ejemplo; la imprenta. Preparada y como esperada por todas partes, cuando finalmente toma en tierras renanas su forma definitiva; cuando, después de la toma de Maguncia por su arzobispo en 1462, se difunde por toda Europa: ¡qué prodigioso impulso para esos renanos viajeros, apóstoles del nuevo arte, que en pocos años lo propagan por los cuatro rincones del mundo! Los "armeros de la civilización", dice Lope de Vega, que forjan las armas del mundo moderno: Granada apenas acaba de ser reconquistada del islam y ya, en 1494, hay tres impresores en ella: uno de Estrasburgo, el otro de Spira y el tercero de Geileshofen.

En la isla de Santo Tomé, en el golfo de Guinea, dos impresores van a presentarse: uno era de Nördlingen, el otro de Estrasburgo... Y al lado de todos aquellos que se encuentran en todas las rutas del mundo, arrastrando la carretilla donde, junto a algunos trapos, se apilan los montantes de una prensa de mano, las cajas, los caracteres, los portapáginas y que recorren, famélicos, las comarcas; al lado de aquellos que, caminando, sueñan con la recepción hipotéticamente afable del obispo, del canónigo, del abate curioso y caritativo para los que, por comida y albergue durante seis meses, imprimirían con tan buena disposición los *Statuts diocésains*, un *Bréviaire*, las *Heures de Notre Dame* o el *Manipulus curatorum*, cuyo texto, a fuerza de componerlo, todos los viejos compañeros debían saber de memoria; al lado de este ejército militante de aventureros, andariegos, ilustradores del Libro en movimiento, están los sedentarios, bien establecidos en las ciudades renanas, esos que, *in situ*, fundan poderosos comercios, tienen por todos lados corredores y distribuidores, venden en el universo los libros compuestos en Renania. Pero en Renania también se venden los libros de todas partes: grandes clásicos de Venecia, preciosas ediciones aldinas que Lachner en Basilea y su yerno Froben mandan traer por toneladas, como Bickermann de Colonia y veinte más. Que precisamente en la región renana la feria de Francfort se convierta rápidamente en la feria del libro; que anualmente reúna, para una suerte de congreso al mismo tiempo mercantil y espiritual, a los representantes de veinte naciones civilizadas es justicia en verdad. Porque los renanos dominan, por un tiempo, el mercado intelectual del mundo. Y al recargar el país que habitan de una dosis de influencia e ideas nuevas procedentes de todos lados, trabajan en el advenimiento de este Renacimiento, de este humanismo del que fueron los apóstoles, en el pleno sentido de la palabra.

Si queremos ver, con los ojos del cuerpo y del espíritu a la vez, si queremos sentir toda la distinción, la elegancia soberana y la nobleza de familia que algunos podían adquirir en ese entorno privilegiado del Rin, contemplemos con detenimiento en Basilea, en el museo, la maravilla que constituye el retrato que Hans Holbein nos dejó del hijo mayor de Jean Amerbach, el impresor.

He aquí al joven amigo del viejo Erasmo, que tuvo para él insólitos acentos de ternura, en su tolerante humanidad: una de las luces



Hans Holbein el Joven: *Bonifacio Amerbach, de Basilea, hijo del impresor.* (Museo de Basilea)

de la Reforma en Basilea, y el cardenal Sadolet no pierde la ocasión de enviarle largas espístolas afectuosas; un evangelista sincero que no ignora nada de lo que representan Farel o Bèze, pero no vacila, un día en que atacan la memoria de Erasmo, en criticar con dureza su

inconveniente posición de partidistas. He aquí a un hombre de veinticuatro años que se aprestaba a trasladarse a Aviñón para recibir las lecciones del gran Alciat: verdaderamente agraciado por su fuerza y su viril encanto, hecho de rectitud y de modestia. Una respuesta viva a aquellos que andan por ahí diciendo que la parcialidad, el fanatismo ciego eran, para los hombres del siglo XVI, necesidades ineluctables. Ahora bien, ante esta efigie, ¿quién osaría articular el nombre de una ciudad? Basilense ciertamente, y gran basilense, Boniface Amerbach; pero se sabe que es basilense; nadie, al verlo, diría: es suizo o alemán. Bonifacio Amerbach, el representante de un tipo físico y moral bastante raro, sin duda. Pero más aún, el producto de una cultura. De la cultura verdaderamente humana de esas ciudades del Rin, creaciones magníficas de un río y de su genio, cuando se sentían libres de sus afinidades –libres de recurrir a ellas, en este fin de la Edad Media todavía tan poco sujeta a las necesidades de las políticas nacionales, las energías y los talentos de los hombres de voluntad cándida, cualquiera que fuera el origen, el sello del estado.

II. DE LAS CIUDADES A LOS PRÍNCIPES

Así, en las riberas del Rin, una estirpe de grandes ciudades ostentan al sol, mucho más y mejor que orgullosas fachadas de ayuntamientos. Herederas de varios siglos de una prosperidad traspasada por duras catástrofes, pero que no obstante no habían dejado de progresar, dejaban en el viajero esta impresión de vida exuberante que traducen, a cuatrocientos años de distancia, los grabados de las cosmografías y todas las innumerables estampas que, sin temor de repeticiones inútiles, los viejos maestros consagran a los trajes, a los oficios, a las costumbres de una sociedad rica y pintoresca: uno no se cansa nunca de reunirlas en Alemania. *Deutsche Vergangenheit*...

Este orgullo es comprensible. Y cualquiera que sea la nación a que nos refiramos, podemos compartirlo desde el momento en que tenemos un deseo de cultura. Estas ciudades renanas conocieron a la sazón algunos decenios de plenos logros. Y no porque fueran enormes: hacia 1450, Basilea no tenía más de ocho mil habitantes, y en 1440, Francfort tenía menos de nueve mil; Nuremberg, en la misma época, rebasaba apenas los veinte mil. Lo cierto es que estas ciudades supie-

ron alcanzar sus fines. Fugazmente, pero con brillantez, en ellas se encarnó un ideal: de cultura burguesa, urbana y renana a la vez.

Por un momento, el Rin estuvo en condiciones de cumplir con su papel. El de un río que las leyes geográficas no moldearon para que dividiera herencias o dictara sentimientos de odio o de celos mortales a unos hombres en contra de otros. El papel de un río que a la vez divide porque, ancho, profundo y rápido, constituye un foso, y reúne porque, libre de obstáculos, animado por la velocidad característica de la pendiente, es una ruta. No reúne fatalmente: toca a los hombres buscar o repeler la unión. No divide necesariamente: los hombres son libres de pasar de una ribera a la otra, utilizar los vados, los bancos de arena, el suelo natural de los hielos, el suelo humano de los puentes. Un lote de posibilidades y ninguna fatalidad: esto es lo que aporta, como dote, a las sociedades humanas que se le aproximan y lo enmarcan. Porque supieron tomar algunas y apropiárselas –las ciudades renanas del fin de la Edad Media merecen que reconozcamos en ellas un triunfo del genio humano.

Sólo que, ¿podía este triunfo prolongar sus efectos? Profetas después de ocurrido el hecho, vamos sobre seguro y podemos responder que no. Pero nuestro oficio es comprender y explicar. Este eclipse de ciudades por un instante resplandecientes y que tan rápidamente dejan de tener un sitio en la historia de Europa; ¿alcanzamos a ver las causas de esta declinación de una forma de cultura y de civilización particular? Por cierto, y precisamente vinculadas a uno de los aspectos más marcados de este problema histórico del Rin, del que intentamos esbozar aquí aquello que nuestros padres llamaban una "visión desprejuiciada". *Deutsche Vergangenheit*, sí: en la plena medida en que persiste, a lo largo del pasado de organismos cuya reunión constituyó, finalmente, Alemania en el sentido moderno del término, un rasgo, el contraste agudo entre una prosperidad material muy grande y una sorprendente insuficiencia política.

Ciudades del Rin, ricas, muy pobladas, vigorosas... Pero, ¿qué hay por detrás que coordine su acción, apoye su esfuerzo? ¿Captamos, desplegando y enmarcando su poderío municipal, el poder de un príncipe, de un rey de Germania fuerte como sus vecinos, los reyes de Francia o de Inglaterra, capaz, como ellos, de agrupar en torno a una monarquía hereditaria las fuerzas acumuladas de un país en vías de centralización?

No rehagamos el esquema de las debilidades, de las incertidumbres y de las contradicciones de un poder imperial que impone a un soberano vitalicio el peso agobiante de una política mundial y, para conducirla a buen fin, la nada: ni flota ni ejército ni diplomacia ni finanzas imperiales dignas de un proyecto tan grande. Limitémonos a considerar las ciudades. Ricas, sí. Bellas, sí. ¿Fuertes? He aquí el problema...

Ciertamente, conquistaron grandes privilegios, asombrosas libertades y, en la práctica, redujeron a la nada sus obligaciones para con el emperador. Las vemos desplegar su fastuosidad en orgullosos refranes:

Nürnberger Witz, Strassburger G'schütz,
Venediger Macht, Augsburger Pracht,
*Ulmer Geld sind berühmt in aller Welt.**

Pero abramos los doctos estudios que varios eruditos alemanes consagraron a las capitales del viejo Rin. En las torres bien vigiladas, rivales de la *Pfennigthurm* que con orgullo saludaban los estrasburgueses al desembocar en la plaza de los Franciscanos, en dirección del Holweg de las Grandes Arcadas; en los profundos sótanos enrejados había, desmañadamente apilados, sacos llenos de oro y de plata. ¿Con qué fin? La casi totalidad de los recursos se destinaban a la defensa militar. A la reparación de muros. A los bastiones para tenerlos al corriente de los progresos, a veces rápidos, de la balística. A los cañones de bronce que había que fundir. A los artilleros, especialistas exigentes, que había que pagar. A las balas de cañón, a las postas, a la pólvora, a las armas blancas, a los arcabuces de defensa que había que mantener en los arsenales. Al ejército de conserjes a los que había que retribuir, que por la noche cerraban las puertas diligentemente y por la mañana entregaban prisioneros, a la patrulla, a los extranjeros sospechosos de ser demasiado curiosos. Y también a los embajadores a los que había que compensar los gastos de viaje, a los mensajeros a los que en todo momento había que proporcionar caballos rápidos para que instantáneamente pudieran partir, cruzando, a rienda suelta, las grandes rutas del mundo en busca del emperador, de los príncipes, de las ciudades aliadas... Todo eso que en nuestro mundo moderno depende del estado, se remite al estado,

* El ingenio de Nuremburgo, la protección de Estrasburgo, la fuerza de Venecia, el esplendor de Augsburgo y el dinero de Ulm, famosos en todo el mundo. [E.]

está asegurado por el estado, potencia colectiva que recibe de todas partes para repartir equitativamente entre todos, "el fuerte que sostiene al débil", como reza la antigua fórmula: la ciudad del siglo XV garantiza todo esto –la ciudad soberana que paga duramente su soberanía. Que muere por ella.

Y luego está el problema moral. Hoy, a la distancia, podemos, si queremos, en estas ciudades pintorescas, imaginar una paz idílica, la fuerte resolución de un alma unánime. Los textos responden: divisiones, envidias, antagonismos solapados o declarados, perpetuas escisiones, a veces revoluciones –y violentas. La oligarquía de los *divites,* de los ricos, que para empezar aplastan a los *mediocres* y a los *pauperes.* Advenimiento de una plutocracia. Y luego, la rueda que gira, los hombres que tienen oficios agrupados para, con el apoyo de los nuevos ricos, suplantar a los patricios. Las expulsiones y las confiscaciones son continuas –los proscritos merodean en los alrededores de la ciudad para entrar en ella, una bella mañana, a la hora propicia... En la época en que nos colocamos, los gremios predominan por doquier; en la ciudad, nadie tiene un lugar definido más que por su intermedio –y los que ejercen alguna profesión insólita o rara son inscritos, de oficio, en la lista de una corporación fundamental: tenemos así, en Estrasburgo, la firma de Jean Calvin en el registro de sastres, enriquecidos por la presencia de un cofrade más bien novicio. Ahora bien, estos gremios son una mala escuela de política en verdad.

En el interior de cada uno hay conflictos; hay pugnas entre unos y otros: para ampliar su lugar en la ciudad; para conquistarles, a los miembros del gremio algunos empleos municipales suplementarios; para el paso en las procesiones... El gremio primero, aunque la ciudad tuviera que morir de hambre: es la historia de los compañeros panaderos de Colmar, que en 1495 abandonaron el trabajo, incluso la ciudad, porque su lugar tradicional en la procesión del Santo Sacramento había sido usurpado –¡qué escándalo!– por otros; durante diez años van de apelación en apelación, de Oberbergheim a Ensisheim, de Ensisheim a Francfort, apoyados por todos los compañeros panaderos de las ciudades vecinas, hostiles a sus propios conciudadanos; y finalmente triunfan, en 1505. Historia típica; una entre cien, todas iguales. Entonces, visiones amplias, una visión del campo político, la capacidad de prever las repercusiones de una medida local: ¿cómo pedir todo esto a hombres que ni siquiera se elevaban a la altura de la noción de interés municipal?

Dejemos de lado, pues la comparación sería injusta, las ciudades italianas: Florencia, que uno no descubre nunca, de lo alto o desde lejos, sin una emoción sagrada: al pie del campanario, que resalta, rojo y sólido, en la plaza de la Signoria; al pie de la cúpula de Brunelleschi, famosa sobre la ciudad bañada de crepúsculo, tantos héroes han llevado en el corazón, con el amor apasionado de su ciudad, la ansiosa preocupación de triunfar ahí donde la Razón y la Belleza aún tienen sentido... Pensemos modestamente en nuestras ciudades francesas, en nuestras burguesías del siglo XV: cerrando filas voluntariamente alrededor de la monarquía nacional en el momento en que está en peligro, apoyando a Luis XI en contra del "Bien Público", al joven Carlos VIII contra los príncipes y, gracias a su lealtad inteligente, salvan, tanto en 1465 como en 1485, el poder centralizador y nacional de los reyes. ¿Qué pasa en el Rin? Las ciudades habían contribuido a una gran obra, la Hansa, poderosa creación interurbana. Ahora bien, todas, en esta época, dejan caer su obra, admiten ser incapaces de mantenerla con la proa al frente siguiendo la corriente de los tiempos nuevos... ¿Cómo, entonces, hablar el lenguaje del estado y de la nación?

El egoísmo, pecado inveterado de los burgueses locales. Y cuando la ambición de ganancias, el frenesí de gozar se apodera de ellos, en esos momentos de crisis histórica en que se opera una formidable revolución de mentalidad; en que, frente a la concepción artesanal del oficio para alimentar al hombre, crece una mentalidad enteramente nueva, ingenua y abiertamente anarquista; cuando los nuevos hombres ya no se preocupan por garantizar en la ciudad, en nombre del interés sagrado del consumidor, una función de producción indispensable, sino que, por todos los medios –desde el *dumping* ingenuamente astuto hasta el cínico engaño, pasando por la explotación desmesurada de la mano de obra–, persiguen con furiosa avidez ganancias ilimitadas, el dios de los nuevos tiempos: entonces este egoísmo de los burgueses, divididos contra ellos mismos y contra su propio siglo se convierte en ferocidad, avalancha de apetitos salvajes.

Comerciantes, los grandes comerciantes del siglo XVI, con sus ricos palacetes, sus bellos muebles pesados, la exhibición de un lujo que no esconde sus recursos sino que ostentosamente se engalana con

ellos: volveremos a presenciarlo, porque nos legaron, para alegría de nuestros ojos y el orgullo de nuestros museos, vigorosas esculturas, macizos aparadores en sus pomposos salones, suntuosos tapices traídos de Oriente. Pero ¿vemos de frente a estos hombres?, ¿y no uno a uno, aislado, sino a todos juntos, todos aquellos cuyos rostros han llegado a nosotros?

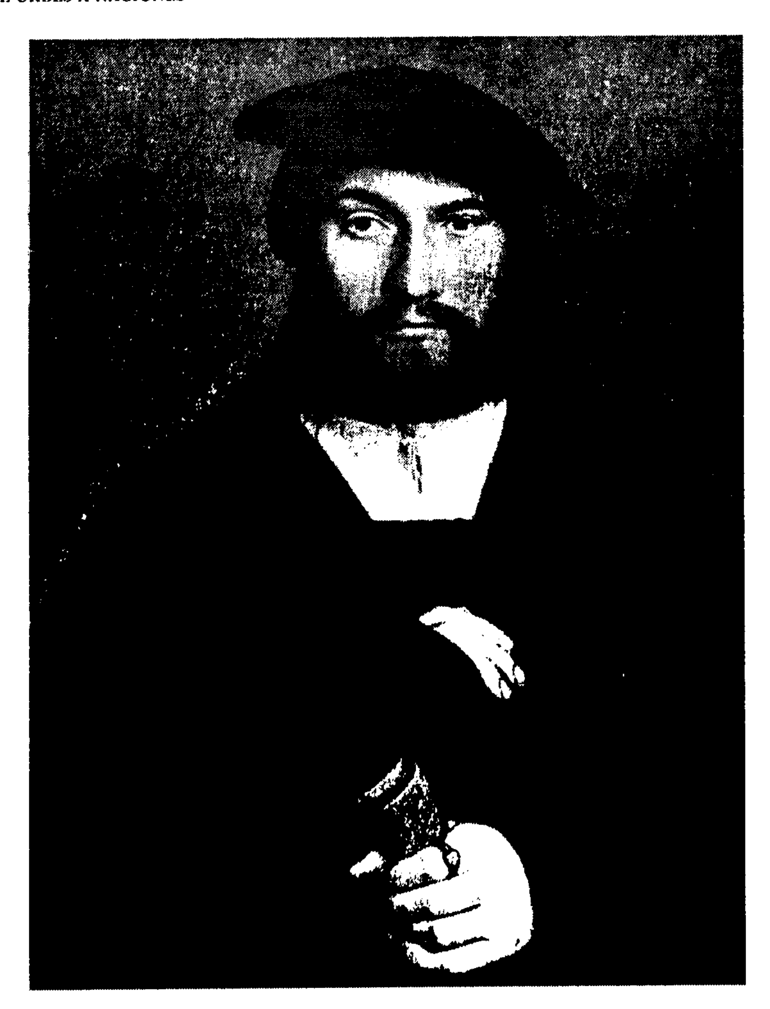
Londres, la capital de Enrique VIII. La de los comerciantes del Rin también. Retratados en su Stahlhof por Hans Holbein, augsburgués transformado en basilense y que morirá a los cuarenta y seis años siendo londinense –helos aquí a todos, los burgueses, los comerciantes, los financieros del Rin: los de Basilea, de Colonia y de Duisburgo, que se yerguen delante de nosotros uno junto al otro, príncipes del negocio vestidos con telas y pieles discretamente suntuosas. Inolvidables. Unos ojos y unas manos que, habiéndonos atrapado, no nos dejarán más. Ojos implacables que desnudan al hombre, vacían al cliente, al adversario, de todos sus falsos pretextos, lo hurgan hasta el alma –hasta la caja con tres cerraduras y cadenas donde se aloja, precisa, secreta, indiscutible, su realidad financiera. Prototipo del comerciante, Georges Gisze en su puesto de comando con paredes de madera bien ensambladas: magnífico con sus mangas de satén, su camisa de lino plisada, la fastuosa carpeta persa que cubre su mesa, los claveles que respiran en el florero de Murano... Pompa superflua, porque cuando lo vemos nada puede apartar la atención de ese rostro triangular de mentón ferozmente voluntarioso, de esa larga nariz de rapaz delgada en la punta, las aletas duras; sobre todo de esas miradas que salen directas de ambos ojos y que se aplican con precisión mecánica para converger, implacablemente, en el punto exacto que se proponen escudriñar. Las manos de todos estos hombres son más asombrosas todavía: ya sea que sostengan un recibo, con aparente flojedad, o que estrujen por conveniencia un guante aristocrático, o que posadas una sobre otra, hagan entrar en nosotros, alucinante, la mirada de rapaz, la mirada "profunda" de Dietrich Born, coloniense... Toda una clase revive aquí, positiva y seca: los conductores del cortejo triunfal de Pluto, que en ese tiempo plasmaba Holbein en los muros de Stahlhof, sólo que enfrente bosquejaba el cortejo de la Pobreza...

Ojo por ojo, diente por diente: vieja fórmula que repetían los antepasados cuando se trataba de imponer a todos, sin misericordia, la paz de la ciudad. Los nietos, los sobrinos –para ellos exclusivamente,



Hans Holbein el Joven: *Georg Gisze, comerciante renano*
(Museo Kaiser Friedrich, Berlín)

orgullosos de estar solos, la repiten. Al punto que, habiéndolos contemplado largamente, cuando se observan los retratos que en la misma época trazó para nosotros el mismo analista, fríamente lúcido, de la corte de Inglaterra: Enrique VIII, rostro macilento de vividor y



Hans Holbein el Joven: *Hermann Hillebrandt, patricio coloniense*
(Museo Kaiser Friedrich, Berlín)

ojos malvados; sus sucesivas esposas: Jean Seymour, Anne de Clèves, la bella Catherine Howard, ninguna da señales, por cierto, de trazas de excesivos escrúpulos: sin embargo, respiramos; nos creemos liberados; no sentimos ya sobre nosotros, tensa y metálica, la mirada del

comerciante, del burgués, del banquero renano –del contemporáneo de Jacobo Fugger.

La moral. El egoísmo de cortas miras de las sociedades burguesas. Pero hay algo más, otras imposibilidades cuando menos igualmente fuertes.

Entre las ciudades y el campo hoy no hay separación jurídica. Aquí y allá, el mismo derecho, las mismas reglas para la vida pública y la vida privada, los mismos impuestos, las mismas administraciones. ¿Y antes? La planicie, por un lado, con sus costumbres propias, su derecho comunal. Pasados los muros, franqueadas las puertas de la ciudad, la ley era completamente diferente. Tan diferente que el hombre, si ha penetrado en la tierra prometida, y permanece en ella un año y un día, su pasado queda abolido, y ya nadie tiene derecho de saber qué fatalidades jurídicas pesaban ayer sobre él por su nacimiento: si era esclavo o libre, paria o fugitivo. Es de la ciudad: esto lo cubre todo. Y participa plenamente en la civilización revolucionaria –en la civilización moderna de la ciudad. ¿El hombre del campo? En Alemania, sobre todo, en Alemania más que en ningún otro sitio, sigue estando rigurosa y duramente sometido al dueño de la tierra –al amo que, gracias al derecho de dominio, saca todo el provecho que puede y se esfuerza cada día por arrebatar abusivamente al campesino alguna ventaja. Pero dejemos los abusos, compensados a veces por excesos contrarios; limitémonos al estatus normal y regular: aquí, la autoridad personal y casi absoluta del señor feudal y de sus agentes. La tierra que posee al hombre. Allá, el gobierno corporativo de las ciudades, su derecho moderado y modernizado. El hombre que posee la tierra...

Entre las ciudades, en aquel tiempo, había extensas comarcas, territorios que no tenían las mismas leyes, la misma cultura ni los mismos intereses. Ahí los "animales feroces", una humanidad ruda, semibestial, cuyas salvajes parrandas, frenéticas borracheras y desmañadas rondas a paso marcado con el talón nos hacen pensar en algún rito de hombres primitivos. Y el misterio de los pensamientos oscuros que fermentan bajo esos cráneos espesos, cubiertos por cabelleras enmarañadas... ¿El misterio? A veces un clamor de revuelta rompe el silencio de las ciudades, de los castillos de contención. El labriego se levanta, entonando su canto furioso, reclamando agua y pastos, *Wasser und Weyde*, se abalanza sobre el castillo o la aldea –y luego, sometido,

golpeado, amordazado, recae durante veinte años en un silencio rencoroso. Sólo que va al fondo de los bosques, en bandas insignificantes y malditas, abotagado por la embriaguez alucinada que provoca el estramonio, a celebrar el culto sabático de Satanás, el antidiós de los parias. Aparece Sprenger en escena y su temible Martillo, *Malleus maleficorum*, y durante dos siglos cuando menos se darán a la tarea de quemar brujos y brujas sobre el Rin.

La civilización urbana, en estas comarcas renanas, es brillante, sí, pero atomizada, insular, si se quiere. Islotes jurídicos son estas ciudades alineadas a lo largo del río; islotes de cultura moderna; inmunidades. Se hablan, pero tal como se responden, de Ouessant a Saint-Mathieu, los faros separados por un mar embravecido. A la distancia, por arriba de la planicie y su hostilidad, se hacen señas. Las más viejas dictan el derecho a las más jóvenes. Treinta y dos ciudades o burgos se anexan a la jurisdicción de Friburgo en Brisgau, sesenta a la de Francfort, setenta a la de Colonia; Francfort domina también, jurídicamente, los países del Rin central; Colonia, los del bajo Rin y el sudoeste de Alemania. Mientras que, por Soest, que le presta los elementos de su derecho, irradia hacia el norte, sobre Lübeck.

Se precisa así uno de los aspectos más extraordinarios de esta historia. Estos países renanos no tienen una cultura homogénea. Sirven de soporte a dos sociedades que se distinguen y se confrontan: una moderna, relativamente libre, que da importancia y tiene gusto por la dignidad personal, la iniciativa y el saber; la otra, arcaica, atascada en viejas fórmulas de tenencia de la tierra y sumisión al amo. Que la civilización, al irse extendiendo por el campo, lo recubrió de un manto de libertad, de dignidad y de saber: así ocurrieron las cosas en Francia. Nacida en las ciudades, la organización comunal pronto se convirtió en el bien común de todos; y la urbanidad, paso a paso, hizo retroceder a la rusticidad. ¿En las orillas del Rin? Las ciudades, celosas, se guardaron los derechos adquiridos y el abismo fue creciendo: por una parte, cada vez más libertad; por la otra, cada vez más esclavitud. Ciertamente, el contraste era menor que en el este: eterna oposición de las tierras romanizadas y las otras; seguía siendo demasiado marcado a lo largo del río como para engendrar un dualismo fatal. ¿Cómo, entonces, sobre este escenario, se constituiría una conciencia común, un *Gemeingeist*? Esplendor de las ciudades, debilidades de las ciudades. De Basilea a Wesel, dos Renanias hostiles se espían, se celan, se detestan. La de los burgueses urbanos y la de... –¿debemos

decir de los campesinos solamente? Pero los campesinos son súbditos. El término verdadero: la de los príncipes.

Príncipes del Rin, pequeños príncipes. Pese a sus títulos pomposamente alineados, uno tras otro, sobre diez líneas de vanidosa enumeración. Y a sus genealogías, que se remontan a los romanos. Y a ese poder discrecional sobre sus súbditos rurales de los que no se privan de abusar, cínicamente.

Principados del Rin, pequeños principados. *Kleinstaaterei* jactanciosa, pero que no tiene peso frente a los estados realmente grandes y fuertes. El Rin no es de ningún estado, escribirá todavía Proudhon, poco antes de 1870; y enumerará todos los "países" que, en su tiempo, tocaba marginalmente sin detenerse: Suiza, Austria, Wurtemberg, Baden, Francia, Baviera, Hesse, Nassau, Prusia, Holanda: ya una gran simplificación. ¿Es necesario por ello disertar sobre este tema: el Rin oponiéndose al nacimiento de estados propiamente renanos? Pero entre sus pares, los otros grandes ríos, no será el único sin duda, al que los hombres ingenuamente podrían hacer semejante reproche. En realidad, así como las ciudades renanas no supieron, con excepción de Basilea, asentarse hasta ayer en las dos riberas del Rin, los estados renanos no pudieron, por la derecha y por la izquierda a la vez, captar un trozo importante del largo listón fluvial –hacer de él el eje vivo y sólido de una formación política de gran envergadura. Por razones geográficas, como vimos. Mejor todavía, por razones históricas. Las ciudades se les escapan, esos ganglios nerviosos escalonados a lo largo del valle entero. Las ciudades, igualmente impotentes para crear estados alrededor de ellas y absorberse en los estados creados fuera de ellas, para tomar la cabeza de éstos, para proporcionarles las capitales que les faltan.

Sin embargo, en una última ocasión, a fines del siglo XV, el destino irónico tendió a las tierras renanas el espejo velado de un pasado lejano –y murmuró una oferta. Para los burgueses políticamente disgregados, pero que sentían su profunda unidad cultural, por la voz de príncipes poderosos y ricos –los Valois de la rama más joven: Felipe el Atrevido, Juan Sin Miedo, Felipe el Resuelto, Carlos el Temerario, tan diferentes de sus hermanos mayores, los reyes de Francia–, por la voz, entre todas, del "buen duque" Felipe, pronunció un nombre rico de prestigios seculares, el único que hasta entonces sirviera para agru-

par con un vocablo común las tierras tan diversas que reunía el Rin. Había dicho de nuevo: Lotaringia.

Ahora bien, en esa época la sucesión de los Habsburgo –desde Alberto II, titulares irrisorios del Sacro Imperio– parecía abierta. Frente al riquísimo borgoñón, ahíto de los frutos de Flandes, magnífico en sus ropas y sus joyas, excelente en sorprendentes puestas en escena y además apoyado en un sólido ejército, ¿qué podía oponer un Federico III indolente, buscador de placeres viles y que, al amanecer, abandonando vergonzosamente las ciudades que le habían dado albergue, olvidaba pagar sus deudas? Por lo demás, la poca fuerza que tenía residía en Austria; su centro de acción se encontraba en Innsbruck; su ruta en los Alpes era la del Brenner: otros tantos inconvenientes para esos burgueses renanos que, viviendo del tráfico de Lombardía al Mar del Norte, se orientaban naturalmente hacia el Septimer, el Gotardo, incluso el San Bernardo.

En cambio el borgoñón lo tenía todo para agradar. Y a todo el mundo. A los caballeros que veían su propia decadencia con amargura les ofrecía sus célebres torneos, sus desfiles triunfales, sus juramentos a la moda antigua: todo un ideal un poco adulterado, muy artificial, pero que se encarnaba naturalmente en la persona caballeresca del fundador del Vellocino de Oro. A los burgueses místicos y realistas los seducían tres cosas. Primero, sus observancias devotas, sus ayunos, su capellanía, su culto apasionado de la Virgen. Luego su gusto por los cuentos picantes, las *Cent nouvelles nouvelles*, contadas o vividas. Sobre todo, en el momento en que, obsesionados por sueños de opulencia, las imaginaciones se escapan hacia el Oriente seductor, viajan con Marco Polo, el hombre de los millones, entre los prodigios del Asia central, o navegan, siguiendo a Gadifer de la Salle o Jean de Bethencourt, hacia las islas Afortunadas; en el momento en que los peregrinos, en el retablo de Gante, salen para adorar al Cordero de una selva, real o imaginaria, de magníficas palmeras, de cipreses y de pinos reales (pensamos en la selva maravillosa, "como si fuera una selva de la India", donde retozaban extraños animales mecánicos el día en que el gran duque Felipe hizo que sus hombres formularan el voto del Faisán), el borgoñón que adoptó la cruzada como programa, envió a Lannoy y a Bertrandon de la Broquière a prepararla, con lo que sedujo a Brujas, la desbordante de vida y, en un revoltijo, a todas las caballerías en busca de cabalgatas, a todos los burgueses ansiosos de ganancias...

Por un instante, sobre el Rin, los que nunca miden la fuerza de la costumbre y de la solidez de estas redes apretadas que tejen las relaciones cotidianas entre los hombres, todos ellos, los hombres de imaginación, pudieron creer que en los campanarios sonaría, alegre, la hora del borgoñón.

Cuando apareció, cuando en 1454, escoltado por embajadas, y haciendo las veces de justiciero devolviendo las ciudades a los desterrados, pacificando y arbitrando los conflictos, realizó su viaje triunfal de Alemania, no hubo burgués que no hubiera repetido, sin duda, en su lenguaje, lo que murmuraban los bobos parisienses al ver caracolear, a la cabeza de un cortejo dorado, al brillante jinete: "Et vela un humain prince! Que benoît soit-il, et tous ceux qui l'aiment! Et que n'est tel nostre roy, et ainsi humain, qui ne se veste que d'une povre robe grise, et ne hait rien que joie!"* Recordemos: la *Adoración de los Magos* que Rogier Van der Weyden pintó para la Santa Coloma de Colonia es un testimonio y un documento. Pues el rey, el viejo mago arrodillado que besa devotamente los pies del Niño es Felipe el Bueno. Y el joven rey, robusto y envuelto en su amplia capa que se inclina detrás de él, con las manos llenas de joyas, es su hijo Charles el Bataillard, el Temerario, como solemos decir. Reyes pródigos que vienen a las riberas del Rin, en la gran ciudad comercial, a ofrecer sus tesoros. Reyes prestigiosos que vienen a repetir la antigua palabra de los carolingios, durante tanto tiempo cara a los países renanos: Lotaringia.

Ahora bien, cuando Felipe el Bueno pidió a Federico III un reino con ese nombre, no pretendía forjar a golpes de espada un conjunto de territorios, someter bajo el yugo borgoñón los dominios dispersos a lo largo del Rin. Cuestión moral, más que territorial. "No rey, sino emperador por su valor", como dice Chastellain, el borgoñón buscaba un título que lo desembarazara finalmente de la obediencia francesa y coronara su sistema de caballería y de cruzadas. No un título real simplemente; cuando se le habló de una monarquía de Brabante, volvió la espalda con soberbia. Un título cargado de resonancias históricas –un título que, justificando una hegemonía, pudiera sostenerse delante de un título imperial: él, el borgoñón, sabría sostenerlo. Un dominio en parte moral y mítico, fluctuante en sus límites, lige-

* ¡He aquí un príncipe humano! ¡Que bendito sea y, con él, todos los que lo aman! ¡Tal es nuestro rey, y tan humano que se viste sólo con un pobre manto gris y no tiene más que alegría! [T.]



Los Valois de Borgoña sobre el Rin. Felipe el Bueno, de rodillas, y Carlos el Temerario, inclinado, como Reyes Magos, en la *Adoración* de Van der Weyden, pintada para la Santa Coloma de Colonia (Museo de Múnich)

ro en sus aplicaciones, por ello más aceptable para esos renanos a los que el duque presionaba sin duda en los dos extremos, por el norte (los Países Bajos) y por el sur (la alta Alsacia), pero al que su Lotaringia parecía querer aportar no simplemente lazos jurídicos y políticos precisos, sino la difusión de una cultura común –lo bastante francesa para ser rica de fondo y de prestigio; lo bastante renana para que en ella reconocieran sus formas eternas de sentir y de vivir...

Sueño poco duradero. En 1467, al "buen duque" indolente y afable, al que amaban con un amor fácil e indulgente pese a su furioso egoísmo, su negligencia y sus irritaciones de niño consentido, lo sucedió el Temerario, activo, "nacido del hierro", que vivió y murió con los ojos puestos en su gran designio: "Je l'ay empris". Proyectos precisos. Intentos positivos de dominación. Traducciones temibles, en lenguaje romano y realista, de las concepciones semimedievales de su padre. En pocos meses, todos los burgueses se alzaron, levantando sus aguijones como las abejas cuando alguien perturba sus colmenas. Por haberse convertido en "empresa", el sueño borgoñón murió. Un día de 1477 zozobró en el fango congelado del estanque de San Juan, en Nancy. La Lotaringia resucitada por los Valois de Borgoña, la cultura "borgoñona" nacida en Francia, vigorosamente enriquecida y transformada en los Países Bajos, tal vez capaz pese a todo de convertirse, en un sentido amplio, en una cultura renana, se vieron barridas. Quedaba abierto el camino para otro ideal. Le tomó mucho tiempo buscarse, encontrarse y formularse claramente. Cuatro siglos de lenta y confusa gestación. Sería necesario el hierro para que el nacimiento tuviera lugar.

Y bien, la historia continúa. A la muerte de cada dinasta, los pequeños estados, divididos como si fueran bienes rurales, se dislocan. Luego se reagrupan para separarse de nuevo. Van, vienen, nutren bandadas de tiranuelos con nombres truculentos y rostros entorpecidos de bestial pesadez: la galería de sus retratos, el preservativo más seguro, en verdad, contra el *morbus dynasticus*; y todavía hay que ver, además, a sus esposas las princesas: paquetes de plumas coronan las cofias galoneadas, las mangas acuchilladas, las faldas tiesas de tantos hilos de oro –y, perdidas en medio de esos chillones esplendores, sus pobres caras insulsas de campesinas de mirada socarrona...

Tomemos, uno tras otro, todos esos estados renanos. Ducados de Juliers y de Berg, con afinidades mosanas y escaldienses; ducado de Cléveris, con afinidades gueldreñas y frisonas: en 1523 se reúnen todos bajo el mando del duque Juan. Reunión efímera; por lo demás, ¿había un estado en esta ilusoria aglomeración de territorios horadados, en plena parte central, por el territorio eclesiástico de Colonia? El Palatinado, con sus bandadas de condes palatinos, triunfo de los genealogistas y desesperación de los historiadores: en él reina, a prin-

cipios del siglo XV, una de las cuatro ramas de los Wittelsbach, que sin la menor duda hereda, a mediados del siglo, tierras de la segunda rama; el estado sigue siendo mediocre pese a todo. Como sigue siendo mediocre Hesse, pese a la reunión en 1500 de sus dos principales troncos, el Hesse Superior con Marburgo, el Hesse Inferior con Cassel. Más al sur está Alsacia, una expresión geográfica, el más asombroso mosaico de dominaciones hostiles, turbulentas y rivales. Enfrente, las posesiones badenses de los Zähringen, a veces divididas, a veces reunidas; finalmente, en 1527, escindidas en dos partes: acá los margraves católicos de Baden, allá los margraves reformados de Durlach. Todo ello mínimo, inestable, precario; del millón de soberanos –un caleidoscopio genealógico.

No cabe duda de que esta diversidad tiende a la unidad. De lejos y desde arriba, se podría bosquejar un brillante cuadro, una simplificación histórica del tablero renano: dos fuerzas, la de las ciudades que se extingue y la de los príncipes que aumenta. Hasta el día en que uno de los dos, habiendo tocado el Rin y, con este contacto, adquirido una fuerza irresistible, se vuelve lo suficientemente fuerte para reencarnar el fantasma del imperio que flotaba sobre esos lugares –para hacer, de una idea o de un mito, una realidad precisa y guerrera. Resumir de tal manera la historia entera de Alemania (y parcialmente la de Francia, Bélgica y Austria): ¡qué tentación! Varias centenas de libros dan testimonio de su fuerza. Nosotros nos resistiremos. El drama es otro –y reducirlo, con tantos adoradores sobrevivientes del bonete de Gessler, a astucias de diplomáticos y a los "grandes designios" de poderosos príncipes por su sensatez es una caricatura, no un retrato. En historia, hay que desconfiar de lo que es demasiado simple. Y la manera de plantear bien los problemas es, a menudo, complicarlos. Los príncipes y las ciudades son dos elementos. Pero no está aquí toda la historia renana. Los príncipes y las ciudades son dos particularidades. Y el hecho que hay que explicar es cómo fue que bruscamente, cuando unos años antes los buenos observadores habrían apostado *en contra*, Alemania optó *a favor*.

Alemania: he aquí el gran nombre que se ha proferido. Si Alemania optó, ¿quiere decir que esta recién llegada ya había nacido? Que el problema esté ahí, en su nacimiento, en su constitución, no en el parloteo ministerial, en los conciliábulos de dinastas henchidos de su propia importancia o de ministros perdidos en sus carteras: hay algo que nos advierte de ello con fuerza. Aquí, en el hecho de que, lenta-

mente, digámoslo, ¿comenzó a formarse Alemania, mientras Francia, aprovechando su avance, se acercaba al Rin por Metz, Toul y Verdún, lo alcanzaba por Estrasburgo y lo bordeaba por Alsacia? Pero, ¿expresarse así no significará caer de nuevo en la sempiterna historia político-diplomática? No, lo que importa es que a partir del siglo XVI, suavemente y como en la oscuridad; a partir del siglo XVII, mucho más deliberadamente; a partir del siglo XIX, por último, con lucidez y voluntad, gracias al esfuerzo no tanto de sus políticos como de sus hombres sensatos, una Alemania grande y nueva, desdeñando las fronteras particularistas y las reparticiones políticas, toma conciencia de sí misma, de su genio profundo, de sus tendencias oscuras. Y dificultosamente, con ayuda de la historia, de la lingüística, de la antropología, también de la literatura y del arte, se forjó un ideal sobre el cual modeló su ser, para después poder rencontrarlo por completo.

III. HACIA UN RIN ENTRE DOS NACIONES

Se anuda así el drama, el desgarrador drama del Rin moderno. Político, si se quiere; pero lo que traduce sobre todo la lucha de las políticas en conflicto es el choque de dos culturas, de dos civilizaciones, una de las cuales, para zafarse mejor de la otra, la toma cuerpo a cuerpo. Seguir, a través de los vericuetos de una historia henchida a la vez de sangre y de pensamiento, las peripecias de la larga batalla es la obra de una vida. Limitémonos, modestamente, a tomar, para definirlos, algunos aspectos de un conflicto de semejante rudeza.

¿Dónde establecemos nuestro punto de partida? Se ha dicho con frecuencia que en la Reforma, el gran resquebrajamiento precursor: el primero de los choques repetidos que, con una duración de trescientos años, van a sacudir el viejo edificio de la Europa medieval antes de que, con un brutal empujón, Napoleón haga que se desplome... En un libro inconcluso, además de mal hecho para su talento de improvisador político y de anarquista de gobierno, ése al que se ha tildado lindamente de "el Robinson Crusoe del socialismo", Pierre-Joseph Proudhon, escribió poco antes de 1870: "Debido al protestantismo se despoja a Francia del Rin en los siglos XVI y XVII". Y continúa su fantasía: "Si Francia hubiera podido volverse protestante, habría conquistado el Rin desde los tiempos de Francisco I. En-

tonces habría sido preponderante en Europa, por mucho tiempo..." Ilusión seductora. Pero antes habría sido necesario –Proudhon lo olvida– que el propio Rin se hiciera, o más bien que siguiera siendo, "protestante". Y luego, si acaso fuera verdad que, entre los allegados de Francisco I, los políticos hubieran acariciado el sueño de una Francia que tomara como teólogo, frente al papa y al emperador coaligados, si no a Lutero, decididamente demasiado carente de sentido diplomático, por lo menos al flexible oportunista de Melanchthon; si en el mundo de los realistas como Du Bellay, que veían a lo largo y a lo ancho, se llegó a pensar que después de todo el imperio bien valía una prédica... dijimos: el imperio, no el Rin. La rueda giró con rapidez; y para empezar, de la Reforma no le tocó al Rin más que división.

Antes de la Reforma, repartición política. Después, por añadidura, repartición religiosa. Durante años, una sorprendente inestabilidad. Un estado podía pasar del catolicismo al luteranismo, del luteranismo al calvinismo, para regresar al catolicismo o al luteranismo. Y tan inveterada era la idea de que la religión era algo que competía al príncipe, tan arraigada, que esas bruscas variaciones, esas alternancias de hostias y de cálices, de misas y de sermones, apenas si provocaban algunos éxodos. Ahora bien, es cierto que, por el juego de los políticos en pugna, la posición diplomática de Francia se ve momentáneamente reforzada a lo largo del Rin en algunos estados. El calvinismo, por otra parte, aunque acorralado en Francia, cuando se implanta en la comarca renana un poco de ese genio francés razonador y generalizador en su lucidez, es el que se desliza por entre el Valle de las Naciones. Están, en conclusión, los éxodos, los refugios: un cronista nos dice que en cierto momento Estrasburgo cuenta entre sus habitantes una mitad de franceses fugitivos... No comentemos vanamente ni estos hechos ni sus consecuencias reales. Tanto más cuanto que, desde el principio, al colocar en primer plano a lo largo de todo el Rin la distinción entre las potencias católicas y las protestantes, la Reforma disimuló la oposición de una nación alemana y una nación francesa. En ocasiones ayudó a la monarquía francesa a actuar en sus fronteras del este. Facilitó la tarea de Luis XIII, que se presentó en Alsacia no como un conquistador con botas sino como protector de las religiones inquietas, una, la reformada por los triunfos habsburgueses, la otra, la católica por los progresos de los suecos. No fue más capaz la Contrarreforma de simplificar un pro-

blema de desesperante complejidad ni de crear un bloque protestante y germánico de una pieza, que se opusiera a un bloque católico y francés. Pues, debido a una singular paradoja, ¿acaso no unió con una Francia católica, ciudades o príncipes, a unos alemanes protestantes?

Dejemos pues, la Reforma. Además, en cuanto al problema que nos ocupa, el interés real que pudiera presentar, yo por mi parte, preferiría buscarlo fuera de lo que para nosotros es Alemania: en los Países Bajos. Un hecho enorme, este divorcio después de tanta sangre derramada y tantos patíbulos levantados –este rompimiento de las Provincias Católicas a las que los archiduques darán, durante algunos años, el esplendor un poco decepcionante de una civilización que el nombre de Rubens nos permite situar– y las Provincias Unidas calvinistas, trabajadas por la levadura de los refugiados valones. Un hecho europeo de mayor envergadura que no tenemos tentación de creer porque, en estos dominios del bajo Rin, del bajo Mosa, por tanto tiempo inciertos en su denominación, se opera entonces una distinción tajante. Atravesando el río, un límite. Más allá, nítidamente definidas, dos unidades que no cambiarán de forma a partir de ese momento: la unidad católica de lo que será el estado belga; la unidad calvinista del estado neerlandés.

He aquí que el "Rin alemán" queda decapitado. Amputado de sus embocaduras nutricias. En el momento preciso en que, por lo demás, otra separación se vuelve definitiva y esta vez lo corta de sus raíces, de sus raíces que se hunden por los Alpes hacia Italia: Suiza se completa, se opone cada vez más a todo lo que no es ella. Así, por vez primera, toma forma y figura el nuevo orden de cosas sobre el que a partir de ese momento van a contar, para montar sus combinaciones, los políticos y los diplomáticos de toda Europa. A uno y otro extremo del eje renano están los dos platillos de la balanza renana. En uno, con todo su peso, Francia: una persona mayor, una gran dama con blasones de nobleza inmemorial. En el otro, una masa confusa de ciudades y de príncipes, de estados medianos o minúsculos, casi todos divididos en trozos, separados a veces por días de camino: las Alemanias, unidas por la lengua, divididas por la religión, opuestas por el interés, desgarradas por la política. Incapaces de unirse. Imposibles de integrar a las unidades vecinas. Dos platillos, una balanza. Y entonces se dibuja la aguja del fiel, los Países Bajos, inclinándose ya a la derecha, ya a la izquierda, siguiendo las oscila-

ciones de la situación europea: los Países Bajos, custodios avanzados de un Rin que vacila durante mucho tiempo, se ofrece y se rehúsa por turnos, querría reservarse, no tomar partido, y luego, cuando una emergente Alemania muestra su vigor y proclama su voluntad de existir y de ser fuerte, entonces cede, se abandona e, inclinando todo su peso hacia un solo extremo, hace que durante años uno de los platillos descienda.

Momento decisivo es aquel en que el Rin, habiéndose prestado por tanto tiempo a veinte potencias, y no entregándose a ninguna, renunciará a su actuación secular de árbitro y de mediador. En el origen de esta evolución coloquemos la distinción, la toma de conciencia definitiva y categórica sobre qué es Bélgica, qué es Holanda. Con esto se reintegrará fuertemente por primera vez la acción de la Reforma en esta historia: la historia de un río de las naciones progresivamente reducido a no ser más que un río, objeto de discusión de dos naciones.

Tras la Reforma, ¿dónde marcar la etapa? ¿Hasta dónde ir, de un salto, para descubrir aspectos nuevos? ¿Hasta el siglo XVIII, al gran giro de 1750? Más allá, cuántas perspectivas desconocidas... Sin duda, pero para entreverlas ha sido necesario caminar un buen trecho. Fue necesario atravesar el siglo XVII...

El siglo XVII, clásico e inmutable. Un gran rey dentro de un gran escenario. Controlada la naturaleza, como el arte, para su esplendor. Columnatas de árboles enmarcan columnatas de mármol; tejos seculares forman el trasfondo de dioses romanos –y por encima de los remates del castillo, la capilla de Mansard que domina los parterres construidos por Le Nôtre... Apariencias fáciles. En realidad, bajo la cubierta de una estabilidad apoyada en el pasado, segura del futuro, un sordo trabajo se lleva a cabo, un mundo está en gestación. La voz de Bossuet proclama certezas; otras voces, en la sombra, murmuran agrios cantos, sobre todo desde el fin de la guerra de los treinta años, esa guerra de religión europea, tan atroz, más irrisoria aún que nuestras guerras de religión francesas. Una bella experiencia en verdad, y convincente: que para los jefes políticos, las confesiones en pugna, el catolicismo y el protestantismo, figuraran no como sentimientos o doctrinas, sino como expedientes diplomáticos a lo sumo, instrumentos de dominación temporal, una mascarada profana –la demostración era perfecta, consumada, perentoria. ¿Y quién entre aquellos cu-

yo pensamiento crítico no aceptaba las leyendas estereotipadas no lo habría comprendido? Como siempre, una corriente de ascetismo se había perfilado: en Francia, finalmente, había llevado a Port-Royal a elevadas conciencias, exigentes y altivas, mientras que las almas tiernas seguían los senderos místicos. Pero, como siempre también, cuando los razonadores, los lógicos, los intelectuales puros, apartándose de las prácticas consagradas, lentamente, secretamente se habían dedicado a fundar –¿qué? El culto a la patria, es decir, a la nación. Altar contra altar.

Los precursores: esos libertinos sospechosos, más o menos acosados por la iglesia y el parlamento. No se les da su lugar. Sin embargo, lo que a través de ellos se elabora en Francia es nada menos que una jerarquía bastante notoria: lavada por tantas tempestades, su fórmula reaparece, tenaz, en las fachadas de nuestros ayuntamientos: "La Nación, el Rey, la Ley". La nación a la cabeza tiene precedencia. Pero cuando en 1676 y 1677 Denis Veiras d'Alais publica las dos partes de su viaje imaginario al país de los sevarambos, cuando nos describe la religión de los indígenas ejemplares descubiertos por su héroe, ¿cuáles son, si hemos de creerle, sus divinidades? Un dios puro espíritu, al que se adora sólo en espíritu. El sol, rey de luz y fuente de vida. La patria, en fin, simbolizada por una mujer alimentando a sus hijos. La patria, no el rey. La nación, no la dinastía. Y recordamos las páginas de Bayle, en *Avis aux réfugiez* de 1690, su gradación de los deberes: adorar a Dios; servir a nuestra patria; después, solamente después, amar a los padres. También aquí desaparece el monarca –se absorbe en la nación...

Ahora bien, esta nación se organiza. Miremos hacia el Rin. Un pequeño país, dividido en su seno, cortado en trozos, segmentado en cien pedazos diversos. Un mosaico cuyas piezas, desunidas, juegan y se disgregan. Francia viene y toma a Alsacia a su cargo, y he aquí que su justicia, dominando a las justicias particulares, introduce orden y claridad. He aquí que sus agentes, vigilando las administraciones locales, eliminan en ellas los abusos más escandalosos. He aquí que sus intendentes, poco a poco, eliminan y remplazan a los tiranuelos que, allende el Rin, con las cargas gravosamente percibidas sobre Alsacia, mantienen a sus queridas llamativas e, imitando a Luis XIV, se "muestran" galantes en los Versalles de importación. Al país de tal manera ordenado poco a poco, ¿le falta una cabeza? Por Francia una vez más, Estrasburgo que se separa, Estrasburgo que logró, por así decir, po-

nerse fuera de Alsacia, retoma su papel lógico, se convierte en la capital, residencia del intendente y del gobernador. Y por primera vez desde hace mucho tiempo, la flecha de su catedral se convierte en símbolo y domina una región que, lentamente, toma de nuevo conciencia de una unidad orgánica y profunda... Unos cuantos años más –a partir de 1750, el claro anuncio de tiempos nuevos. Una página que se pasa. Páginas nuevas, que se ofrecen.

No salgamos de esta Alsacia. Nos sirve de guía de manera excelente. 1750: es el momento en que cesa, finalmente, la persecución contra los protestantes. El momento en que las pequeñas ciudades de Thann, de Wesserling, aceptan pese a su religión, a los protestantes de Mulhouse, inventivos e innovadores, y que traen consigo los beneficios de la industria. En los salones de los cardenales de Rohan, en Estrasburgo, católicos y protestantes se reúnen y hablan. Un nuevo espíritu se insinúa en las viejas casas y en las viejas calles de la antigua república. Los predicadores de la Reforma, J. L. Blessig y Isaac Haffner, se apartan de la ortodoxia morosa. En 1753, Estrasburgo brinda una buena recepción a Voltaire y doce años después a Jean-Jacques. La actividad intelectual renace. Se fundan sociedades de lectura en Colmar, Estrasburgo, Mulhouse. Se forma, también en Estrasburgo, una academia provincial, siguiendo el ejemplo de las creadas por los loreneses en Metz y en Nancy. Todo esto en el terreno del espíritu. ¿Y en los otros? 1745, excavación del primer pozo de petróleo en Pechelbronn. 1746, establecimiento en Mulhouse de una manufactura de telas pintadas. 1764-1767, en Baccarat, Saint-Louis, las dos cristalerías. 1769, la fábrica Dietrich en Niederbronn. Unos cuantos ejemplos entre muchos otros. Testimonio de un vigoroso esfuerzo en dirección de un porvenir menos estrecho. La vida se vuelve más amable a la vez que más desahogada. Crea para sí un marco a la francesa. En las viejas calles de Estrasburgo, diez casas: cinco del siglo XVIII. Se ha dado esta cifra: 1 550 fachadas sobre 3 600. Ahora bien, este siglo XVIII de arquitectura pregona a Francia. Ya sean moradas particulares o, mejor aún, grandes edificios importados de una sola pieza, implantados sin retoques dialectales en la buena tierra de Alsacia. Como el palacio que, siguiendo los planos de Robert de Cotte, el arquitecto episcopal Massol construyó para los Rohan. O las bellas mansiones, de aire noble, de puro estilo, que los dignatarios del cabildo, los abades de las

grandes abadías alsacianas, los príncipes investidos coroneles de regimientos al servicio de Francia, se construyeron en la calle de la Nuée-Bleue, en la calle Brûlée y a lo largo del Broglie. Francia crece unificando, conciliando. Francia se establece fuertemente en su Extremo Oriente, sobre el Ill, sobre el Rin. Pero este Rin, ¿acaso no lo cruzó ya desde hace mucho tiempo?

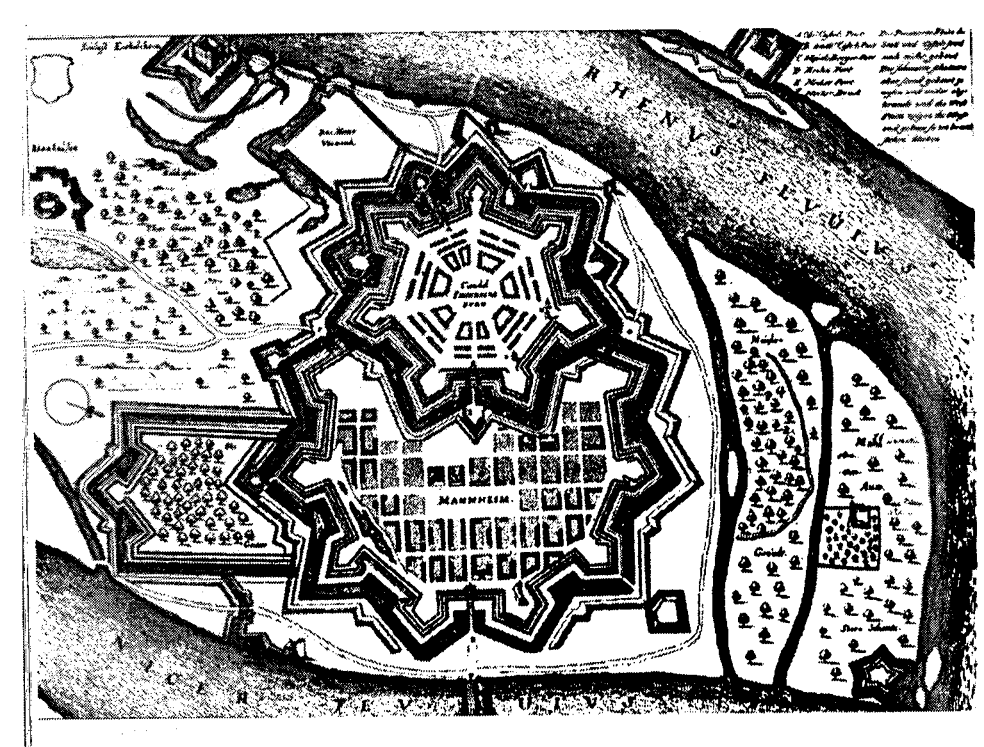
No se trata aquí de ejércitos, de guerras, de diplomacia –de toda la acción, por cierto poco coherente, de una política que apunta a dos Alemanias disociadas y que no se niegan ni a las alianzas fratricidas ni a las seducciones del oro y de las pensiones francesas: ¿el cuerpo germánico no será aliado de Luis XV? ¿Sus contingentes no conocerán, con Soubise, la derrota de Rossbach? ¿Y el Muy Cristiano veleidoso, tironeado entre las camarillas de su corte, su propio "Secreto" y las políticas de sus ministros, no sería, alternativamente, el aliado de Austria contra Prusia y de Prusia contra Austria con todo lo que estas actitudes contrastadas implican de intervenciones, abiertas o clandestinas, en el extraño conjunto de los dinastas germánicos?

Pero hay otra cosa, más grave aún, y más profundamente duradera. Está cien veces descrita, de una amplitud, de un poder, de una universalidad incomparables, la invasión de los usos y las costumbres, de la comida y de la ropa, de los refinamientos del arreglo y la apariencia, de los estilos de mobiliario, de arquitectura, de la decoración en uso en las orillas del Sena, en los salones de París –todo ello transmitido por una lengua precisa, imagen de una sociedad razonable y razonadora, y que se instala brutalmente, en pleno corazón de una lengua alemana menospreciada –buena, decía Voltaire, para los soldados y los caballos. Está la Alemania colonizada por los protestantes franceses atraídos allende el Rin por sagaces príncipes –en ningún sitio más y mejor que mediante esos electores de Brandeburgo, pronto reyes de Prusia, a cuyas empresas vienen tantos calvinistas franceses para llenar los puestos ejecutivos en su estado naciente a la vida moderna: ya se trate de la industria, el comercio, las finanzas o el ejército. Más tarde, en el siglo XVIII, Alemania, literalmente invadida por oleadas de franceses de todo oficio y origen, aventureros o burgueses asentados, artesanos probos o bribones en busca de ingenuos, temerarios en dificultades con la justicia o padres de familia en busca de empleo. Dejemos de lado el estado prusiano con Federico II, ese hijo intelectual de Francia que hablaba francés, escribía en francés, razonaba en francés, que se instruyó en la escuela de Voltai-

re y de Maupertuis, que coleccionaba cuadros de Watteau y Lancret: su ejército, una especie de legión extranjera donde abundan los franceses en todos los grados: se dice que 25 000 en 1773. Pero, ¿y en otra parte? Pero, más que en cualquier otra parte, ¿en el Rin?

Todavía hoy no hay más que abrir los ojos al pasear para encontrar a cada paso los testimonios monumentales de esta singular conquista de un pueblo, más exactamente, de toda la facción dirigente de un pueblo, por el arte y las costumbres de un pueblo vecino. En este valle donde, durante un siglo, sin tregua y sin miramientos, se lanzaron uno tras otro los regimientos de Spinola, las bandas de Mansfeld, los soldadotes de Tilly, los suecos y los mercenarios de Bernard de Saxe-Weimar precediendo a los ejércitos de Turenne y los ejecutores de los furores de Louvois; en este valle donde, en la aurora del siglo XVIII, todo parecía querer rehacer y restaurar aquello que constituye el escenario obligado de una vida principesca que se reconstruye con una continuidad y una prodigalidad asombrosas.

¿Quién reconstruye? Los príncipes, influidos por el *Bauwurm* (gusano de la construcción) y que, alucinados por Versalles, obsesionados por Marly, se arruinan y arruinan a sus súbditos para satisfacer sus gustos –con el riesgo, al volverse una vez más hacia la pródiga Francia, de exigirle los medios para tapar las deudas demasiado escandalosas. ¿Qué es lo que hacen? Iglesias, teatros, castillos: "residencias" imponentes sobre las que se proyecta la sombra de Versalles, mansiones de recreo o casas de citas que hacen pensar en los Trianones: la Favorite a las puertas de Maguncia; la Solitude en los alrededores de Stuttgart, donde el Monrepos de los príncipes de Wied que domina el Rheinthal está tendido a sus pies, de Neuwied a Coblenza. Mejor aún, se rehacen o hacen ciudades, que vienen a sustituir en la preferencia de los maestros a las viejas metrópolis: Bonn, donde residen los electores de Colonia; Coblenza, la predilecta de los de Tréveris; Mannheim, fundada en 1606, devastada por los franceses, reconstruida de entre sus escombros y donde el elector Carlos Felipe, dejando Heidelberg incendiada y saqueada, se establece a partir de 1721; Bruchsal, donde se complacen los príncipes-obispos de Spira; Carlsruhe, en fin, y Louisbourg: Carlsruhe que construye en plena selva del Hardt el margrave Carlos Guillermo de Bade-Durlach, potentado que aprecia la buena vida y se hacía atender, dice la historia –o la leyenda–, por ciento sesenta bellas hortelanas: cada velada, el tarot decidía cuál sería la sultana de una noche...



Una ciudad nueva: Mannheim en el siglo XVII

Una vez más, ¿cómo se reconstruye? A la francesa. Por supuesto, alrededor de los Schöenborn de origen austriaco que monopolizan, a principios del siglo XVIII, los electorados eclesiásticos y los obispados franconios (los encontramos al mismo tiempo en Maguncia, Tréveris, Spira, Bamberg y Wurtzbourg), se forma un foco de arte "barroco" alimentado por arquitectos renano-franconios: Welsch, Neumann, Ritter de Gruensteyn, que no se privan de imitar a Marly y su Favorite de Maguncia, obra de arte que desapareció de Welsch, y vienen a París en persona, frecuentan a Robert de Cote, a Boffrand, mandan a sus hijos a la escuela de Francia: el "barroco" entrega las armas al "rococó", para emplear la distinción, por lo demás carente de matices, que les gusta hacer a los críticos de allende el Rin. Exceptuados éstos, pasemos revista a todos los grandes constructores de las cortes renanas del siglo

XVIII: Pigage, Hauberat, Fromont, La Guépière, Salins, Ixnard, despojados de las partículas con las que los gratificaron con largueza y que hacen de sus honestos nombres franceses una especie de nombres de guerra grandilocuentes: Louis-Rémy de la Fosse, cuando uno se llama Le Rouge, Nicolas-Alexandre Salins de Montfort, coronel, cuando uno es simplemente Salins, arquitecto, marido de una estrasburguesa –éstos son los autores de todos estos monumentos, siempre de buen gusto, de excelente gusto a menudo: cerca de Mannheim, los jardines de Schwetzingen; cerca de Düsseldorf, el castillo de Benrath y sus perspectivas. Poppelsdorf, que una avenida une a Bonn; la iglesia de San Blas en la Selva Negra; los castillos de Coblenza, de Darmstadt –cien residencias y mansiones más, terminadas, donde a los muy altos, muy grandes, muy ilustres Señores, el Margrave, el Elector, el Príncipe-obispo los despierta cada día, dentro de su bello escenario francés, su criado francés, los arregla enseguida su peluquero francés, los instruye su maestro de baile o su profesor de modales francés; son servidos, aconsejados, dirigidos y obedecidos por su chef francés, sus jardineros franceses, sus monteros, su cazador mayor, su maestro de danza, su maestro de capilla franceses, todos en la corte, todos pagados el doble que sus colegas alemanes, todos conspirando para afrancesar, en las cosas pequeñas o las grandes, a los que los emplean y a aquellos con los que se codean.

Pues quien viste cada día trajes franceses, quien come cada día a la francesa con platería de Francia, frente a amigas o esposas morganáticas nacidas en París, quien no escribe misivas y no habla más que en francés, ¿cómo evitaría recibir, cada vez más y en todos los grados, las ideas del país cuyas costumbres adquiere? Y que, finalmente, bajo la influencia de estos conceptos importados, tenga lugar una especie de limpieza en las riberas del Rin, en el espíritu de los dirigentes; que destierren de una vez las querellas de iglesias y de escuelas que ponían como gallos furiosos a los controversistas católicos y a los doctores luteranos o pastores calvinistas; que liberen su pensamiento de cadenas seculares, lo purguen de sus fanatismos heredados, abran así el camino a la *Aufklärung*, a la "filosofía de las luces", al racionalismo crítico y liberador –todo esto muestra al fin de cuentas que todo está unido en el carácter de las sociedades: de las palabras se pasa a las ideas, de las maneras corteses a los sentimientos refinados, de la claridad en los diseños monumentales a la claridad en la construcción del pensamiento.

Momento grave para las Alemanias. Están retrasadas, muy retrasadas, y en cuanto a muchos puntos esenciales. De nación alemana, de espíritu nacional alemán, de acciones propiamente nacionales, sigue sin hablarse en la ribera derecha del Rin. Qué contraste con lo que ocurre en Francia –en esta Francia insatisfecha con la unidad, antigua sin embargo y sólida: ¿acaso no se prepara para echar abajo el edificio de su gran monarquía, a remplazarlo por una edificación lógicamente distribuida, como esas Ciudades Nuevas que los príncipes levantan completas, de un solo impulso, en un año?

Observemos: del Lauter al Ijssel, del ángulo nordoriental de la frontera francesa de Alsacia a la separación entre el ducado de Cléveris, territorio prusiano, y las Provincias Unidas, noventa y siete estados se suceden en vísperas de la revolución de 1789. Algunos con 280 000, 160 000 o 130 000 habitantes, los otros con unos pocos miles; grandes como provincias o como cantones. A la cabeza, dinastas que murmuran, henchidos de importancia, secretamente en apuros y que se agitan febrilmente: y es que pasar por alguien en el mundo de los soberanos de quinto o sexto nivel; obtener si se puede, a fuerza de inundar de papeles las cancillerías, un rango o subir un grado en esta jerarquía borrosa se traducía en la adquisición de títulos sólidos en una de esas pensiones providenciales que caían del cielo versallés como maná en los bolsillos de los hábiles. Sólo que, ¿qué se necesitaba para sostener este juego, puro juego, esta farsa sólo a medias convencional? Ejército no había. Fortalezas no había. Tesoros no había. Von Erthal, el elector de Maguncia que en 1785, en 1786, presentándose como defensor de las libertades germánicas, obstaculizando los propósitos del Emperador y del Papa, vende su crédito a cambio de buenos táleros o de sonantes gulden –Von Erthal, archicanciller del imperio, posee 100 efectivos de caballería, 120 artilleros y 12 zapadores mineros para sostener su alta política. Manejos diplomáticos, actitudes a lo Luis XIV, maquiavelismo de jugador de ajedrez –y al final, ¿qué? Unos cuantos millares de escudos para el señor si tiene éxito; y para sus súbditos, si la suerte no lo acompaña, las molestias muy reales, nada quiméricas, de una invasión y de una ocupación.

Los súbditos: nada más absoluto que su indiferencia frente a los grandes designios en miniatura. Todo el juego tiene lugar sin ellos. Ni siquiera lo observan como espectadores. Ellos cultivan sus viñedos, labran sus campos, fuman sus largas pipas y sorben en sus jarros la cerveza fresca o sus vinos de ámbar dorado en vasos de colores. Mediocri-

dad agrícola: todo progreso se topa con el corsé de hierro del régimen señorial. Mediocridad industrial: toda iniciativa se quiebra contra las rutinas corporativas, traducción de una mentalidad muy vieja: fabricar poco, vender caro –siempre con la mirada celosa puesta sobre el vecino... Mediocridad comercial, en fin: el Rin sigue obstaculizado por los privilegios de las ciudades y de sus barqueros, las rutas terrestres son sólo trozos que suelen romper los límites de los estados, por lo demás interceptadas por veinte puestos aduaneros. Mediocridad: un estado de hecho y un estado de ánimo; un ideal apagado.

Poca o ninguna cultura entre las masas. Ninguna visión amplia del mundo y de sus necesidades. Esos labriegos trabajadores pero sin iniciativa no ven más allá de sus necesidades satisfechas; esos artesanos, esos obreros de las ciudades esclavas de viejas fórmulas; los propios burgueses sin opiniones, sin ideas, contentos con las pequeñas satisfacciones que les ofrecía una existencia cómoda, colocados por su nacimiento en una condición que no aspiraban a evadir, por lo demás dóciles a las enseñanzas de un clero que, ni en Renania ni en otros sitios, predicaba la impaciencia o la rebelión: todo ese pequeño mundo de antaño, simple y pacífico, no soñaba más que con el bienestar en la inmovilidad. Y si por ventura, habiendo sacado provecho de los esfuerzos reales que los "déspotas ilustrados" realizaban a la sazón por doquier para "difundir las luces", crear escuelas, transformar la academia de Bonn en universidad, fundar en Maguncia un rival de la antigua universidad teológica de Colonia –un burgués renano nace a la vida de las ideas: ciudadano del universo, *Weltbürger* con sueños que flotan en los suaves vapores de esta Ilustración que conquistaría tantos adeptos, en ese preciso momento, en el río de las místicas– ese burgués no aspira a la nación de sólidos cuadros y de textura apretada; dejando atrás con horror al tipo prusiano de estado militar que ya la regencia de Cléveris coloca bajo sus ojos, sus devociones se dirigen, fervientemente, a la gran patria humana sin ejércitos ni fronteras.

En el extremo norte, las posesiones prusianas; en el extremo sur, la Alsacia francesa: dos adarajas. ¿Sobre cuál, para una reconstrucción de conjunto, se apoyaría la masa amorfa de los pequeños estados renanos? En retrospectiva, así es como vemos el problema; los renanos no se lo plantean. Jugando su tradicional juego, sus dinastas maniobraban entre las potencias rivales, coqueteaban –muy rara vez– con Prusia, más de buena gana con Francia y Austria, viejas hadas benefactoras del mundo diplomático; sellada durante el reinado de Luis

XV, la alianza austro-francesa permitió que los renanos ya no las separaran en sus predilecciones a menudo interesadas. Y si bien algunos jóvenes nobles, por ventura, seducidos por el prestigio del Gran Federico que vindica al fin a Alemania de sus humillaciones, entraban al servicio de Prusia –como Stein, hijo de un consejero íntimo del elector de Maguncia–; si muchos, continuando las viejas tradiciones, hacían todavía carrera en el imperio –ya en tiempos de Luis XV y de Luis XVI, en los regimientos del rey de Francia de guarnición en Metz y en Estrasburgo, los nobles renanos pululan y ganan grados: algunos se destacarán en las guerras de la revolución o del imperio.

En total, sobre esta Renania de donde sigue sin salir un canto personal, se escuchan llamados que vienen de lejos. Del este prusiano y del oeste francés, si se trata de organización política y de unificación. Exclusivamente de Francia, o casi, si de cultura intelectual, gusto artístico, modas y formas de ser se trata. De esta Francia que desde hacía siglos maduraba en su seno, como la buena fruta, sistemas de ideas cada vez más claramente universales y que sobre el último coloca este remate: la palabra superior Civilización, que cubre este arsenal interminable de concepciones humanas en las que los franceses vendrán a buscar tan fuertes razones de actuar y de esperar que descuidarán, por un tiempo, su antiguo sustento moral y espiritual. Reaccionar o renunciar a sí mismos; sin resistencia dejarse absorber moralmente –o bien, de pie contra la corriente, aferrarse para no ser arrastrados y escupir su rechazo en la cara del extranjero: el dilema se presenta. Algunos hombres se agrupan.

Y sin duda durante mucho tiempo no serán más que una minoría. En su acción abundarán las contradicciones. Este Schiller y este Goethe, que desde tan temprana hora quisieron realizar una obra plenamente alemana por la forma y el fondo, como tantos otros de sus contemporáneos, Klopstock, Wieland, Lessing, Herder, Uhland, harán que "puristas" profesionales examinen minuciosamente su lenguaje para expulsar las palabras de origen francés y sustituirlas por palabras de verdadera cepa germánica; estos hombres que participan en todas las exaltaciones, en todas las reacciones del *Sturm und Drang*: de Napoleón I, vencedor en Jena, recibirán con orgullo la cruz de la cinta roja –ellos, que ya habían sido condecorados por la Convención con el título de Ciudadano Francés.

¿Cabe extrañarse? Y ¿qué importa, después de todo, si en esta obra de indiscutible pujanza el analista, el crítico, paseando su minuciosa lupa, puede decir a cada instante: "¡Alto!, ¡idea francesa! ¡copiado de Francia! ¿Forma de pensar, forma de sentir de nuestro Turgot, de nuestro Voltaire, de nuestro Diderot o de nuestro Rousseau?" El hecho que importa, el único, es que a finales del siglo XVIII surge el mi-



El castillo de Benrath, cerca de Düsseldorf: fachada sobre los jardines
(Nicolas de Pigage)

to glorioso de un germanismo creador, a la vez, de la Edad Media (feudalismo, caballería, arte gótico) y del mundo moderno (Lutero, la Reforma, los derechos de la conciencia). Y es que, por tanto tiempo menospreciados y juzgados incapaces de invenciones, los bárbaros, alzando la cabeza, saludan ufanos a sus antepasados alemanes: aquellos cuyo genio original hizo emerger la reina de las naves me-

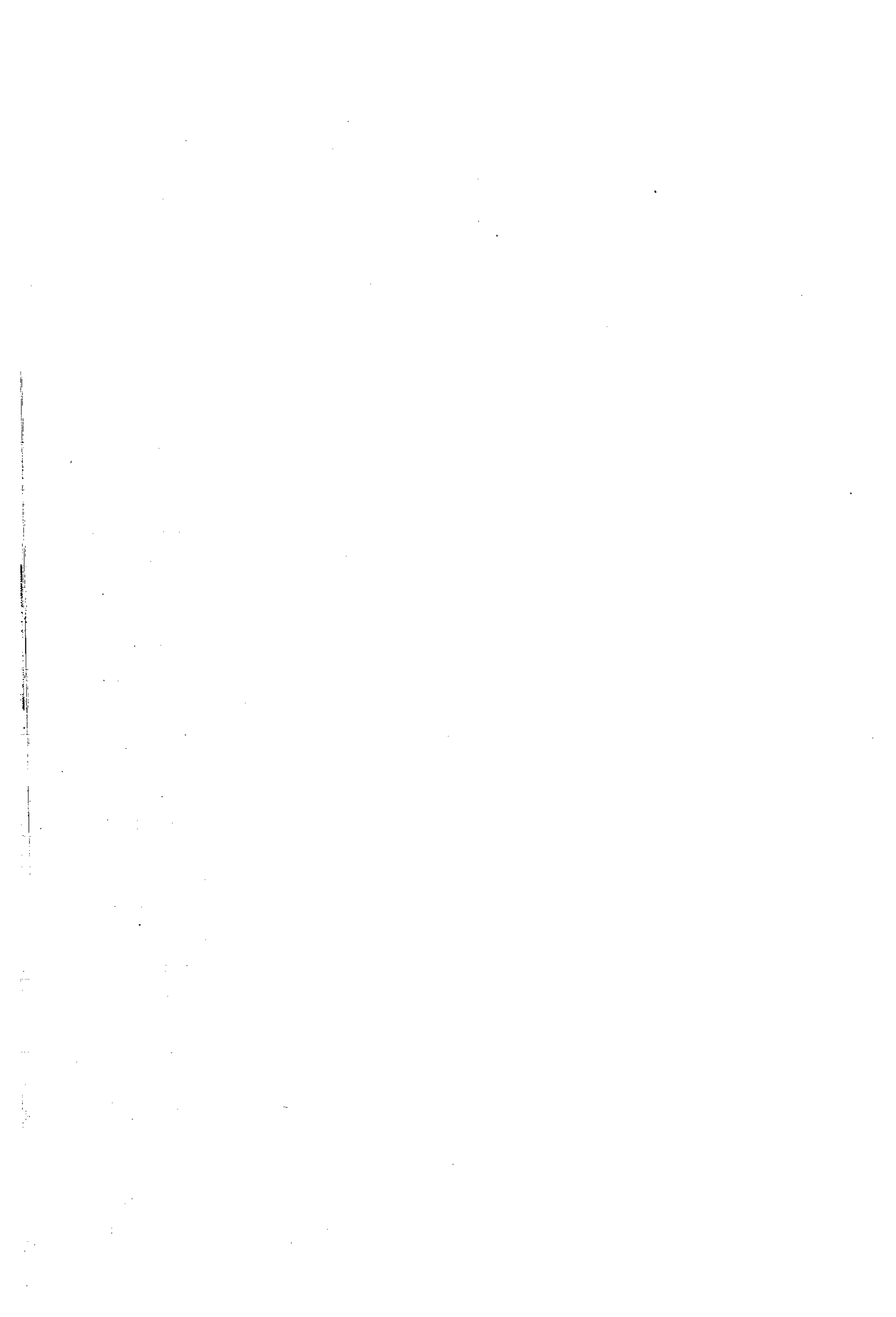
dievales: Colonia; cuando menos es lo que proclaman. Los que engendraron (lo escriben, lo creen, lo hacen creer) la caballería y sus torneos, la escolástica y sus disputas. Aquellos que dieron al mundo, a la vez, la pólvora de cañón del monje Schwarz y la imprenta del maguntino Gutenberg. Aun cuando muy lejos, en el extremo norte de su dominio, en su parte más estéril y más rezagada, un rey genial, Federico II, les confiere la gloria de las armas. Replicar Nuestra Señora de Amiens a quien dice Colonia, hablar sobre Schwarz y su química, Gutenberg y su tipografía, ¿de qué sirve?

Mito –y todos saben que para que los mitos tomen forma no es necesario que sean emanación de realidades. Mito, y bien hecho para seducir a esos entornos luteranos burgueses que, rechazando con todo su ser el racionalismo crítico de los filósofos, se levantan contra todo vestigio, ideas y sentimientos, de catolicismo difuso en una conciencia francesa... Retoma la acción, amplia y eficaz esta vez, un luteranismo que el pietismo tiñe de sentimentalismo romántico y que, después de no haber proporcionado a Alemania más que divisiones y sinsabores, ayuda vigorosamente a los suyos a echar las bases de ese nacionalismo de raza y de lengua del que se alimentarán los alemanes, cada vez en mayor número, antes de inocular el virus en toda la Europa moderna. Francia incluida. Esa Francia ampliamente cosmopolita del siglo XVIII y cuyo "patriotismo" se ensanchó, desde fines del siglo XVII, en los conceptos de sus filósofos, hasta los límites mismos de la Razón. Mito, sí. Y tan seductor, tan elocuente para con los corazones que habrá franceses, como Adalbert de Chamisso o Charles de Villiers, que abjurarán de Francia y voluntariamente se pasarán al germanismo –al campo de los propagandistas ya sin instinto individual, sin el anarquismo sentimental y el libre ingenio y sublevados contra aquello que Görres llamará un día "ese viejo gusto de jardín francés", de arboles rapados y nivelados. Mito –pero uno que cautivará por fin a la viva, parlanchina y volcánica Corinne, ginebrina de ascendencia germánica: su libro *De l'Allemagne* es un gran documento, un testimonio. Que por cierto, por constituir su ideal específicamente alemán, los forjadores de la nueva cultura lo han cocinado y vuelto a cocinar al fuego de un odio salvaje en contra de la Francia que arrojó en tierra germánica algunos de los fundamentos más sólidos sobre los que, audaces arquitectos, edificaron su propia obra. Realmente habría que ser muy ingenuo, incurablemente ingenuo, para mostrarse asombrado.

Es inútil repetir las verdades primordiales sobre la personalidad que se presenta oponiéndose. Pero que el conflicto de dos ideales debió luego conllevar el conflicto de dos políticas es algo de lo que no es conveniente mostrarse asombrado. Contra una Francia que ante la faz del mundo proclama su fe en la Fraternidad cimentada en la Razón, una joven, una nueva Alemania, que opone lo Nacional a lo Humano y que se rehúsa con desesperada energía a la opresión de un talento cuyo soplo sutil y disolvente sentía a su alrededor: una Alemania feroz en sus resoluciones que se retracta hasta tocar en su propio fondo el odio y regocijarse de ello –porque el odio, para ella, era la afirmación exasperada de aquello que había buscado con pasión y finalmente encontraba fascinada: el sentimiento de un yo distinto, irreductible a los demás y gozando temerariamente de sus afirmaciones en extremo cargadas de ingratitud y de un salvajismo brutal– deja a los ingenuos soñadores que se muestren apenados; la lógica de la historia está ahí para darnos la clave de semejante revolución.

Ahora bien, entre las dos naciones que se enfrentan, entre los dos ideales que una y otra se lanzan y se oponen está el Rin. El Rin, eje central, eje vital de una serie de países que atraviesa y, desde hace siglos, encierra entre dos fronteras culturales: una, al oeste, marca los avances y los retrocesos de las influencias francesas; la otra, al este, traduce la línea de demarcación relativamente estable de una Germania que acoge las influencias occidentales o meridionales y a la que podríamos denominar la Alemania de la *Reconquista* –la Alemania penosamente agrandada a expensas de un oriente eslavo que se despliega sobre Asia.

El drama del Rin moderno está ahí. El drama de las Renanias atrapadas entre dos culturas, entre dos naciones –sucesivamente cubiertas y descubiertas– y que padecen pero que vacilan en definirse. Porque no se sienten completamente de ninguna de las dos partes. Reciben, absorben, se prestan por un tiempo, pero no se dan a fondo, desean reservarse, poder dar marcha atrás. Y dan marcha atrás, en efecto.



4. CÓMO SE HACE Y SE DESHACE UNA FRONTERA

I. DEL RIN, FRONTERA DE FRANCIA, AL RIN, RÍO DEL IMPERIO FRANCÉS

Frontera: palabra de ejércitos en movimiento, palabra relativamente nueva que se opone a *límite*, ese viejo término inofensivo de agrimensores terratenientes. Frontera, verdadera frontera, lineal y de choque –uno de esos nervios exacerbados cuyo dolor lacerante lleva nuestra vieja Europa en el flanco: todavía a fines del siglo XVIII, el Rin no era nada de eso, ni de Spira a Cléveris ni más al sur, de Wissemburg a Basilea. Pues Alsacia, donde decenas de príncipes posesionados continuaban introduciendo espíritu, tradiciones, hombres incluso procedentes del otro lado del Rin, Alsacia, que se ponía "como ejemplo del extranjero eficiente" y que extraía del tráfico intenso con la orilla derecha lo más vivo de su prosperidad comercial, ¿era un país realmente unificado? Pero pasando el Lauter, la geografía de los estados a caballo sobre las dos orillas; la complicación de los peajes, las concesiones, los privilegios; la mezcla de intereses privados o públicos: todo descartaba la idea de un Rin frontera, tendido para separar grupos nacionales irreductibles –todo menos el viejo mito forjado sobre el yunque de los *Comentarios* y que, a merced de las políticas, ya entraba en el sueño, ya retomaba vida: pero hablar de ello, nunca.

Que la naturaleza haya asignado a la monarquía francesa como límite oriental el curso del ancho río donde el vencedor de Ariovisto marcara la separación entre Galia y Germania –eso era un dogma. Y se dice que, en un recuerdo recogido en el tomo VIII de sus *Obras* (Berlín, 1848, p. 15), Federico el Grande formuló en 1738: "Que el Rin pueda seguir constituyendo los lindes de la monarquía francesa" –esta monarquía, precisó, "que hacia el oeste no tiene más límites que los de su moderación y su justicia".

Con esto es posible reconstituir una historia sin problemas, partiendo sin elementos oscuros. Hechos que se suceden: 20 de abril de 1792, la guerra declarada por la asamblea legislativa al emperador, aliado del rey de Prusia; casi sin un disparo, los ejércitos de Custine se apoderan de Maguncia, que no trataron de defender ni un ejérci-

to de opereta ni un comandante, Eckmeyer, que terminará su carrera como general francés; los renanos plantan inmediatamente después, de Landau a Colonia, árboles de la Libertad, fundando, en Maguncia, un club a la jacobina, y luego, al vencer Dumouriez a los imperiales en Jemappes, he aquí una Francia nueva que bordea el Rin en toda su longitud –los ciento treinta miembros de una Convención reno-germánica se reúnen en Maguncia para declarar rotos los lazos que los unen al imperio, "en toda la extensión de los países, de Landau a Bingen"; y finalmente resuelven, el 21: "El pueblo reno-germánico desea la incorporación a la República Francesa, y se la exige". Todo esto, se nos dice, en la línea de los tiempos. Del problema moral, nada: véase el texto de Federico II. Un problema político, sí, pero planteado desde mucho tiempo atrás: la solución que la Francia revolucionaria habría de darle ¿no era, sin más, la que desde hacía muchos años la monarquía francesa contemplaba como lícita y normal?

No vayamos tan rápido: la realidad era más complicada. Ahítas de tradiciones pero olvidándose de abrir los ojos al mundo, las cancillerías podían considerar que no tenían que ocuparse de los "súbditos" e inaugurar así la larga historia hacia atrás que va a colmar un siglo agitado. Nosotros, que queremos comprender, acabamos de ver que sería necesario, ante todo, trazar un mapa preciso de las opiniones; mejor dicho, de los sistemas de ideas que, en las orillas del Rin, confrontándose o uniéndose, debían dictar a los pueblos sus reacciones.

Sería necesario. Porque no se ha realizado el trabajo, largo y escrupuloso, que permitiría a una verdadera historia dar fundamento a sus conclusiones. Instintivamente, nosotros, los que somos franceses, vemos cómo avanza triunfal, detrás de nuestras banderas tricolores, sobre una Renania sin sentimientos propios, eso que podemos denominar el sistema de los Derechos del Hombre, ese conjunto de ideas generosas y de impulsos noblemente humanos que llevaban con ingenuo orgullo los soldados del año II, como si de verdad fueran específicamente francesas. Cabe disculparlos de que pensaran de esa manera; a ellos, pero sin duda no a nosotros que conocemos, para no hablar de otra cosa, el programa de los ilustrados de Baviera tal como en 1788, un año antes de la revolución, Mauvillon, un adepto, lo formuló en el tomo V de *La monarchie prusienne* de Mirabeau: libe-

ración de los "siervos de la gleba", abolición de las manos muertas, de las prestaciones personales y de las corporaciones, tolerancia universal de todas las opiniones religiosas, etc.: el programa de la asamblea constituyente antes de la asamblea constituyente. Ahora bien, observémoslo simplemente: ilustrado, Dalberg, futuro príncipe primado de la Confederación del Rin; ilustrado, Montgelas, futuro primer ministro bávaro; ilustrado probablemente, Dietrich, el futuro alcalde de Estrasburgo, y Rebmann, el juez maguntino: unos pocos ejemplos entre muchos otros.

Igualmente, conocemos, deberíamos conocer ese "despotismo ilustrado" que fue, en la Bélgica de ese tiempo, el "josefismo", del que cabe admitir, en concordancia con los tomos V y VI de la *Histoire de Belgique* de Pirenne, que no dejaba indiferentes a los pueblos: ¿acaso no nos muestran esos volúmenes, tan ricos en sugerencias, a la Francia revolucionaria que acaba por realizar esas reformas en Bélgica: igualdad civil, abolición de los derechos feudales, reforma de los códigos y tribunales, supresión de las corporaciones, que José II había promulgado sin lograr imponerlas a las poblaciones reacias: tocaría a nuestra revolución retomarlas, al consulado y al imperio llevarlas a buen término? Así es como Napoleón hace las veces de ejecutor testamentario de José II en Bélgica. Este despotismo ilustrado, que se ajustó a las condiciones locales en cada principado, lo encontramos en el Rin en la víspera de los sucesos revolucionarios, despertando resistencias. Cuando su adepto, el elector Emmerich Joseph, muere en Maguncia, ¿no tuvo que huir el director de la escuela normal que este prelado "amigo de la Ilustración" había creado en 1771, y no tuvo que ver –de lejos– que lo quemaban en efigie?

¿Dónde están los análisis de estructura social, los únicos que podrían arrojar luz sobre semejantes reacciones y, por anticipado, sobre las reacciones del Rin ante las reformas revolucionarias? Pero, vamos, la historia está hecha, en su minucioso detalle, de las marchas y las contramarchas de Custine, de las negociaciones diplomáticas de los renanos, de las deliberaciones de los comités de asambleas revolucionarias; pero no de las filiaciones de doctrinas que permitirían medirlo todo, empezando por las reacciones a menudo hostiles de los pueblos, de las clases y de las religiones contra los sistemas, aunque sean liberales y racionales, pero en los que Trajano, como decía Voltaire, pretendía imponer reformas sin haber inculcado el deseo de ellas ni el entusiasmo a los beneficiarios. Ésta es la clave de tantas

dificultades que surgieron en el curso de los años revolucionarios. ¿La *tabula rasa* renana, sobre la que nuestra revolución vino a imprimir su decálogo irresistible? Dejemos definitivamente de lado todas estas imágenes y planteemos el principio esencial: no hay frontera cuando dos dinastías, establecidas en terrenos a los que explotan, plantan, compartiendo los gastos, algunos mojones blasonados a lo largo de un campo, o trazan, en la mitad de un río, una línea ideal de separación. Hay frontera cuando, pasada esta línea, encuentra uno un mundo diferente, un complejo de ideas, de sentimientos, de entusiasmos que asombran y desconciertan al forastero. Una frontera, en otros términos: lo que la "hunde" con fuerza en la tierra no son los gendarmes ni los agentes aduaneros ni los cañones amurallados, sino los sentimientos, las pasiones exaltadas –y los odios.

Entonces todo se aclara: hay dos maneras de tomar y de aprehender esta historia tan patética de Francia y de Alemania, en sus relaciones recíprocas durante cincuenta años. Primero la tradicional, para la que ciertamente no han faltado operarios. En el curso de los años, seguir los acontecimientos políticos y diplomáticos o reconocidos como tales. Y discutir. Pero ¿cómo llegar finalmente a un acuerdo, si sólo se captan gestos y no lo que, en la conciencia de los hombres y de los pueblos, explica y dicta esos gestos?

Marzo de 1793: unos renanos reclaman extender la República Francesa hacia el Rin. Los franceses discuten, vacilan y finalmente actúan, después de cambiar veinte veces de opinión. La controversia se abre: ¿había unanimidad entre los renanos en cuanto a sus deseos? No. ¿Los que hablaban en su nombre eran algo más que una minoría? Evidentemente no, entonces, ¿dónde estaba el misterio? ¿Los franceses mismos estaban a la sazón unánimemente unidos para reclamar la abolición de la monarquía? Pero, entre las firmas alegadas, al pie de referencias aparentemente explícitas, ¿cuántos eran inmigrantes, cuántos franceses de origen? Y ¿quién escribió esas peticiones? ¿No fueron distribuidas ya hechas? ¿El sentimiento justo de cuántos hombres traducen? ¿Dónde está el plebiscito? La réplica llega: ¿acaso no plebiscitaron todos los renanos, en 1793, a Francia; pero, en 1814 y 1815, habrían plebiscitado a Prusia o a Baviera? Vemos el cariz de semejantes controversias. No de la historia. Argucias de abogados.

Pasemos a los textos: "El Rin es la frontera natural de una gran república que no desea incurrir en ningún arrebato de violencia, sino abrir sus brazos a las naciones que, libremente, se le reunirán... El Rin, si volvemos a la equidad, debe seguir siendo la frontera de Francia." Así hablaba George Forster, renano, en Maguncia, el 15 de noviembre de 1792, ante los renanos. Y el 30 de marzo de 1793, en París, frente a la Convención: "La naturaleza misma –proclama una vez más– quiso que el Rin fuera la frontera de Francia. Y lo fue efectivamente durante los primeros siglos del reino de Francia." ¿Lenguaje nuevo? No más, en boca de Forster que, el 11 de febrero anterior, en la de Carnot, que retomó por su cuenta la vieja cantinela: "Los límites antiguos y naturales de Francia son el Rin, los Alpes y los Pirineos". Lo que por cierto no implicaba que Forster o Carnot tuvieran la intención de hacer de la línea del río una línea de choque. En realidad, lo que proclamaban solemnemente eran los lugares comunes de la política y de la tradición. Y si la oferta de Forster necesitaba ser examinada no era porque levantara objeciones de principio, sino porque planteaba un problema realista de fuerzas que movilizar, de posibilidades que explotar.

Nuevos textos, los de 1797 –cuando se consulta a los renanos sobre sus intenciones al día siguiente de esta paz de Campo-Formio (octubre de 1797), por medio de la cual el emperador consentía "en que los límites de la República Francesa se extendieran hasta el Rin". La situación se complica ahora con una idea nueva, la de la autonomía: digamos, de una república cisrenana. En 1793, desechada por la Convención Reno-germánica, reaparece en 1797: consecuencia natural de las dudas de la Convención, donde, desde la paz de Basilea de 1795, las tesis contradictorias chocan de nuevo. Cuando la Asamblea, que vota el 1º de octubre de 1795 por la reunión de Bélgica, aplaza toda decisión relativa a Renania; cuando el Directorio hubo remplazado a la Convención, Bonaparte se mostró inclinado a sacrificar el Rin por sus proyectos de república cisalpina –los renanos, percibiendo que el emperador estaba detrás del cónsul, tomaron la solución del justo medio a la que la historia tan pocas veces da la razón. Y Hoche se encontraba ahí para sostenerlos, Hoche, a quien las ambiciones de su rival en gloria no dejaban indiferente; sobre su estela se lanzó su ejército: *Él sería el Bonaparte del Rin.* Como propagandistas, profesores, abogados, administradores; encabezándolos, el "camaleón renano" en sus inicios, el extraño Görres que debía encarnar a tan-

tos personajes: ciudadano del mundo y francófilo; propagandista de Cisrenania; cantor devoto del rey de Prusia; más tarde, en fin, en Estrasburgo, en Múnich, huye de la cólera del mismo rey al que denigrara... Un buen hilo conductor a través de tantas contradicciones y oposiciones, este periodista enardecido, este precursor renano de Veuillot.

Así, en mayo de 1798, cuando los renanos fueron invitados a opinar sobre su propia suerte, tres toques de campana llenaron sus oídos. Tened cuidado, susurraban los agentes de los príncipes: "¿Y si Francia es derrotada?" Los heraldos de Cisrenania propusieron la solución: pero la muerte de Hoche, en septiembre de 1797, los privó de todo apoyo. Los partidarios de la unión con Francia hablaban alto: se sentían fuertes por la introducción de las principales "conquistas" de la revolución. Tres toques de campana. No cuatro: ninguna exhortación a no traicionar a Alemania, a no caer en los brazos del "enemigo hereditario", punto.

Sustituyamos a nuestros ojos algunas fórmulas de ese tiempo: "Dadnos a Francia, tal como nosotros os dimos la libertad", decían los de Crefeld. Pero los de Aquisgrán: "El Rin macho está hecho para fraternizar con el Sena, el Garona, el Loira –y la Naturaleza no le dio su curso de sur a norte más que para circunscribir la retícula departamental de Francia". Geografía cordial de los ríos, seguida de un remedo casi perfecto: a la manera de Bernardin de Saint-Pierre. "Ardemos en deseos –decían– de vernos reunidos por un acto legislativo a nuestros antiguos hermanos, los galos." Más exactamente, a los de Eschweiler: "No pedimos más que ser reintegrados a nuestros antiguos derechos de ciudadanos franceses". Así, pues, ni trazas de escrúpulos nacionalistas. ¿Cabe concluir que los renanos no tenían ni el sentido ni el deseo de una nación alemana? Aparece de nuevo, frente a nosotros, el problema de 1793: ¿quién redactó estos textos? ¿Cómo fueron rubricados? ¿Qué se tramaba en el fondo de los crisoles renanos, en esas horas oscuras? Textos, pero, ¿y el contexto viviente, que no se nos muestra nunca? Triste laminilla de historia, la que se inscribe de tal manera en el anverso de documentos hechos para la exhibición...

¿Discutir? Mejor sería comprender. En esas fechas los renanos ya conocían bien la administración francesa. Nombrado el 4 de noviembre de 1797 para establecer una nueva organización en los países con-

quistados, Rudler formó los cuatro departamentos: Roer al norte, cabeza de departamento Aquisgrán; Rin-y-Mosela en el centro, cabeza de departamento Coblenza; Sarre en el sudoeste, cabeza de departamento Tréveris; y Mont-Tonnerre al sudeste, cabeza de departamento Maguncia. El 6 de germinal del año VI (26 de marzo de 1798), al publicar en bloque las leyes sucesivas que abolían en Francia el régimen feudal y sus privilegios, había hecho a los campesinos renanos un magnífico regalo, y completamente gratuito. Estableció el jurado, publicó el Código Francés de Delitos y Penas, introdujo el sistema decimal, abolió las corporaciones, decretó la libertad de trabajo, secularizó el matrimonio y el estado civil. Y nosotros nos quedamos pensando: "¡Cuántos beneficios! Imposible que no hayan sido percibidos como tales..."

Y nos responden: "Olvidáis los abusos". He aquí, nuevamente, las argucias de abogados. "¿Un idilio, el régimen francés? No, arguyen los moderados. No más que un escándalo. Una obra humana, mezclada de bien y de mal." Es verdad, pero ¿es de eso de lo que se trata? Elaboradas por franceses para franceses, estas leyes revolucionarias, por cierto promulgadas unas después de otras y no todas juntas: de la noche a la mañana, en bloque, sin ton ni son, sin aprendizaje ni discriminación, se aplicaron a hombres que no las habían merecido, por decirlo de alguna manera... Discusión razonable; pero, ¿acaso la razón toca siempre el fondo de las cosas?

Vamos por ahí, aportando a nuestro crédito, como si fueran beneficios, la igualdad frente a la ley; los diezmos, las prebendas y las manos muertas abolidas sin indemnización; los bienes de los antiguos soberanos, de los emigrados y de la iglesia secuestrados y luego repartidos democráticamente en 1804; más tarde, luminosos códigos que remplazaron una pila informe de leyes locales; los cultos protestantes e israelitas reconocidos en 1802 y en 1808; el culto católico que recibía los beneficios del Concordato promulgado en Maguncia el 4 de mayo de 1802; un latigazo violento asestado contra la economía, el Rin liberado de sus treinta y tres peajes, su libertad confirmada por esas asambleas francesas que desde fines de 1792 promulgaron también la del Escalda; el Mosa unido a él por Venlo, Gueldre y Rheinberg; magníficas carreteras que surcan el país; la gran dorsal Basilea-Nimega, el Rin terrestre; la carretera de Maguncia a Coblenza, orgullo de Jeanbon Saint-André, o la de Maguncia a Tréveris por las mesetas; principalmente las tres grandes perpendiculares: París-Ham-

burgo por Maastricht y Wesel; Lyon-Bingen por Chalon-sur-Saône; París-Maguncia por Metz, Sarrebrück, Kaiserlautern, Alzey. Una gran obra, inscrita en trazos indelebles sobre el suelo renano...

¿Fue excesiva la conscripción? No más para los renanos que para los "viejos franceses". ¿Protestaron los conscriptos? De todos modos marchaban. Y con frecuencia se contagiaban de la gloria, de la dedicación al Amo que, a su manera, servía al "espíritu del siglo". Y luego el ejército, sus pérdidas, sus victorias: no era lo único que había. Las ciudades florecían, orgullosas de sus grandes prefectos: en Aquisgrán, Lameth y después Ladoucette; en Coblenza, el ex constituyente Lezay-Marnesia, cercano al corazón de las renanos, al igual que al de los estrasburgueses más tarde; sobre todo, en Maguncia, Jeanbon Saint-André, ex miembro del Comité de Salud Pública del año II. Una fiera para el trabajo, ese calvinista de Montauban, con una mente rutilante de espíritu y de ironía; un hombre orgulloso que no cedía ante generales ni mariscales y hacía frente victoriosamente a los engalanados que se burlaban de sus medias negras y su sobrio uniforme. Sintió llegar el fin, si no es que lo vio: el país que había administrado estaba ya bajo el dominio de los prusianos cuando "el Consejo Municipal de Maguncia, imbuido de un gran recuerdo", dio a sus herederos las tierras donde reposaba el prefecto de Mont-Tonnerre. Alrededor de estos jefes los renanos cerraron filas, se unieron. No todos. Dentro de esta masa cuya estructura social ha sido poco estudiada había insatisfechos, los que pensaban en los intereses lesionados. Había ideólogos, como decía el Amo: contra el consulado vitalicio el Sarre dio 1 624 por el "no", una de las cifras más altas de la protesta. Había, sobre todo (ubiquemos el verdadero problema), hombres que, a disgusto en de sus vestimentas francesas adoptadas con demasiada prisa, se replegaron sobre sí mismos, se buscaban en la noche; Görres, por ejemplo, defensor de las ideas francesas en 1798, se había vuelto completamente en contra en 1802, dedicando su enojo a "la cuarta dinastía", tratando de formular un germanismo autóctono y ya volviendo los ojos hacia Prusia; mientras tanto, en Colonia, a partir de 1804 empezaron a reunirse alrededor de un tal Schlegel, profesor en la escuela secundaria, artistas, letrados, curiosos de la historia y de la arqueología: los hermanos Boisserée, que rescataron el arte renano y que ya hablaban de terminar el domo, interrumpido desde hacía muchos siglos, con su grúa en forma de signo de interrogación.

No obstante, una generación que se sentía más a gusto que la an-

terior dentro del nuevo medio de un Rin afrancesado iba en aumento. Después, el viento sopló hacia la industria. "La mirada de todas las personas activas se vuelve hacia las fábricas, las manufacturas y el comercio" –observó A. G. Camus en un *Rapport à l'Institut*, al volver de un viaje que realizó a finales del año X por los departamentos del bajo Rin y por la ribera izquierda del río. Es inútil recordar cómo los prefectos del imperio se esforzaron por servir a estas miradas, al favorecer con todas sus fuerzas los "progresos de la industria manufacturera" que celebraría Chaptal en 1818. Pero no podemos contener la pregunta que nos viene a los labios: ¿qué hubiera ocurrido, cuál habría sido el destino ulterior de Europa si la formidable potencia industrial que transformaría, en el siglo XIX, estas comarcas renanas, y cuya expansión alentaba ya Francia, se hubiera constituido entonces bajo sus auspicios?

El 1º de enero de 1814, Blücher cruzó el Rin en Caub. ¿Un azar en la historia? Azar, vocablo cómodo que nos absuelve de nuestras ignorancias. En realidad no fue un azar, sino una consecuencia. La guerra, esto es lo que estorbó, contrarió sin cesar, durante el régimen napoleónico, los esfuerzos y tentativas inteligentes que acaso... Acaso, vocablo prudente, porque nos es difícil dar cuenta exacta de los verdaderos sentimientos de Renania en 1814, en 1815. Oímos el repicar discordante de campanas pero no sabemos. Como tampoco podemos evaluar con seguridad, en la misma época, las reacciones profundas de los belgas, los flamencos o los valones. Ni siquiera de los franceses, en la época de Waterloo (otro gran azar). Realizar el estudio comparado de todas esas formas de ser es algo en lo que no se ha pensado. Trazamos líneas en un mapa, con cruces o con puntos; enfrente inscribimos el nombre de algunos tratados que ratifican los azares de victorias o de derrotas –y nos vamos, diciendo: "La historia está hecha". No. Como máximo su proyección sobre el suelo. Y sin embargo Francia, Alemania, sus relaciones y reacciones naturales: verdaderamente no se trata de un capítulo insignificante de nuestra historia europea.

Concluyamos con una palabra esta exposición contradictoria, que pretendimos matizar, abrir tanto como fuera posible a las voces alternadas del este y del oeste. Podemos traer a la memoria la dominación francesa en Renania sin ruborizarnos. De ningún modo graves violencias cometidas contra las personas. Ni persecuciones contra las ideas. Sí las obras materiales útiles, los progresos de civilización. Pe-

ro, ¿una empresa moral definitiva, un adelanto al menos para el futuro? Está por verse. Habiendo faltado el tiempo, ese gran maestro, habiendo evolucionado la política napoleónica y desembocado en los resultados que conocemos, nadie podrá decir nunca con seguridad: "fue una locura" o "ahí había un futuro".

II. DEL RIN, FRONTERA DE ALEMANIA, AL RIN, RÍO ALEMÁN

Y la historia transcurre. 1814-1914, un siglo lleno ¡de qué acontecimientos, de qué revoluciones políticas y morales! Más que saberlo lo adivinamos: porque, de nuevo, no hay historia de los sentimientos renanos durante estos cien años. Ni tampoco historia de los sentimientos franceses respecto de Renania, de su evolución y de sus vicisitudes. Como siempre, los historiadores no han mirado más que hacia las cancillerías y las diplomacias. Los pueblos, por detrás, ¿apoyaban con íntima adhesión –esa que ningún gobierno es capaz de provocar– los proyectos que elaboraban, los planes que porponían? ¿Les darían o les negarían el asentimiento profundo sin el cual una política no es más que un juego caduco, una victoria tambaleante? Enigmas. ¿Cuándo será que detrás de una historia diplomática a menudo inoperante, las indagaciones nos revelarán las realidades profundas de la vida de los pueblos?

No vamos a resumir lo que tantos libros, en su apasionada repetición, nos enseñan con una insistencia monótona. Para empezar, cómo, ahí donde Francia había creado cuatro departamentos –el departamento, algo muy diferente de un marco vacío: un poderoso instrumento para moldear, manejar, unificar a los hombres, ayer separados por cien distinciones, hoy en pie de igualdad y obligados a establecer, quieran que no, las relaciones más diversamente activas–, cómo ahí donde, por encima de las fronteras derribadas de ochenta y siete dominaciones opresivas e irrisorias, había hecho pasar soplos de vida general: se recortaron cuatro territorios, siguiendo la moda antigua: el más pequeño para el Oldenbourg, asegurado de Birkenfeld sobre el Nahe; los dos medianos para gran el ducado de Hesse, que incluía a Maguncia, y para Baviera, que recibió el Palatinado; finalmente, el más grande para Prusia, reinstalada en Cléveris, en Gueldre, en Moers –por añadidura implantada en Colonia y en Tré-

veris, en Coblenza y en Bonn. Una Prusia orgullosa de sus éxitos, que ya soñaba con sus próximas presas y, después de Waterloo, haciendo campaña para que Alsacia le fuese arrebatada a Francia; una Prusia que se identificaba con esa gran Alemania cuyos propagandistas de la revancha habían acariciado la idea con pasión: *Gesta Germania per Borussos.*

Nada de retornos vanos hacia el pasado. Que esta Prusia haya recibido, sobre el Rin, un sitio tan sorprendente, históricamente hablando –que una potencia entre todas haya trabajado: la Francia de Talleyrand, y haya presionado para que sufriera este destino una Prusia que inquietaba a Colonia, a la que no le atraía Tréveris y que cien veces hubiera preferido ceder esta Renania a un rey de Dresde desposeído de sus estados–, es historia conocida y de escaso interés hoy. Lo que importa es otra cosa, que hay que señalar con fuerza: y es que el establecimiento de Prusia sobre el Rin, en lo que nos obstinamos en no ver más que un hecho político y diplomático, fue un acontecimiento de singular amplitud, el anuncio de un cambio total de frente de la vieja Alemania, una revolución en una mentalidad colectiva de nación. Ayer eran los renanos, solos con los renanos, que daban libre curso, en sus diversos países como entibiados por los vientos del sur y del oeste, a su ingenua vivacidad, a su despreocupado descuido, a sus fantasías gustosamente soñadoras. Bruscamente, esos hombres rudos del extremo nordeste, de la gran planicie indefinida que corre sin cortes hasta hundirse y perpetuarse en el mundo eslavo; bruscamente, esos súbditos de los electores, luego de los reyes domesticadores de hombres, a tal punto doblegados y acostumbrados a las disciplinas militares que ya no sentían el yugo, sino el orgullo; bruscamente, esos emisarios de un ideal de orden y de servicio, rígidos en el orgullo de la raza y en el culto devocional de las consignas –se instalaron en el Rin, oprimiéndolo con su brutal puño y, campeones elegidos de un germanismo traicionado por los hombres débiles del oeste, se daban a la tarea de enderezarlos, de inculcarles, por las buenas o por las malas, sus métodos, sus maneras, sus ideas y sus sentimientos sin matices. Drama brutal, conflicto de dos Alemanias, la primera vencida ya antes de comenzado el combate –y que resistirá no obstante, se debatirá antes de ceder, pronto a darse; pero tengamos cuidado, precisamente, de no decir, delante de estos sobresaltos y estas resistencias: supervivencias francesas, nostalgia por las cosas de Francia, cuando habría que decir, tradiciones renanas, añoranza de un pasado entra-

ñable pleno de alegrías preferibles, para muchos, al ideal ascético de una Prusia militar de servidumbre y grandeza.

No insistamos sobre este aspecto de las cosas, sobre la brusca intromisión en las orillas del Rin de métodos ya probados –el maestro de escuela (personaje de primordial importancia desde el momento en que comenzó la elaboración de una idea nacional fundada en la lengua) que abre el camino al *Feldwebel**, modelador de masa humana; la ciencia puesta al servicio de fines políticos y, el 3 de agosto de 1818, en Bonn, en el antiguo Palacio de los Electores que los franceses habían usado como liceo, la apertura de una universidad para dar al rey de Prusia una nueva "fortaleza de acción positiva" sobre el Rin. Piezas conocidas de un sistema descrito con frecuencia. Aún escépticos, los renanos los dejan hacer; a los *Rheinische Lümmel*** de sus instructores respondían con el eterno *Hungriger Preusse**** de las comarcas ricas, o bien la expresión de Görres de la que se abusó: *Littauer!*, esto es, lituanos, o sea cosacos. El purgatorio –se decían– no durará más que un tiempo. Estaban equivocados.

Para empezar, porque en manos de sus nuevos maestros había un temible instrumento que la diplomacia europea, engañada, les había entregado cuando les dio el Rin como regalo. Sin duda había tomado sus precauciones y con el mismo gesto rindió a los principios de la revolución vencida un homenaje más característico que involuntario: en 1814, a propuesta del plenipotenciario francés, proclamó por medio del artículo V del tratado del 30 de mayo: "La navegación del Rin será libre desde el punto en que el río se vuelve navegable hasta el mar, de suerte que no pueda serle negada a nadie". Pero dos o tres salvedades insidiosas, introducidas en el texto primitivo por la propuesta del representante de Prusia (se trataba de Wilhelm von Humboldt), bastaron para hacer que la cláusula fuera ilusoria ya que abría la puerta a tratamientos diferenciales. Blücher todavía no había pisado el Rin en 1813 y un folleto ya había aparecido: *Der Rhein, Teutschlands Strom, aber nicht Teutschlands Gränze*****. Una consigna. Un giro completo de las antiguas posiciones. El autor –ese Arndt que había llegado a Greifswald procedente de su isla de Rügen hacia

* sargento mayor. [T.]

** brutos renanos. [T.]

*** famélico prusiano. [T.]

**** El Rin, río de Alemania, pero no frontera de Alemania. [T.]

1800 para predicar el odio hacia los franceses– no se andaba por las ramas...

El Rin había sido, era todavía en esas fechas, una frontera. Separaba a Alemania de Francia en una porción de su curso. Por cierto una frontera para nada cargada de rencores. El Rin frontera era un hecho: no había exaltaciones en torno a este hecho. Y cuando el régimen napoleónico se desplomó, ¿las cosas seguían siendo iguales? Toda una Alemania napoleónica cubría hacia el este las tierras renanas. Un reino de Westfalia se había adherido al gran ducado de Berg para empujar al extremo oriente de Europa una Prusia con los dientes afilados. Una antena de departamentos franceses se extendía, siguiendo el mar del Norte, hasta Hamburgo. Y con sus reyes, con sus grandes duques recién nombrados, una Confederación del Rin instituida en París en 1806 disimulaba el cadáver del Sacro Imperio –muerto, según Görres, desde la segunda rendición de Maguncia, "a la brillante edad de 955 años, 5 meses y 28 días". Recordemos, en fin: contra las voces que en 1792, 1793 y 1797 proclamaron que la frontera de Francia era el Rin, no se levantó una sola voz alemana que gritara: "¡error sacrílego!", ni en el nombre de una naturaleza más étnica que geográfica, ni en el nombre de un germanismo agrupado en su totalidad como cuerpo de una nación...

Hecho grave para los nuevos patriotas alemanes –Arndt y sus émulos. Porque, ¿acaso esta doctrina del Rin frontera de Alemania no era el título creado por los franceses para reivindicarse la ribera izquierda? ¿Y no menos el título moral de los renanos para dejar sin respuesta los llamados apasionados de los germanizantes? Frontera: ahí donde termina una cultura para dejar el sitio a otra... Ahora bien, en el oeste había una cultura, y prestigiosa: los renanos acababan de probar su sabor. Crear una al este, y sobre otras bases, pasa, pero, ¿dónde se detendría su expansión hacia el oeste? ¿En el Rin, frontera de Alemania? ¿Quiere decir que se dejaba toda la ribera izquierda a las ideas francesas? No, el Rin no era, no podía ser la frontera de Alemania. Bien común de los alemanes, debía constituir un vínculo de enlace, el centro de expansión de una cultura alemana...

Estas ideas no se perdieron. Los prusianos, cuando se instalaron en el río en 1815, estaban imbuidos de ellas. Y he aquí que bruscamente, por un golpe de suerte de incalculables consecuencias, en las mismas orillas del río proclamado libre en teoría, pero que en la práctica se habían arrogado el derecho de controlar, la cuenca hullera

más rica de la zona herciniana habría de dar nacimiento, en la provincia renana y en Westfalia, a la más sólida aglomeración industrial de toda la Europa central –y dotar a la fórmula de Arndt de un sentido económico, un sentido material mil veces más importante y pleno que su sentido político y espiritual... El destino obraba verdaderamente en favor de Prusia.

Se ha dicho con frecuencia que todo un trabajo sobre las ideas comenzó a partir de 1815 en las orillas del gran río. En la tarea estaban empeñados historiadores, filólogos, juristas y lingüistas: ¿alrededor de qué? De los territorios comprendidos entre el límite de lenguas y el Rin, de los territorios poblados por los "hombres sin carácter" –epíteto homérico que durante medio siglo habría de escoltar a los renanos. Nosotros, los franceses, decimos fácilmente: de desterrar a Francia y los recuerdos franceses. Y no cabe duda de que es verdad. Los alemanes, por su parte, dicen: de forjar una Alemania siguiendo las ideas y los métodos prusianos, de crear, en este sentido, una conciencia alemana; y tampoco están equivocados.

Del presente se ocupaba el rey de Prusia, torpemente a veces, pero metódicamente. Del pasado se encargaba el profesor prusiano. Gracias a sus cuidados las voluntades prácticas se vieron cubiertas de vestimentas científicas. Es posible entrever esta historia bastante bien, así como adivinar la que fue su contrapartida: la historia de las abstenciones francesas en el Rin. A fuerza de documentos diplomáticos se puede restituir su apariencia oficial. Pero no está acabada, sigue en el aire. La historia amplia y minuciosa de los sentimientos franceses tocantes al Rin y Alemania, esta historia de capital importancia, ¿quién ha sabido o querido escribirla? ¿Quién integrará sus capítulos más fundamentales? ¿Dónde está el examen detenido de los diarios, y no solamente de los principales, sino de esos diarios de provincia, de esos periódicos de toda naturaleza (revistas de sociedades especializadas, de grupos políticos u otros, correspondencias privadas, etc.) que nos aclararían (aunque no fuera más que por su silencio) los verdaderos sentimientos de los franceses de diversas categorías? Por supuesto, es cómodo centrarse en el juego de ministros y embajadores: puerta falsa, digámoslo de nuevo; y cuando un brusco giro nos deja pasmados, ¿no es porque, bajo la bella superficie de las relaciones diplomáticas, se ha cavado una profunda caverna en el país?

Los hechos están ahí. Ni en 1830, cuando Edgar Quinet, marido de una renana del Palatinado, escribió a su madre: "Estamos embriagados de gozo y todo el pueblo de las orillas del Rin está a la espera de una señal para reunirse con Francia"; ni cuando, al volver de una inspección de esas mismas orillas, el general prusiano Rochus von Rochow especificaba que "ningún renano debe estar encargado de la guardia de las fortalezas" (habría sido tanto como tentar al diablo, pensaba, con razón o sin ella, este desconfiado servidor del ideal prusiano); ni entonces ni más tarde el gobierno de Luis Felipe pudo ni quiso reaparecer en las orillas del *Vater Rhein*, el padre Rin, que Heinrich Heine nos mostraba, estudiando de nuevo en profundidad la gramática francesa de Meidinger: "Lo escuché conjugar *j'aime, tu aimes, il aime, nous aimons*... ¿Qué es lo que ama? En todo caso, ¡no a los prusianos!" Lo mismo en 1848: mientras que en 1837 la deportación brutal del arzobispo de Colonia, Von Droste-Vischering, y de su vicario general a las casamatas de Minden y de Magdeburgo; mientras que en 1846 la persecución de los burgueses amotinados por soldados y gendarmes prusianos había levantado pasiones ardientes; mientras que la Renania entera demandaba a sus dueños libertades constitucionales y que en el *Rin alemán* el wurtemburgués Herwegh respondía, no sin sutileza:

*Der Rhein, der Rhein könnt freier sein,**

mientras que, en fin, un poco por doquier, en Aquisgrán, en Tréveris, en Colonia, en Düsseldorf, sangrientas rebeliones levantaban a los renanos contra sus amos, el joven gobierno de la Segunda República no pudo ni quiso arriesgar un solo gesto, no digamos para reconquistar las posiciones perdidas en 1815, sino simplemente, y con mucha mayor modestia, para dar apoyo a reivindicaciones que no eran francesas, sino renanas.

¿Con razón o sin ella? Problemas que un historiador no puede resolver. Éste se coloca ante los hechos tal como se produjeron, y trata de explicarlos sin más. De todos modos, no puede olvidar el texto tan matizado de Heinrich Heine que citaba al instante: "¿Qué es lo que ama? No a los prusianos..." Y es cierto. Todavía no era tiempo. Pero la cándida idea de que los relojes se habían detenido en 1814 en la

* El Rin, el Rin puede ser más libre. [T.]

ribera izquierda del Rin y obstinadamente marcaban la hora francesa –una hora que ni en tiempos de la república o del imperio había sonado siempre alegremente–, esta idea no la podría hacer suya un historiador. Carillones franceses o carillones renanos desentonaron después de 1815, más quizá de lo que alcanzaban a darse cuenta. ¿Precisamente en qué medida y bajo qué influencias? Omiten decírnoslo, como omiten sin duda preguntárselo los brillantes informadores a los que una temporada en Ems les bastaba para confirmar sus ideas parisinas.

De igual forma, la tarea de restituir esta historia en toda su profundidad sería enorme. Un lento descenso entre las masas, con formas simplificadas –por ello más difíciles de reconocer–, de esta ideología romántica a la que Goethe ya daba forma en su reacción contra el mecanismo; progreso de la idea de organismo vivo, en evolución a la vez por la presión de fuerzas externas y por la acción dinámica de su propio impulso; se desprende de todo esto una germinación de ideas y de sistemas filosóficos o religiosos y, en el interior de estas vastas síntesis, tan embriagadoras para los cerebros alemanes, tantos pasajes de lo individual a lo universal, tantas conciliaciones propuestas entre la autonomía personal y el orden colectivo: semejante derroche de sistematización, semejantes arrebatos especulativos en el seno de un pueblo en el que la palabra no se convierte de inmediato en acción sino en escozor interior y fermentación... ¿es posible creer que no hayan inclinado a muchos espíritus cultivados a efectuar, en el dominio de la política, esta conciliación de tendencias cosmopolitas y de tendencias nacionalistas que debía operarse fatalmente en Alemania, si la palabra unidad pudiera revestirse de sentido en ella?

¿Es posible creer que los renanos no se vieron influidos poco a poco y penetrados por todo ese gran proceso intelectual, expresión del deseo de un pueblo que, para recuperarse de los abismos abiertos entre 1806 y 1816, decretó, posesionado de un inmenso arrebato místico, "que el alma alemana estaba cimentada en lo Eterno"? Cosas de Prusia: pero, ¿podemos también enumerar a aquellos renanos que activamente, útilmente, colaboraron en el pangermanismo político, literario y económico, de Hansemann a Von der Heydt, a Sybel, a Görres, a Lamprecht y a Clara Viebig –a la espera de Thyssen, Krupp y Stinnes? Tres nombres que nos introducen en otro terreno –en este Ruhr cuya calma campestre todavía describía el príncipe Pückler en 1825; pero ya se preparaban a actuar vigorosamente los grandes pio-

neros del movimiento industrial: Franz Dinnendahl (muerto en 1827), que instaló la primera máquina de vapor utilizada por las hulleras westfalianas; Friedrich Krupp (muerto en 1826) y Friedrich Harkort que, previendo y organizando la expansión del ferrocarril y de los canales, prepara el lecho donde se extenderá la pujante industria, a la espera de que un Friedrich Grillo, impulsando las minas del Ruhr hacia el Emscher, cree, de 1853 a 1857, el destino de Essen. Nombres evocadores. Como el de David Hansemann que, de simple agente viajero, se convirtió en gran negociante en Aquisgrán y fundó en 1851 la Disconto-Gesellschaft, una sociedad de descuento. Todos ellos significan adhesiones de otro orden. Explican una evolución que no tuvo solamente raíces políticas o filosóficas. Nos ayudan a comprender que, para saber cómo se creó lentamente una Alemania en las conciencias renanas, es necesario, antes que Bismarck inaugurara su juego alterno de proezas y de maniobras, proyectar sobre la pantalla de la unidad, tanto la imagen conocida del profesor y del oficial prusiano, como la silueta del aduanero, del agente ejecutivo de la Zollverein, las del industrial y del banquero.

Y habría que agregar la complicidad del tiempo –las victorias, sobre la cultura refinada de los aristócratas renanos, de una cultura de nivel inferior transmitida por los cerebros duros de los campesinos de la baja Alemania, donde residía cada vez más la fuerza alemana. Sería necesario evaluar la influencia en aumento de un catolicismo fortalecido por el prestigio de un papado restaurado y que, crecientemente, aspira a un solo Concordato, a la unificación de una gran Alemania católica. ¿Imponderables? Si se quiere, pero que acaban por ejercer un peso terrible sobre la balanza. Por no conocerlos, por no darles su justo lugar y basar sus cálculos exclusivamente en datos políticos y conveniencias diplomáticas, ministros y diplomáticos se equivocan tan a menudo. Precisamente porque creen en la autonomía de la política. Y porque no quieren ver que el *homo politico-diplomaticus*, abstracción de abstracciones, no tiene realidad más que en el seno del *homo universalis*, ese perpetuo desconocido...

Después de esto, que en el fondo de un armario esta o aquella familia de Maguncia o de Coblenza haya conservado o no el busto de Napoleón heredado del padre, o la cruz del abuelo bajo una campana de vidrio, no tiene importancia. Recuerdos de museo; y aquellos para los que fueron recuerdos de juventud, acababan de descender al sepulcro. Fin de una generación. Fin de un estado de conciencia.

Y entonces vino la "catástrofe": 1879, Alsacia-Lorena ocupada por el Reich, el programa de Arndt realizado al fin, el Rin de Basilea a Emmerich, todo el Rin, o casi, es alemán –esencialmente alemán. Luego entonces, si es verdad que en 1830 todavía Francia habría podido, tal vez, entre las viejas cenizas, encontrar rescoldos que pudieran reavivarse; si es verdad que durante unos treinta años sus dirigentes se acordaban a veces de que antes había prefectos que administraron Aquisgrán, Tréveris y Maguncia, a partir de entonces deja de pensar en ello. Al día siguiente de estas derrotas, en lo que piensa es en esta Alsacia, en los jirones de Lorena que son el lazo viviente de un Rin interesado, todo entero, comprendidos los renanos, en su posesión, en su conservación, en su conversión al germanismo integral. ¿De qué le servirían recuerdos o lamentos? En Renania también todo ha cambiado. La partida ya no se juega entre los mismos jugadores: renanos contra prusianos. Ahora enfrenta a un Reich y los renanos –un Reich que sin duda está dominado por Prusia: no por ello deja de ser una creación común, un bien de todos. Y los renanos aceptan que Alsacia soporte después de 1871, esta vez sin indignarse, lo que ellos tuvieron que soportar después de 1815: que un *Strassburger Post* retome las tradiciones del *Rheinischer Beobachter*, creado en otros tiempos en Colonia para ahuyentar los miasmas franceses, mientras espera que un asunto de Saverne haga revivir los levantamientos colonienses de 1846. Irónico mentís a aquellos que, para evitar un mal limitado, desencadenaron en Europa, y por tantos años, la tempestad de los vientos que en 1815, con sus sutiles manos de antiguo prelado, Talleyrand encerró en un odre prusiano.

1870: por mucho tiempo no hemos visto en este suceso más que nuestras propias desgracias; las más cercanas: la mutilación del territorio, la sangría del ahorro, nuestro envilecimiento y nuestras humillaciones. Pero, ¿desde el punto de vista alemán, el punto de vista renano? Por vez primera una gran potencia, fortalecida por el prestigio de sus victorias, enriquecida con los progresos de su economía, se instalaba en el corazón mismo de Europa y disponía libremente de las grandes rutas que se cruzaban en él: este-oeste, norte-sur; entre ellas el Rin y sus desembocaduras, río arriba, río abajo. No se trataba ya de una potencia lejana, del oeste o del mediodía, que partiendo de la periferia se hubiera extendido por el centro europeo, siempre

perdiéndose en él y sin resultados perdurables. Sólidamente sostenido por el armazón prusiano, el nuevo imperio alemán retomó la posición central que el Sacro Imperio Romano Germánico había ocupado de hecho con anterioridad, pero que en su fragilidad nunca pudo realmente sostener. En el corazón del continente, y sometiendo a su gran arteria renana, instaló una masa compacta de territorios orgullosos de su reciente amalgama, obtenida al fuego de las victorias, a los que embriagaban ya las perspectivas de incalculables riquezas materiales y de fuerzas que en el momento preciso en que se lograba el triunfo político sus realizadores abrían a los ojos de la nación.

Ya el mundo alemán que el imperio bismarckiano acababa de enmarcar no era, en su tejido íntimo, el que en 1815, después de Waterloo, los aliados habían reorganizado sobre un nuevo plan. Los 25 millones de hombres que poblaban a la sazón, aproximadamente, los territorios del futuro Reich se habían convertido en 40. De su suelo extraían ya 26 millones de toneladas de hulla, de los cuales 12 procedían exclusivamente de la cuenca del Ruhr. Las vías férreas –visibles en el mapa del *Handatlas* de Aubin, diferenciadas por colores según las fechas y que ya en 1870 se estiran a lo largo del Rin, al que enmarcan– hacían revivir las vías transversales: la que bordea los macizos herciníanos y viene a incorporarse a la vía renana en las inmediaciones del Ruhr, y la que se desprende de las inmediaciones de Francfort y por vía del Meno va a sumergirse en Sajonia y Bohemia. Pequeños comienzos, pero que prometían grandes desarrollos. ¿Es posible creer que en los renanos, situados en las orillas de su Rin ya revivificado por estas novedades, no hubo un comienzo de orgullo agradecido?

Hablando de Alsacia y Lorena, al finalizar el Antiguo Régimen, Vidal de la Blache, en un hermoso libro demasiado poco conocido, *La France de l'Est*, después de mencionar que, al irse aproximando la revolución, los alsacianos ilustrados comenzaron a formular el voto de que "Alsacia suscribe, en su propio beneficio, que no será tratada como extranjera por los estados del Rey", escribió estas palabras clarividentes: "Lorena y Alsacia sintieron despertar en ellas las primicias de un gran porvenir industrial y dedujeron de este presentimiento justo una apreciación más amplia y más exacta de sus verdaderos intereses." Y agrega: "Una larga infiltración había precedido a la conquista; un trabajo reducido preparó la adaptación. Fue la obra de esta administración del Antiguo Régimen, extraordinariamente flexible e inteligente pese a sus lagunas; sencillamente practicó este realismo

de buena ley que consiste en no subordinar a visiones decididas por anticipado los deseos y las formas de ver de sus administrados."

Y esto permite comprender admirablemente qué ocurrió antes de 1870, más aún, qué habría de ocurrir en Renania después de esa fecha. Con la única diferencia de que la administración prusiana, rígida y tensa, no era la de nuestro Antiguo Régimen y practicaba una política sistemática, deliberada y firme. Pero es muy cierto que a partir de 1870 todo se precipita. Las fuerzas económicas de Alemania se expanden de manera grandiosa. ¿La población? Conocemos su ritmo: 1816, 25 millones; 1871, 45; 1880, 45; 1890, 49; 1900, 56. ¿Población de las dos provincias industriales de Westfalia y de la Prusia renana? 1871, 5 millones; 1890, 7; 1900, 9; 1908, 11; 1925, 12. ¿Cuenca del Ruhr, en sentido estricto? 1871, 778 000 habitantes; 1925, 2 382 000. En el *Handatlas* de Aubien, dos mapas traducen la densidad de la población en la provincia renana en 1820 y en 1905: la escala, en el primero, se detiene en "más de 200 por kilómetro cuadrado"; en el segundo, en "más de 1 000". En cuanto a las riquezas mineras y la hulla, la misma progresión: en 1870, 26 millones de toneladas; en 1913, 190 millones; en el Ruhr, en 1870, 12 millones; en 1875, 18.5; en 1890, 35; en 1900, 60; en 1913, 114. ¿Población? 60 de cada 100 trabajan o viven de un empleo en la industria, realizando la producción masiva del acero, los textiles, de los productos químicos que conforman la economía alemana y su grandeza. Y en estas comarcas encendidas con el fuego de las fábricas, la alta llama de las colosales y resplandecientes ciudades consumen: 1870, ni siquiera diez ciudades de 100 000 habitantes; 1900, cuarenta ciudades de más de 100 000 habitantes, ocho de ellas de más de 300 000...

Los renanos no conocen estas cifras en abstracto: las viven. Las sienten en ellos. Están tomados por ellas. Los renanos, orgullosos de su magnífico Rin: una de las vías más poderosas del universo. *Der Rhein, nicht Teutschlands Gränze**: adquirida en seguida del tratado de Francfort. *Der Rhein, Teutschlands Strom***: para hacer de esta fórmula una realidad viva, toda una Alemania apasionada emplea sus esfuerzos. Lento trabajo que acumula resultados pacientemente y de repente

* El Rin, no la frontera de Alemania. [T.]

** El Rin, río alemán. [T.]

triunfa. A partir de 1880, una prosperidad sin precedentes se esparce sobre las tierras renanas: una prosperidad que se desprende del Rin. El oro del Rin no son ya las parcelas arrancadas poco a poco a las arenas arrastradas; es un inmenso Pactolo, hijo de la labor humana, que llena a los renanos de orgullo y bienestar. Y que hace nacer en ellos la gran tentación: un Zollverein que impone tarifas entre el Escalda y el Mosa, sus combinaciones de transportes inteligentemente calculadas en beneficio de Alemania y de Europa central. El Rin, del que desemboca una colosal ruta de tráfico y de influencias que llega, por El Gotardo y Génova al Mediterráneo; por el Danubio y Constantinopla, al Asia anterior, Bagdad, el golfo Pérsico. ¿Un río alemán, el Rin? Río de la Europa central, más bien: lazo de unión colosal entre el mar del Norte y los mares asiáticos.

Sueños que estuvieron a punto de hacerse realidad. Y que, apoyándose en un Rin "fabricado", dominado, cercado por Alemania, se desvanecieron el día en que Francia, al reinstalarse en el Rin, liberó al viejo río de sus esclavitudes, lo volvió a hacer libre e internacional, rompió –conforme a sus tradiciones– un monopolio de opresión y de explotación. El Rin "hace y deshace" –podemos repetir la fórmula; expresa mejor que ninguna lo que para el historiador significa el gran río en el mundo.

CONCLUSIÓN: UNA MIRADA AL PASADO

De esta forma se presenta ante nosotros, desde la aurora de la historia humana hasta la expansión de la civilización moderna, la gran originalidad del Rin, esa que las pasiones nacionales no podrían destruir, porque se graba, pese a ellas, de siglo en siglo, en la vida y en la obra de las sociedades humanas: su virtud de vínculo y de acercamiento.

Hoy, el Rin, ruta fluvial sin paralelo, domina la vida económica de los países por donde cruza. Brinda un aparato de circulación inigualable en Europa y ha hecho que en sus riberas florezca una pujante vida urbana, comercial e industrial. Haciendo caso omiso de sus fronteras, distribuye de estado en estado los grandes productos de la economía universal. Entre ribereños, de la montaña al mar, hoy engendra una solidaridad de intereses, una asociación internacional en nuestras sociedades dominadas por la economía, y ayer, cuando la política tenía la primacía. En esta misión de unir a los hombres, el historiador del Rin incluye fatalidades belicosas; hemos querido sobre todo aclarar qué ofrece en cuanto a contactos humanos, entendimientos espirituales e intercambios materiales.

La tesis de la frontera predestinada no resiste, en realidad, ni el estudio del pasado ni la observación del presente. Francia no siempre ha perseguido vorazmente la conquista del río –no más que Alemania, en cuando que ignora que la mística del Rin, como muchos dicen convencidos, fue durante siglos exclusivamente la muralla de la fortaleza de Alemania, o la trinchera de partida del sector Francia; no se trataría del Rin, pues las naciones no se comprenden por el borde o por el corte. Francia, por una parte, antiguamente unificada; por la otra, los fragmentos de la federación cristiana de la Edad Media que denominamos Bélgica, Países Bajos, Alemania, Suiza: todos estos países están comprendidos, penetrados, fecundados mutuamente por el Rin. Aun si hubo conquista militar, ocupación forzada, la dominación francesa dejó en el Rin algo más que odios estériles. ¿Y a quién convenceremos de que Prusia, la Prusia que los renanos, en sus libres declaraciones, consideraban naturalmente exterior, si no ajena a su mundo alemán, vino al Rin como un arcángel de justicia para vengar

los sufrimientos del germanismo? ¿No será más bien que lo que vino a rematar la paciente obra voluntariamente emprendida por los electores de Brandeburgo y proseguida por los reyes de Prusia fue el contacto que su política debió tomar a su pesar; y su espíritu, con estas tierras renanas tan profundamente diferentes de las tierras germánicas del norte y del este, y que, recorridas por los vientos liberadores de una Europa más evolucionada, parapetadas por cierto en un catolicismo que las contraponía no sólo por sus ritos y creencias sino por su concepción general de la vida en las zonas luteranas, eran las únicas que, por su adhesión a una potencia oriental como Prusia, permitían creer en una Alemania total con dos polos: uno al este, sobre el Elba y el Oder, frente al eslavismo; el otro al oeste, sobre el Rin, frente a los liberalismos seductores aportados por Francia e Inglaterra?

Solamente a este precio podía el estado prusiano encarnar a la Gran Alemania. El contacto con el Rin le era indispensable, el bautismo renano, que es el único que dota de universalidad a las obras germánicas; necesitaba este Rin que hizo en un instante, del Lutero de Wittemberg, sentado frente a su cerveza, el Lutero de Worms sacudiendo al mundo entero. Este Rin que, en la misma época, vio florecer en Estrasburgo el primer calvinismo, infinitamente más universal en ese cruce de caminos poblado de espíritus que, más tarde, en una Ginebra encerrada en el fondo de su Leman; ese Rin de donde partió, para expandirse por el universo pensante, todo el pueblo anónimo de los impresores –el que simboliza, tradicional, el nombre del maguntino Gutenberg. Al mostrarse poco entusiasmada por el obsequio renano que le hizo la política de las potencias, estimulada por las falsas arengas de Talleyrand, después de la caída del vencedor de Jena, a Prusia le faltó previsión. En el momento preciso en que el destino le ponía en las manos el instrumento de su triunfo –en que por cierto le entregaba las todavía insospechadas y prodigiosas riquezas hulleras que en poco tiempo harían de ella la primera potencia minera del mundo alemán– no tenía ojos más que para los desvelos de un conflicto fatal. Transcurrido más de un siglo, ¿cómo resumiría en una sola fórmula –la *Wacht am Rhein*– lo que constituyó para ella el golpe de suerte inesperado que, al establecerla sobre el Rin, sobre el río que enlaza y universaliza, le permitió apropiarse de la célebre fórmula acuñada por Otón de Freising en 1157: "Totam provinciam a Basilea usque Maguntiam, ubi maxima vis regnis esse noscitur, paulatim ad suam inclinavit voluntatem" –de Basilea a Maguncia, ¿"el co-

razón mismo de la Alemania política"? La observación no se aplica exclusivamente al siglo XII...

Así continúa la historia; así el Rin sigue siendo el río que reúne, pese a los rencores políticos y los conflictos. Hoy todavía, en verdad, ¿qué estado podría reivindicarlo para él solo? Moralmente, se necesitaría como justificación algo más que el deseo de concretar un mito y de hacer realidad las imaginaciones colectivas. Se necesitarían tanto las desembocaduras de los desfiladeros alpestres que dieron nacimiento a Suiza, como las desembocaduras al mar del Norte que dieron nacimiento a Bélgica y los Países Bajos, así como la soberanía de Londres, para que los estuarios sigan siendo las puertas comerciales de la Europa continental...

Planteada así, en el terreno político, dentro de los límites actuales de nuestras mentalidades nacionales, la cuestión del Rin no tiene solución. Y por eso preferimos llevarla a un terreno más sólido: el de las virtudes eternas del gran río.



ANEXOS

I. CONCLUSIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN (1931)

Retomar, para resumirlo en unas cuantas palabras, todo el somero esbozo horadado por inmensas lagunas –¿la red de mallas tejidas con demasiada holgura que lanzamos sobre el viejo Padre Rin, sonriente y trágico con su barba intemporal? Pero no se resume un resumen.

Asentados en el pasado, con los dos pies apoyados firmemente en la imponente base de los siglos acumulados, ¿pretenderemos lanzarnos hacia el futuro? Sólo que la historia no prevé. Cuando menos no el mañana. Ya es bastante cuando alcanza, a veces, a prever el día anterior... En realidad, no existe la curva única, regular, continua del pasado que podamos, sin demasiada temeridad, prolongar con el pensamiento a través de los espacios todavía vacíos del futuro. A cada instante la curva se divide y se rompe, se bifurca, se vuelve oblicua, se vuelve en sentido contrario. La historia del Rin no "necesita" nada. La historia del Rin no "demuestra" nada. Salvo, tal vez, una cosa: la fuerza creativa de la imaginación.

El Rin: un conjunto de mitos. Un gran río sin duda –bastante largo para ser un río de Europa, se entiende; bastante caudaloso, si no se lo compara con los gigantes de otros continentes; ¿pintoresco? Sí, pero también sin exceso, aunque sobre no todo su curso, y no más que tantos otros que no son el "Rin". El Rin, algo único. Curiosamente prestigioso. Que atrae, fascina, embruja. ¿Es solamente su rapidez la que asombra, su velocidad de corcel que galopa de frente, con aire de saber hacia dónde va, hacia dónde se abalanza irresistiblemente? Pero hay otros ríos rápidos que no son el Rin, este Rin frente al cual el viajero que viene de lejos siente que un vértigo inquietante se apodera de él.

El Rin habla, muy alto. Dominando el murmullo sordo de sus olas, hay voces que se levantan y que cantan en nuestra memoria los viejos temas consagrados. El tema de la frontera predestinada. El tema del dominio europeo. Canciones viejas, muy viejas, cuyas palabras no responden ya a la realidad; pero, ¿quién se fija en la antigüedad de una

canción, y qué importa la fecha si la melodía conmueve, si el ritmo arrebata?

Discutir, disertar, querer demostrar: no, Francia no ha estado siempre interesada, voraz, glotona, en la conquista del Rin. No, Alemania no ha sido siempre el país coherente, unificado, consciente de su poderío que pretende ser hoy. No, si el Rin no hubiera sido más que una frontera erizada de picas y de cañones –la muralla de la fortaleza que es Alemania, la trinchera de separación del sector "Francia"–, no sería el Rin, porque las naciones no se comprenden por sus orillas, y la Francia unitaria, por una parte, y por la otra los fragmentos de la antigua federación cristiana de la Edad Media: Bélgica, los Países Bajos, Alemania, Suiza, como los llamamos hoy, estos países sin embargo se han comprendido penetrados, fecundados mutuamente por el Rin. No todavía, aun cuando haya habido decisiones forzadas, ocupación militar, embargo por conquista, la dominación francesa dejó en el Rin algo más que odios estériles. Prusia no llegó como el arcángel de justicia a vengar el sufrimiento de un germanismo pisoteado. Y además, hoy, ¿quién, qué político pretendería, sin reír, que el Rin puede otorgar el dominio de Europa? Algo más es necesario: las desembocaduras en el mar del Norte, Bélgica, Holanda y, más allá, Londres, puesto de comando supremo de las Renanias...

¿Discutir, disertar, tratar de demostrar? ¿Pero el del Rin es en verdad un problema de razón o más bien de sentimiento?

Obra vana es argumentar contra un mito. ¿Puede remplazarse o combatirse con otro mito? ¿El mito de que el Rin es la bisagra del gran díptico europeo? Que une, no que separa. Que une intereses, sin duda, pero los intereses por sí solos no pueden hacer gran cosa. ¿Qué une los pensamientos, los cerebros, los corazones? Sí, pero hacer que un mito se apodere de las mentes, hable a las imaginaciones, se instale en la conciencia de una nación es una empresa quimérica por definición. Quimérica sobre todo si se trata de un solo país al que de por sí no se lleva dócilmente hacia donde uno quiere: Francia. Si se trata de dos naciones modeladas de diferente manera y cuyos relojes no marcan la misma hora desde hace muchos siglos, ¿se puede decir simplemente que se trata de una quimera?

El Rin, un río que aparece en los mapas mundiales. En el pasado ha sido, por turnos, un foso, una vía de enlace, una ruta. En el pre-

sente es todo eso pero con un vigor decuplicado. Y es algo más: un sistema de ideas que tiene una vida más o menos autónoma. Un sistema de ideas con frecuencia falsas y dañinas: ideas hechas por los hombres pero que ahora los hacen a ellos. Y que mañana podrán cambiar, sin duda, si los hombres cambian. Pero el Rin no tendrá nada que ver en esto, no hará nada. Seguirá corriendo, rápido y violento, hacia el mar brumoso.

En el prefacio de gran belleza que en 1866, en Hyères, compuso Michelet para su obra de juventud, la *Histoire romaine*, que fue en cierta forma su debut, escribe: "De mi Vico conservé un lema profundo, la verdadera luz moderna: la humanidad es obra de sí misma". Y el gran "poeta" romántico que fue también uno de los Padres de la Historia, continúa este pensamiento y lo desarrolla. Al calor de su hálito se funden, una a una, las Fatalidades: la del Entorno y la de la Raza, la del Suelo, la de la Sangre, incluso la de los hombres providenciales, que son tan grandes... porque se treparon en los hombros de los pueblos. Michelet dice bien. Pero, ¿lo dice todo? Pienso siempre en el perro de Jules Renard. Sólidamente atado, se abalanza, mostrando los colmillos, tira furioso de su collar, ladra frenéticamente. ¿Y si la cuerda se rompiera? La cuerda se rompe. Avergonzado, con la cola entre las patas, se mete en su caseta. Prisionero voluntario de su esclavitud.

He aquí la lección de la historia. Clío no habla para el futuro. No muestra a nadie, con un gesto profesoral, los caminos del futuro. Trata de comprender. Analiza, distingue, desenreda. Divide en secciones: la de las consecuencias, la de las imaginaciones, la de las creencias colectivas. Y luego concluye: "No, no digáis, cobardemente resignados, que la naturaleza dicta vuestro destino y que no podéis nada contra eso. Pero tampoco digáis que las leyendas y las tradiciones, las ilusiones colectivas y los mitos tienen la fuerza de una ley fatal. No, los muertos no deben apoderarse de los vivos. Trabajad libremente: hay medios, posibilidades, fuerzas que combinar, que dirigir, que neutralizar. Hagáis lo que hagáis, y por nuevos que os parezcan, en el pasado hay antecesores de vuestros actos."

II. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA ECONÓMICA DEL RIN[1] (1953)

Extraño y poderoso prestigio del Rin... ¿Qué lo conforma? ¿El carácter sagrado que todos los pueblos primitivos concuerdan en atribuir a las corrientes de agua? Sin duda. Y se sabe que, gracias a esta agua, al zambullirse en ellas, al hendir con el cuerpo el seno lleno de gérmenes, henchido de todas las formas y todas las creaciones, el hombre de todos los tiempos, en todas las latitudes, siempre tuvo conciencia de regenerarse, de reanudar el contacto con la sustancia primordial, de despojarse de su vieja apariencia, en una palabra, de conocer un renacimiento que le restituye su fuerza, su poder, su fecundidad originales. Simbolismo del bautismo, caro a todos los pueblos. La deificación del río ya era conocida por Homero, pero también por los germanos, los francos, los cimbrios que hacían sacrificios al dios del Ródano... En los pensamientos confusos, en los turbios instintos que hace renacer en nosotros el espectáculo del Rin rápido, domesticado con diques y canales, pero siempre presto a romper su corsé de civilización, a lanzar enormes témpanos en un deshielo irresistible, a arrojar enormes crecidas sobre las obras de contención que pretendían dominarlo para siempre, en pocas palabras: a llamarnos a la modestia –existe, sin duda, no sé qué resurrección de antiguas cosmogonías fluviales, no sé que oscura fidelidad a sus lecciones, no sé qué retorno a la vieja noción de indefinidas potencialidades de la materia escurridiza...

Legados de la prehistoria... Pero está también el de la historia misma. Y de inmediato se presenta ante nosotros esta vieja función de los ríos hechos, a lo que parece, para limitar con su surco, con su foso lleno de agua; con el obstáculo que representan, reforzado por el de los pantanos, de los cañaverales, de los saucedales y, a lo largo de las riberas perpetuamente cambiantes, por el fango donde los germanos, según dice Tácito, sumergían a los cobardes y a los infames para regenerarlos. En una palabra, "el Rin frontera", con todo lo que hay de

[1] Los *Études strasbourgeoises* se publicaron durante el ciento cincuenta aniversario de la Cámara de Comercio e Industria de Estrasburgo, Estrasburgo, 1953, pp.17-26.

virulento y majestuoso a la vez en estas palabras, estas dos grandes palabras que César pronunció con tal claridad que su frase, categórica y breve, habría de inspirar siglos y siglos de cavilaciones guerreras, de cálculos políticos, de sentimientos arcaicos o recientes, de derrotas y victorias, de desdichas y esperanzas: todos esos desechos que dejan las guerras en las orillas de los grandes ríos históricos.

¿Es todo esto lo que justifica el gran prestigio del Rin? ¿El estrépito de las batallas, los resabios de los combates, travesías peligrosas, desplazamiento de límites, invasiones? Hay más: todo aquello que designa para nosotros, los franceses, nuestra palabra "Civilización", esa gran conquista de fines del siglo XVIII, esa gran creencia de la Revolución. Está el Rin de las pujantes metrópolis cristianas, las renanas Colonia y Maguncia, apoyadas por la moselana Tréveris, de donde partió, para conquistar el centro de Alemania y, más allá, las planicies nórdicas, esa religión de la salvación que se extendió desde Palestina pasando por Grecia y Roma hacia Occidente y durante un tiempo se identificó con su cultura.

Está el Rin de las iglesias románicas y de las catedrales góticas, el Rin de las maravillosas iglesias de Colonia, víctimas deplorables de un incendio que sus propios fieles provocaron. Está el Rin de los conventos y, en sus celdas, las comuniones místicas con la divinidad: comunión de niñas piadosas, discípulas de las grandes abadesas benedictinas: santa Hildegarda, la vidente de Bingen; santa Isabel de Schœnau en la diócesis de Tréveris; o las cistercienses de Hefta; santa Gertrudis o las dos santas Mechtilde; comuniones de religiosos seducidos por la profundidad de los grandes dominicos del siglo XIV: el maestro Eckhart, Tauler, Suso.

Hay más comuniones todavía, las comuniones por el arte de los pintores colonienses, que evocan con cándida minucia los jardines pletóricos de florecillas, pájaros y rosales que durante tanto tiempo nutrieron los sueños paradisiacos de las lánguidas monjas en una atmósfera de incienso y de oro descolorido. Y también, y siempre, está el Rin de las propias grandes ciudades renanas, esos bellos logros colectivos, todos semejantes pero todos distintos; el de los viejos maestros impresores, que resume la antigua tríada: Gutenberg, Fust y Schoeffer; están Martín Lutero en Worms y Juan Calvino en Estrasburgo; está, al pie de la flecha dominadora, el conmovedor refugio de los exiliados de todos los países; y en la ciudad donde murió Erasmo, la ciudad de Froben y de los Amerbach, la no menos conmove-

dora cita de tantos perseguidos sobre la roja plaza del Domo. Todo ello basta para decir y repetir el poder de creación, de concentración, de redistribución intelectual del gran río instalado desde hace milenios (y sin duda no enteramente por voluntad de los hombres) en la bisagra de dos mundos a la vez antagónicos y semejantes.

Pero a este extraño, a este perenne prestigio del Rin, cuyos componentes estamos analizando, ¿podemos además asignar, y en qué medida, en qué forma, un soporte económico? Gran pregunta, ya que se trata de eras pasadas, esas mismas que dieron al Rin su dignidad de río civilizador. Hacer esta pregunta es a la vez preguntarse si en realidad es posible hacer una historia económica del Rin antes del siglo XIX; si responde a una realidad, o bien a polvaredas contradictorias de realidad. Y que es necesario sacrificar por la afición decepcionante a las fórmulas, o bien decir que no, y por qué. Es el objeto de esta simple nota.

Albert Demangeon, en una obra que firmamos juntos, resumió entonces, en tres frases (y en tres fases), la historia económica del Rin, que por lo demás redujo aparentemente a la circulación: primero, el Rin como vía trascontinental, después como vía regional y finalmente (¿acaso puede un historiador utilizar semejante palabra, "finalmente"?) una vía, una poderosa vía internacionalizada. Y luego desarrolló este tema en pocas pero lúcidas palabras:

Trascontinental, ¿el Rin antiguo? Naturalmente que sí. ¿Acaso en los buenos tiempos de Roma no unía a Italia con el mundo nórdico, el luminoso Mediterráneo con el brumoso mar del Norte y más allá con la Bretaña de Agrícola?

Regional, el Rin medieval, soporte y fundamento, de ciudad en ciudad, de una especie de cabotaje fluvial que transportaba comerciantes y mercancías a las ferias regionales: algunas de nivel internacional, como las de Francfort, herederas de las ferias de Champagne.

Internacionalizado, por último, el Rin de hoy –y ya desde hace un siglo entero– puesto que, postulado por los tratados de Westfalia en 1648, después por un decreto de la convención de 1792, el principio de un Rin internacional recibió su primera aplicación en el congreso de Viena de 1815. Firmados los acuerdos, modificados en 1831 con el Acta de Maguncia, revisados en 1868 por la conferencia de Mannheim, estuvieron en vigor hasta 1919. El tratado de Versalles los transformó. A la espera de que una nueva guerra vuelva a plantear todo otra vez...

Esquema tal vez menos claro de lo que pensaba el excelente geógrafo que lo diseñó con una pluma alerta. Y quien, sin proponérselo, obsesionado por la vista del Rin, tal como pudo estudiarla *in situ*, proyectó al pasado (incluso, cosa curiosa, al pasado más lejano) su visión de la idea que albergaba de un Rin navegable en toda su extensión, desde Basilea hasta el mar del Norte –de un Rin domeñado, con canales, sometido a las necesidades de los hombres, ofreciéndose a remolcadores y chalanas, o en su parte inferior, a los barcos marítimos, tal como una carretera se ofrece a los camiones y camionetas.

¿Un Rin transcontinental en la antigüedad? La fórmula imprime una imagen. A priori, nada hay en ella que choque al historiador. Desde que Albert Demangeon, en el propio Estrasburgo, inventó frente a mí su división tripartita, se ha desarrollado y afirmado la noción de una navegación fluvial, de una navegación marina intrépida desde épocas mucho más remotas de lo que se creyó durante largo tiempo. Tuvo lugar el nacimiento de toda una historia de las grandes relaciones por la vía del agua entre países muy alejados los unos de los otros. El incrédulo asombro que provocaba todavía en nuestros padres el relato de las grandes expediciones mediterráneas a lo largo de las costas de África no nos parece justificado. Adivinamos el gran papel que desempeñó en los tiempos más lejanos de la protohistoria un océano demasiado poco estudiado en tanto que tal, el océano Índico. Adivinamos la parte que asumió en el despertar de la civilización en Egipto, por ejemplo, en el golfo Pérsico y, más allá, en la India.

Bueno, ¿pero y el Rin, el salvaje Rin de la prehistoria y de la protohistoria, el poderoso Rin con sus aguas frías y furioso ímpetu, como un corcel al galope, en las mil ramificaciones de un lecho en perpetuo movimiento, entre islas de fango que aparecían y desaparecían, se iban con el filo del agua o, pegadas a otras, se consolidaban por poco tiempo, todo ello con la velocidad del caleidoscopio? El Rin, ¿un río o una comarca diferente, con su flora, su fauna, sus habitantes también, ocultos en la espesura, bajo los sauces, tras los cañaverales? Descubrir, claro y despejado, un segmento del río en medio de esos dédalos en movimiento y del verdor confuso, es problemático. Equipos de geógrafos se habrían extenuado inútilmente tratando de determinar la imagen de semejante red, anulada apenas hecho el recuento.

Que desde temprana hora audaces mercachifles se hayan arriesgado a cruzar con su pacotilla por sitios privilegiados, en una de esas in-

mensas piraguas de troncos ahuecados que el agua misma ha conservado, lo que solemos llamar "el curso del Rin"; que, más allá de los espesos bosques que se extienden por el valle, hayan encontrado hombres curiosos, ávidos de novedades, son cosas que se admiten sin dificultad. Se trata de simples episodios, de anécdotas de niños extraviados. Hay sin duda una gran diferencia entre estos vagabundos que se aventuraban en afortunadas expediciones sistemáticas llevando vituallas con ayuda del río sobre alguno de sus ramales, los agentes de las grandes empresas de cerámica o de cristalería galo-romanas, los fabricantes de cacerolas o, de procedencia mucho más remota, los comerciantes de alfombras de Oriente, de perfumes de Arabia, de vinos del Mediodía, de aceite griego, de frutas exóticas. ¿"Transcontinental" es el término conveniente para traducir estas realidades? Evoca ideas completamente modernas. Digámoslo, es anacrónico. Además, escribí "con ayuda del río". Pero no sólo del río. Debemos adjuntarle esos otros ríos, esos ríos de piedra: los grandes caminos romanos. Porque embarcarse en Basilea, sin romper la carga, descender el curso del río hasta Estrasburgo, después a Mannheim, a Maguncia, de ahí a Coblenza, Colonia, Duisburg, Nimega, Dordrecht y Rotterdam; actualmente esta aventura no es una hazaña. ¿Se puede imaginar que fue sencillo y frecuente hacerlo en la antigüedad?

No pongamos nuestra mirada más que en la sección inferior del río, ahí donde en nuestros días constituye esa asombrosa vía de agua, de una impresionante anchura, que surcan sin cesar de subida y de bajada, uno tras otro, dos hileras dobles de barcos. En el tiempo de los romanos el tráfico normal no pasaba por ahí. Una vía terrestre, una "calzada", que hoy todavía recibe el nombre de Brunehaut, se apoyaba en saliente sobre el Rin. De este a oeste, y no ya de sur a norte, partía de Colonia, pasando por Juliers, Maastricht, Tongres y Bavai, luego, a través de Tournai y Cassel, subía en dirección al Paso de Calais. Es esta vía terrestre la que los romanos jalonaron con *castra*, postas fortificadas, embriones de futuras ciudades. Esta vía y no el Rin de Neuss, de Xanten o de Clèves, que los barcos no tocan de bajada. ¿Qué habrían hecho en esas aguas poco frecuentadas, soledades pantanosas e infectas que ningún convoy animaba?

El Rin de Augusto, el Rin de Trajano: la reunión en escuadra de un camino fluvial peligroso y discontinuo y de una vía terrestre, muy

estrecha, que conocía su trazo. Pero la vía de agua continua, rectilínea, navegable, que llamamos el Rin, el Rin que corre de un tirón de Basilea a Rotterdam, tardaría cientos de años en constituirse, poblarse, organizarse y prosperar. En general, es necesario volver a la noción del Rin conformado por oasis urbanos y jardines unidos por un hilo muchas veces roto: densos, activos, bulliciosos y laboriosos, prósperos. Pero al este y al oeste de esta cinta discontinua hay sitios relativamente apartados. En general, territorios mucho menos poblados, mucho menos prósperos, civilizados y activos que las ciudades renanas. Aun en la orilla izquierda del río, especialmente en el gran meandro que circunscribe al Mosa. Y con mayor razón, durante mucho tiempo, en la orilla derecha, ese feudo de los germanos amenazadores y llenos de codicia.

Entonces no simplifiquemos arbitrariamente. Renunciemos a las grandes clasificaciones contaminadas de arbitrariedades –y de simplismo. El gran Rin unificado es una creación reciente del hombre: del político, del economista, del industrial y del comerciante, ayudados por el ingeniero. Hasta el siglo XIX la historia conoce "varios Rines", de destinos diferentes en las diferentes épocas, cada uno de los cuales se elaboró gracias a una multitud de esfuerzos independientes unos de otros, en función de los intercambios y del tráfico en perpetuo movimiento –animados por la movilidad misma de los pueblos ribereños purgando su inquietud...

Si se quiere comprender el papel del gran río en la elaboración y el progreso de Europa, es necesario sustituir el esquema de una única cinta que se extiende de Basilea a Rotterdam por el de una reja de barras cruzadas pero desiguales en fuerza y en distancia unas de otras. Y como, sin querer, proyectamos sobre las imágenes fragmentarias de estos Rines locales y regionales la imagen de un Rin sistemáticamente ordenado, pensado desde arriba y en conjunto, formado por hombres que ya no ejecutan miles de reducidos planes de mejoras fragmentarias sino un gran plan de conjunto, deliberado y continuado con singular constancia, no nos damos cuenta exactamente de lo que este programa podría significar: "escribir una historia económica del Rin". No solamente porque simplificamos las realidades diversas y movedizas de antaño, al modo de las realidades más o menos estables de hoy; he aquí un gran río que ha sido domeñado, utilizable a todo lo largo de su curso, de Basilea hasta el mar; tres o cuatro grandes formaciones políticas (grande para la escala de nuestra minúscula Euro-

pa), enmarcadas exactamente por fronteras cuidadosamente señaladas, jalonadas por mojones numerados, postes pintados, cada una de las cuales, con riqueza de medios, trabaja para construir y luego reparar el río, rectificarlo, alargarlo y hacerlo más hondo para que su rendimiento sea mejor...

La idea de que este estado de cosas no ha sido eterno, y sobre todo, para tomar un solo ejemplo pero significativo, de que en los tiempos modernos el "Rin alemán" sufrió, por una parte, la amputación de una de sus bocas nutricias cuando, a fines del siglo XVI, se constituyeron aquí los Países Bajos católicos (el futuro estado belga) y allá los Países Bajos calvinistas (el futuro estado neerlandés) y, por otra, igualmente la amputación de sus raíces que se hunden a través de los Alpes hasta Italia: Suiza se conforma en el siglo XVI, pese a que al término de un largo esfuerzo Francia, al apoderarse de Alsacia, viene a bordear el gran río sobre toda una sección de su curso: la idea de que estos grandes acontecimientos políticos no afectan menos el destino del río que las rivalidades de las ciudades, los privilegios de los boteros, el establecimiento en todos los ramales del río, ya se trate de afluentes o de rutas terrestres, de barreras aduaneras y de tarifas en ocasiones prohibitivas –esta idea no nos convence. Esta idea que nos impediría hablar, como de una gran constante de la historia, de un Rin económico cuyos estatus y destino nos es difícil salvaguardar hoy...

La gran historia del Rin en esas épocas lejanas no es ciertamente una historia económica erizada de dificultades sin fin y reflejo de una multitud de historias regionales móviles y turbias: de suerte que, para escribirla, lo que habría que revivir para empezar serían todos esos cambios, todas esas transformaciones.

La gran historia del Rin antes del siglo XIX no es la historia de un tráfico incesantemente obstaculizado por los peajes escalonados del Río (el mapa 14 del atlas de la provincia renana, de Aubin, ubica 71 *Zollstäten* sobre el Rin anteriores al fin de la Edad Media), que protegen los burgos erizados de altivas torres; no es la historia de un tráfico incesante amenazado por las gigantescas pugnas del imperio y del reino francés, las ambiciones de los conductores de "bloques" político-diplomáticos, alemanes o franceses o borgoñones; el prodigioso pulular de las dinastías: 97 estados "soberanos", en 1 789 afloraban sobre el Rin, entre la confluencia del Lauter y del Ijssel, donde a partir

del siglo XVI, las divisiones religiosas que desembocaron en la constitución de las Renanias luteranas, calvinistas o jesuitas, hostiles todas las unas hacia las otras, pero por otra parte perpetuamente cambiantes según los caprichos de sus amos; no es la historia de un tráfico insuficientemente alimentado *in situ* por mercancías pesadas, y que seguirá estándolo mientras la industria del carbón y la industria del hierro, estrechamente ligadas, no se hayan desarrollado –no es esta historia, tan fragmentada, tan difícil de escribir y que no puede hacerse más que con monografías...

La gran historia del Rin es la historia del espíritu, que sin preocuparse por las trabas, las fronteras, los castillos fortificados y sus soberanos, puede circular libremente por el valle, llevado de los Alpes al mar en el ala de los vientos, factor de vida, de reunión, de cultura. Es la historia de los grandes mitos renanos basados en historias y leyendas –del oro del Rin, de Sigfrido que forja su espada o del héroe hitleriano que fue Hagen, de Barbarroja dormido en su tumba, de Rodolfo de Habsburgo o de la gran tríada que obsesionaba a Victor Hugo al recorrer el valle del Rin: César, Carlomagno, Napoleón. Mitos generadores de actitudes políticas, de estados de ánimo a veces temibles y siempre obstinados, como mostró R. Minder. Tienen sus sitios de descanso, donde vuelven a tomar vida antes de continuar sus conquistas morales en las ciudades del Rin. Las creaciones magnificentísimas del gran río. Siempre vivas, activas, prósperas, a ambas orillas, en tanto que toda iniciativa de fundar un estado específicamente renano ha fracasado siempre, en todas las épocas...

Finalmente, no es casualidad, es tal vez un símbolo, el que antes del nacimiento de la gran industria que conllevaría la construcción de un río internacionalizado, las grandes ferias de Francfort se convirtieran poco a poco, y casi exclusivamente, en las grandes ferias del libro. El gran mercado de abastecimiento intelectual cuya reapertura esperan cada año todos los impresores, los libreros, los estudiosos. Y dan testimonio, con esta espera, de que efectivamente la gran historia del Rin es la historia del espíritu.

LUCIEN FEBVRE

III. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Las notas que se presentan a continuación reproducen la bibliografía elaborada y comentada por el propio Lucien Febvre, que, según él mismo indicó, no incluían más que las obras que consultó para la redacción de su texto. Todas las referencias han sido verificadas por nosotros y completadas en la medida de lo posible.

PETER SCHÖTTLER

1º Generalidades históricas

Sobre la "historia humana" del Rin no existe ningún trabajo de conjunto. *Le Rhin dans l'histoire*, de Ernest Babelon, 2 vols., París, 1916-1917, pertenece a la categoría de obras que, siguiendo los pasos de *Frankreichs Rheingelüste*, de Johannes Janssen, 1861, intentan explicar toda la historia franco-alemana por la obsesión con el Rin. La *Géopolitique* (al respecto Lucien Febvre, *Revue critique*, 1929 [reproducido en *Pour une histoire à part entière*, París, 1962, pp. 131-138] y Albert Demangeon, *Annales de Géographie*, enero de 1932) reviste actualmente estos escritos, en Alemania, de vestiduras a la moda (p. ej., Paul Wentzcke, *Rhein und Reich*, Berlín, 1927, etcétera).

Limitémonos a mencionar el esbozo de historia política, nítido y útil, de Gaston Zeller: *La France et l'Allemagne depuis dix siècles*, París, 1932 [reed. aumentada 1948], que retoma el tema ya señalado en su gran historia de *La réunion de Metz à la France (1552-1648)*, 2 vols., Estrasburgo, 1926. Ya no en el plano político sino en el cultural, consúltese (con precaución) la *Histoire générale de l'influence française en Allemagne*, de Louis Reynaud, t. I, París, 1913; *L'influence allemande au XVIIIᵉ et au XIXᵉ siècle*, París, 1922, y *Français et Allemands*, París, 1930. Para Renania: Hermann Aubin, Theodor Frings y Josef Müller, *Kulturströmungen und Kulturprovinzen in den Rheinlanden. Geschichte-Sprache-Volkskunde*, Bonn, 1926 (reed. Darmstadt, 1966).

2º Geografía histórica y entorno geográfico

No hay atlas histórico del Rin; suplir con el *Elsass-Lothringischer Atlas*, dirigido por Georg Wolfram y Werner Gley, Francfort, 1931 (cf. Lucien Febvre, *Revue Critique*, 1933, pp. 141-144). *Geschichtlicher Handatlas der Rheinprovinz*, dirigido por Hermann Aubin y Josef Niessen, Colonia, 1926 (reed. 1950). *Geschiedkundige Atlas van Nederland*, de A. A. Beekman, La Haya, 1911-1935.

Para el entorno: Albert Demangeon, *Belgique, Pays-Bas, Luxembourg* (*Géographie universelle*, t. II), París, 1927; Emmanuel de Martonne, *Europe centrale*, 2 vols., París, 1930-1931 (*Géographie universelle*, t. IV). Del lado alemán: Robert Gradmann, *Süd-Deutschland*, 2 vols., Stuttgart, 1931 (reed. Darmstadt, 1959) [bibliografías abundantes].

3º Los temas del Rin

A. *La ruta*. Georges de Manteyer, *Les voies fluviales primitives et leurs cols dans les Alpes*, Gap, 1928. Ernst Sprockhoff, *Zur Handelsgeschichte der germanischen Bronzezeit*, Berlín, 1930. Rudolf Petersdorff, *Germanen und Griechen*, Wiesbaden 1902. Rudolf Much, *Ulyxes in Germanien*, en *Wörter und Sachen*, vol. 12, 1929, pp. 342-361. Camille Jullian, "Ulysse en Germanie", *Revue des Études Anciennes*, vol. 14, 1912, pp. 283-284. Rutas del ámbar, croquis en *Geographical Journal*, vol. 66, 1925, pp. 481-507 (J. M. de Navarro).

B. *La frontera*. Lucien Febvre, *La terre et l'évolution humaine. Introduction à la dimension géographique de l'histoire*, París, 1922 (reed. 1970); "Frontière, étude de vocabulaire historique", *Bulletin du Centre International de Synthèse*, núm. 5, junio de 1928 (reproducido en *Pour une histoire à part entière*, París, 1962, pp. 11-24). Karl Haushofer, *Grenzen in ihrer geographischen und politischen Bedeutung*, Berlín, 1927. Albert de Lapradelle, *La frontière*, París, 1928.

C. *Raza y lengua*. Además de las obras generales de Joseph Deniker (*Les races et les peuples de la terre*, París, 1900), Eugène Pittard (*Les races et l'histoire*, París, 1924) y Henri Neuville (*Peuples ou races?*, en *Encyclopédie française*, t. VII, 1936, pp. 7-44-1 a 7-64-15), cf. Sigmund Feist, *Kultur, Ausbreitung und Herkunft der Indogermanen*, Leipzig, 1913. Antoine

Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, 3ª ed., París, 1912; *Les dialectes indo-européens*, París, 1922; *Caractères généraux des langues germaniques*, París, 1927; *Esquisse d'une historie de la langue latine*, 2ª ed., París, 1931.

4º Celtas y germanos

Henry d'Arbois de Jubainville, *Les premiers habitants de l'Europe*, 2ª ed., 2 vols., París, 1889-1894. Georges Dottin, *Les anciens peuples de l'Europe*, París, 1916. Joseph Dechelette, *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*, 4 vols., París, 1908-1914. Camille Jullian, *Au seuil de notre histoire*, 3 vols., París, 1930; *Histoire de la Gaule*, 9 vols., París, 1920 y sig. (reed. 1994). Henri Hubert, *Les Celtes et l'expansion celtique* y *Les Celtes depuis Tène*, 2 vols., París, 1932.

Torsten Evert Karsten, *Les anciens Germains*, París, 1931. Eduard Norden, *Die germanische Urgeschichte in Tacitus Germania*, 2ª ed., Berlín, 1923. Gustav Kossina, *Ursprung und Verbreitung der Germanen*, Leipzig, 1926. Sigmund Feist, *Germanen und Kelten*, Halle, 1927.

Karl Schumacher, *Siedlungs- und Kulturgeschichte der Rheinlande*, 3 vols., Maguncia, 1921-1925.

5º Romania

Corpus Inscriptionem Latinarum, t. XIII, pp. I-IV. Émile Esperandieu, *Recueil des bas-reliefs de la Gaule*, París, 1907-1930.

Germania Romana, ein Bilder-Atlas, publicado por la Römisch-Germanische Kommission, 2ª ed., Bamberg, 1924 y sig.

Frieder Koepp, *Römer in Deutschland*, 3ª ed., Leipzig, 1926. H. Dragendorff, *Westdeutschland in römischer Zeit*, 2ª ed., Leipzig, 1919. Jean Colin, *Antiquités romaines de la Rhénanie*, París, 1927. Albert Grenier, *Manuel d'archéologie gallo-romaine*: I, *Travaux militaires*; II, *Routes*; III, *Navigation, occupation du sol*, París, 1931-1934. Robert Forrer, *Strasbourg-Argentorate*, 2 vols., Estrasburgo, 1927. Joseph Hagen, *Römerstrassen der Rheinprovinz*, 2ª ed., Bonn, 1931. Hermann Aubin, "Rheinhandel in römischer Zeit", en *Bonner Jahrbücher*, vol. 130, 1926, pp. 1-37 (reproducido en *Grundlagen und Perspektiven geschichtlicher Kulturraumforschung und Kulturmorphologie*, Bonn, 1965,

pp. 147-175). Johann-Baptist Keune, *Moselverkehr*, en *Trierer Heimatbuch*, 1925.

Jules-François Toutain, *Cultes païens dans l'Empire*, París, 1920. Alfred von Domaszewski, "Religion des römischen Heeres", *Westdeutsche Zeitschrift*, Tréveris, 1895. Friedrich Drexel, *Götterverehrung im römischen Germanien* (Römisch-Germanische Komission, 14, Berlín, 1923). Hans Lehner, "Orientalische Mysterienkulte im römischen Rheinland", *Bonner Jahrbücher*, vol. 129, 1924, pp. 36-91.

6º Los bárbaros

Ferdinand Lot, *La fin du monde antique*, París, 1927 (reed. 1989). Alphons Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europäischen Kulturentwicklung*, 2ª ed., Viena, 1923 (reed. Aalen, 1961). Henri Pirenne, *Mahomet et Charlemagne*, París, 1936 (reed. 1963); "Un contraste économique: Mérovingiens et carolingiens", en *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, vol. 2, 1922-1923 (reproducido en *Histoire économique de l'Occident médiéval*, Bruselas, 1951, pp. 71-82). Louis Halphen, *Les Barbares*, París, 1926.

J. J. Schmaus, *Geschichte der alten Franken*, Bamberg, 1912. Godefroid Kurth, *Études franques*, t. III, París, 1919 (reed. 1982); *Clovis*, 3ª ed., 2 vols., Bruselas, 1923 (reed. 1982). Camille Jullian, *De la Gaule à la France*, París, 1922. Marc Bloch, "Observations sur la conquête de la Gaule par les rois francs", *Revue Historique*, vol. 154, 1927, pp. 161-178 (reproducido en *Mélanges historiques*, París, 1963, t. I, pp. 75-89). Félix Rousseau, *La Meuse et le pays mosan*, Namur, 1930.

Albert Meitzen, *Siedelung und Agrarwesen der Germanen*, Berlín, 1895 (atlas). Guillaume Des Marez, *Le problème de la colonisation franque et du régime agraire en Belgique*, Bruselas, 1926. Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Oslo-París, 1931 (reed. 1986). Adolf Schieber, *Die fränkischen und alemannischen Siedlungen in Gallien, besonders in Elsass und Lothringen. Ein Beitrag zur Urgeschichte des deutschen und französischen Volksthums*, 1891. Auguste Longnon, *Les noms de lieux de la France*, ed. por Paul Marichal y Léon Mirot, París, 1923. Albert Dauzat, *Les noms de lieux*, París, 1926; *Les noms des personnes*, París, 1925. Ernst Wilhelm Förstemann, *Altdeutsches Namensbuch*, I: *Personennamen*, 2ª ed.; II: *Ortsnamen*, 3ª ed., 2 vols., Bonn, 1900 y 1913. Wilhelm Heintze, *Die deutschen Familiennamen*, 6ª ed. por Paul Cascorbi, Halle,

1925. Godefroid Kurth, *La frontière linguistique en Belgique et dans le Nord de la France*, 2 vols., Bruselas, 1895-1898. Paul Lévy, *Histoire linguistique d'Alsace et de Lorraine*, 2 vols., Estrasburgo, 1929 (mapa y una enorme bibliografía sobre el tema).

7º La iglesia

Además de, naturalmente, la *Kirchengeschichte Deutschlands*, de Albert Hauck, 5 vols., Leipzig, 1911-1920, véase Heinrich Böhmer, *Das germanische Christentum*, Gotha, 1913. Johannes Ficker, *Altchristliche Denkmäler des Christentums im Rheingebiet*, Estrasburgo, 1905. Ernest Lavisse, "La conquête de la Germanie par l'Église romaine", *Revue des Deux Mondes*, vol. 80, 1887, pp. 878-902. Louis Gougaud, *Les chrétientés céltiques*, París, 1911. Eugène Martin, *Saint Colomban*, París, 1905. Johannes Laux, *Der heilige Kolumban*, Friburgo, 1919. Godefroid Kurth, *Saint Boniface*, 4ª ed., París, 1913. Joseph M. Jansen, *Die Einführung des Christentums in Deutschland. Der heilige Bonifatius*, Paderborn, 1926.

Percy Ernst Schramm, *Kaiser, Rom un Renovatio*, 2 vols., Stuttgart, 1929 (reed. Darmstadt, 1957). Rudolf Köpke y Ernst Dümmler, *Kaiser Otto der Grosse*, Leipzig, 1876. Wolfram von den Steinen, *Otto der Grosse*, Breslau, 1928. Heinrich Schrörs, *Erzbischof Bruno von Köln*, 1917 (*Annalen der historischen Vereins für den Niederrhein*). Augustin Fliche, *La chrétienté médiévale*, París, 1929. François-Louis Ganshof, "Quelques aspects de l'histoire de l'Empire au XIe siècle", *Revue des Cours et Conférences*, 1927-1928. Marc Bloch, "L'Empire et l'idée d'Empire sous les Hohenstaufen", *ibid.*, 1928-1929 (reproducido en *Mélanges historiques*, París, 1963, I, pp. 531-559). Édouard Jordan, "Dante et la théorie romaine de l'Empire", *Revue d'Histoire du Droit*, 1921-1922. Ernest Tonnelat, *Histoire de la littérature allemande des origines au XVIIe siècle*, París, 1923.

8º Las ciudades

Henri Pirenne, *Les villes du Moyen Âge*, París, 1927 (reed. 1992); *La civilisation occidentale au Moyen Âge* (*Histoire générale*, dir. por Gustave Glotz, t. VIII), París, 1933. Gustav Schmoller, *Bevölkerungsbewegung der*

deutschen Städte von ihrem Ursprung bis ins 19. Jahrhundert, en *Festschrift Otto von Gierke*, Weimar, 1911 (reproducido en *Deutsches Städtewesen in älterer Zeit*, Bonn-Leipzig, 1922, pp. 60-104). K. A. Schaab, *Geschichte des grossen rheinischen Städtebundes*, 2 vols., Maguncia, 1843-1845. Julius Weizsäcker, *Der Rheinischen Bund (1254)*, Tubinga, 1879. Ludwig Quidde, *Studien zur Geschichte der Rheinischen Landfriedensbundes von 1254*, Francfort, 1885. Theo Sommerlad, *Die Rheinzölle im Mittelalter*, Halle, 1894. Rudolf Wackernagel, *Geschichte der Stadt Basel*, 3 vols., Basilea, 1906-1924. Rodolphe Reuss, *Histoire de Strasbourg*, París, 1922. Karl Köhne, *Ursprung der Stadtverfassung in Worms, Speyer und Mainz*, 1890. Alexander Dietz, *Frankfurter Handelsgeschichte*, 4 vols., Francfort, 1910-1925. Bruno Kuske, *Quellen zur Geschichte des Kölner Handels und Verkehrs im Mittelalter*, 3 vols., Bonn, 1917-1923. Hermann Keussen, *Köln im Mittelalter*, Colonia, 1918. Richard Koebner, *Anfänge des Gemeinwesens der Stadt Köln*, Bonn, 1922. Walter Hävernick, *Der Kölner Pfennig im 12. und 13. Jahrhundert*, Stuttgart, 1930.

9º Los príncipes

Vincent Bourilly, *Guillaume de Bellay*, París, 1904. Gaston Zeller, *La réunion de Metz à la France, 1552-1648*, 2 vols., París, 1926. Wilhelm Mommsen, *Kardinal Richelieu. Seine Politik im Elsass und in Lothringen*, Berlín, 1922.

Georg von Below, *Territorium und Stadt*, 2ª ed., Múnich-Leipzig, 1923. Paul Sander, *Feudalstaat und bürgerliche Verfassung*, Berlín, 1906. Aloy Schulte, *Fürstentum und Einheitsstaat in der deutschen Geschichte*, Berlín, 1921. Lucien Lévy-Bruhl, *L'Allemagne depuis Leibniz*, París, 1890. Bertrand Auerbach, *La France et le Saint-Empire depuis la Paix de Westfalie jusqu'à la Révolution française*, París, 1912. Aloys Schulte, *Frankreich und das linke Rheinufer*, 2ª ed., Stuttgart-Berlín, 1918 (trad. francesa Lausana, 1922). Georg Mentz, *J. Ph. von Schönborn, Kurfürst von Mainz, Bischof von Würzburg und Worms 1605-1673*, 2 vols., Jena, 1896-1899. Friedrich Meinecke, *Weltbürgertum und Nationalstaat*, Múnich, 1907 (reed. 1969). Fritz Brüggemann, *Das Weltbild der deutschen Aufklärung*, 2 vols., Leipzig, 1930-1931. Louis Réau, *L'art français dans les cours rhénanes*, París, 1930.

10º La revolución y el imperio

Charles Schmidt (y otros), *Sources de l'histoire des territoires rhénans*, París, 1921. Philippe Sagnac, *Le Rhin français pendant la Révolution et l'Empire*, París, 1917. Clemens Theodor Perthes, *Politische Zustände und Personen in Deutschland zur Zeit der französischen Herrschaft*, 2 vols., 2ª ed., Gotha, 1862-1869. Justus Hashagen, *Das Rheinland und die französische Herrschaft*, Bonn, 1908.

René Le Forestier, *Les illuminés de Bavière et la franc-maçonnerie allemande*, Dijon, 1914. Jacob Venedey, *Die deutschen Republikaner unter der französischen Republik*, Leipzig, 1870. K.G. Bockenheimer, *Die Mainzer Klubisten der Jahre 1792 und 1793*, Maguncia, 1896. Georg Forster, *Sämtliche Werke*, 9 vols., Leipzig, 1863 (correspondencia, t. 8-9). Saint-Alban, *Vie de Hoche*, 2 vols. (t. II = documentos), París, año VI. Alphonse Aulard, "Hoche et la République rhénane", *Revue de Paris*, 1919. Hyacinthe de Font-Réaulx, "Hoche et les pays rhénans", en *Les Lettres*, 1920. Johann Nepomuk Sepp, *Görres*, Berlín, 1896. Joseph Görres, *Gesammelte Schriften*, 9 vols., Munich, 1854-1874.

Paul Vidal de la Blache, *La France de l'Est*, París, 1917 (reed. 1995). Gabriel Ramon, *Frédéric de Dietrich, premier maire de Strasbourg sous la Révolution française*, París, 1920. Max Springer, *Die Franzosenherrschaft in der Pfalz, 1792-1814*, Stuttgart, 1926. K.G. Bockenheimer, *Geschichte von Mainz, 1798-1813*, Maguncia, 1890. Albert Sorel, "Le Comité de Salut public et la rive gauche du Rhin", *Revue Historique*, vol. 18, 1882, pp. 273-322. Lazare Carnot, *Correspondance*, Étienne Charavay, 4 vols., París, 1892-1907. Hyppolite Carnot (ed.), *Mémoires de Carnot*, 2 vols., París, 1850.

Raymond Guyot, *Le Directoire et la paix de l'Europe, des traités de Bâle à la deuxième coalition (1795-1799)*, París, 1911. Jacques Rambaud, *La domination française en Allemagne, 1804-1814*, París, 1897. Georges Servières, *L'Allemagne française sous Napoléon*, París, 1904. Charles Schmidt, *Le Grand-Duché de Berg*, París, 1905. Léon Lévy-Schneider, *Le Conventionnel Jeanbon Saint-André, membre du comité du salut public, organisateur de la marine sous la Terreur 1794-1813*, París, 1901. *Souvenirs d'un préfet de la monarchie (le baron Sers)*, Henri Sers y Raymond Guyot, París, 1905. Théodore-Joseph de Puymaigre, *Souvenirs*, París, 1884.

11º 1814-1914

Ernest Denis, *L'Allemagne, 1810-1852*, París, 1898; *La fondation de l'Empire allemand, 1852-1871*, París, 1924. Julien Rovère, *Les survivances françaises dans l'Allemagne napoléonienne 1815-1914*, París, 1918.

Gustave Monod, *Michelet. Étude sur sa vie et son œuvre* (notas de *Voyage en Allemagne*), París, 1905. Henri Hauser, *Le principe des nationalités*, París, 1917. Hermann Oncken, *Die Rheinpolitik Kaiser Napoleons III*, 3 vols., Berlín-Leipzig, 1926. Christian Schefer, *D'une guerre à l'autre*, París, 1920. Henri Hauser (y otros), *Histoire diplomatique de l'Europe*, 2 vols., París, 1929. Charles Andler (ed.), *Documents du pangermanisme*, París, 1915-1917.

Pierre Benaerts, *Les origines de la grande industrie allemande*, París, 1932. Maurice Baumont, *La grosse industrie allemande et le charbon*, París, 1928. Walter Däbritz, *Unternehmergestalten aus dem rheinisch-westfälischen Industriebezirk*, Jena, 1929.

IV. BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA
ELABORADA POR PETER SCHÖTTLER

A partir de la publicación de este libro de Lucien Febvre se han consagrado muchos trabajos a la historia renana y a la historia franco-alemana. Para que el lector pueda tener acceso a ellos, reunimos aquí algunos títulos especialmente importantes o significativos que le permitirán ahondar en la problemática esbozada.

L'Alsace et la Suisse à travers les siècles, prefacio de Lucien Febvre, Estrasburgo-París, 1952.

Ament, Hermann, "Der Rhein und die Ethnogenese der Germanen", *Prähistorische Zeitschrift*, vol. 58, 1984, pp. 37-47

Ancel, Pierre, *Géographie des frontières*, París, 1938.

Anrich, Ernst, *Die Geschichte der deutschen Westgrenze*, Leipzig, 1940.

Aubain, Hermann, *Grundlagen und Perspektiven geschichtlicher Kulturraumforschung und Kulturmorphologie*, Bonn, 1965.

Ayçoberry, Pierre, *L'Unité allemande*, París, 1968.

— *Cologne entre Napoléon et Bismarck. La croissance d'une ville rhénane*, París, 1981.

— y Marc Ferro (eds.), *Une histoire du Rhin*, París, 1981.

Badia, Gilbert (ed.), *Histoire de l'Allemagne contemporaine*, 2 vols., París, 1988.

Barbey, Hélène, *Le Voyage de France en Allemagne de 1871 à 1914*, Nancy, 1994.

Bariéty, Jacques, y Raymond Poidevin, *Les Relations franco-allemandes 1815-1975*, París, 1977.

Baechler, Christian, *Le Parti Catholique alsacien 1890-1939*, París, 1982.

Bentley, James, y Charlie Waite, *Le Rhin*, París, 1989.

Berchtold, Alfred, *Bâle et l'Europe. Une histoire culturelle*, 2 vols., Lausana, 1990.

Berding, Helmut, François Étienne y Hans-Peter Ullmann (eds.), *La Révolution, la France et l'Allemagne. Deux modèles opposés de changement social?*, París, 1989.

Berstein, Serge, y Pierre Milza, *L'Allemagne 1870-1987*, París, 1988.

Beumann, Helmut, y Werner Schröder (eds.), *Nationes*, Sigmaringen, 1978 y sigs., 9 vols. publicados.

Blanplain, Marc, *La Frontière du nord. De la mer à la Meuse 843-1945*, París, 1990.

Bock, Hans-Manfred, Reinhart Meyer-Kalkus y Michel Trebitsch (eds.), *Entre Locarno et Vichy. Les relations culturelles franco-allemande dans les années 1930*, 2 vols., París, 1993.

Boehner, Kurt, y otros (eds.), *Das erste Jahrtausend. Kultur und Kunst im werdenden Abendland an Rhein und Ruhr*, 3 vols., Düsseldorf, 1962-1964.

Boldt, Hans; Peter Hüttenberger, Hansgeorg Molitor y Dietmar Petzina (eds.), *Der Rhein. Mythos und Realität eines europäischen Stromes*, Colonia, 1988.

— *La Bourgeoisie alsacienne. Études d'histoire sociale*, Estrasburgo-París, 1954.

Boutier, Jean, Alain Dewerpe y Daniel Nordmann, *Un tour de France royal. Le voyage de Charles IX (1561-1566)*, París, 1984.

Braudel, Fernand, *L'Identité de la France*, t. I: *Espace et Histoire*, París, 1986.

Brühl, Carlrichard, *France-Allemagne. Naissance de deux peuples*, París, 1995.

Chudoba, Karl F. (ed.), *Der Kampf um den Rhein*, Bonn, 1943.

Cüppers, Heinz (ed.), *Die Römer in Rheinland-Pfalz*, Stuttgart, 1990.

Defrance, Corinne, *La Politique culturelle de la France sur la rive gauche du Rhin, 1945-1955*, Estrasburgo, 1994.

Demandt, Alexander (ed.), *Deutschlands Grenzen in der Geschichte*, Munich, 1990.

Digeon, Claude, *La Crise allemande de la pensée française (1870-1914)*, París, 1959.

Dion, Roger, *Les Frontières de la France*, París, 1947; nueva ed.: Brionne, 1979.

Dollfus, Jean, *L'Homme et le Rhin*, París, 1960.

Dollhof, Josef, *Die Kölner Rheinschiffahrt. Von der Römerzeit bis zur Gegenwart*, Colonia, 1980.

Dollinger, Philippe (ed.), *Histoire de l'Alsace*, Toulouse, 1970.

— *La Hanse XII*e*-XVII*e, París, 1988.

Droz, Jacques, *Le Libéralisme rhénan 1815-1848*, París, 1940.

Dufraise, Roger, *L'Allemagne à l'époque napoléonienne*, Bonn-Berlín, 1992.

Dülmen, Richard van, y Eva Labouvie, *Die Saar. Geschichte eines Flusses*, Sankt Ingbert, 1992.
Dumont, Franz, *Die Mainzer Republik von 1792/93. Studien zur Revolutionierung in Rheinhessen und der Pfalz*, Alzey, 1982.
Dumont, Jean (ed.), *Le Rhin, Nil de l'Occident*, París, 1946.
Duteil, Henry Jean, *Le fleuve qui porte le monde (Le Rhin)*, París, 1958.
Düwell, Kurt, y Wolfgang Köllmann (eds.), *Rheinland-Westfalen im Industriezeitalter*, 3 vols., Wuppertal, 1984.
Ebeling, Dietrich, *Der Holländer-Holzhandel in den Rheinlanden. Zu den Handelbeziehungen zwischen den Niederlanden und dem westichen Deutschland im 17. und 18. Jahrhundert*, Stuttgart, 1992.
Ennen, Edith, *Gesammelte Abhandlungen zum europäischen Städtewesen und zur rheinischen Geschichte*, Bonn, 1977.
Espagne, Michel, y Michael Werner (eds.), *Transferts. Les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand (XVIIIe-XIXe siècles)*, París, 1988.
Ewig, Eugen, *Spätantikes und fränkisches Gallien. Gesammelte Schriften*, 2 vols., Zurich-Munich, 1979.
Faber, Karl-Georg, *Die Rheinlande zwischen Restauration und Revolution*, Wiesbaden, 1966.
Febvre, Lucien, *Au cœur religieux du XVIe siècle*, París, 1957; nueva ed.: París, 1983.
— y Henri-Jean Martin, *L'Apparition du livre*, París, 1958; nueva ed.: París, 1971.
Flüeler, Nikolaus, *Der missbrauchte Rhein. Untersuchungen zu einem problematischen Thema der Geschichte deutsch-französischer Beziehungen*, tesis, Zurich, 1966.
Folz, Robert, *Le Couronnement impérial de Charlemagne*, París, 1964.
Ford, Franklin L., *Strasbourg in Transition*, 1648-1789, Mass., Cambridge, 1958.
Foucher, Michel, *L'Invention des frontières*, París, 1986.
Francastel, Pierre (ed.), *L'Art mosan*, prefacio de Lucien Febvre, París, 1953.
François, Étienne, *Koblenz im 18. Jahrhundert*, Gotinga, 1982.
— Les francs: *Précurseurs de l'Europe, Ve-VIIIe siècles*, París, 1997 (catálogo).
— *Frontiers et contacts de civilisation. Colloque universitaire franco-suisse. Besançon-Neuchâtel, octobre 1977*, Neuchâtel, 1979.
Funck-Brentano, Franz, *Le Chant du Rhin*, París, 1934.

Gachot, Édouard, *La Dispute du Rhin. De l'Antiquité à nos jours*, París, 1952.

Gassen, Richard W., y Bernhard Holeczek (eds.), *Mythos Rhein*, 3 vols., Ludwigshafen, 1992.

Geary, Patrick J., *Naissance de la France. Le monde mérovingien*, París, 1989.

Girard d'Albissin, Nelly, *Genèse de la frontière franco-belge. Les variations des limites septentrionales de la france de 1659 à 1789*, París, 1970.

Hahn, Peter-Michel, "Frankreich und das Reich während des 17. Jahrhunderts im Spiegel der deutschen Geschichtswissenschaft des 19. und 20. Jahrhunderts", *Historische Zeitschrift*, vol. 247, 1988, pp. 53-94.

Hansen, Joseph, *Preussen und Rheinland vom 1815 bis 1915. Hundert Jahre politischen Lebens am Rhein*, Georg Mölch, Colonia, 1990 (contiene una importante bibliografía) (1ª. ed. 1918).

Hartmann, Peter C., *Geld as Instrument eurpäischer Mächtepolitik im Zeitalter des Merkantilismus Territorien Kurbayern, Kurpfalz und Kurköln mit Frankreich und dem Kaiser 1715 bis 1740*, Munich, 1978.

Haushofer,, Karl (ed.), *Der Rhein. Sein Lebensraum, sein Schicksal*, 3 vols., Berlín/Grunewald, 1928-1931.

Heim, Wolf-Dieter, *Romanen und Germanen in Charlemagnes Reich*, Munich, 1984.

Heit, Alfred (ed.), *Zwsichen Gallia und Germania. Frankreich und Deutschland. Konstanz und Wandel raumgeschichtlicher Kräfte*, Trèves, 1987.

Hermann, Hans-Walter, y Franz Irsigler (eds.), *Beiträge zur Geschichte der frühneuzeitlichen Garnisons- und Festungsstadt*, Sarrebruck, 1983.

Herold, Martin, Josef Niessen y Franz Steinbach, *Geschichte der französischen Saarpolitik. Ausgangsstellung und Angriff – Von der Saar zum Rhein – Wende und Weiderkehr*, Bonn, 1934.

Heussen, Gottfried, y Adam Wrede, *Volk am ewigen Strom*, 2 vols., Essen, 1935.

Hlawitschka, Eduard, *Vom Frankenreich zur Formierung der europäischen Staaten- und Völkergemeinschaft 840-1046*, Darmstadt, 1986.

Klaus Honnef et al. (eds.), *Vom Zauber des Rheins ergriffen... Zur Entdeckung der Rheinlandschaft*, Munich, 1992.

Hübinger, Paul Egon, *Ausgewählte Aufsätze und Vorträge. Beiträge zur Geschichte Europas und der Rheinlande in Mittelalter und Neuzeit*, Siegburg, 1990.

Hudemann, Rainer, y Rolf Wittenbrock (eds.), *Stadtentwicklung im*

deutsch-französisch-luxemburgischen Grenzraum (19. und 20. Jahrhundert), Sarrebruck, 1991.
Husser, Philippe, *Un instituteur alsacien. Entre France et Allemagne. Journal 1914-1951*, París, 1989.
Hüttenberger, Peter, y Hansgeorg Molitor (eds.), *Franzosen und Deutsche am Rhein, 1789-1918-1845*, Essen, 1990.
Irsigler, Franz, *Bettler und Gauner, Dirnen und Henker. Randgruppen und Aussenseiter in Köln 1300-1600*, Colonia, 1984.
Jaffé, Fritz, *Zwischen Deutschland und Frankreich. Zur elsässischen und Entwicklung*, Stuttgart/Berlín, 1931.
Jeismann, Michael, *Das Vaterland der Feinde. Studien zum nationalen Feindbegriff und Selbstverständnis in Deutschland und Frankreich 1792-1918*, Stuttgart, 1991.
Julliard, Étienne, *L'Europe rhénane. Géographie d'un grand espace*, París, 1968.
— *Problèmes alsaciens vus par un géographe*, París/Estraburgo, 1928.
Jürgens, Arnulf, *Emmerich von Dalberg zwischen Deutschland und Frankreich. Seine politische Gestalt und Wirksamkeit 1803-1810*, Stuttgart, 1976.
Just, Leo, *Um die Westgrenze des alten Reiches*, Colonia, 1941.
Kaelble, Hartmut, *Nachbarn am Rhein. Entfremdung und Annährung der französischen und deutschen Gesellschaft seit 1880*, Munich, 1981.
Kern, Werner, *Die Rheintheorie in der historische-politischen Literatur Frankreichs im Ersten Weltkrieg*, tesis, Sarrebruck, 1973.
Kienast, Walter, *Deutschland und Frankreich in der Kaiserzeit (900-1280). Weltkaiser und Einzelkönige*, 3 vols. Stuttgart, 1974-1975.
Kirn, Paul, *Politische Geschichte der deutschen Grensen*, 4a. ed., Mannheim, 1959.
Knipping, Franz, *Deutschland, Frankreich und das Ende der Locarno-Ära 1928-1931*, Munich, 1987.
Krumeich, Gerd, *Jeanne d'Arc et l'histoire*. París, 1993.
Koelner, Paul, *Die Basler Rheinschiffahrt vom Mittelalter zur Neuzeit*, Basilea, 1954.
Koltes, Manfred, *Das Rheinland zwischen Frankreich und Preussen*, Colonia-Weimar-Vienna, 1992.
Koops, Tilman, y Martin Vogt (eds.), *Das Rheinland in zwei Nachkriezeiten. 1919-1930 und 1945-1949*, Coblenza, 1995.
Korinman, Michel, *Quand l'Allemagne pensait le monde. Grandeur et décadence d'une géopolitique*, París, 1990.

Kuske, Bruno, *Köln, der Rhein und das Reich. Beiträge aus fünf Jahrhzehnten wirtschaftsgeschichtlicher Forschung*, Colonia/Graz, 1956.

Leenhardt, Jacques, y Robert Picht (eds.), *Au jardin des malentendus. Le commerce franco-allemand des idées*, Arles, 1990.

Lefort, Bernard, *Le Rhin. Mémoires d'Europe*, París, 1922.

Le Gloannec, Anne-Marie (ed.), *L'État de l'Allemagne*, París, 1995.

Levillain, Philippe, y Rainer Riemenschneider (eds.), *La guerre de 1870-71 et ses conséquences*, Bonn, 1990.

Lévy, Paul, *La Langue allemande en France. Pénétration et diffusion des origines à nos jours*, 2 vols., Lyon/París, 1950-1952.

L'Huillier, Fernand, *L'Alsace en 1870/1871*, París, 1971.

Livet, Georges, *L'Intendance d'Alsace sous Louis XIV (1648-1715)*, Estrasburgo, 1977.

— y Raymond Oberlé (eds.), *Histoire de Mulhouse*, Estrasburgo, 1977.

— y Francis Rapp (eds)., *Histoire de Strasbourg des origines à nos jours*, 4 vols., Estrasburgo, 1980-1982.

Lohrmann, Dietrich, y Walter Janssen, *Villa-curtis-grangia. Économie rurale entre Loire et Rhin de l'époque gallo-romaine aux XIIe-XIIIe siècles*, Munich, 1983.

Mayer, Theodor (ed.), *Der Vertrag von Verdun 843. Neun Aufsätze zur Begründung der europäischen Völker- und Staatenwelt*, Leipzig, 1943.

McDougall, Walter A., *France's Rhineland diplomacy 1914-1924*, N. J., Princeton, 1978.

Marzolfff, Peter, "Die Flussgrenze", *Geographica Historica*, 7, 1994, pp. 347-375.

Metz, Friedrich, *Land und Leute. Gesammelte Beiträge zur deutschen Landes- und Volksforschung*, Stuttgart, 1961.

Minder, Robert, *Allemagnes et Allemands*, t. I: *Vue d'ensemble. La Rhénanie*, París, 1948.

Molitor, Hansgeorg, *Vom Untertan zum Administré. Studien zur französischen Herrschaft und zum Verhalten der Bevölkerung im Rhein-Mosel-Raum von den Revolutionskriegen bis zum Ende der Napoleonischen Zeit*, Wiesbaden, 1980.

Montfrans, Manet van, "Le Rhin, entre littérature et politique", *Yearbook of European Studies*, vol. 6, 1993, pp. 125-151.

Morizet, Jacques, y Horst Möller (eds.), *Allemagne-France. Lieux et mémoire d'une histoire commune*, París, 1995 (contiene una buena bibliografía).

Musall, Heinz, *Die Entwicklung der Kulturlandschaft der Rheinniederung*

zwischen Karlsruhe und Speyer vom Ende des 16. bis zum Ende des 19. Jahrhunderts, Heidelberg, 1969.
— *La mystique rhénane. Colloque de Strasbourg, 16-19 mai 1961*, París, 1963.
Nora, Pierre (ed.), *Les Lieux de mémoire*, 7 vols., París, 1986-1993.
Nordmann, Daniel, y Marie-Vic Ozouf, "L'espace français et les structures administratives" (*Atlas de la Révolution française*, t. III), París, 1989.
Nordmann, Daniel, y Jacques Revel (ed.), "La formation de l'espace français", en Jacques Revel (ed.), *L'Espace français*, París, 1989, pp. 29-169.
Nusteling, H. P. H., *De Rijnvaart in het tijdperk van stoom en steenkool 1813-1914*, Amsterdam, 1974.
Paravicini, Werner (ed.), *Nord und Süd in der deutschen Geschichte des Mittelalters*, Sigmaringen, 1990.
Parisse, Michel (ed.), *Lothringen. Geschichte eines Grenzlandes*, Sarrebruck, 1984.
Petri, Franz, y Georg Droege (eds.), *Rheinische Geschichte*, 4 vols., Düsseldorf, 1976-1982.
Poidevin, Raymond, *Les relations économiques et financières entre la France et l'Allemagne de 1898 à 1914*, París, 1969.
— *Problèmes de la Rhénanie 1919-1930. Die Rheinfrage nach dem Ersten Weltkrieg. Actes du Colloque d'Otzenhausen 14-16 octobre 1974*, Metz, 1975.
Raumer, Kurt von, *Die Zerstörung der Pfalz von 1689 im Zusammenhang der französischen Rheinpolitik*, Neunstadt an der Saale, 1989 (1a. ed.: 1930).
Rapp, Francis, *Les origines médiévales de l'Allemagne moderne, de Charles IV à Charles Quint (1346-1519)*, 2 vols., París, 1989.
Rassow, Peter (ed.), *Histoire de l'Allemagne*, 2 vols., París, 1969-1970.
Réau, Louis, *L'Europe française au siècle des Lumières*, París, 1971 (1a. ed.: 1938).
Reichelt, Günther, *Lasst den Rhein lebn! Strom im Spannungsfeld zwischen Ökologie und Ökonomie*, Berlín, 1986.
Reimer, Klaus, *Rheinlandfrage und Rheinlandbewegung (1918-1933)*, Francfort/Berna/Las Vegas, 1979.
— *Rhein und Ruhr. Kunst und Kultur 800-1400*, 2 vols., Colonia, 1972-1973.
— *Der Rheinische Städtebund von 1254/56*, Coblenza, 1986.
— *Le Rhin. Son évolution depuis la Deuxième Guerre mondiale et son avenir*, Estrasburgo, 1960.

Roth, François, *Les Lorrains entre la France et l'Allemagne. Itinéraires d'annexés*, Nancy, 1981.

Rovan, Joseph, *Histoire de l'Allemagne*, París, 1994.

Rousseau, Charles, *Les Frontières de la France*, París, 1954.

Sahlins, Peter, "Natural frontiers revisited: France's boundaries since the seventeenth century", *American Historical Review*, vol. 95, 1990, pp. 1423-1451.

Schoenbaum, David, *Zabern 1913. Consensus Politics in Imperial Germany*, Londres, 1982.

Schöttler, Peter, "Le Rhin comme enjeu historiographique dans l'entre-deux-guerres. Vers une histoire des mentalités frontalières", *Genèses*, núm. 14, enero de 1994, pp. 63-82.

Schulze, Hank K., *Vom Reich der Franken zum Land der Deutschen. Merowinger und Karolinger*, Berlín, 1987.

Schütz, Rüdiger, *Preussen und die Rheinlande*, Wiesbaden, 1979.

Schwabe, Hansrudolf, *Die Entwicklung der schweizerischen Rheinschiffahrt 1904-1954*, Basilea, 1954.

Schwarzmaier, Hansmartin, "Politische Grenzziehung und historische Bewusstseinsbildung im deutschen Südwesten", *Blätter für deutsche Landesgeschichte*, vol. 121, 1985, pp. 83-114.

Siat, Jeannine, *Histoire du rattachement de l'Alsace à la France*, Le Coteau, 1987.

Stollwerck, Dieter, *Das Problem der Rheingrenze unter besonderer Berücksichtigung Ludwiges XIV*, tesis, Munich, 1972.

Soutou, Georges, "La France et les marches de l'Est 1914-1919", *Revue Historique*, vol. 260, 1978, pp. 341-388.

Srbik, Heinrich Ritter von, *Wien und Versailles 1692-1697. Zur Geschichte von Strassburg, Elsass und Lothringen*, Munich, 1944.

Steinbach, Franz, *Collectanea. Aufsätze und Abhandlungen zur Verfassungs-, Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, geschichtlichen Landeskunde und Kulturraumforschung*, Bonn, 1967.

Sterzl, Anton, *Der Untergang Roms an Rhein und Mosel. Krise, Katastrophe und Kompromiss im zeitgenössischen Denken*, Colonia, 1978.

Süss, Martin, *Rheinischen unter französischer Besatzung. Vom Waffenstillstand im November 1918 bis zum Ende der Separatistenunruhen im Februar 1924*, Stuttgart, 1988.

Te Brake, William, *Medieval frontier. Culture and Ecology in Rihnland*, Tejas, College Station, 1985.

Ternes, Charles-Marie, *La vie quotidienne en Rhénanie romaine*, París, 1972.

Thadden, Rudolf von, *La Prusse en question. Histoire d'un état perdu*, Arles, 1985.

Tiemann, Dieter, *Deutsch-französische Jugendbeziehungen der Zwischenkriegszeit*, Berlín, 1989.

Tümmers, Horst Johannes, *Rheinromantik. Romantik und Reisen am Rhein*, Colonia, 1968.

— *Der Rhein. Ein europäischer Fluzz und seine Geschichte*, Munich, 1994.

Ulbrich, Claudia, "Rheingrenze, Revolten und Französische Revolution", en Volker Rödel (ed.), *Die Französiche Revolution und Oberrheinlande (1789-1798)*, Sigmaringen, 1991, pp. 223-244.

Vermeil, Edmond, *L'Allemagne contemporaine. Sociale, politique, culturelle. 1890-1950*, 2 vols., París, 1952-1953.

— "Villes mémoires, villes frontières", *Revue des sciences sociales de la France de l'Est*, núm. 19, 1992.

Vogler, Bernard, "La Rhénanie", en Jean-Pierre Poussou y otros, *Études sur les villes en Europe occidentale*, t. II, París, 1983, pp. 389-469.

Voss, Jürgen (ed.), "Die Revue Rhénane als Instrument der französischen Kulturpolitik am Rhein (1920-1930)", Archiv für Kulturgeschichte, vol. 64, 1984, pp. 503-551.

Wagner, Fritz, *Frankreichs klassische Rheinpolitik. Der Rheinbubd von 1658*, Stuttgart, 1941.

Wahl, Alfred, *La vie quotidienne en Alsace entre France et Allemagne, 1850/1950*, París, 1993.

Walther, Henri. *La Jurisprudence de la commission centrale pour la navigation du Rhin, 1832/1939*, Estrasburgo, *1948*.

Walther, Karl August (ed.), *Vom Meer zum Bodensee. Der Hochrhein als Grossschiffahrtsweg*, Olten-Fribourg-en-Brisgau, 1957.

Weber, Hermann, *Frankreich, Kurtier, der Rhein und das Reich 1623-1635*, Bonn, 1969.

Wein, Franziska, *Deutschlands Strom – Frankreichs Grenze. Geschichte und Propaganda am Rhein 1919-1930*, Essen, 1992.

Weinforth, Friedhelm, *Armut im Rheinland. Dokumente zur Geschichte von Armut und Fürsorge im Rheinland vom Mittelalter bis heute*, Clèves, 1992.

Wenger, Klaus Rudolf, *Preussen in der öffentlichen Meinung Frankreichs 1815-1870*, Gotinga, 1979.

Werner, Karl-Ferdinand, *Vom Frankenreich zur Entfaltung Deutschlands und Frankreichs*, Sigmaringen, 1984.

— *Histoire de France*, t. I: *Les origines (avant l'an mil)*, París, 1984.

Werner, Matthias, *Der Lütticher Raum in frühkarolingischer Zeit. Untersuchungen zur Geschichte einer karolingischen Stammlandschaft*, Gotinga, 1978.

Werner, Michael, "La *Germanie* de Tacite et l'originalité allemande", *Le Débat*, núm. 78, 1994, pp. 42-61.

Wolfram, Herwig, *Das Reich und die Germanen. Zwischen Antike und Mittelalter*, Berlín, 1990.

Wunder, Bernd, *Frankreich, Würtemburg und der Schwäbische Kreis während der Auseinandersetzungen über die Reunionen. Ein Beitrag zur Deutschlandpolitik Ludwigs XIV (1679-1697)*, Stuttgart, 1971.

Ziebura, Gilbert, *Die deutsch-französischen Beziehungen seit 1945. Mythen und Realitäten*, Pfullingen, 1970.

ATLAS HISTÓRICOS

Atlas et géographie de l'Alsace et de la Lorraine, París, 1977.

Atlas historique des villes de France, París, 1981 y siguientes.

Atlas historique Meuse-Moselle, Bruselas, 1973 y siguientes.

Geschichtlicher Atlas der Rheinlande, Colonia, 1982 y siguientes.

Geschichtlicher Atlas für das Land an der Saar, Sarrebruck, 1965 y siguientes.

Geschichtlicher Atlas von Hessen, Francfort del Meno, 1960-1984.

Geschichtlicher Handatlas der deutschen Länder am Rhein. Mittel- und Niederrhein, Colonia, 1950.

Historischer Atlas der Schweiz, Aarau, 1958.

Historischer Atlas von Baden-Würtemberg, Stuttgart, 1972-1988.

Niederrheinischer Städteatlas, Clèves, 1956 y siguientes.

Pfalzatlas, Spire, 1963-1975.

Rheinischer Städteatlas, Colonia/Berlín, 1972 y siguientes.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

impreso en cargraphics, red de impresión digital
av. presidente juárez 2004
frac. industrial puente de vigas -
54090 tlalnepantla - edo. de méxico
15 de febrero de 2004

